



Chile, país de contrastes

Gabriela Mistral



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA VARGAS
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO LÓPEZ
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA

GESTIÓN ADMINISTRATIVA

MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA

TXOMIN ARRIETA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

MISTRAL, GABRIELA, 1889-1957

Ch864c CHILE, PAÍS DE CONTRASTE/ GABRIELA MISTRAL; EDITOR GENERAL RAFAEL SAGREDO
M678c BAEZA. SANTIAGO DE CHILE: CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN: PONTIFICIA
2009 UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE: DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS ARCHIVOS Y MUSEOS,
c2009.

LXIXII, 198 : IL. ; 28 CM. (BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE)
INCLUYE BIBLIOGRAFÍAS.

ISBN 9789568306083 (OBRA COMPLETA)

1.- ENSAYOS CHILENOS – I.- SAGREDO BAEZA, RAFAEL, 1959-

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2009
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2009
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2009
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 186.872
(OBRA COMPLETA)
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-27-4 (TOMO LXXXIX)

IMAGEN DE LA PORTADA
IDENTIFICADOR DE VIAJE DE GABRIELA MISTRAL.
ARCHIVO DEL ESCRITOR. BIBLIOTECA NACIONAL.

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO LXXXIX DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2009

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

GABRIELA MISTRAL

CHILE:
PAÍS DE CONTRASTES



SANTIAGO DE CHILE
2009



Gabriela Mistral, ca. 1940.

EL CHILE DE CONTRASTES DE GABRIELA MISTRAL

Pedro Pablo Zegers B.

El corpus de textos mistralianos que ofrecemos a los lectores, entrega aquellas aristas del pensamiento Gabriela Mistral acerca del ser nacional y las identidades chilenas, vistas, sobre todo, como construcción cultural, es decir, como un paisaje tanto mental y refractario a nuestro Ser: discursos que leen a Chile en tanto sus contextos, sus gentes, sus mitos, sus invenciones, sus taras, por qué no adelantarlos, con ese sentido crítico, a veces bastante feroz que poseía; y también sobre nuestros discursos, tanto fundadores como en proceso, en su diacronía y sincronía con los hechos y acontecimientos patrios; sus prohombres y sus niños, sus prácticas sociales y políticas, su posición en América y el mundo, y, también y aunque en menor grado, su geografía natural.

La presente antología reúne artículos escritos entre 1906 y 1953, y responde a un justificado renacer de Gabriela Mistral después del retorno a Chile, en el año 2007, de un valioso legado de diversos materiales que permanecieron por años en poder de Doris Dana, su gran amiga y albacea.

En lo que sigue, intentaremos ofrecer una mirada descriptiva y analítica de la escritura de Gabriela Mistral. Esta mirada la entregaremos, a la vez, tanto desde la perspectiva de la propia obra de Mistral, así como también de una selección de, a nuestro juicio, los más destacados mistralianos, que han leído analíticamente, y con una mirada distinta, pertinente, fundadora, recreadora, perspicaz y apasionada, lúcida e informada, sus textos, tanto en prosa como en verso, y aquel particular tipo de escritura inventado por la propia Gabriela que dio en llamar “recados”. Es esta una visión íntima de la poetisa, fruto de sus reflexiones, vertida desde textos muy tempranos, hasta aquellos que produce ya en los años de madurez, distanciada de Chile, viajera del mundo; pero con una perspectiva siempre certera, capaz de contextualizar los temas a través de su propia experiencia de vida y su acervo cultural; sus preocupaciones, sus recuerdos del valle de Elqui y Montegrande, el “lar” fundacional de sus esperanzas y angustias, de su imaginario, su lengua, y su propia raigambre identitaria. Reflexiones, creemos, de extraordinaria vigencia.

Sorprende siempre al leer esta faceta mistraliana, la profundidad, lucidez y fuerza de su prosa. Para intentar una aproximación a la consolidación y el origen de tan particular discurso es necesario indagar qué se ha dicho –en gran parte siguiendo las declaraciones de principios de la misma Gabriela, por algunos estudiosos de su obra. Al respecto y de manera bastante pertinente y acertada, Fernando Alegría recuerda que la misma Gabriela decía que las mayores enseñanzas en prosa las había obtenido de sus lecturas de la Biblia y las cartas de Martí, y a través de Martí, Gracián. Para Alegría ya no cabe ninguna duda que Gabriela Mistral sea una de las más grandes prosistas de la América Latina en el siglo xx. Al afirmar tempranamente este convencimiento que ya es, sin duda, una certeza indiscutida, Fernando Alegría señala:

“Se ha estudiado mucho su verso, pero no tanto su prosa. No nos referimos al poema en prosa como en Rimbaud o Lautréamont, sino a cierta prosa, podríamos llamarla provisoriamente periodística, en la cual relampaguea la poesía, como también en la epistolar”¹.

Alegría percibe con lucidez cómo la prosa que más importa de Gabriela, no es la de sus poemas tempranos y de carácter modernista, publicados en *La Serena* y *Coquimbo* en la década de los años 1910, sino aquella que él llama “provisoriamente periodística” y en la que “relampaguea la poesía” y en que también se incluye su escritos epistolares, ya sean privados o públicos. Podríamos decir, entonces, que estamos ante una prosa referencial, que alude a ciertos temas denotativamente y que quiere abrir distintas miradas sobre los objetos que la preocupan; pero donde su fuerza radica, además, en la esencia misma de la escritura: esos relampagueos poéticos que son, también, qué duda cabe, parte de su contenido en tanto forma de expresión. Y una forma de expresión formidable, peculiar e irrepetible.

Respecto a aquella particular *modulación* de la prosa mistraliana, Volodia Teitelboim afirma, en su monografía dedicada a nuestra premio Nobel, que Gabriela practicó en su escritura una suerte de estructura doble, como en pliegues, donde lo explícito y lo implícito se imbricaban casi dialécticamente: “Hizo del escribir verdad abierta y verdad oculta. Su lectura merece una cierta pauta de señalizaciones útiles para recorrer el camino.” *La verdad oculta*, para Teitelboim, tiene directa relación con la “doble identidad” de la poetisa (“–como en cualquier otro escritor–”, precisa) en la que se interrelacionarían una personalidad “visible” y otra “invisible”: la primera sería la identidad literaria; la segunda, la sexual. “El tema siempre se ha tratado con gran cautela...”², enfatiza al respecto Teitelboim.

Refiriéndose, igualmente, a los orígenes, a la génesis de la prosa mistraliana, Alfonso Calderón intenta algunas interpretaciones en un penetrante y esclarecedor artículo sobre el problema de la prosa de Gabriela:

¹ Fernando Alegría, “La prosa en Gabriela Mistral”, p. 1.

² Volodia Teitelboim, *Gabriela Mistral: pública y secreta*, pp. 308-309.

“Sin duda, la prehistoria de esta prosa se encuentra en las innumerables cartas que, desde su primera juventud, la autora de *Tala* dirigió a amigos, maestros, conocidos o desconocidos, pero el origen en el tiempo se sitúa en los comienzos de la década del veinte”³.

Efectivamente, en 1940, Gabriela contó que el director de *El Mercurio* fue decisivo en ese quehacer. Recuerda Agustín Edwards le dijo:

“Un poeta posee siempre el derecho a escribir en prosa. Es un derecho esencial y no de ocasión. Si escribe mal un artículo, sus síntesis o sus metáforas le salvarán siempre”⁴.



Junto a un grupo de profesoras del liceo de niñas de Punta Arenas. Sentada, Laura Rodig. Punta Arenas, Chile, 1918. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Desde las cartas tempranas, hasta su paso como columnista permanente de el diario de mayor circulación e impacto social y político de Chile, Alfonso Calderón apunta a algunas claves de la prosa de Gabriela, que se mantendrán en el tiempo:

“Desde sus remotos trabajos, el sello profundamente personal se hace presente y en él recaba la asistencia de la gracia del lenguaje oral. Su prosa parece continuar a aquella que ha bebido en la leche, y el modismo americano”⁵.

³ Alfonso Calderón, *Prosa de Gabriela Mistral*, p. 9.

⁴ Calderón, *op. cit.*, p. 9.

⁵ *Ibid.*

Calderón manifiesta que a Gabriela se le puede atribuir lo que ella misma dijo al referirse al oficio de la palabra de José Martí: “comió el tuétano de buey de los clásicos”⁶. Con profundidad, Calderón ausculta la prosa mistraliana:

“Concede una atención muy especial a la revitalización del arcaísmo. ‘Su dejo rural’ la acompañará siempre, pues su comportamiento verbal se apoya en el pueblo... A la raíz elquina, se agregan las de los clásicos (Santa Teresa, Montaigne, Cervantes), de la Biblia, de la prosa descriptiva de Eliseo Reclus, de Unamuno, pero sobre todo, la línea de la lengua martiana”⁷...

Gabriela siempre rechazó lo que llamaba la lengua “manida y barbilinda”⁸. ¿Su opción? Trabajar en el idioma como “una vasta tela familiar”⁹. El mundo de la palabra para ella era esencial. Rememorando la muerte de Stefan Zweig precisa algo que le es muy cercano:

“Su melancolía más visible era la pérdida de la lengua materna. En su primera visita a esta me dijo que nada del mundo podría consolarlo de no volver a oír en torno suyo el *habla de su infancia*”¹⁰.

Ciertamente, algo que Gabriela comprendía a cabalidad.

Para Roque Esteban Scarpa, uno de los primeros investigadores que realizó notables compilaciones de los textos mistralianos, su prosa supo darle a su pensamiento un matiz singular: Scarpa la considera una escritura sorpresiva en tanto construcción y que, por lo tanto, también llega a sorprender al lector, a la vez por el enfoque de su mirada como por la articulación de su lenguaje: para Scarpa, esta “peculiaridad” haría de ella “un verdadero clásico olvidado de nuestras naciones de habla hispana”¹¹. Un “clásico” que ya, pensamos, está siendo actualmente situada en el lugar que le corresponde, corrigiendo así ese injusto olvido en nuestras letras, no pocas veces dadas a estos olvidos. Quizá este desconocimiento de la maestría de la prosa de Mistral se halla debido a su temprano alejamiento de Chile, a sus contados regresos a la patria, a esa especie de autoexilio que ella misma se impuso, muy a su pesar, con su tierra natal. Porque siempre Gabriela necesitó, desde los países en que vivió en su largo periplo por el mundo, sobre todo en diversas asignaciones consulares, un vínculo con Chile, estrecho, apasionado, casi obsesivo:

“Fue voluntariosa vendedora de la imagen de Chile por el mundo. –Afirma al respecto Scarpa–. No lo hacía por mero deber consular; era una forma de dar

⁶ Gabriela Mistral, “La lengua de Martí”, p. 135.

⁷ Calderón, *op. cit.*, pp. 9-10.

⁸ Gabriela Mistral, “Recado sobre Pablo Neruda”.

⁹ Mariano Picón Salas, “Gabriela Mistral”, p. 40.

¹⁰ Gabriela Mistral, “La muerte de Stefan Zweig”.

¹¹ Roque Esteban Scarpa, *Grandeza de los oficios*, p. 7.

desahogo a su ‘echar de menos’, de mantener contacto con la tierra distante. Pero también a través de esta remembranza del país va dando su opinión, señalando simpatías y remarcando aversiones”¹².

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Las de Gabriela, nunca fueron páginas escritas al azar. Para ella el oficio de escribir era sagrado.

“Desde temprano, descubrió, como asunto de honra y de temporalidad y eternidad, la concordancia entre el ser del hombre y el ejercicio de su menester en el mundo. –Afirma al respecto Scarpa– No puede separar el hacer del ser y el ser del hacer”¹³.

Esta aseveración de carácter ontológico de la escritura mistraliana, explica lo substancial y fundamental que habría sido, entonces, para Gabriela el ‘oficio de la escritura: es el Ser mismo de la poetisa, una suerte de trascendencia, pero también de ser y estar en el Mundo, de hallar a través del verso su lugar en la vida. Al respecto, Scarpa continúa diciendo que para Gabriela solamente la divinidad sería algo más trascendente que su oficio, y, por lo tanto este oficio, debe ser amado en esta condición: “es definición de vida”¹⁴.

Ahora bien, además de la tesis expuesta, no debemos olvidar el asunto de “los alimentos terrestres” como diría André Gide. Los artículos publicados en la prensa eran relevantes, para afianzar las exigencias pecuniarias de la vida cotidiana de Gabriela. En algún momento llegó a enviar “artículos para siete diarios del continente americano”¹⁵. Y necesitaba hacerlo, porque frecuentemente se olvida que, siguiendo aún la mirada scarpiana sobre las diversas aristas de la escritura de Gabriela Mistral, “bajo su cuidado, estuvo el equilibrar las necesidades familiares, mientras su madre y su media hermana Emelina vivieron”¹⁶. Pero siempre, aún en estos casos, hay una necesidad personal y vivencial en casi todos los tramos de su escritura; otras necesidades más profundas. En palabras de Roque Esteban Scarpa:

“repetir para los otros su experiencia de las vidas que contribuyen a darnos conciencia de la nuestra, que pueden formar parte del tuétano de alma que los mira y los admira...”¹⁷.

¹² Teitelboim, *op.cit.*, p. 283.

¹³ Scarpa, *Grandeza...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

¹⁴ *Op. cit.*, p. 8.

¹⁵ Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo*, p. 8.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 8.

¹⁷ Roque Esteban Scarpa, *Gabriela piensa en...*, p. 12.

Claro, hay textos donde ese “darnos conciencia de la nuestra”, es mucho más intenso, lúcido, profundo y no pocas veces exultante y conmovedor, que los más presurosos de la necesidad y por encargo.

Gabriela siempre estuvo atenta a lo que ocurría en Chile, y no sólo en materia literaria y educacional, sino también social, periodística y, además respecto a la contingencia política. Al respecto, Volodia Teitelboim enfatiza:

“No se sabe de dónde saca informaciones fantásticas. ‘Se que en nuestra tierra –escribe a Matilde– se están haciendo cosas de verdad definitivas y excelentes como es la Reforma Agraria que comienza’¹⁸.”



Condecoración al mérito en grado oficial, por el gobernador R. Boloña junto a Adelaida Velasco en el palacio de la gobernación de Guayaquil, Ecuador, septiembre de 1938.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

También estaba informada de los últimos acontecimientos literarios en Chile. Teitelboim nos narra al respecto que con este fin, en varias ocasiones, su amigo el escritor José Santos González Vera, le hacía selecciones, en Santiago, de lo mejor y más relevante de cuanto se publicaba en Chile y se lo enviaba periódicamente.¹⁹ Así Gabriela Mistral, a pesar de la distancia que la separó la mayor parte de su vida de su propia tierra, permanentemente, escribió, en su errancia por el mundo, sobre Chile. En una carta escrita a Radomiro Tomic sintetiza esta vida errabunda, pero siempre preocupada por Chile: “A mí, compadre, me importa mucho más mi país y los otros nuestros también; me trabajan, me suelen llevar por las noches

¹⁸ Teitelboim, *op. cit.*, p. 310.

¹⁹ Fernando Alegría, *Genio y figura de Gabriela Mistral*, p. 88.

a un hoyo o a un remolino de angustia”²⁰. Pero, luego venía las contradicciones vitales: “Sin embargo, mis paisanos siguen diciendo –expresa apesadumbrada– de mí que soy una sin patria, una descastada”. Y esta condición de “despatriada”, incluso llega asumirla como una fatalidad propia, una especie de “karma” como diría, pensamos, desde su mirada budista que le pesa y pesa, y que se traduce en una pérdida de lo más vital para un escritor: su lengua vernácula:

“Mi fatalidad es que, sin buscarlo, yo hablo una lengua (un pensamiento, una ideación) que no es la de mis criollos; nadie, nadie puede vivir en vano once o doce o más años de Europa y Estados Unidos”²¹.

Después de un largo periplo, estamos cada día más cerca de reconstruir una Gabriela Mistral definitiva, que supere la fragmentada que conocimos hasta ahora. Resulta una paradoja que este maravilloso legado no sea propiamente obra de Gabriela. La autovaloración de su obra siempre fue un tema en ella, que tenía por costumbre eliminar todo aquello que le parecía inacabado, en especial su obra literaria. Pero ese registro fue llevado con mucho rigor por Laura Rodig, Palma Guillén, María Urzúa, Consuelo Saleva, Gilda Péndola y, principalmente, por Doris Dana, por tratarse de su última acompañante y amiga. Fueron las verdaderas responsables de esta tarea de conservación. Su clara visión acerca del valor de los papeles de Gabriela, - del que el país debe estar reconocido -, nos permite hoy contar con su legado íntegro, como pocos existen de un autor nacional. A esa noble tarea se une el esfuerzo generoso de una serie de recopiladores de la obra de poetisa.

Esta antología responde al eco interior del pensamiento de Gabriela. Se trata de una tarea larga, colectiva, que enriquece el acervo cultural de Chile. Ya en la década de 1970, Roque Esteban Scarpa, realizaba casi un llamado, un imperativo que le debíamos a Gabriela como nación: “Existe el deber de una vasta tarea de recobro de la obra misma y por el mejor conocimiento del espíritu que la engendró”²². Y dentro de la misma línea de pensamiento, Fernando Alegría se preguntaba:

“¿Por qué escribió tantos artículos y tantos ‘Recados’, como ella llamó a sus mensajes que, no pudiendo ser orales, se acumulan en la mesa de redacción de *El Mercurio* de Santiago, *La Nación* de Buenos Aires, el *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica?”²³.

A lo que el autor de *Caballo de Copas*, se responde:

“Con vocación y oficio de maestra, Gabriela quería hablar, necesitaba hablar y, entonces, contaba sus viajes, sus entrevistas con gente famosa, sus interpretaciones de paisajes y artesanía, daba opiniones sobre problemas sociales, peroraba, cuchi-

²⁰ Teitelboim, *op. cit.*, p. 332.

²¹ Gabriela Mistral, “Carta a Radomiro Tomic.

²² Roque Esteban Scarpa, *Una mujer nada de tonta*, p. 7.

²³ Alegría, “La prosa...”, *op. cit.*, p. 11.

cheaba, conversaba, hacia confesiones, afirmaba la voz y, simplemente, narraba, buscando el oído infantil que todos llevamos para colmar horas de insomnio y vacío”²⁴.

Volodia Teitelboim, en su monografía de Gabriela recuerda que *Repertorio Americano*, dirigido por Joaquín García Monje, publicó artículos, ensayos y notas de Gabriela Mistral, desde 1919 a 1951, donde se encuentran muchas de sus más sobresalientes producciones²⁵.

Además de la multiplicidad de temas de los que Gabriela escribió y de los que hemos dado algunas pautas, también en ella, existía una narradora permanente, quizá impelida por sus orígenes del valle de Elqui, tierra de tradiciones y relatos orales, que quien haya estado en aquellas tierras donde parece haberse estancado el tiempo entre los montes veteados de colores minerales, las pétreas rocas que asemejan tantas formas y el cielo más claro del mundo, sabrá bien de qué se trata. Ana María Cuneo se acerca a esta pasión por narrar de Gabriela, desde una mirada teórica:

“La acción de contar es temprana preocupación de Gabriela –afirma Ana María Cuneo–. Se concreta en textos ya en *Ternura* en la sección de la Cuenta-Mundo: en ella nos apela, diciendo como los viejos fabuladores: ‘te contaré lo que tenemos’ y llega a su cumplimiento pleno en el largo despliegue de dicha acción en *Poema de Chile*. Contar la patria es un antiguo proyecto de la autora... La virtud del buen contar es central en la enseñanza escolar, es medio horario. Contar es encantar. Es decir, es hacer entrar al niño en la magia. Es la vía de acceso para que él pueda imaginar las cosas que el relato despliega: lugar geográfico, plantas, animales o acciones”²⁶.

A esta necesidad de contar, también, podemos considerar su relación con el deseo de cambiar la realidad, dado que para Gabriela: “Nuestro mundo moderno, sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder”²⁷. Aunque, habría que agregar, también aquí hay esa suerte de prurito de todo poeta moderno, desde Rimbaud a Bretón, de querer cambiar el mundo, y Gabriela es, ya qué duda cabe, una poeta donde la modernidad es uno de los rasgos quizá menos enfatizados, pero, paradójicamente, cada vez más nítidos y evidentes.

En relación con la pluralidad de sus inquietudes, a la multiplicidad que cada vez vamos descubriendo en su escritura, Roque Esteban Scarpa, con esa sonda siempre tan pertinente como supo leer a Gabriela, afirma:

“la dificultad de los Recados o prosas de Gabriela, y su riqueza también, reside en que ella, generalmente, no quiere conocer la línea recta y lógica, sino que cada tema

²⁴ Alegría, “La prosa...”, *op. cit.*, p. II.

²⁵ Teitelboim, *op. cit.*, p. 336.

²⁶ Ana María Cuneo, *Para leer a Gabriela Mistral*, p. 152.

²⁷ Roque Esteban Scarpa, *Magisterio y Niño*, p. 19.

le resulta incentivo para desarrollar pluralidad de asuntos adyacentes que tienen que ver con la figura del hombre, mejor dicho, con lo que a ella le ha parecido siempre ‘que debía profesión humana: la de formar la criatura espiritual’. Y la criatura espiritual se forma en libertad, en lo que le conviene a su ser en el mundo y su destino, y, en demasiadas ocasiones, respetando normas que tienden a la uniformidad, expresadas en programas que atienden a principios y no a realidades, no forman, sino deforman a esa criatura que es, para Gabriela, un ‘agua viva’ de la que se tiene la responsabilidad de mantenerle su vivacidad, sin empañársela”²⁸.

Pródiga con los artículos, con las colaboraciones de diversa índole y necesidad como ya habíamos visto, en periódicos y revistas, la actitud escritural de Gabriela Mistral para el libro en tanto obra, se nos presenta de una manera totalmente diferente, tanto que esta podría parecer una paradoja. Sólo tres libros de poesía en vida, y el proyecto siempre postergado y reescrito de su obra póstuma el *Poema de Chile*.

“Fue extraordinariamente renuente y evasiva para publicarlos. Sentía inhibición porque los estimaba una responsabilidad suprema. Una vez editados podían convertirse en un hijo que da alegrías o en una sentencia capital”,



Guayaquil, Ecuador, 1938. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

nos dice Scarpa al respecto. Todos los días escribía para ejercitar la mano. Sin duda, con los artículos se sentía menos presionada por la exigencia de perfección, de la escritura como corrección permanente, de la percepción del poema como nunca acabado y siempre perfectible.

²⁸ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, p. 19.

Hacia 1950, Gabriela tuvo la intención de hacer una recopilación seleccionada de su prosa. Algo que no prosperó. Sus textos en prosa eran profundos, llenos de llamados, como lo sabemos, con múltiples aristas y alcances, de una fuerza conde imaginación e imágenes siempre iban fundidas de manera admirable, además de esa particular articulación verbal, tan propia e inimitable.

“Gabriela tiene un poder descriptivo –enfatisa sobre los dones de esta prosa Scarpa– una imaginación metafórica, que, en ocasiones, se da de manera no sólo inconfundible, sino definitiva, quizás en la prosa más que en el verso”²⁹.

Sus escritos cruzan diversas temáticas. Fernando Alegría –citado por Volodia Teitelboim– nos propone un plan de la “ideología mistraliana”, que agrupa en cinco categorías que él considera esenciales para su comprensión y análisis:

- Derechos humanos: especial preocupación por las minorías sociales y raciales (mujeres, infancia, trabajadores, indios, judíos, perseguidos políticos).
- Cristianismo social.
- Antitotalitarismo: antifascismo, antimilitarismo, oposición a todo extremo político.
- Pacifismo: apoyo a las tácticas de la no violencia de Mahatma Gandhi; ataque a las guerras imperialistas y a la diseminación de las armas nucleares.
- Americanismo: exaltación literaria de la organización comunal indígena y promoción de la reforma agraria”³⁰.

AÑOS DE FORJA Y VALENTÍA

Cronológicamente, los primeros artículos corresponden a sus primeras incursiones en la literatura, los dolorosos comienzos como maestra rural, hasta que abandona Temuco para dirigir una Escuela de niñas de Santiago, mientras publica sus primeros poemas en periódicos locales y empieza a colaborar con la prensa internacional. Otra selección comprende artículos que se inicia en 1922 y culmina en 1945 cuando recibe el Premio Nobel de Literatura, quizás uno de los periodos más intensos de Gabriela. Aquel año de 1922, es invitada por el Gobierno mexicano a participar en el proyecto educativo de la Revolución, una experiencia que le marcó el corazón. Fueron dos años cruciales para Mistral. Fernando Alegría nos precisa:

“Un cambio decisivo... Acepta y parte sin saber que este viaje es más que un breve intervalo en su carrera. En verdad, ya no regresará más a Chile; volverá, es claro, de visita en varias ocasiones, pero no a quedarse”³¹.

²⁹ Scarpa, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 211.

³⁰ Teitelboim, *op. cit.*, p. 323.

³¹ Fernando Alegría, *Creadores en el mundo hispánico*, p. 50.

Al mismo tiempo publica su primer libro, *Desolación*, al que seguirán *Ternura* y *Tala*; y finaliza con la recepción del premio Nobel. Gabriela publica con frecuencia sobre diversos temas y empieza a tener reconocimiento de los círculos académicos internacionales como de la crítica. Los últimos artículos se remiten al periodo posterior a 1946. y culminan con un artículo titulado: “Un viejo tema: Comentarios sobre el Informe de Kinsey”³². En él vemos una Gabriela punzante, atenta a lo que pasa en el mundo y crítica, pese a que las sombras de la enfermedad que la llevaría a la muerte, poco después en 1957, ya se cernían sobre ella. Escribe en la edición de *LIFE* en español, del 26 de octubre de 1953:

“Yo fui hija de una pareja mal avenida; siempre creí que mi madre debía haberse ahorrado los sufrimientos que le dio mi padre y haber salvado algo de felicidad para su vida. Siempre ella rehusó el divorcio y la decisión suya se fundaba en el no despojar al esposo de sus derechos de padre y en esperar una reacción en sus hábitos. Esto no llegó, pero yo no oí jamás una sola queja amarga de esa mujer ‘buena y hermosa’,... tampoco un solo juicio contra el compañero ingrato. Ella evitó siempre el que yo creciese alimentando un resentimiento amargo en mi espíritu”³³.

Y precisa la situación de la mujer de nuestra América: “La pareja hispanoamericana rara vez falla a causa de la mujer, la cual resiste hasta un punto extremo”³⁴. En este sentido, alude a las causas de esta situación:

“Esta mentalidad, que acepta el sacrificio sin discusión ni replica, ha sido creada entre nosotros en primer lugar por la Iglesia Católica, y en segundo lugar porque el caso de los mal avenidos es demasiado frecuente y pasa de hábito a ley moral”³⁵.

Y también visualiza cambios:

“Hay que hacer notar sin embargo que, desde hace unos diez o veinte años, se observa que sube el número de divorcios, especialmente en la clase social adinerada o entre los individuos que van desprendiéndose –casi sin sentirlo– de sus hábitos religiosos. En Chile, la provincia más rica en divorcios es la de Santiago... La provincia guarda sus hábitos españoles. Dejando atrás la cuestión del matrimonio y aludiendo a la vida de la mujer soltera, se observa en las muchachas de hoy una tácita voluntad o una decisión de ser, ante todo, felices. La mayoría de ellas, saliendo de la costumbre colonial, adoptan las profesiones llamadas liberales... En todo caso, el ‘amor libre’ no tumba todavía la recia montaña de la moral sexual recibida del cristianismo”³⁶.

³² Gabriela Mistral, “Un viejo tema: comentarios sobre el Informe Kinsey”.

³³ Mistral, “Un viejo tema...”, *op. cit.*

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

LA VIGENCIA DEL PENSAMIENTO MISTRALIANO

Publicados en libros, diarios y revistas, esta selección constituye una cascada de amor y representan una preocupación permanente por Chile y su ideario sobre la chilenidad, que lo llevaba marcado a fuego. Todos publicados, pero con ansias de infinito, y absolutamente vigentes en el Chile actual. En ningún caso se trata de letra muerta, sino de palabras que mueven los espíritus y que tienen absolutamente vigencia en este complejo siglo XXI.

“Como buen alfarero que crea modelos de arcilla, ésta que aquí reposa creó en la palabra formas que tienen vida propia, germinante poder de desarrollar otras vidas en la tradición cultural de nuestro pueblo. Nos ha legado un hogar más hermoso que aquel en que nació y nacimos”³⁷.



En la escuela-hogar de Limache, Chile, 1938. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Según Matilde Ladrón de Guevara, en relación a lo visionaria, vigente y permanente de lo que podríamos llamar la actitud en su prosa, Gabriela:

“se adelanta medio siglo a su época y a su medio, de manera que sólo recientemente estamos tratando de que se cumplan sus sueños de poeta y sus profecías como pionera de las mujeres: encarar la reforma agraria, hacer válido el derecho de las guarderías infantiles, defender a la madre soltera, alfabetizar al pueblo, crear roperos escolares y nuevos regímenes carcelarios, etcétera”³⁸.

³⁷ Juan Gómez Millas, “Discurso en el responso de Gabriela Mistral”, p. 11.

³⁸ Matilde Ladrón de Guevara, *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, p. 22.

Insistiendo en este aspecto de permanente actitud vigilante, atente y moderna de Gabriela, Matilde Ladrón de Guevara puntualiza un aspecto que nos parece digno de destacar por su precisión y lucidez:

“El dolor se convierte en fuente de energía: estudia, enseña y escribe; vacía su amor a los niños y a la escuela, a los pobres y desvalidos, en poemas y canciones que publican algunos periódicos y revistas³⁹”.

Ahora bien, siempre dentro de este aspecto relativo a su forma adelantada, proyectiva y por lo tanto moderna, Fernando Alegría nos da nuevos rasgos para complementar las lecturas:

“Considerada bajo la perspectiva necesaria, al margen de prejuicios en su favor o en contra, Gabriela parece representar por encima de todo los valores de una conciencia social muy avanzada para su época⁴⁰”.

Sonia Montecinos apunta al referirse a la contemporaneidad a la que nos preocupa del pensamiento de Gabriela Mistral en su prosa:

“Son numerosos los ejemplos que podemos dar de la contemporaneidad y validez de las reflexiones mistralianas, tales como su visión sobre las materias ligadas a las relaciones de género, a las mujeres y su emancipación, aun cuando en estos temas a veces nos muestra una postura conservadora; a las tristes y deshumanizadas diferencias de clases sociales y a la discriminación; a la violencia que muchas veces ostentamos (situándonos al lado del cóndor y no del huemul); a una relectura de los ‘héroes patrios’; a su irrevocable postura democrática y a su lucha por la paz, entre otras⁴¹”.

Se trata de una mirada crítica, atenta, penetrante y, sobre todo, muy sagaz en sus imbricaciones ideológicas y pragmáticas: “con ojo chileno, que ve neto y mira sin pestañeo”. Son confidencias, destellos reiterados de originalidad y avizores de nuevos horizontes. Siguiendo con el tema, Montecinos agrega:

“Desde el punto de vista de una antropología mistraliana, encontramos similar manera de relatar la patria: su crítica al ‘descastamiento’ es, a mi juicio, una de las más notables y lúcidas contribuciones para pensarnos en nuestra constitución cultural”.

Este aspecto en el que hace énfasis Gabriela, tiene una estrecha relación con un problema que ella siempre se preocupó desde sus propias raíces, tanto, que con el tiempo y al aumentar su aparición en sus prosas –también, claro, en su poesía, sobre todo en el inconcluso *Poema de Chile*– con la negación de lo indígena, al decir de de Sonia Montecinos, con su “tachamiento y borronamiento del sujeto mestizo

³⁹ Luis Gómez Catalán, “Discurso en sus exequias”, p. 19.

⁴⁰ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, pp. 45 y 46.

⁴¹ Sonia Montecinos, “La necesidad de contar la patria o el acto del amor antiguo”, p. 3.

de su parte india, y a la vez, con el gesto histórico de sometimiento y silencio que se le ha impuesto”. Este silenciamiento, Gabriela Mistral lo considera como el modo más cruel de “aplantar a una raza”; y esto desde los mismos textos fundacionales de nuestro imaginario identitario, así, por ejemplo su *enjuiciamiento a La Araucana* de Ercilla, como un primer ejemplo de ‘mal contar’ sobre los mapuches, tergiversando, de esta manera, desde los orígenes mismos de los textos considerados como más ‘notables’ de la cultura chilena, la cultura mapuche en su esencia.

“Ese descastamiento –continúa Montesinos– sin embargo, tornará siempre presente aquello negado, puesto que lo tenemos incorporado, aunque no lo queramos, usando una metáfora culinaria, Mistral nos dirá: ‘El indio no está fuera nuestro: lo comimos y lo llevamos adentro’”⁴².

A Gabriela todo lo chileno le preocupaba.

“A lo largo de toda su vida siempre estará escribiendo no sólo su propia poesía y su sorprendente prosa, sino, también, de otros muchos temas fermentales que la nutrieron: su patria natal, su continente americano y sus patrias adoptivas en el mundo –precisa Jaime Quezada–. Amén de sus devotos artículos de fe o de su mujerío muy listo vueltos temperamento y pasión humana –continúa haciendo hincapié en los múltiples giros de su escritura–: La que anduvo en múltiples actividades de educadora, de congresista, de ajetreos consulares, se dejó su tiempo, su robocho para escribir sus recados tan tipificadores de escritura en sus temas y lenguaje: estilo y tratamientos muy suyos. Intenso y poderoso lenguaje –lenguaje mistraliano”⁴³.

Un aspecto no menos relevante y pertinente tanto de la atención intelectual de Gabriela, vertida después en el asunto de su prosa que estamos tratando, además, es el hecho de que siempre estaba atenta a las innovaciones comunicacionales que le permitieran conocer mejor Chile:

“Se nos ocurre que la radio podría darla y no otra, un ensayo de ‘mapa audible’ de un país. Ya se han hecho los mapas visuales, y también los palpables, o sea, los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias que volviese una tierra ‘escuchable’, dos dice al respecto Volodia Teitelboim”⁴⁴.

Tenía, claro está, permanentemente la necesidad de sentir Chile. Porque a Gabriela, y siguiendo a Teitelboim, una de sus mayores pasiones es determinar el problema moral de estos asuntos: en la acertada expresión de Volodia:

“puesto que a la impenitente cateadora de almas lo que le importa de veras en hombres y pueblos es sopesar su material ético... Por ello, más que a la geografía

⁴² Montesinos, *op. cit.*, pp. 2 y 3.

⁴³ Jaime Quezada, “Visión de Chile a través de la escritura recadera de Gabriela Mistral”, pp. 5-6.

⁴⁴ Gabriela Mistral, “Pequeño mapa audible de Chile”.

de Chile, que, desde luego, ejerce un influjo en el hombre que la habita, fijará los ojos en la historia...”.



Junto al escritor Alfonso Reyes, Veracruz, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Pero la historia se puede abordar desde múltiples perspectivas y pertinencias. La cosa es, como se pregunta Teitelboim, qué ve en ella Gabriela, cuales son los rasgos historiográficos que más la acucian o alegran. Ahora bien, parece paradójica, una vez más, la respuesta que da Volodia al respecto. Para él, lo que más le alegra de todo es un aspecto histórico que a otros entristecería:

“Chile nace como una nación opaca, sin el atractivo del oro y sin riquezas a la vista... –afirma al respecto– Gabriela rendirá tributo admirativo al indígena que defiende a su tierra como su segundo cuerpo, pues si lo pierde perderá también al primero, además de su identidad. Sencillamente dejaría de ser”⁴⁵.

Y con certeza profundiza:

“De tal tierra sin brillo, con población relativamente escasa, aprendió el segundo patriotismo en un libro español, *La Araucana*. Ercilla fue el que asentó la primera piedra en el edificio de la conciencia del ser chileno. Pues hacer Chile –como cualquier identidad nacional– ha requerido una voluntad de existir contra viento y marea”.

Cabría, en este punto, contrastar estas aseveraciones que nuestra pueden aparecer como contradictorias, respecto a la lectura de *La Araucana* como texto fun-

⁴⁵ Teitelboim, *op. cit.*, p. 285.

dador: la mirada crítica antropológica que ve Sonia Montesinos en la lectura mistraliana del texto de Ercilla, y la reivindicación histórica a la mirada de la misma, como piedra fundacional del español, de la que nos advierte Teitelboim; pero recordemos que Gabriela es diversa, cuando indaga y piensa, múltiple, compleja, y no, pocas veces, aparentemente contradictoria con sus objetos de lectura; porque estos, tampoco, dejan de ser los objetos de sus pasiones, en esa urdimbre intelectual y emocional que le es tan particular y, sobre todo, con la complejidad que siempre ha estado presente en sus escritos, como una suerte de *clima* tanto ético como nostálgico, dado por la permanente distancia física con su nación.

EL NIÑO ES AQUÍ Y AHORA

Uno de los temas más sensibles que le preocupaba era el de la infancia desvalida. La remitía a episodios de su propia biografía. Matilde Ladrón de Guevara relata:

“Refiriéndose a los niños de Chile, me decía: Créame, Matilde, siento a veces remordimientos de no hacer algo más por ‘esas mis criaturas?’ que tan urgiditas están. Desgraciadamente estoy cansada; he perdido mis fuerzas, y esta maquinita –señalaba el corazón– ha trabajado demasiado ya...”.

Matilde Ladrón de Guevara, al respecto, recuerda que indagaba en sus inquietudes al respecto: “¿Qué solución le encuentra a la indiferencia y abandono que existe en nuestros gobiernos por este problema vital, Gabriela?” A lo que ella, siempre severa y solemne cuando se trataba uno de los temas que más le acongojaban por el estado de cosas de la época:

“Primero, la voluntad de las madres de hacerse respetar por el hombre que es irresponsable, casi siempre, y alcohólico por atavismo. Esto depende de las leyes y del cumplimiento de ellas. Después, hay varios sistemas que rigen en países pequeños y que han dado espléndido resultado. Bélgica, por ejemplo, desarrolla el madrinaje de los niños pobres... Muchas mujeres nuestras poseen estas cualidades y serían capaces de hacerlo, pero como la vida, día a día, está más dura en Chile, es posible que esto jamás se realice. Existe también el sistema de las guarderías infantiles. Ese problema es exclusivo del gobierno, llegará el momento en que, por las buenas o por las malas, tendrá que realizarlo, en provecho de la raza.

–¡Lo exigirá el pueblo!– añadía yo, en espera de oír más, continúa rememorando Matilde. De esta manera, Matilde Ladrón de Guevara recuerda como Gabriela continuaba cada vez más seria y preocupada en sus exigencias: sería obligación de todos los gobernantes copiar los adelantos sociales de los grandes pueblos; más aún cuando se trata de aliviar la situación de la mujer y del hogar. Cuidar la formación del párvulo que es la semilla plantada para forjar el futuro⁴⁶.

⁴⁶ Ladrón de Guevara, *op. cit.*, pp. 18 y 19.

Lapidaria también lo es, sobre la situación social y económica de Chile, otro aspecto que agrega a las múltiples intervenciones sobre los aspectos sociales que le confidenciaría Gabriela Mistral:

“Gran parte de estos desastres se deben al olvido que hay allá de nuestra geografía, de los medios magros del país, de la miseria, de las desorganización. Además, aumenta progresivamente en las clases acomodadas, en los políticos mediocres, la sensualidad del lujo, el deseo de acumular riquezas o usurpar tierras. El subdesarrollo... engendra la falta de escuelas, y allí gravita el círculo vicioso de Chile”⁴⁷.

Con lucidez, Luis Oyarzún, en ese entonces Decano de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, expresó en sus exequias:

“Gabriela Mistral nos hizo sentir desde niño nuestro parentesco con tanta cosa de nuestra tierra que sin ella nos hubiera sido extraña. No sólo el viento, las selvas y las serranías afiladas de Chile y América. También el sufrimiento y la pasión, las alegrías y los juegos de nuestros hermanos, y sobre todo nos dio, sonriente o infinitamente triste, el torbellino de sí misma. Nos dio esa cosa difícil entre todas: nos dio acceso a la soledad entrañable del ser que vive, triunfante a veces, a veces derrotado, en la experiencia eterna de vivir”⁴⁸.

Los primeros artículos de esta selección se sumergen en la época del Chile parlamentario. Como afirma Mariana Aylwin, la gran mayoría de los editados últimamente, y otras más antiguas, destacan que la época parlamentaria fue un periodo de estancamiento nacional, además de profundas desigualdades socio y económicas: en suma, un tiempo de gobierno de castas, oligárquico, donde aquellas clases enriquecidas administraron Chile según sus propios intereses políticos y pecuniarios, con la consabida merma de la impronta moral y ciudadana de otros tiempos más igualitarios. Aylwin admite que sólo se le otorga un genuino mérito al desarrollo cultural de la época, republicano, pero siempre tradicionalista y aristocrático. Sin embargo, para ella, las recientes lecturas del período parlamentario, olvidan u obliteran, que este fue el periodo de gestación de la posterior democracia, además de la regularidad institucional, y de un progreso material, tan acelerado, como durante la época anterior a 1891, que se fortaleció la educación, y, en definitiva, consolidó la clase media. Sin las virtudes, concluye Mariana Aylwin fueron menores que los “males, de haberlas, las hubo y no menores y proyectivas en nuestra historia”⁴⁹. Pero Gabriela se quedó en los tonos grises. Y fue crítica, muy crítica. A nuestra democracia la califica como “manca”. Y le dolía: “Esta propensión a ver un destino lúgubre la atormentó siempre”⁵⁰, afirma Hernán Díaz Arrieta, respecto

⁴⁷ Ladrón de Guevara, *op. cit.*, p. 20.

⁴⁸ Luis Oyarzún, decano de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile en el “Responso a Gabriela Mistral”, en Mariana Aylwin *et al.*, *Chile en el siglo XX*, p. 294.

⁴⁹ Mariana Aylwin *et al.*, *Chile en el siglo XX*, pp. 15 y 16.

⁵⁰ Hernán Díaz Arrieta, en *Revista de Educación*, números, 69-70-71, Santiago, 1957, p. 32.

a esta visión tendiente al pesimismo que muchas veces primaba en los escritos de Gabriela. Y como corolario a esta visión crítica y negativa, pero no por ello menos sino, diríamos, más lúcida dentro de su dolor por Chile, Volodia Teitelboim enfatiza: “Ella dirá que la república es, casi como en todo el resto de la antigua América hispánica, una empresa demasiado azotada por las frustraciones”⁵¹.

ARRAIGO Y DESARRAIGO

Gabriela fue una mujer avanzada en el siglo XX y eso, ciertamente, le produjo una fuerte tensión en su vida y una dosis de incompreensión social, en algunos casos muy dolorosos. Y claramente una soledad que trató de mitigar con lecturas, una nutrida correspondencia con espíritus afines y la publicación de artículos. Vivió, entonces, por el mundo, pero de una u otra manera siempre estuvo en Chile. Creó un refugio en sus diversas casas que le permitió enfrentar un mundo que en más de una ocasión le fue ingrato y hosco. Estos materiales son el testimonio de este mundo interior y su entrañable amor por Chile. Su vida, como sabemos, fue fracturada en muchas ocasiones que la marcaron en forma indeleble. En su Vicuña natal aconteció una de las primeras fracturas de su alma.

“Tuvo una infancia y una adolescencia difíciles. Sensible, extremadamente sensible, la niña sufrió agudas crisis imaginándose perseguida y hostilizada, aislándose, adornando su soledad en la escuela con sueños de grandeza futura en el ‘mundo immaculado del arte’”,



En la campiña, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

⁵¹ Teitelboim, *op. cit.*, p. 277.

acota al respecto Fernando Alegría. Por ejemplo tenemos la ya famosa acusación del robo del de los lápices, incidente que otra niña hubiera pasado por alto y olvidado pronto, olvidado, pero al que Gabriela la persiguió toda su vida y al cual ella le asignó una especie de “significación misteriosa”. Recordemos que en la escuela primaria donde comenzó sus estudios, Gabriela Mistral estaba encargada de entregar papel de escribir y lápices, y en una oportunidad, simplemente distribuyó más papel del asignado, así como más lápices; la directora de la escuela, entonces, conocida como una mujer bastante hosca y prepotente, la acusó de ladrona. Jamás lo olvidó y el episodio lo encontramos, permanentemente, en cartas, discursos, conversaciones. Por eso siempre encontró en su hogar, un refugio de un mundo que siempre le fue hostil. Cómo dijo su gran amigo y hermano andino, Ciro Alegría: “toda su vida fue agónica”⁵²... Pero como el ave Fénix se recuperaba a través del verbo. Pero después volvía a caer. Al respecto Fernando Alegría precisa:

“Se creería que la fama y los éxitos literarios habían hecho a Gabriela. Pero no fue así. Ella sufría de un mal incurable: la conciencia de una soledad y una alienación que eran inherentes a su modo de vivir”⁵³.

Eso explica quizás que tardó casi una década en venir a Chile tras recibir el Nobel. Algo extraño, sin duda, que se explica por la compleja personalidad de Gabriela Mistral. Por eso la importancia de sus escritos: la vinculaban con su Chile, ese que le parecía, a veces, tan hosco.

Gabriela nunca fue ciudadina y cuando residió en ciudades, se refugiaba en su hogar, como habíamos dicho más atrás, su “pequeño paraíso”. Al respecto escribió:

“Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades –que son varias– se haya esta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida, y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas”⁵⁴.

Y reafirma su añoranza por el terruño de la infancia:

“Si yo hubiese de volver a nacer en valles de este mundo con todas las desventajas que me ha dejado para la vida ‘entre urbanos’ mi ruralismo, yo elegiría cosa no muy diferente de la que tuve entre unas salvajes quijadas de cordillera: una montaña patrona; o unas colinas ayudadoras de los juegos, o ese mismo valle de un kilómetro de ancho y dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina. Por conservar sentidos vívidos y hábiles, siquiera hasta los doce años, y saber distinguir los lugares por los aromas; por conocer uno a uno los semblantes de las estaciones; por estimar las ocupaciones esenciales, que son precisamente las bellas, de los hombres antes de conocerles las suplementarias y groseras: el regar, el podar, el segar, el vendimiarse, el ordeñar, el trasquilar”⁵⁵.

⁵² Ciro Alegría, *Gabriela Mistral Intima*, p. 21.

⁵³ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, p. 59.

⁵⁴ Gabriela Mistral, “Infancia rural”.

⁵⁵ Mistral, *op. cit.*

Algo que reafirma Roque Esteban Scarpa, al señalar que Gabriela no tuvo olvido para “su tierra de Elqui... y esa continuidad fue su gloria y su tragedia: la raíz que sostiene al árbol que puede remecer el viento”⁵⁶. Ella siempre fue la misma: “A pesar del éxito: solitaria, ascética en las maneras y en el vestir, tímida e impregnado el corazón de Elqui que la acompañaba siempre en el recuerdo”⁵⁷.

El afán de Gabriela por comunicarse era intenso y constante. Recuerda Fernando Alegría que quien haya tenido la oportunidad de oírla en sus conversaciones cotidianas, ya no puede leerla “sin que el tono de su voz, la cancioncilla de su valle y sus montañas, suene entre sus versos y nos vuelva el recuerdo de esa actitud de vigilia nocturna suya, en que las imágenes de sus poemas volviéranse recuerdos íntimos y estos recuerdos transformábanse a su vez en una especie de testimonio asombrado de vida que se escapa.” Este tono es que para Alegría le da el ritmo interior concentrado a sus versos, el particular temple anímico de su propia respiración, una suerte de murmuración:

“Gabriela Mistral hablaba cuando escribía, no a voces, quizá murmurando hacia dentro, concentrada a fondo para fijar el ritmo interior de su verso según el alcance y el eco de su respiración”⁵⁸.

Y lo hacía de manera profusa:

“Llenaba cuadernos y cuadernos con una caligrafía pujante, inclinada como corriente de río, impetuosa, alarmada, recriminatoria, nostálgica, irónica, tierna, maternal. Nunca conceptuosa, jamás académica. Brazos de ríos eran sus cartas y, la puntuación, piedras, que su humor rebasaba sacándoles brillo y espuma”⁵⁹.

“Matilde Ladrón de Guevara la recuerda ‘laborando sobre una tabla, ajena a escritorios’, dejando copia de sus cartas. A veces, atacaba un tema que le exigía conocimientos técnicos; salía victoriosa del trance y parecía respirar tranquila. Pero, sucedía, asimismo, que se trababa y, entonces, recurría al neologismo fuerte, caprichoso y torturado, ese que le criticó Alone”,

apunta Alegría⁶⁰.

“Leyendo esas parrafadas –continúa Alegría– he sufrido por Gabriela, notándole una afectación y un regodeo, formas de muletillas, que le sobraban. Presumía de casticismo, habla antigua que ella enraizaba en sus valles y montañas de origen. Y presumía también de rarezas lingüísticas que hubiese querido identificar como rasgos de creación oral de campesinos y criollos. No siempre convencía”⁶¹.

⁵⁶ Scarpa, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 19.

⁵⁷ Maximino Fernández, *Gabriela Mistral: vida y obra*, p. 49.

⁵⁸ Alegría, “La prosa...”, *op. cit.*, p. 2.

⁵⁹ *Op. cit.*, p. II.

⁶⁰ *Op. cit.*, p. III.

⁶¹ *Ibid.*

Juan Loveluck, por el contrario, destaca en sus escritos en prosa, lo que él llama “nuestro americanismo”, es decir una permanente y arraigada devoción por lo propio, un incansable indagar en la condición mestiza americana y una particular concepción de la prosa en que la búsqueda sin fatiga de una originalidad expresiva –los casticismos, la oralidad criolla, el habla arcaica del valle de Elqui, etcétera– que hace de su prosa “tan creadora como el ejercicio del verso”⁶².



En Chichén Itzá, junto a Doris Dana y amigos, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

LA TRANSGRESORA

Sus escritos siempre provocaban diversas reacciones en el Viejo Chile. Gabriela lo sabía:

“Que me perdonen en este artículo las alusiones personales. Lo aprovecho para contestar algunas ingenuidades dañinas y también algunas majaderías que sobre mi fobia feminista he dejado correr durante dos años de paciente silencio”⁶³.

Siempre alerta, las preocupaciones de Gabriela por Chile fueron constantes y bien informadas. Sus comentarios no tuvieron freno y en más de alguna ocasión esto le fue caro.

“Gabriela Mistral era muy susceptible. Según su traductora Mathilde Pomès sufría a ratos delirios de persecución. Durante una comida de escritores en Madrid, le

⁶² Juan Loveluck aparece citado en Alegría, “La prosa...”, *op. cit.*, p. III.

⁶³ Gabriela Mistral, “El voto femenino”.

pareció que alguien pronunció un discurso ‘muy especialmente endilgado a mí’. Escucha decir... que ella siente gratitud porque los conquistadores españoles entraron en contacto con las indias, cosa que efectivamente no sólo había dicho sino también escrito. Algún exagerado... hizo en voz alta una aclaración muy específica: ‘Lo que sucede es que esta señora no sabe que si los españoles tomaron indias, fue porque allí no había monas’⁶⁴.

Gabriela está fuera de sí. Reclama, pero no es escuchada. Poco después “en su correspondencia a Armando Donoso le confidencia su desengaño. Esa carta no estaba destinada a la publicidad, pero se filtró”⁶⁵.

Sucede que Marta Brunet, directora de la revista *Familia* la publicó.

“Supongo que no figuraba en los planes de Marta Brunet desatar una tormenta eléctrica; el caso es que ella encargó a Miguel Munizaga –un crítico de cine, oriundo de la misma región de Gabriela– que escribiese un artículo sobre su coterránea. Solicitó aquél, antecedentes nuevos a Armando Donoso; éste le entregó un cartapacio donde iba la carta dinamita”⁶⁶.

En definitiva, Gabriela tuvo que dejar Madrid y refugiarse en Lisboa.

“Nunca ella olvidaría el asunto; nunca perdonaría a ninguno de los que tuvo participación pequeña o grande..., en aquella que juzgaba ‘conspiración alevosa’”⁶⁷.

Pero ella era así, frente a la página en blanco, abría su corazón.

Durante la persecución que sufrió Pablo Neruda, entre 1946 y 1952, como opositor al gobierno de Gabriel González en Chile, por la llamada “Ley maldita” que proscribió al Partido Comunista, Gabriela fue notificada por el Ministerio de Relaciones Exteriores con una prohibición de recibir al que por esos años era ya su amigo, en el consulado que tenía a su cargo. Al respecto, Gabriela Mistral, comentó tiempo después:

“Me prohibieron desde allí recibir en el consulado a Neruda. ¡Qué poco me conocen! Me hubiera muerto cerrándole la puerta de mi casa al amigo, al más grande poeta de habla hispana y, por último, a un chileno perseguido. Yo fui perseguida. ¡Y cómo!”⁶⁸

“Gabriela –siempre en esta faceta transgresora ante lo que encontraba injusto, continúa al respecto Fernando Alegría– subrayó con rabia un fenómeno que domina nuestras sociedades mediatizadas: el silenciamiento de las voces que no se suman al coro obligatorio del sistema imperante”⁶⁹.

⁶⁴ Teitelboim, *op. cit.* pp. 217-218.

⁶⁵ *Op. cit.*, p. 218.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Op. cit.*, p. 219.

⁶⁸ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, p. 55.

⁶⁹ Teitelboim, *op. cit.*, p. 289.

Y al respecto escribió con lucidez y profundo sentido crítico, y, también, con poca ironía y causticidad:

“Yo también he sufrido después de veinte años de escribir en un diario y de haber escrito allí por mantener la ‘cuerdecita de la voz’, que nos une con la tierra en que nacimos y que es el segundo cordón umbilical que nos ata a la madre. Lo que hacen es crear mudos y por allí desesperados. Una empresa subterránea de sofocación trabaja de día y de noche. No sólo el periodismo honrado debe comerse su lengua delatora o consejera; también el que hace libros ha de tirarlos en un rincón como un objeto vergonzoso si es que el libro no es de mera entretención para los que se aburren”⁷⁰.

Pablo Neruda, consciente de este mal endémico de la mayoría nuestros medios de comunicación, arremetió, por su parte, contra el diario *El Mercurio*, por los artículos y alabanzas que aparecieron tras la muerte de Gabriela Mistral:

“...ahora llora lágrimas de cocodrilo, exoneró a Gabriela de su puesto de colaboradora por más de veinticinco años, por haber escrito a favor de la paz y de la coexistencia pacífica”⁷¹.

LA LEY DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA

La década de 1920, fue en Chile un periodo de extensión de la enseñanza. Recordemos que en 1920 se legisló haciendo obligatoria la educación primaria por un periodo de cuatro años. Y este principio de la enseñanza primaria obligatoria, adquirió su rango constitucional en la Carta del año 1925. Pero Gabriela fue una adelantada en la urgencia de esta necesidad, especialmente en la mujer. Al respecto escribió:

“Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual, aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida. Se ha dicho que la mujer no necesita sino de una mediana instrucción; y es que aún hay quienes ven en ella al ser sólo capaz de gobernar el hogar”⁷².

Acerca de la posición de Gabriela Mistral respecto al problema de la enseñanza, Fernando Alegría precisa:

“Gabriela se educó para ser profesora y ya desde los 16 años fue de escuela en escuela, a lo largo de Chile, enseñando toda clase de cosas a niños y niñas tan pobres como ella, cultivando en sí misma la imagen de ‘maestra rural’ que sería más tarde el tema de uno de sus mejores poemas. Era entonces una joven alta, de frente despejada,

⁷⁰ Teitelboim, *op. cit.*, p. 289.

⁷¹ *Op. cit.*, p. 319.

⁷² Gabriela Mistral, “La instrucción de la mujer”.

pelo liso y estirado, de grandes ojos verdes y ademanes tranquilos, señoriales. Se vestía siempre de oscuro y las faldas del traje de sastre le llegaban siempre al suelo, llevaba zapatones macizos, como de hombre. Leía la poesía modernista de la época; prefería a quienes mostraban tendencias místicas como Amado Nervo. Devoraba las novelas de los rusos, Tolstoi y Gorki especialmente; pasaba muchas noches en vela escribiendo y fumando. Todo esto era una muestra de una actitud rebelde que la sociedad de su tiempo veía con malos ojos. La consideraban ‘rara’⁷³.



Veracruz, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Para Gabriela Mistral la educación de la mujer era insoslayable:

“La instrucción suya es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino a la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar contra la miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo”⁷⁴.

Al ser discutida una ley esencial para la República escribió al respecto:

“Ha sido despachada por el Senado la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, por cuya implantación han clamado los obreros en meetings, la prensa en centenares

⁷³ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, p. 47.

⁷⁴ Mistral, “La instrucción...”, *op. cit.*

de editoriales y las sociedades de maestros en notas y en presentaciones. Formaba parte de la nueva ley un aumento de sueldos al profesorado primario, gestionado desde hace unos cinco o siete años ante el Gobierno”⁷⁵...

Y fustigó con fuerza:

“Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, íéxito y victoria!”⁷⁶.

Gabriela, ¿acaso una feminista? Alegría sostiene:

“A principios del siglo xx, las mujeres chilenas comenzaron a romper el mito que las condenaba a ciertas profesiones –afirma respecto al clima social de la época Teitelboim–. Egresaron de la Universidad de Chile las primeras doctoras en medicina, arquitectas, ingenieras, y, al competir abiertamente en el mundo profesional, entraron de lleno en el mundo de la política. En las campañas de Gabriela Mistral y otras escritoras este movimiento apareció como una defensa de los derechos humanos, un esfuerzo por incorporar a la mujer al proceso activo de una revolución social. Para comprender la índole verdadera de su activismo, que lo diferencia del ‘feminismo’ actual, bueno es recordar que cuando las mujeres recibieron el derecho a voto en Chile –en 1934 votaron por primera vez en elecciones municipales– no votaron como ‘mujeres’, sino como personas políticas de acuerdo a sus intereses de clase y la ideología de sus partidos”⁷⁷.

Teitelboim opina que el feminismo de Gabriela fue una de características muy particulares, dado que para la poetisa la vida es deber y responsabilidad, y su recomendación es que las mujeres lo cumplan.

“Parece anticuado –afirma al respecto Volodia y continúa su lectura del feminismo mistraliano–. Tal vez tiene poco con el movimiento feminista moderno ponderar como modelos a las madres hebreas y romanas... El empequeñecimiento de los hombres comienza con la corrupción femenina. No predica la quietud ni el conformismo. La madre ha de reclamar para su hijo todo lo que merecen los que ‘nacen’ sin que pidieran nacer... Luchará por terminar con la categoría absurda de hijo ilegítimo y por impedir que el pequeñuelo sea arrojado prematuramente a las chimeneas de las fábricas. Nótese que Gabriela no predica la inercia silenciosa. Prefiere a la mujer osada, que discute con la maestra la formación de sus hijos. Les cita en su apoyo un verso de Walt Whitman: ‘Yo os digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres’”⁷⁸.

⁷⁵ Mistral, “Sobre la Ley...”, *op. cit.*, p. 321.

⁷⁶ Mistral, “La instrucción...”, *op. cit.*

⁷⁷ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, p. 50.

⁷⁸ Teitelboim, *op. cit.*, pp. 159 y 160.

Espíritu sensible, los libros para Gabriela fueron cercanos compañeros de ruta. La Biblia, por ejemplo, le era inseparable. Volodia Teitelboim hace hincapié en la significación de la lectura para Gabriela: “Lee y lee, ¿así llena la soledad? Toma los libros por verdades. Crece sumida en el ensueño de los personajes ficticios y las tensiones de la pobreza”. ¿Una suerte de bovarismo? Tal vez, porque la imagen de la Gabriela lectora incansable e incluso un tanto obsesa, en su adultez, tiene sus orígenes en una niña solitaria, una pequeña lectora en una aldea perdida entre montañas, con un pasar económico al justo, sin imagen paterna, y para quien el futuro es una incógnita, un tiempo incierto... entonces, concluye Teitelboim, “quizás deba buscar una salida por la única puerta que sabe abrir: la lectura, la escritura”⁷⁹. Por eso, cuando ya era adulta, incansablemente, insistía en la importancia de la lectura para los jóvenes:

“Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos soles grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haría conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraría todos los secretos de esas alturas. Y, después que hubiera conocido todas las obras; y, después que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su religión de lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma. ¿Por qué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?”⁸⁰.

La lectura tenía una misión fundamental: permitía, el diálogo con almas universales, que le permitió “el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más”⁸¹.

Gabriela le tomó el pulso a la noble misión de enseñar cuando empieza a trabajar, a comienzos del siglo xx, como maestra en la escuela de la Compañía Baja, localidad aledaña a La Serena.

“Será entonces, como tantas de su tiempo, preceptora sin título... Allí penetra un día, tímida, la adolescente de cara redondeada y grandes ojos verdosos con la misión de impartir el aprendizaje más primario: lectura, escritura, aritmética. La muchacha tiene algo que alguien pudo considerar espíritu precozmente maternal y otros, don pedagógico... Relata con duende. Convierte la clase en sesiones de magia... Sienten la seducción del relato como si se les abriera el telón de un teatro al cual ellos nunca antes habían asistido”⁸².

La pasión se desencadena en Gabriela y sería para siempre. En realidad, a ella consagró su vida y en el poema:

⁷⁹ Teitelboim, *op. cit.*, p. 30.

⁸⁰ Mistral, “La instrucción...”, *op. cit.*

⁸¹ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, p. 13.

⁸² Teitelboim, *op. cit.*, pp. 30 y 31.

“¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra. / Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes (...) Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes”.

Ésta es la concepción profunda de su magisterio a la que fue fiel durante su vida.
Y precisa con fuerza:



Veracruz, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

“Hay algo más importante que todas las quintas esencias de pedagogía teórica, y es esto: la enseñanza ha de estar llena de espíritu; el maestro para darla, debe ser un hombre idealista no por accidente sino por vida interior; sin desdeñar el confort de la sala y el auxilio del material copioso, hay que recordar que el alma del maestro importa más que eso, mucho más. Aquí como en religión, todo queda inerte, es vacío, si falta ‘la gracia’, el toque de fuerza de la palabra llena de... del maestro”⁸³.

Le dolía la situación del profesor:

“Deja una profunda tristeza la observación de una charla entre maestros. Fuera de la penuria económica, de la ubicación brillante u oscura, de la probabilidad de ascensos, nada en ella que revele el grupo de formadoras de almas”⁸⁴.

⁸³ Gabriela Mistral, en Pedro Pablo Zegers B. *et al.*, *Recopilación de la obra Mistraliana: 1905-1922*.

⁸⁴ *Op. cit.*, p. s.n.

Dejaba traslucir una crítica a las Escuelas Normales de la época. Escribe al respecto:

“el maestro que dan es casi tan mundano como otro profesional... El maestro, el hombre idealista no asomará sino en algún discurso de festividad, nunca en la vida... Este oficio de enseñar, tan noble, llamado a destino tan grande en nuestro tiempo, está empequeñecido, rebajado en quiebra moral, a causa del Estado, en parte, y en parte de los maestros”.

Le molestaba el maestro enciclopédico, “nada es más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a un texto”⁸⁵.

Esta mecanización de la educación era un tema fundamental para Gabriela. Precisa al respecto Scarpa:

“el conocimiento llega a la mecanización porque quienes lo imparten carecen de ese fervor de espíritu que da vida y puede trasmitirse como vida, a lo que se sabe. No disocia la profesión del ser”⁸⁶.

Gabriela, como decíamos, sentía la urgencia de la educación, pero también apreciaba otras variables socioeconómicas que dificultaban la enseñanza:

“Es en las aldeas, donde se siente más imperiosa la necesidad de la Instrucción Primaria obligatoria. La creación de escuelas en los más ínfimos lugares, impone un aumento sin dar los beneficios cuya obtención inspiró. Los padres de familia, en su mayoría rústicos, no quieren privarse durante unos pocos años del trabajo de sus hijos, ni convencerse de que la instrucción es tan necesaria a su ser moral e intelectual como la salud a su ser físico. De ahí que, a pesar del favor que se concede a la educación popular el número de analfabetos es enorme, lo cual hace poco honor al rango intelectual de un país”⁸⁷.

Gabriela fue una maestra apasionada. Por eso no admitía excusas: por su propio núcleo familia, desde comienzos de su vida, la enseñanza fue pan diario para ella, parte de la una permanente cotidianeidad. Es más, ella misma comenzó su vida laboral enseñando: “Se fue haciendo a sí misma, mientras quería, poniendo todas sus potencias en ella...” afirma al respecto Roque Esteban Scarpa⁸⁸.

A Gabriela, sobre todo, le indignaba la discriminación. Estando en Punta Arenas escribió:

“Antiguamente, la justicia humana marcaba en la piel a los criminales con un hierro candente, y la misma práctica seguían los dueños con sus esclavos. Tan

⁸⁵ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, p. 12.

⁸⁶ *Op. cit.*, p. 21.

⁸⁷ Gabriela Mistral, “Sobre instrucción primaria”.

⁸⁸ Scarpa, *Magisterio...*, p. 11.

bárbara costumbre persistió en la América Colonial, aún después de abolida la esclavitud en las metrópolis europeas... A la actual generación le estremece de horror la idea de marcar brutalmente a seres humanos con un indeleble estigma de infamia, deshonra e inferioridad. Pero tampoco tenemos derecho a grabar en la mente de ningún ser humano la sugestión de inferioridad”⁸⁹.

En las cercanías del centenario de la República le preocupaba el alto número de analfabetos que existía en el país:

“Este mal es que, en plena era de progreso, y en un país como en el nuestro, que no tiene mucho que envidiar a otros en adelanto intelectual, la cifra de analfabetos es abrumadora”⁹⁰.

Y exigía una participación más decisiva del Estado para solucionarlo:

“Vano es el empeño que buenos Gobiernos han mantenido de difundir la instrucción popular dotando de Escuelas a las más pequeñas poblaciones; pues no siendo reconocida por todos lo imprescindible de la Instrucción la asistencia a esas Escuelas es escasa, ya sea la causa de esto la ignorancia de los padres o sus estrecheces pecuniarias, a las que ponen remedio dando participación a las niñas en sus faenas, desde edad inadecuada, uno u otro motivo sugieren lo necesario de que la ley imponga, como otro cualesquiera, el deber de los padres sobre la instrucción de sus hijos, el castigo por la omisión de su cumplimiento”⁹¹.

Al respecto, Gabriela Mistral no admitía postergaciones:

“Con la realización de este proyecto soñamos todos los que sentimos las necesidades profundas del pueblo, no bastando a conformarnos con su postergación las razones dadas sobre ella, razones de economía principalmente...”⁹².

Es interesante ver la forma como Gabriela concibe la impostergable realización de este proyecto de instrucción pública, como una forma de emancipación del pueblo, como un paso hacia la libertad del hombre, al punto de comparar ese esfuerzo impostergable con las gestas que se dieron por establecer la República: “Conmemoremos así aquel paso gigantesco que de la esclavitud a la libertad dieran resueltamente, nuestros antepasados...”⁹³.

La carrera pedagógica y, por supuesto, su vocación incansable, sobre todo por sus antecedentes pedagógicos, Gabriela la concibe en relación a la variedad de su experiencia en el magisterio, que ejerció tanto escuelas rurales como en liceos

⁸⁹ Roque Esteban Scarpa, fragmento que lleva el nombre del Liceo de Punta Arenas registrado en *La desterrada en su patria*, p. 297.

⁹⁰ Gabriela Mistral, “Sobre el Centenario: ideas de una maestra”, pp. 311-312.

⁹¹ *Op. cit.*, p. 312.

⁹² En Pedro Pablo Zegers Blachet, *La tierra tiene la actitud de una mujer*, p. 15.

⁹³ En *op. cit.*, p. 16.

de provincias (Antofagasta, Traiguén, Los Andes, Punta Arenas, Temuco) y en la capital. Roque Esteban Scarpa ve en su práctica magisterial una suerte de experimentación en terreno, en la cual sin dejar de lado las formas tradicionales de la pedagogía, podía estar en directo contacto con los pueblos originarios, los adultos y los niños de los pueblos más alejados, lo que la pusieron en una situación de privilegio para poder juzgar y sopesar la función real de la educación, así como sus defectos hasta el momento endémicos⁹⁴. De esta práctica permanente de Gabriela, inevitablemente surge una mirada muy crítica, muy severa que, en consecuencia, hace de su pensamiento pedagógico una instancia absolutamente actual, un pensamiento sorprendente por sus proyecciones, y, sobre todo, por sus intuiciones tan penetrantes y pertinentes, expresadas en su prosa en

“un estilo relampagueante y de una exactitud irónica. Roque Esteban Scarpa admira en sus escritos y su ideas, la valentía para sostener y mantener ‘principios’, que, además, constituirían la historia aún vigente, a pesar de ser fragmentaria, de la educación en Chile, en el largo transcurso temporal, cuando Gabriela fue parte activa, tanto en la práctica misma de aula, como en el raciocinio sobre ella”⁹⁵.



A su derecha, junto a la poetisa Dulce María Loynaz, La Habana, Cuba, 1953.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

⁹⁴ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, p. 18.

⁹⁵ *Op. cit.*, p. 18.

Por ejemplo, para Gabriela,

“el niño aparece como víctima de un fanatismo unanimista, desgarrado entre la opinión del padre, que es dueño suyo medio día, y entre la del maestro, que es poseedor del otro medio, cada uno atado a una fe o a una política y que le traspa su verdad o su error como el color de sus ojos. Si el padre, en la mayoría de las ocasiones, no hace más que llevarle el alimento al hijo, porque sus ocupaciones lo desentien de la preocupación real por su desarrollo cabal de hombre, la madre puede ser el factor formativo más importante”⁹⁶.

Algo que Gabriela vivió personalmente, pero sobre todo a través de su hermana mayor, Emelina Molina Alca yaga, dado que su padre, Gerónimo Godoy, fue siempre, para ella, la imagen de la ausencia.

La visión educacional del niño, según Mistral, está enraizada en la formación espiritual del niño. Gabriela Mistral pensaba que los esfuerzos y programas realizados en Chile para proteger la infancia, se reducían a meras vacilaciones y balbucesos:

“cuanto se ha hecho hasta hoy dentro de nuestros sistemas para salvar la infancia, en conjunto, de la miseria y de la degeneración física y moral, ‘resulta pobre, vacilante y débil, y es un balbuco’”⁹⁷.

¿Tuvo Gabriela Mistral una opción política militante, para encarar esta problemática? La respuesta es que Gabriela Mistral, siempre miró con desconfianza a la clase política: “No fue una indiferente cívica pero detestó a muerte la politiquería, que la persiguió, la postergó y la hizo pasar malos ratos”⁹⁸, afirma Volodia Teitelboim sobre su particular visión de la casta dominante de la época e, incluso, cierta oposición. Por lo que, además, Teitelboim deduce que su itinerario político fue ajeno a cualquier compromiso ya sea partidista, o hacia una ideología específica: “Su posición aislada y altiva, además del apoyo que recibía de las mujeres de clase alta chilena, le creaban enemigos. La llamaban “arribista”⁹⁹. Manteniendo esta firme posición, continúa Volodia teitelboim, en relación a la infancia desvalida,

“descarta entre las soluciones el comunismo, porque arranca a la madre el hijo y se lo entrega a ‘esa horrible rueda fría que se llama funcionario de cualquier país’, porque abomina de educación en masa, pues busca la suma de individualidades, dentro de una norma colectivista”¹⁰⁰.

Hacia 1910, la situación socioeconómica en Chile era muy compleja.

“Por la época, había en Santiago cerca de 1.600 conventillos y en los cuales vivía una población de 75.000 personas. Esto significó que los sectores más desposeídos

⁹⁶ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, pp. 21 y 22.

⁹⁷ *Op. cit.*, p. 22.

⁹⁸ Teitelboim, *op. cit.*, p. 135.

⁹⁹ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, p. 50.

¹⁰⁰ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, pp. 22 y 23.

vivieran en la promiscuidad, que causó múltiples enfermedades infecciosas: el cólera, la viruela, el tifus causaron estragos. Por lo tanto, la tasa de mortalidad infantil, altísima, era cada vez más alarmante. En el país de aquella época, había un 30 por ciento de mortalidad infantil. Por otra parte se indica se cuenta con un 35 por ciento de nacimientos fuera de un núcleo familiar. Y los niveles de educación, por ende, eran bajísimos y deficientes. El analfabetismo alcanzó un 49,7 por ciento en 1907 y cerca de un 36,7 por ciento en el año 1920¹⁰¹.

Dentro de este desmejorado contexto social, en 1918, Gabriela celebra unos cursos de la Sociedad de Instrucción Popular. Escribe al respecto:

“unos cursos nocturnos de mujeres, y esto es de una inmensa significación para nuestra ciudad. Se trata de la primera escuela de tal índole que habrá en provincias. Es una honra para el grupo de mujeres que busca más amplitud de horizontes y muy principalmente para la institución que recoge la voz de los humildes y no mide la magnitud del esfuerzo, por medir la magnitud del servicio... Las mujeres formamos un hemisferio humano. Toda ley, todo movimiento de libertad o de cultura, nos ha dejado por largo tiempo en la sombra. Siempre hemos llegado al festín del progreso, no como el invitado reacio que tarde en acudir, sino como el camarada vergonzante al que se le invita con atraso y al que luego se simula en el banquete por necio rubor. Más sabia en su inconsciencia, la naturaleza pone su luz sobre los dos flancos del planeta. Y es ley infecunda toda ley encaminada a transformar pueblos y que no toma en cuenta a las mujeres. No se crea que estoy haciendo una profesión de fe feminista¹⁰²...”

Fue también a comienzos del siglo xx cuando comenzaron las primeras críticas al carácter humanista, intelectual, abstracto o “libresco” de la educación impartida, que no preparaba a los alumnos para la vida práctica ni para las exigencias del desarrollo Nacional. Estos temas fueron tratados en los Congresos de Enseñanza Pública de 1902 y 1912, en los cuales también se criticó la adopción indiscriminada de modelos educacionales extranjeros.

“El conflicto entre la enseñanza humanista y la orientación práctica..., fue recogido por los dos ensayos sobre educación que mayor repercusión tuvieron en su época *Nuestra inferioridad económica*, de Francisco Antonio Encina, y *El Problema Nacional*, de Darío Salas. Para ambos, la educación chilena era uno de los factores principales de la crisis nacional¹⁰³.

Gabriela se adhiere a esta crítica en contra del *humanismo libresco*, lejano para ella de lo que más le parece urgente y que también, por qué no decirlo, le apasionaba de la educación: el contacto directo y pragmático con el educando. Al respecto consigna:

¹⁰¹ Aylwin *et al.*, *op. cit.*, pp. 66 y 67.

¹⁰² Gabriela Mistral, “Educación popular”, pp. 212-213.

¹⁰³ Aylwin *et al.*, *op. cit.*, p. 79.

“Hay hoy en Chile una poderosa corriente pedagógica que pide con una justificada angustia que se transforme en institutos prácticos la mayoría de nuestros colegios y converjan hacia este vértice único los estudios de índole utilitaria. Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas y los programas de enseñanza como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar, en breve tiempo, a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con solo variantes pequeñas. Durante este periodo de tiempo, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado tras de todas ellas”¹⁰⁴.



Roslyn Harbor, New York, julio de 1954.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Como se ha podido apreciar, Gabriela no era la feminista que buscaba la absoluta igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Más bien buscaba a un equilibrio para la mujer, de acuerdo a sus aptitudes, facultades y su sexo mismo. Con motivo de una moción parlamentaria escribió:

“Un grupo de diputados ha presentado a la Cámara un proyecto de ley de considerable alcance a favor de la mujer, porque le abre nuevos horizontes de trabajo, porque tiende a procurarle un campo de acción más extenso, de acuerdo con sus aptitudes, con sus facultades y con su sexo mismo”¹⁰⁵.

Y se aprecia la mirada práctica de Gabriela:

“Se trata de conceder una considerable rebaja en la patente a aquellas tiendas de género cuyo personal sea femenino en sus tres cuartas partes. La rebaja que, por este capítulo, sufran los Municipios donde se implante esta medida, será compensada con un aumento de la patente que pagan los negocios de bebidas alcohólicas”¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Mistral, “Educación...,” *op. cit.*, p. 216.

¹⁰⁵ Gabriela Mistral, en Zegers, *La tierra tiene...*, *op. cit.*, p. 28.

¹⁰⁶ *Ibid.*

FEMINISMO

Feminista “crítica” al feminismo... incluso feminista de derechas, se ha dicho respecto a su posición a la función y los derechos de la mujer en el pensamiento y la prosa de Gabriela Mistral. Pero, respecto, y con cuidado, todos los matices, que hemos estado intentando demostrar, manifestados en la particular prosa de Gabriela, prosa que, por lo demás no sólo es estética, sino una visión global de mundo. Decir, “magisterio”, “lecturas”, “niño”, “indigenismo”, “americanismo”, etcétera, manifestado en sus escritos, aunque sea fragmentariamente, es compartimentar un pensamiento global, una, como decíamos, visión de mundo que se imbrica y calza y, claro, a veces, y tal vez, aparentemente, se contradice; que surge de una mente muy peculiar, de un origen igualmente peculiar, y una evolución y desarrollo, si bien asistemático, e insistamos en el término, peculiar. Por lo tanto, en relación a su mirada sobre el magisterio, al pragmatismo tanto biográfico como conceptual de Gabriela, ¿porqué su mirada de la mujer en un contexto epocal o socio cultural tendría que ser distinto? Arraigada en su propia experiencia, castiza, bíblica, pragmática... pedir una propuesta en relación a la mujer en un contexto como el de mediados del siglo pasado en Gabriela Mistral sería extraer un tramo –y fundamental– de su visión de mundo y adecuarlo al pensamiento ya extendido en ese mismo tramo. Otro punto: Gabriela era una mujer provenía del Chile profundo, como diríamos, hoy, del valle Elqui, y su formación literaria e intelectual data de comienzos del siglo XIX y su “salida” al mundo comienza por México, y sólo a fines de los años veinte avanza en su periplo europeo. Por eso, y lo antes expuesto, al considerar el feminismo “extremo” de esos años se mostrara crítica, incluso contrariada. Veamos algunos ejemplos de su postura:

“El feminismo llega a parecerme a veces, en Chile una expresión más del sentimentalismo mujeril, quejumbroso, blanducho, perfectamente invertebrado, como una esponja que flota en un líquido inocuo. Tiene más emoción que ideas, más lirismo malo que conceptos sociales; lo atraviesan a veces relámpagos de sensatez, pero no está cuajado... Hace años se me invitó a pertenecer a él. Contesté, sin intención dañada: ‘Con mucho gusto, cuando en el Consejo tomen parte las sociedades de obreras, y sea así, verdaderamente nacional, es decir, muestre en su relieve, las tres clases sociales de Chile’”¹⁰⁷.

Gabriela buscaba que las mujeres alcanzaran *ser organismo social*, visión bastante adelantada y humanista política, creemos, por su pragmatismo y forma de ver el estado de cosas, que la ilustrada-teórica que comenzaba a bullir en aquellos años:

“Purgamos la culpa de no habernos mirado jamás a la cara, las mujeres de las tres clases sociales de este país. El amor vive de conocimiento, decía Leonardo, el humanismo. Nosotros en los embusteros discursos de las fiestas patrióticas, gritamos la concordia nacional como desde una a la otra orilla del Amazonas.

¹⁰⁷ Gabriela Mistral, “Organización de la mujeres”.

La primera faena cívica era ésa: soldar las clases por medio por medio de intereses y sentimientos comunes”¹⁰⁸ ...

E insistía en su mirada con énfasis:

“Ser organismo social, es decir, ser una patria, es tener casi la misma calidad de sangre en la frente que en las plantas y oponer igual resistencia a la disgregación en cualquier parte del cuerpo. ¡Que lejos de eso estamos!”¹⁰⁹.

El ingreso de la mujer al mundo del trabajo, por lo menos a cualquier trabajo, que fuese compatible con su ser mujer, no sólo cívicamente, sino también biológica y emocionalmente, era uno de los aspectos reivindicativos de género que más le inquietaba:

“La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo. Esto no ocurrió, y se creó con ello un estado de verdadera barbarie sobre el que yo quiero decir algo, con lo cual empezaré a entregar mi punto de vista sobre el feminismo para aliviarme de un peso”¹¹⁰...

Y, sobre el mismo género, tampoco era complaciente ni “maternal”, e, incluso, a veces demostraba una dureza ejemplar, al hacer responsable a la misma mujer de su desmedrada situación: “La mujer es la primera culpable: ella ha querido ser incorporada, no importa a qué”¹¹¹... Y decía con más fuerza: “Es decir, hemos entrado a la vez a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados”¹¹² Quizá la faceta profunda del feminismo de Gabriela la precisa en un artículo escrito en 1927:

“La nueva organización del trabajo de que he hablado en el artículo anterior, tendría por base el concepto de que la mujer debe buscar oficio dentro del encargo que trajo al mundo. Ahora diré qué cosa es para mí este encargo que está inscrito en todo el cuerpo.

La mujer no tiene colocación natural –y cuando digo natural, digo estética–, sino cerca del niño o la criatura sufriente, que también es infancia, por desvalimiento. Sus profesiones naturales son las de maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadora en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etcétera...”¹¹³.

Como se podrá apreciar no es el feminismo tradicional al que se refiere Gabriela Mistral. Y enfatiza, sobre todo, al referirse a los oficios de la mujer, o a lo que ella considera los oficios “propios” de la mujer:

¹⁰⁸ Mistral, “Organización...”, *op. cit.*

¹⁰⁹ *Ibid.*

¹¹⁰ Gabriela Mistral, “Feminismo: una nueva organización del trabajo” (t).

¹¹¹ *Ibid.*

¹¹² *Ibid.*

¹¹³ *Ibid.*

“No necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bizzaría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre. Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio... Nuestro tiempo puede ofrecerle, en torno de la exigua cámara primera, diez o doce o quince, levantadas en torno de aquella. Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino, es una necesidad o una malicia”¹¹⁴...



Valparaíso, edificio de la Intendencia, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Por eso mismo, es crítica de la participación política de la mujer, porque lo es también del hombre político:

“Es, pues, la hora de nuestras feministas. El fruto de mi leyenda antifeminista..., tan gratuita como la de feminista que en Cuba me hicieron, a mi paso, por pura buena voluntad... El derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima. Pero, yo distingo entre derecho y sabiduría; y entre ‘natural’ y ‘sensato’. Hay derechos que no me importan ejercitar porque me dejarían tan pobre como antes. Yo no creo en el Parlamento de las mujeres, porque tampoco creo en el de los hombres. Cuando en ese Chile nuevo que me encontré a mi regreso y en que tuve el gusto de no creer se hablaba de la nueva Constitución, yo acogí con mucha simpatía, aunque poco o nada entiendo de ello, la proposición que hicieron dos maestros convencionales de un Parlamento a base de gremios. No se trataba, naturalmente, de los gremios oficiales del señor Mussolini en los cuales los representantes son elegidos a medias por el gobierno y a medias por los gremios oficiales, sino de cosa parecida a los de representación medioeval de Florencia en que el gremio no manipulado por el oficialismo, elegía libremente...”¹¹⁵.

¹¹⁴ Mistral, “Feminismo...”, *op. cit.*

¹¹⁵ Gabriela Mistral, “El voto femenino”.

Recién en 1949, fue aprobada en el Parlamento la Ley que les permitía sufragar en elecciones presidenciales. En 1938, Gabriela dio luces de lo que entendía como rasgos del carácter de la mujer chilena:

“La mujer chilena tiene una maternidad apasionada, mejor aún, arrebatada: el hijo es en ella una pasión. Parece que en la maternidad, mucho más que en el amor de hombre, ella pone sus esencias más fuertes; nada hurta, nada ahorra, nada regatea para sí”¹¹⁶...

A Gabriela le era muy sensible lo chileno, por eso logró síntesis muy certeras de lo que somos:

“Alguna vez yo he pensado que si hay un sentimiento que definiría al chileno en general, una especie de columna vertebral de su vida, esa sería su capacidad para ser amigo y para la obra maestra que hace sin proponérselo en un haz de amistades per vita, eternas”¹¹⁷.

Gabriela, siempre precisó que era una mujer sin fronteras:

“Yo busqué cosa que daros en esta plática y os he ofrecido la mujer de Chile a vosotras, mujeres de la grande, de la ilustre y de la ancha Argentina vuestra y mía también. Americana soy, y por serlo, os llevo a vosotras al llevarme a mí misma y os tengo con tenerme”¹¹⁸.

La lucha por la reivindicación de los derechos civiles y políticos de la mujer chilena en el siglo xx fue como Mariana Aylwin plantea al respecto, una brega muy extensa y, por lo tanto, también, particularmente combativa:

“Postergadas durante años, sólo en 1877 fueron autorizadas para ingresar a las universidades chilenas, y en 1934, durante el gobierno de Arturo Alessandri, se les otorgó el derecho a voto en las elecciones municipales, no así en las parlamentarias ni en las presidenciales”¹¹⁹.

Gabriela Mistral no estuvo ni desinformada ni al margen de estas luchas reivindicativas y, en sus prosas, con una escritura particularmente activa y política, se hizo eco de esas luchas. Entre otras cosas que escribió al respecto destacamos:

“Nos llega el sufragio como victoria de largas demandas, después de campañas que provienen de Europa y de los Estados Unidos, y que por fin han convencido el estólido seso masculino. O bien, han alertado a los hábiles, que de repente nos consideran voto sumable a sus campañas. Sea lo uno más lo otro, las mujeres

¹¹⁶ Gabriela Mistral, “El carácter de la mujer chilena”.

¹¹⁷ *Ibid.*

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ Aylwin *et al.*, *op. cit.*, p. 171.

chilenas podemos ahora votar. Lo elemental es que votemos no como adláteres, sino como mujeres que anhelan aportar algo de feminización a la democracia... Saldrán de nuestro mujerío casero, algunas leaders, que sin ser unas antihogares, afronten salir a las calles y pertenecer al Senado, justamente para defender la patria de sus hogares, la de sus maridos, parientes y amistades: equilibrando así con su sensibilidad de mujeres, el Chile que se estaría haciendo sólo con decisiones viriles. Codo a codo y en proa a una patria concebida como un hogar grande para sus hijos, y los hijos de sus compañeras, las mujeres completarán la empresa política, en la cual falta más economía, mucha economía, acaso sólo economía, porque nosotros partimos y llegamos de la tierra a la mesa, de lo tangible a lo factible, sin embriagarnos en teorías ni perdemos en dédalos de la discusión ideológica”¹²⁰.

Fernando Alegría recuerda el ascendente que tenía Gabriela Mistral con las “emancipadas” de la alta sociedad santiaguina:

“Las mujeres se agrupan a su alrededor, ven en ella una personalidad señera. Grandes damas de la sociedad santiaguina la cortejan, la invitan a sus tertulias y siguen sus dictados como dictados de una sacerdotisa... En Santiago, las emancipadas se reunían en un salón de actos al que daban el nombre de Club de Señoras. Hasta ahí llegó Gabriela, imponente con su ropa oscura, su voz canturreada y sentenciosa, no exactamente a hablar de política, sino a difundir ideas de pedagogos... Defendía los derechos de la mujer y la protección de la infancia, condenaba los prejuicios raciales y pedía justicia para el indio y reforma agraria”¹²¹.

Además, tuvo una ilusión que sólo se hará realidad a principios del siglo XXI: “Por eso algún día Chile elegirá a una mujer para la Presidencia de la República”¹²².

Si bien Gabriela, como vimos más atrás, muchas veces se mostraba crítica y dura con la mujer chilena, siempre hubo en ella más amor y confianza para con su género en el que ve responsabilidad y coraje, amor y valor:

“El sentido de la responsabilidad trabaja y agita nuestra ‘femina’; su conciencia parece una fragua: no se aplaca con cumplimientos laterales: quiere mucho, casi lo quiere todo para sus hijos... en este punto tal vez su virtud resbale hasta el exceso”¹²³.

Así, su visión de la mujer chilena se puede resumir cuando afirma con severidad y certeza: “País de grandes mujeres, de mujeres valientes que, muchas veces, son más valientes, más responsables y decididas que los hombres”¹²⁴.

¹²⁰ Gabriela Mistral, “Sufragio femenino”, pp. 238-239.

¹²¹ Alegría, *Creadores...*, *op. cit.*, pp. 47 y 48.

¹²² Mistral, “Sufragio...”, *op. cit.*, p. 239.

¹²³ Gabriela Mistral, “Sobre la mujer chilena”.

¹²⁴ Alegría, *Gabriela Mistral...*, *op. cit.*, p. 54.

PENSANDO A CHILE

El pensamiento de Gabriela Mistral en relación a su país estaba teñido no sólo por la añoranza y también la lucidez que da la distancia, sino también, por ese sentimiento de haber sido incomprendida y postergada en Chile, que nunca la abandonó. A pesar de eso, Gabriela siempre estuvo atenta, mirando, auscultando, pensando y amando Chile. Su visión era amplia, abarcadora, y sus intereses se paseaban por la geografía, la economía, la moral del país y su proyección cívica.

Respecto a los problemas fronterizos que tenía Chile con Argentina y Perú, por los años 1920, que se arrastraban desde 1883, sobre la soberanía de Tacna y Arica, cuando en junio de 1929 se suscribió en Lima un tratado que finalmente dispuso que los territorios de Tacna y Arica serían dividido en dos partes, Tacna para Perú y Arica para Chile, Gabriela, atenta a los acontecimientos más relevantes de la patria, opinó al respecto:

“El arreglo pacífico con el Perú nos hizo devolver en un bello ademán de justicia el feraz Departamento de Tacna. Siempre fue peruano; treinta años vivió bajo nuestras instituciones y se mantuvo cortésmente extranjero. Lo devolvimos en cambio de la amistad del Perú y no estamos arrepentidos. Perú y Chile vuelven a vivir tiempos de colaboración y cooperación comercial y social, y el despejo moral que ha venido el intercambio económico que comienza en grande nos pagan bien la pérdida. Arica quedó para nosotros, racionalmente; nosotros la hicimos. Edificación, obras



Junto a Waldo Frank, Roslyn Harbor, New York, 1954.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

portuarias y de regadío y el Ferrocarril a La Paz, que es su honra y su riqueza, todo eso ha nacido y se ha desarrollado con sangre y dineros chilenos”¹²⁵.

Le molestaba a Gabriela la forma de sable que aludían algunos comentaristas al referirse a la forma de Chile, para remarcar el carácter militar de su gente. Retrucaba la Mistral:

“La metáfora sirvió para los tiempos heroicos. Chile se hacía, y se hacía como cualquier nación, bajo espíritu guerrero. Mejor sería darle la forma de un remo, ancho hacía Antofagasta, aguzado hacía el sur. Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa”¹²⁶.

Su dimensión de Chile, como decíamos, era abarcadora y profunda, como ella misma reiteraba en muchas ocasiones:

“Hay una dimensión geográfica, hay la económica y hay todavía la moral. Cuando digo aquí moral, digo moral cívica. También esto crea una periferia y una medida que puede exceder o reducir el área de la patria”¹²⁷.

Gabriela le asignaba a Chile un destino promisorio. “Un territorio tan pequeño”¹²⁸, escribía “que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio entre los dos dominadores centaurescos”¹²⁹. Y enfatizaba:

“Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡Tenemos el mar..., el mar..., el mar!”¹³⁰.

Y tanto como el mar, la emocionaba la cordillera, que consideraba como una suerte de matriz telúrica, una identidad propia que surgía desde las mismas entrañas de la tierra en forma de geografía física. Al referirse a las montañas y sus configuraciones, a la particular morfología de las cumbres, Gabriela Mistral despliega en su prosa momentos de gran belleza y fuerza en su escritura:

“Terriblemente dueña de nosotros, verdadera matriz chilena, sobre la cual nos hicimos, y que, más voluntariosa que la otra, no nos deja caer: vivimos bajo ella sin saberlo, como el crustáceo en su caparazón y nos morimos dentro de su puño señor. En los valles, ella nos quita cielo; en las abras, nos lo devuelve.

Cordillera regaladora de agua donde es preciso, y más de nieves que de aguas; pero, en verdad, hogar puro de fuego en unos volcanes adormecidos, que no

¹²⁵ Gabriela Mistral, “Breve descripción de Chile”, p. 33.

¹²⁶ *Op. cit.*, p. 31.

¹²⁷ Mistral, “Breve...”, *op. cit.*, p. 31.

¹²⁸ Gabriela Mistral, “Chile”, p. 303.

¹²⁹ *Ibid.*

¹³⁰ *Ibid.*

dormidos. Cordillera despistadora, con su lomo cierto, y que de pronto se acuerda de su vieja danza de ménade y salta y gira con nosotros a su espalda”¹³¹

En un emotivo artículo respecto a la heráldica nacional escribe, in extenso, su acertada sentencia de *menos cóndor y más huemul*:

“Yo confieso mi escaso amor del cóndor, que, al fin, es solamente un hermoso buitре. Sin embargo, yo le he visto el más limpio vuelo sobre la cordillera. Me rompe la emoción al recordarme de que su gran parábola no tiene más causa que la carroña tendida en una quebrada. La mujeres somos así, más realistas de lo que nos imaginan...

Tal vez el símbolo fuera demasiado femenino si quedara reducido al huemul, y no sirviera, por unilateral, para expresión de un pueblo. Pero, en este caso, que el huemul sea como el primer plano de nuestro espíritu, como nuestro pulso natural, y que el otro sea el latido de la urgencia... No importa la extinción de la fina bestia en tal zona geográfica; lo que importa es que el orden de la gacela haya existido y siga existiendo en la gente chilena”¹³².

La búsqueda de la paz para los pueblos fue permanente en Gabriela, una pre-ocupación que jamás la abandonó y, sobre todo, cuando se trataba de Chile. Esa misma búsqueda de paz la percibe en su concepción del juramento de la patria:

“Juro en ella la Libertad y el Derecho. Lo mejor que las morales nos trajeron, está en lo que ella arenga y canta. En este juramento todos los otros van. A mi madre que me soñó puro y a mi padre que me soñó fuerte estoy jurándoles sobre este pliegue ardiente. Y juro a Dios que eligió para mí esta raza y este signo”¹³³.

Al referirse a la identidad profunda de Chile señalaba:

“hay tres órdenes de relieve en Chile: un orden mítico, que correspondería al desierto de la sal... un orden romántico, en la zona confusa y retorcida de los valles transversales y en la de los archipiélagos del sur. Y al centro, el orden clásico del valle central.

O si se quiere, nuestro territorio sería una jarra, sostenida por dos asas serviciales y absurdas a la vez: la pampa salitrera y los archipiélagos australes: el asa que arde y el asa que hiela”¹³⁴...

Así, son múltiples las formas que su imaginación va dando a la identidad nacional en el contexto latinoamericano:

“La chilenidad es un gran espejo espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanidad total.

¹³¹ Gabriela Mistral, “Elogios de la tierra de Chile”, p. 359.

¹³² Gabriela Mistral, “Menos cóndor y más huemul”.

¹³³ Gabriela Mistral, “Juramento de la bandera”, p. 318.

¹³⁴ Gabriela Mistral, “Geografía humana de Chile”, p. 51.

El país que llamaron ‘el último rincón del mundo’ crea una especie de fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes”¹³⁵.

De esta manera, le daba a nuestra historia criolla un sello épico en relación a la particular geografía del país:

“La historia de Chile, expresión de nuestra conciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica”¹³⁶...

Pero, como habíamos visto, Gabriela tenía, ciertamente, una relación odio-amor con Chile. Para Volodia Teitelboim, el año 1922, al emprender su viaje a México invitada por el entonces Ministro de Educación, José Vasconcelos, Gabriela: “Abandona un país en el que se siente incomprendida, vejada, insultada. En verdad el escarnio venía de algunos; la indiferencia de los más”¹³⁷.



Roslyn Harbor, New York, 1954.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

JUSTICIA SOCIAL Y AGRARISMO

Gabriela viajó por el mundo buscando la paz entre los hombres, forjando puentes entre los “hermanos andinos” y evitando a quienes tenían diferencias con ella, algunas de carácter bastante mezquinas, otras, infranqueables. Fue precisamente

¹³⁵ Mistral, “Geografía...”, *op. cit.*, p. 58.

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ Teitelboim, *op. cit.*, p. 153.

su amistad con el escritor Ciro Alegría, donde se abre a un mundo sin fronteras. Alegría precisa que en una visita que le hizo a Gabriela, en su casa de Santa Bárbara, Estados Unidos, en 1947: “Gabriela, se me presentó diciendo: Ciro, yo soy india”¹³⁸... El vínculo entre ellos fue para toda la vida. Y sigue contando que: “Era la nuestra una amistad surgida de la América ancestral”¹³⁹.

Alegría rememora que durante la estancia en Santa Bárbara, en una de las jornadas:

“Con Gabriela estuve conversando hasta muy tarde. A menudo celebraba mis palabras. Coincidíamos en mucho y yo le había caído bien. De cuando en vez, tomando la actitud afectuosa de una madre, me aconsejaba que no fumara tanto, pese a que ella fumaba más que yo... Luego al irnos a acostar, mi mujer me comentó: ‘El de ustedes ha sido un amor a primera vista’”¹⁴⁰.

Ciro Alegría recuerda con un incomparable afecto aquella amistad basada en la empatía de raza, la cultura americana y la literatura y, destaca, sobre todo, la facilidad de palabra de Gabriela en la conversación, su locuacidad y amenidad, desmitificando la imagen de una Gabriela Mistral introspectiva y huraña:

“Nunca olvidaré las jubilosas risas en que estalló por cualquier nadería de humor; cómo en su trato siempre hubo un afecto social y una llaneza de buen gusto. La manera amistosa con que me llamaba cada atardecer: ‘Venga, venga mi peruano a conversar’. Entonces nos sentábamos en el corredor y Gabriela hacía una pregunta o una sugerencia, que abría cauce a la plática. Charlaba bien Gabriela y esta es otra discrepancia mía con quienes la presentaban muda y hosca”¹⁴¹.

Gabriela Mistral intentó siempre conciliar tradición y progreso, en un intento de proponer una suerte de dialéctica armónica entre dos momentos históricos aparentemente irreconciliables. Al respecto escribió:

“Hay en el fondo de todos los pueblos dos maneras en la búsqueda del bienestar social, que chocan violentamente, en apariencia, y en verdad concurren a la armonía, aspiran a ella, están destinadas a realizarla: son el amor de la tradición y el del progreso. Ellas asoman en cada periódico histórico y se personifican en figuras opuestas, pero igualmente grandes”¹⁴².

Postulaba, de esta manera que a un nuevo tiempo correspondería una nueva manera de sentir la patria, de concebir un nuevo ciudadano acorde a los nuevos desafíos históricos:

¹³⁸ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 41.

¹³⁹ *Ibid.*

¹⁴⁰ *Ibid.*

¹⁴¹ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 47.

¹⁴² Gabriela Mistral, “El patriotismo de nuestra hora”, p. 314.

“A la nueva época corresponde una nueva forma de patriotismo. No sólo es en el periodo guerrero cuando se hace patriotismo militante y cálido. En la paz más absoluta, la suerte de la patria, la suerte de la patria se sigue jugando, sus destinos se están haciendo”¹⁴³...

Por eso es que abogaba con vehemencia por una nueva forma de patriotismo:

“Es una hora para los hombres justos y para los pensadores. Nunca ha sido tan necesario como hoy meditar y actuar sucesivamente, y con todas las fuerzas del alma. Y nunca tampoco ha sido más imperiosa la necesidad de una colaboración colectiva. Muchas veces han sido llamados a decidir sólo los hombres intelectuales en las reformas. El Chile de ochenta años ha sido dirigido por ellos. Ahora todas las voces son demandadas y tienen igual acceso a la cátedra y la fábrica en la discusión del bien común.

¿Cuáles son las virtudes que exige a sus fieles el nuevo patriotismo de que hemos hablado? Primero, el trabajo, la actividad como deber de todos, pero desarrollada con alegría, para lo cual ha de perder lo brutal que tiene en ciertas faenas. La segunda virtud de este patriotismo ha de ser la elevación de la cultura. Hasta ahora no ha sido ella una obligación común; poseerla parece dichosa excepción... La tercera virtud del patriotismo de la paz ha de ser la simpatía por el mundo, precisamente lo opuesto de lo que suelen predicarnos los hombres del odio”¹⁴⁴.

Otro de los temas que le preocupaba incansablemente era el del campo chileno, de analizar y problematizar la cuestión agraria. Nunca se cansó de hacerlo presente. Lo sentía muy suyo. Ella era, y siempre lo repetía, una mujer de la tierra, nacida entre montañas y valles, que no sentía mayor simpatía por la vida y la cultura ciudadina. Y a pesar del éxodo rural que comenzó a producirse con mayor profusión a fines del siglo XIX, la mayoría de la población chilena seguía siendo rural, y, además, absolutamente marginado del progreso y la modernidad¹⁴⁵. Este asunto a Gabriela le resultaba muy doloroso: “Mi primera ojeada cuando miro hacia Chile, es para el campo. Por hermoso, por infeliz y por mío”¹⁴⁶. Pero su mirada era más profunda y su estadía en México en la década de 1920 le resultó fundamental para entender la problemática. Sintetizaba con lucidez: “Toda la América Latina ha pecado contra el campo”¹⁴⁷...

Y la de su propio valle de Elqui le resultaba insoportable:

“La miseria del campo chileno que si en el Departamento de Elqui es indecible. Tanto como la ciudad ha prosperado, el campo se ha barbarizado. La clase media campesina, a la cual pertenezco, se ha vuelto pueblo hambreado. Vendió su lonja

¹⁴³ Mistral, “El patriotismo...”, *op. cit.*, p. 315.

¹⁴⁴ Gabriela Mistral, en Scarpa, *La desterrada...*, *op. cit.*, p. 160.

¹⁴⁵ Aylwin *et al.*, *op. cit.*, pp. 65-66.

¹⁴⁶ Gabriela Mistral, “Campo Chileno”, p. 347.

¹⁴⁷ *Ibid.*

de tierra al primer extranjero que llegó y no hay razón para que cuide mejor a su peonaje de lo que lo cuida sus patronos criollos. La escuela no es mala, pero no puede ser buena una escuela cuyos niños comen mal, cuando comen”¹⁴⁸.



En la casa-escuela de Montegrande, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

La propiedad agraria estaba dominada por el latifundio, que empleaba el sector laboral más numeroso del país: inquilinos y peones, aun cuando había también medianos y pequeños propietarios, entre ellos los mapuches. Esta postergación de un sector de chilenos que consideraba tan suyo la sublevaba. Y con dolor decía:

“El campesino es el hombre primero, en cualquier país agrícola; primero, por su número, por su salud moral, por la noble calidad de su faena civil, sustentadora de poblaciones, y el primero, principalmente, porque ha domado el suelo, como el curtidor de pieles y lo maneja después de cien años, como una dulzura dichosa. En Chile el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario de uno o dos pesos, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana; en esta provincia emigra, además, por la sequía... Lo peor que puede hacerse con nuestra gente es acostumbrarla a la beneficencia, envilecerla con la limosna anual: la raza todavía es digna y no se lo merece”¹⁴⁹.

Y agregaba con tristeza:

“Una hectárea por cabeza de familia resolvería el problema económico del campesino de Elqui, si el horrible y deshonesto latifundio no estuviese demorándonos

¹⁴⁸ Mistral, “Campo...”, *op. cit.*, p. 347.

¹⁴⁹ Gabriela Mistral, “Una provincia en desgracia: Coquimbo”.

y hambreándonos, allí como a lo largo del país entero. Pero la patriecita, la faja mínima de nuestro asiento, la arrollan las haciendas de los ‘forasteros’, llamando así a los grandes propietarios ausentes eternos de nuestra tierra y presentes urgidores del trabajo de los campesinos¹⁵⁰”.

La permanencia de Gabriela en México le sirvió para aquilatar la importancia de profundizar un proceso de cambio en el campo chileno, antecesor a lo que sucedería en Chile en la década de 1960. Escribe Gabriela:

“Comienza a hablarse en Chile de la subdivisión de la propiedad agrícola, de una de las pocas cosas esenciales para que una democracia exista, se toque como carne y hueso, eche sombra, ande y convenza de si misma”¹⁵¹.

Su análisis es muy agudo:

“Mucho necesitaba ya la democracia manca que es la nuestra, preocupada, desde hace cinco años, de códigos de trabajo, habitación urbana y otras asistencias honestas al obrero, volver la cara hacia el campesino, darse cuenta de él y agrarizarse un poco. Le faltaba un brazo a la semidemocracia chilena y yo creo que era el derecho... Aseguran que Chile será siempre el país que coma de salitres y de metales y de una industria adulta, que ya tenemos nacida. El salitre se ha de ir, tarde o temprano; las minas ya ralean; los Coquimbo y los Atacamas pasaron y Rancagua ha de pasar con esos dos mayorazgos del metal cúpreo y blanco. La tierra, en cambio, es la lealtad misma”¹⁵².

Sus críticas contra el latifundio fueron siempre rotundas y permanentes, lo consideraba un estado inhumano, de barbarie.

“Nosotros, el Chile angustiado de suelo, mitad roca volcánica, un tercio desierto, sin más tierra verdadera que el llano central, no puede seguir viviendo el latifundismo sino como despreocupación inconcebible o como amparo deliberado de un régimen bárbaro...”¹⁵³.

Gabriela se alegra por la posibilidad de que se realice una reforma agraria en Chile. Al respecto escribe:

“La noticia que me llega de Chile sobre una acción agraria decorosa y salvadora me endereza de un gozo que no sé que decir... Hace seis años yo mande a Chile mi primer informe sobre la reforma agraria en México. Desde entonces, y sin hacer artículos de especialidad que no sé escribir, he dicho, cada vez que he podido, mi aborrecimiento de nuestro feudalismo rural, contando que hombre completo –con

¹⁵⁰ Gabriela Mistral, “Ruralidad chilena”.

¹⁵¹ Gabriela Mistral, “Agrarismo en Chile”.

¹⁵² *Ibid.*

¹⁵³ *Ibid.*

suelo, con casa, con educación agrícola, con sensibilidad para la extensión verde-me he encontrado en mi camino, que no hago cantando como creen, sino mirando, hecha entera ojo para los míos, ojo chileno, que ve neto y mira sin pestañeo. Siete años hace que yo leo y oigo de Chiles nuevos, volteados desde las entrañas, dicen, para la rectificación valerosa de nuestros reumas de rutina colonial y nuestros abscesos de corrupción republicana. Yo no he entendido detrás de tanta sonajera necia sino un mejoramiento de la clase media, la más herida de nuestras castas hindú-chilenas... La campesina ni hablaba ni contaba en los meetings de seis horas o tres días, que venimos oyendo y sufriendo hace siete años...”¹⁵⁴.

A Gabriela Mistral le preocupaba que los cambios fuesen progresivos, ajenos a los desbordes sociales, le temía a una posible revolución violenta:

“Los patrones deberían poner mejor la cara a las leyes agrarias que lleguen al Congreso, los patrones que forman parte del Congreso y los que quedan afuera y que manejan opiniones de prensa y de círculos. Es la ocasión de que un país de América legisle sin anticipo de sangre, y sin urgidura caliente de revuelta, sobre el problema perversamente postergado, de la propiedad rural... Por otra parte, para los campesinos, nada más favorable que un reparto agrario realizado sin revolución”¹⁵⁵...

En este aspecto de su pensamiento, Gabriela Mistral muestra una gran confianza en que Chile puede alcanzar los cambios que se requieren para el sector del campesinado:

“Y si Chile resulta capaz de finiquitar una reforma verdadera (con ‘verdadera’ quiero decir de gran aliento y no miedosa, que sirva para cincuenta y no para cinco), sin paseo rojo de carabinas a lo largo del país, el ejemplo saltará, en dos años, a los demás países... que temen la reforma, aunque reconocen su necesidad, porque los quince años de sangradura de México les dan miedo. Será una obra maestra de labor civil con rasgos europeos, es decir, con semblante de cosa culta, y una América con su clase campesina al fin desagraviada y su democracia legítima sonando a limpia plata cuando se la tañe, nos traerá honra a cada uno, así, a cada uno de nosotros, y a la América una honra adulta que nos permita hablar de ella sin que se nos enrede la lengua en su elogio, como suele enredársenos cuando damos el dato sano y escondemos astutamente los castrosos y feos: los de su fabuloso latifundismo”¹⁵⁶...

Fernando Alegría recuerda que al venir a Chile en 1954, la recibió Carlos Ibáñez del Campo, entonces electo democráticamente:

“La recibe el Presidente de la República en uno de sus salones de gala –el mismo Presidente que, en un periodo anterior, al hacerse cargo del gobierno, le suspendió

¹⁵⁴ Mistral, “Agrarismo...”, *op. cit.*

¹⁵⁵ *Ibid.*

¹⁵⁶ *Ibid.*

el sueldo— y sale a un balcón de La Moneda, en seguida, a dirigirle la palabra al pueblo. La muchedumbre, que esperaba dulces frases líricas en ocasión aparentemente festiva, guardó un desconcertado silencio al escuchar sus primeras palabras y luego, atónita, fue recibiendo el mensaje que Gabriela, con voz cansada y lejana, dejó en Chile a modo de final despedida. No tenía discurso escrito, habló en tono de conversación, como si no estuviera frente a una plaza pública, sino sentada frente al brasero, dirigiéndose a las sombras de Vicuña... Habló de los niños desamparados, de los pobres campesinos esclavos de un régimen injusto; felicitó al gobierno por haber realizado una reforma agraria que sólo estaba en su imaginación. Se ruborizaron los Ministros, el Presidente Ibáñez sonrió confuso¹⁵⁷.



Junto a Carlos Ibáñez del Campo, Santiago, Chile, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Eran precisamente los afanes que ella perseguía incansablemente en sus artículos.

Gabriela, en su último viaje a Chile, desnudaba el alma del país. Poco después, en la Universidad de Chile leyó un discurso, pero de pronto, doblo las cuartillas

“y alzando el rostro declaró: ¡Lo demás se me quedó en casa! Me he portado como una niña olvidadiza. Perdónenme. Pero yo quiero, con la venia del rector, hablar a ustedes”¹⁵⁸.

Y nuevamente saltó su interés por Chile:

“Reveló inquietud por su destino. Y pregunto varias veces al público si los mineros habían logrado reivindicaciones. Un corto silencio cubrió la sala. Continuó hablando.

¹⁵⁷ Fernando Alegría, *Genio...*, *op. cit.*, pp. 89 y 90.

¹⁵⁸ *Op. cit.*, p. 91.

Parecía fatigarse. Recomenzaba la frase. Estaba turbada, indudablemente. Se le acercaron el ministro, el rector y su secretaria... y en voz baja... ¿Qué le decían... Ella sonreía, y seguía, seguía¹⁵⁹.

Fernando Alegría sigue rememorando el último viaje de Gabriela a Chile y destaca esa confianza permanente que sentía el país que ya venía desde muy atrás. Por ejemplo, escribió en su columna de *El Mercurio*, en 1937:

“En la década de 1926-1936, que en todo el mundo ha sido de alta presión, de motores a vuelo, quien mira hacia la América del Sur se siente atraído por ese ángulo sudoeste donde un país se industrializa de pronto, haciendo un trueque hábil entre su vieja índole cordillerana, que era conservadora y local, y una índole marítima que es dinámica y universalista. Chile entre, como quien dice, en el uso real de su mar Pacífico, ruta que la geografía quiso hacer asiática y que la voluntad chilena ha ido volviendo interamericana y europea, antes por su Estrecho de Magallanes y hoy por el propio Canal de Panamá, que nos pareció dañino y que nos va resultando de más en más servicial¹⁶⁰”.

Para Sonia Montecinos, el hecho de relatar la patria, el sentido de pertenencia a un país y a una cultura, son fundamentales, y, tanto las prosas circunstanciales (discursos, cartas, artículos de necesidad), como los mismos “recados” u otros textos que van desde la nota a, por qué no decirlo, el ensayo en la línea *subjetiva* de Montaigne, son, indudablemente, una manera de narrar o “contar las patrias”. Según Montecinos:

“La propia Gabriela estaba convencida de la necesidad de ‘contar las patrias’, de diversas formas expresó este deber, sin duda, sabedora ella de que los relatos colectivos, al igual que los individuales, son claves para construir un sentido, para otorgar una dirección a la existencia, para configurar un antes y un después, en definitiva, para que los mitos y ritos de una comunidad tengan significado y se transformen en experiencia compartida. Así ella acuñó el término ‘contadores de patrias’ para aludir a quienes se dedican a escribir ensayos, monografías científicas sobre los países, pero también incluyó en este horizonte a quienes desde la oralidad vierten otras formas de pensar sobre las patrias¹⁶¹”.

Por eso, Gabriela recibió con tanta alegría la publicación de *Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux, del que escribió el prólogo para la edición de 1941. Escribe Gabriela:

“Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como *Chile o una loca geografía*, y llegar al remate de un antojo que fue tan ambicioso y que se ha consumado con la más bella gallardía.

¹⁵⁹ Fernando Alegría, *Genio...*, *op. cit.*, p. 91.

¹⁶⁰ Gabriela Mistral, “El signo de la acción”.

¹⁶¹ Montecinos, *op. cit.*, p. 2.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor: el amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa en el pobre amor moderno; el texto de usted está lleno de rabiosa exigencia que es la del amor en grande¹⁶²...

Y añade la lectura cuidadosa que hizo del libro:

“Aunque nunca fui una ignorante del bulto patrio y me he vivido el país desde sus salinas hasta sus hielos, coseché novedades a manos llenas en el emporio de su libro. Glotona y golosamente devoré las trescientas páginas, agradeciendo lo inédito y regustando ya lo sabido, que se recrea al pasar por su cernidor, donde coge unas relumbres de amianto... La musa variedad. Cuenta usted a Chile especialmente en su originalidad mayor, que es la diferenciación acérrima de sus miembros. Nada tiene de extraordinario la variedad de los países descomunales: los Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamado Chile; todo está allí: calvicie y témpanos últimos”¹⁶³.

Señala especial atención por el capítulo, Tipo chileno. “El capítulo del libro que podría llamarse ‘Corporalidad chilena’ me causo profunda impresión”¹⁶⁴. Y enfatiza una crítica que no puede soslayar:

“Un nudo gordiano, sin solución por desatadura ni por cuchilla, se hace entre su libro y mi convicción respecto del campesinado chileno. Su punto de partida es el de que la hacienda ‘creo lado a lado en Chile la clase dominante y la sometida sin ninguna posibilidad de nivelación’. Estoy de acuerdo con usted en lo primero, pero no en la afirmación de que no haya una esperanza de homogeneidad, pues a pesar de vivir patrones y peonaje, dos niveles de diferencia abismal, el dejo de semejanza persiste por no sé que esencia misteriosa que pone en ambos de vida rural. Donde mi entendimiento se subleva leyéndolo, Benjamín Subercaseaux, es en el juicio moral del campesinado. Aquella masa que usted sólo ve lenta, perezosa y de una blandura hipócrita, constituye para mi la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. Sus virtudes superan en profundidad las cualidades de la clase media, que se columpia indecisa, y la ladina entre sus adláteres y supera también a la aristocracia, cuyas virtudes se han quebrado por el cosmopolitismo. Tengo todo mi amor, y también mi pasión, puestos en el campesinado de Chile, al que me siento ligada como la miga y la miga dentro del pan”¹⁶⁵...

Gabriela, al respecto del libro de Subercaseaux, enfatiza con lucidez:

“Nuestros dirigentes rurales, así la aristocracia colonial..., están perdiendo incesantemente la ocasión magnífica que les cayó en suerte de crear un campesinado fino,

¹⁶² Gabriela Mistral, “Prólogo a *Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux”, p. 60.

¹⁶³ *Op. cit.*, p. 62.

¹⁶⁴ *Op. cit.*, p. 63.

¹⁶⁵ *Op. cit.*, p. 66.

una gran casta agraria, teniendo entre las manos la materia preciosa que cuento, que para ser dicha dignamente pediría un libro entero”¹⁶⁶...

Y concluye:

“Limón agrio. Más de un compatriota va a zarandearlo por la gruesa columna de reparos enfrente de la chilenidad. Hijo ausente de media vida, regresa trayendo en la inteligencia unos pesos y medidas que difieren muchísimo de los usados en nuestras balanzas; allí en el arca patria, como tal, cerrada y poco amiga de la luz cruda.

Mucho me temo que haga compañía en su soledad magnífica al bueno de Joaquín Edwards Bello, gran descontento en cuanto a gran exigidor de la chilenidad. Me ha dejado siempre perpleja el gesto encrespado que pone el chileno al oír el nombre de su periodista ilustre. A nuestro crítico social le conviene el mote de ‘tábano’ que se daba a Sócrates en cuanto a hostigador de la masa... Ahora va usted a sentarse bajo el mismo árbol de apóstol zumbón. No le envidio la tormenta, pues habiendo picado sólo de paso al buey Apis de la pedagogía criolla, yo saqué de mi ocurrencia varias lastimaduras¹⁶⁷”...



En el Estadio Nacional, Santiago, Chile, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

¹⁶⁶ Mistral, “Prólogo...”, *op. cit.*, p. 67.

¹⁶⁷ *Op. cit.*, p. 69.

INFANCIA RURAL

Para Mariana Aylwin, el Chile del siglo XX fue un siglo de contradicciones:

“Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan”,

expresaba Enrique Mac Iver, en su ya clásico discurso de 1900, para manifestar el sentimiento de crisis que empezaba a cundir en la sociedad chilena con el inicio del nuevo siglo.

“Entre 1900 y 1920, numerosas figuras de distinto signo ideológico hicieron denuncias en el mismo sentido tras observar la realidad nacional, buscando las causas de una crisis integral que no era percibida aún por el grueso de la opinión pública, pero que estaba latente, como quedaría en evidencia unos años más tarde”¹⁶⁸.

Hija de su época, Gabriela advierte los grandes cambios, que advierte como el clima propio de un siglo donde los cambios, la aceleración del tiempo, la modernidad y las grandes brechas sociales fueron una constante bastante amarga y, muchas veces, cruel; pero escuchemos la voz de Gabriela:

“Celo la estampa de mi madre repasando con sus amigas, como si palpasen una gabardina importada, todos los adelantos que estaban vinculando Montegrande con La Serena, y a todo el Valle de Elqui con Chile. Veían que lo recoleto de su valle, comenzaba a acabárseles, y que todo ese modo de vida, a ritmo lento, con tónicas espaciaduras entre afán y tregua, que todo ese comadreo tibio y fiel, se les revolvía en una batahola de novedades que acaso daban más zalagarda que aporte: el tren, el periódico, el telégrafo. *Ahora nos vamos a poner todas cardíacas*, decía mi madre, medio en broma y mitad en respuesta a sus comadres que costureaban junto a ella. Una respondía: *Sí, Petita, corazones locos tendremos como todos esos noveleros*. Después imaginaban lo que sería morir de repente, acaso estuvieran dándole el maíz a las gallinas. Y entre puntada y puntada, cuando el susto las dejaba calladitas, rumiando lo dicho, yo escuchaba el impacto de los damascos contra la tierra del patio. Se venían abajo con un chasquido seco –suave de campanadas de felpa... Los embelecados del siglo veinte no calaron en el tuétano de nuestra vida montañesa. Mi madre y mi hermana continuaron sin diarios porque ninguna de las noticias –las llamadas ‘noticias’– les atañían o involucraban... Muy envalentonados llegaban los afuerinos, vanagloriándose como quien hubiese crecido de golpe... Mi madre los tasaba de un parpadeo y resumía el alarde con estas palabras certeras: *Titiriteros de circo ajeno*. Mi hermana, alerta y curiosa, pedía que le contaran cómo eran las bujías eléctricas... Yo no preguntaba nada porque tenía, novedoso y portentoso, mi Valle de Elqui en derredor”¹⁶⁹...

¹⁶⁸ Aylwin *et al.*, *op. cit.*, p. 21.

¹⁶⁹ Gabriela Mistral, “Hija del cruce”, pp. 353-354.

Gabriela Mistral, en su prosa, en su escritura, que fue también su espacio vital en el “mundo ancho y ajeno”, por decirlo en palabras de su gran amigo Ciro Alegría, siempre resguardó lo que le era máspreciado, con cuidado, con delicadeza, tal como en la metafórica “Flor de aire”:

“Digamos que a mis once años yo habitaba mi propio Elqui, el reino de todo niño, alhajado de maravillas muy simples: unos guijarros de río que para mí eran gemas de la Reina de Sabá, unas plumas de faisán que me había traído un arriero recogéndolas quizás dónde, y la mata de jazmín que era mi Alhambra perfumada”¹⁷⁰.

Por esos años, Gabriela palpa todavía más la fragilidad de la vida:

“El Estado chileno, junto con dar trabajo a mi padre, le dio un vagabundeo que acabó en diáspora. Porque ese comienzo de siglo cayó sobre mi casa como una desgracia en traje de gracia, y un día nos quedamos sin hombre de respeto: tres mujeres solas que se unieron entrañablemente para no estar solas ni pasar hambre... Me hice escuelera porque no existía otro trabajo digno y limpio al cual acudiese una joven de quince años en esos umbrales del siglo veinte. Ahora imagino lo que hubiese podido ser yo de tener otras vías por delante, de haber, por ejemplo, logrado ser linotipista y trabajar en grupo que ríe y conversa, turnando la concentración con el esparcimiento, de manera que mi carácter no se ladease a lo triste. Me faltó riego de alegría en torno, porque me di a trabajar como el castor que muy solo y muy serio alza su dique y redondea su madriguera sumergida”¹⁷¹.

Gabriela Mistral fue muy crítica con su época. Respecto al tiempo que le tocó vivir, rememora:

“A don Carlos Errázuriz le oí decir, años más tarde, en Santiago: Chile comienza en el siglo veinte. Yo le agregaba: Para mal, amigo mío, porque hemos caído de la calidad a la cantidad por obra de don Arturo Alessandri, mal demócrata que avaluaba a los hombres por los votos que dan y creyendo que un criterio mayoritario pueda valer para elegir a los jefes.

Para muy mal, don Carlos, porque Chile y las democracias criollas se han vuelto la ‘comida de las fieras’ o el reparto de los empleos entre leones y hienas”¹⁷²...

Y precisa el desajuste que significa nacer en época de transición que compara, negativamente, al tiempo de la verdadera y no “fingida” *pasión* romántica inglesa del siglo XIX, la de Lord Byron o John Keats, en todo su esplendor y su *pathos*:

“No es buena cosa venir al mundo en época de transición. Yo quedé zangoloteada por un oleaje de un romanticismo de tercera clase, zarzuela más que teatro y don-

¹⁷⁰ Mistral, “Hija...”, *op. cit.*, p. 355.

¹⁷¹ *Op. cit.*, pp. 355-356.

¹⁷² *Op. cit.*, p. 356.

de el lloriqueo o el palique son tan falsos como el maquillaje. Antes hubo un romanticismo noble y genuino (el de Byron y el de Keats) y después vino ese romanticismo de remedo, que en vez de sentir, pretendía sentir o se forzaba a sentir”¹⁷³...

Además, rememora, bucea en sus tempranas y sincréticas inquietudes intelectuales, lo que nos da una idea de primera mano, de las heterogéneas y extrañas afinidades electivas como conformación cultural de Gabriela:

“Por ahí a los veinte años, me di un chapuzón de Ciencia. Leí cuanto libro de divulgación científica cayó en mis manos, esperando que la Física me diera atisbos de lo divino. No me los daba la religión católica, o no parecía poder dárme los según la hondura y amplitud que lo requería. Y cuando la Ciencia me falló en la medida de sus límites, y de los míos, me fui a buscar vistas mayores en la Teosofía y en el Budismo, que aun me rondan como las águilas a la torre.

Gimiendo en la sombra he buscado a Dios y lo seguiré buscando hasta cogerle el borde de la túnica. Mi fe no es todo lo ortodoxa que quisieran mis amigos sacerdotes y mis amigas beatas... Yendo por las rutas lunares de Buda, así de reseca y heladas, o yendo por las regiones astrales de la Teosofía, nunca me he desprendido de nuestro Señor Jesucristo”¹⁷⁴...

Y se define con precisión:



En la plaza de Armas de Vicuña, Chile, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

¹⁷³ Mistral, “Hija...”, *op. cit.*, pp. 356-357.

¹⁷⁴ *Op. cit.*, p. 358.

“Hija del cruce de dos culturas, padezco en lo interior un conflicto que con la vejez se me ha resuelto en fuelle que aviva la llama, y así de mis leños mojados, por fin brinca el fuego, y de las fuerzas que me tironean, al fin he entubado un envión de avance. Y al decir envión se entiende que todavía busco y marchó a tropezones y que he de ir cayendo y alzando hasta rodar fuera del Tiempo, donde ya ni se rueda ni se hace gesto, porque se es siendo, donde se está estando”¹⁷⁵.

EL TERRUÑO DE LA INFANCIA

Durante el año 2007, una feliz coyuntura nos permitió conocer en profundidad la documentación de distinta índole relacionada con Gabriela Mistral, que guardó con entrañable celo su albacea y amiga personal Doris Dana y que en virtud de una generosa donación de su sobrina y heredera, Doris Atkinson regresaron definitivamente a Chile.

En ese período, y tras la revisión de cientos de papales y documentos pudimos apreciar en profundidad todo aquello que se manifestaba en sus escritos; su intenso amor por Chile, cruzado por experiencias personales de diversa índole. Amó entrañablemente a Chile. Escribió:

“Algo como una síntesis del planeta se cumple en la geografía de Chile. Empieza en el desierto que es comenzar en los valles de la zona de transición; se hace hogar pleno para la vida en la zona del agro absoluto; toma una heroica hermosura forestal en el remate del continente y se desmenuza al fin ofreciendo a medias la vida y la muerte en un mar que vacila entre su dicha líquida y su dicha búdica del hielo eterno”¹⁷⁶.

Sin que olvidemos que su verdadera patria era su infancia, y ella, un lugar muy preciso: el valle de Elqui:

“También yo, corredora de tierras extrañas, descartada, según ciertos santiaguinos señoritos, contadora y alabadora de suelos extranjeros, también he sido y soy cada día más una regionalista. Mi Santiago no lo conozco más que las ciudades de tránsito y si viviese en ella un largo tiempo, mi desapego sería el mismo... y la patria es otra cosa: la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera. La patria es el paisaje de la infancia y quédese lo demás como mistificación política. Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que rasgó la luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros de pastos dulces o pastos bravos”¹⁷⁷.

¹⁷⁵ Mistral, “Hija...”, *op. cit.*, p. 358.

¹⁷⁶ Gabriela Mistral, en Otto Morales, *Gabriela Mistral, su prosa y poesía en Colombia*, p. 419.

¹⁷⁷ Gabriela Mistral, “Un valle de Chile: Elqui”, pp. 331-332.

Y eso la convertía en una acérrima regionalista:

“La región contiene a la patria entera, y no es su muñón, su cola o su cintura. El problema del país, aunque no parezca interesar a tal punto, retumba en él; las actividades de los centros mayores, industriales o de cultura, y no digamos la políticas, alcanzan tarde o temprano a la región, con su bien o con su mal. El sentido de la segmentación del país en la forma de la tenia, que cortada vive como entera, no me convence... He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños. Pero escribiendo, o viviendo, las imágenes nuevas me nacen sobre el subsuelo de la infancia; la comparación, sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de la infancia, y soy rematadamente una criatura regional y creo que todos son lo mismo que yo”¹⁷⁸...

Y ese sentimiento le resultaba doloroso cuando se refería a la provincia de Coquimbo.

“El campesino es el hombre primero, en cualquier país agrícola; primero, por su número, por su salud moral, por la noble calidad de su faena civil, sustentadora de poblaciones, y el primero, principalmente, porque ha domado el suelo, como el curtidor de pieles y lo maneja después de cien años, como una dulzura dichosa.

En Chile el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario de uno o dos pesos, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana; en esta provincia emigra, además, por la sequía”¹⁷⁹.

Así, su mirada se hacía más aguda y más crítica:

“Lo peor que puede hacerse con nuestra gente es acostumbrarla a la beneficencia, envilecerla con la limosna anual: la raza todavía es digna y no se lo merece... La peor tradición que puede heredar un pueblo es la de la riqueza minera”¹⁸⁰.

Al respecto, Volodia Teitelboim precisa:

“Gabriela reafirma que no hay ‘patriotismo sin emoción regional’. Aquellos que no se incorporen a la geografía de su propia zona, sólo concebirán el concepto de nación como abstracción mental, como especulación, pero no como un cuerpo de carne y hueso. La región es la patria al alcance de la mano y de los ojos”¹⁸¹.

Gabriela caracteriza la identidad de los habitantes del valle de Elqui:

“Nos han dicho avaros a los elquinos sin que seamos medianamente ahorradores, y nos han dicho egoístas por nuestro sentido regional... Nos tienen por poco inteligentes

¹⁷⁸ Mistral, “Breve...”, *op. cit.*, pp. 35-36.

¹⁷⁹ Mistral, “Una provincia...”, *op. cit.*

¹⁸⁰ *Op. cit.*

¹⁸¹ Teitelboim, *op. cit.*, p. 286.

a causa de que la región nos ha puesto a trabajar más con los brazos que con la mente liberada. Pero los niños que de allí salimos sabemos bien en la extranjería, que linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes”¹⁸².

Resulta interesante, respecto a la particular relación que tenía Gabriela con su terruño natal, lo que Hernán Díaz Arrieta, “Alone”, piensa al respecto:

“Digámoslo, pues, sin reticencias. Gabriela Mistral no amaba a Chile. Amaba su Montegrande natal y, por extensión, el Valle de Elqui, el campo y la montaña, la gente montañesa y campesina, sus días infantiles”¹⁸³.



Última visita a Chile, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

LOS AÑOS FINALES

¿Qué importancia tiene este material? Gabriela fue una mujer avanzada en el siglo XX y eso, ciertamente, le produjo una fuerte tensión en su vida y una dosis de incompreensión social, en algunos casos muy dolorosos. Y claramente una soledad que trató de mitigar con lecturas, una nutrida correspondencia con espíritus afines y cientos de artículos. Ella construyó mundos paralelos: la realidad y el mundo de las palabras que se confundía con lo más personal de Gabriela. Este maravilloso mundo íntimo le permitió enfrentar un mundo que en más de una ocasión le fue ingrato. Estos materiales son el testimonio de este mundo interior.

¹⁸² Teitelboim, *op. cit.*, p. 287.

¹⁸³ Hernán Díaz Arrieta, “Interpretación de Gabriela Mistral”, p. 15.

Con lucidez, Matilde Ladrón de Guevara al referirse a Gabriela precisa: “Es el paradigma de la mujer chilena. Obtuvo todos los honores del mundo y jamás se envaneció”¹⁸⁴.

Resalta en Gabriela, ese intenso deseo suyo de construir un pequeño mundo, sin importar en el lugar del mundo que estuviera. Un pequeño mundo lo más parecido a Chile, precisamente al de su infancia. Eso es algo que no nos ha dejado indiferentes, porque esa búsqueda sostenida, cercana a la pasión, le hizo tener sus dosis de felicidad en un mundo que también le fue esquivo, hosco. Las páginas que siguen están llenas de esa Gabriela, intensa, única, profunda y compleja. Más nuestra y vigente que nunca en los albores del siglo XXI... Estoy cierto que estamos cerca, muy cerca, de “esa Gabriela terrenal y angélica, que ya no es estatua de mármol, sino mujer que escribe en magnífica prosa y verso”¹⁸⁵.

De pronto ese maravilloso mundo de papel, de ideas intensas, contradictorias a veces, y sueños, se quiebra. En realidad, Gabriela estuvo muy enferma en los últimos años. Lo que escribimos de su visita a Chile en el año 1954 era una constante. Pero quizá quien mejor grafica ese momento crucial, es un emotivo relato de Ciro Alegría. Ciro se encuentra a Gabriela en Miami y tiene una gran sorpresa al saludarla. Recuerda que iba en compañía del escritor González Vera:

“Ya en casa de la poetisa, sucedió algo que me sorprendió y apenó a la vez. González Vera la saludó dándole su nombre. Gabriela le extendió la mano y se pusieron a conversar sobre Chile. Ella ni me miraba. Pensé en si acaso habría tenido uno de esos cambios súbitos que le dieron más fama que sus versos. Sin embargo, me pareció demasiado violento que ocurriese tal situación, cuando hacía apenas unos días me escribía pidiéndome que fuera a verla... Doris Dana, que por entonces ya era la nueva secretaria de Gabriela, sirvió algo en el comedor. Fuimos hacia allá. Me senté en el último lado de la mesa y comí tan rápidamente como silenciosamente, deseando que el mal rato pasara pronto. Notando que había terminado mi ración, Gabriela hizo que me la repitieran, pero con la actitud de quien alimenta a un huésped hambriento y nada más”¹⁸⁶.

Ciro Alegría recuerda que después de la cena volvieron a la sala y que dijo a González Vera que debían retirarse.

“Gabriela tenía a la mano unas fotografías –y aquí viene la dolorosa sorpresa de Ciro– y quiso obsequiarnos con ellas. Firmó la dedicada a González Vera. Luego, pregunto: ¿Cómo se llama usted? Me trataba como un desconocido. Ciro Alegría, repuse con mal ánimo. Gabriela que estaba por escribir, se quedó con la pluma en alto, mirándome entre perpleja y azorada. Musitó algunas palabras que no entendí. Era evidente que antes no me reconoció. Luego dijo con tono doloroso:

‘Tengo nombres sin caras... tengo nombres sin caras’, repitió.

¹⁸⁴ Ladrón de Guevara, *op. cit.*, p. 229.

¹⁸⁵ Scarpa, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 7.

¹⁸⁶ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 90.

Afirmó después que me estuvo esperando –Gabriela en reiteradas ocasiones le pidió a Ciro y su esposa que vivieran con ella–. Y agrego: que había recomendado a Doris Dana y otra muchacha que allí residía, que me recibieran con las puertas abiertas. Al fin escribió: ‘A Ciro Alegría, hermano en la sangre y en las montañas’. Alegría agrega: ‘Me alargó la foto diciendo de nuevo: Tengo nombres, sin caras’¹⁸⁷.



Roslyn Harbor, New York, ca. 1956.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Alegría precisa:

“Mientras ella conversaba con González Vera, había advertido que la mente le fallaba, pues a menudo olvidaba algo que había dicho y lo repetía. No una vez, ni dos, cosa que ocurre a cualquiera, sino muchas. El incidente de la fotografía me hizo ver que algo se le derrumbaba a fondo entre las sienas. He ahí el trabajo de los años, de los dolores obsesivos, pensé. La foto la mostraba sonriendo, pero, en ese momento, su faz estaba desoladamente triste. Después se quedó mirándome como para grabarse mi rostro en la memoria... Yo luchaba por expresarme con soltura y algún humor. Una pena honda por la salud y la vida de mi amiga crecía pecho adentro. Pero no quise manifestarle nada al respecto... No quería que nos marcháramos. Deseaba ir a dejarnos hasta el aeropuerto y así lo hizo”¹⁸⁸...

Poco después se vieron nuevamente en La Habana.

“En general, observé que Gabriela había mejorado mucho desde el tiempo en que la vi en Miami, pero pensaba muy lentamente. Corazón, diabetes, fatiga. Pre-

¹⁸⁷ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 91.

¹⁸⁸ *Ibid.*

sentíase que algo oscuro estaba al acecho para tronchar una naturaleza fuerte. Acabó por ser el cáncer”¹⁸⁹.

GABRIELA DE HOY Y DEL MAÑANA

Se acercaba el desenlace, que finalmente se produjo el 10 de enero de 1957.

Hace más de cincuenta años que murió Gabriela. Pero su legado está más vigente que nunca. Quedan las palabras, precisa Scarpa:

“Sí, Gabriela. Verdad parecía que su clase después de la última palabra dicha, se desvanecía, pero usted tuvo la certeza de que era sólo una apariencia. Su clase fue una saeta de oro que atravesó y sigue atravesando no el alma siquiera de una alumna, sino de quienes pueden, para honra nuestra, seguir siendo sus alumnos. ‘Mi clase se volverá a oír, yo lo sé’, escribí pensando en el alma de esa alumna. Es incuestionable verdad que lo invisible engendra lo visible, que lo eterno perdura en el tiempo, que el que fue criatura del espíritu no puede tragarlo la tierra. Usted lo sabía, Gabriela: ‘Ni el mármol es más duradero que este sople de aliento si es puro e intenso’. Estamos seguros de ello, su clase se volverá a oír. Una y otra vez. En todos los confines de Chile, que pese a todo, tanto amó”¹⁹⁰.

Estoy convencido de que Gabriela nos acompañará en las generaciones futuras. Será un faro en las turbulencias, y su palabra un remanso de paz. Su rostro, “a veces doloroso, otras iluminado por inmensa generosidad, no es solo la faz de Gabriela Mistral, sino el perfil espiritual de Chile”¹⁹¹.

Volodia concluye:

“De ella se ha dicho lo mejor y lo peor. Tiene fieles a su culto y detractores fanáticos, que en su tiempo trataron de escarbar en su biografía inédita y no dejaron de arrojarle puñados de barro... Se mantiene como esas corrientes ocultas, ...alimentada solamente por el lento crecimiento de su propia semilla, ésa que para germinar exige capas profundas”¹⁹².

“Es hora que comencemos a andar con Gabriela... Sepamos... si nosotros somos, aparentemente los reales, existentes, ella a nuestro lado está, con menos sombra y más conciencia. Y su luz iluminará nuestros pasos y subirá también desde la andadura al corazón y a la mente, que hará más limpia y emprendedora”¹⁹³.

Es una necesidad ineludible para las generaciones del Chile de hoy y del mañana. Esta selección de su prosa es una invitación a un viaje apasionante, profun-

¹⁸⁹ Ciro Alegía, *op. cit.*, p. 95.

¹⁹⁰ Scarpa, *Magisterio...*, *op. cit.*, p. 29.

¹⁹¹ Scarpa, *Una mujer...*, *op. cit.*, p. 10.

¹⁹² Teitelboim, *op. cit.*, p. 350.

¹⁹³ Scarpa, *Gabriela anda...*, *op. cit.*, p. 16.

do, como el que hizo alguna vez Gabriela Mistral cuando escribió estos lúcidos textos.



Roslyn Harbor, New York, ca. 1956. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

BIBLIOGRAFÍA

- Aylwin, Mariana *et al.*, *Chile en el siglo xx*, Santiago, Editorial Planeta, 2008.
- Alegría, Ciro, *Gabriela Mistral íntima*, Santiago, Editorial Antártica, 1989.
- Alegría, Fernando, *Genio y figura de Gabriela Mistral*, Buenos Aires, EUDEBA, 1966.
- Alegría, Fernando, *Creadores en el mundo hispano*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Alegría, Fernando, “La prosa de Gabriela Mistral”, en *Gabriela Mistral. Antología mayor, prosa*, Santiago, Cochrane S.A., 1992, tomo II.
- Bahamonde, Mario, *Gabriela Mistral en Antofagasta, años de forja y valentía*, Santiago, Editorial Nascimento, 1980.
- Calderón S., Alfonso, *Prosa de Gabriela Mistral*, selección y prólogo de Alfonso Calderón, Santiago, Editorial Universitaria, 1998.
- Cuneo, Ana María, *Para leer a Gabriela Mistral*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998.

- Díaz Arrieta, Hernán, “Interpretación de Gabriela Mistral”, en *Anales de la Universidad de Chile*, año CXV, Santiago, II trimestre, 1957.
- Fernández F., Maximino, *Gabriela Mistral: vida y obra*, Santiago, Editorial Lord Cochrane, 1980.
- “Gabriela Mistral: esencia de chilenidad”, en *Revista de Educación*, Santiago, marzo-diciembre, 1957.
- Gómez Catalán, Luis, discurso en sus exequias, en *Revista de Educación*, XVII, números, 69. 70. 71, Santiago, marzo-diciembre de 1957.
- Gómez Millas, Juan, “Responso”, en *Revista de Educación*, XVII, números, 69. 70. 71, Santiago, marzo-diciembre de 1957.
- “La patria de Gabriela Mistral”, en *El Sur*, Concepción, 7 de mayo 7, año 1978.
- Ladrón de Guevara, *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, Santiago, Editorial Emisión, s/f.
- Mistral, Gabriela, “Agrarismo en Chile”, en *El Mercurio*, Santiago, 23 de septiembre de 1928.
- Mistral, Gabriela, “Breve descripción de Chile”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, II trimestre de 1934, .
- Mistral, Gabriela, “Campo chileno”, en Roque Esteban Scarpa, *Elogio de las cosas de la tierra*, selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Mistral, Gabriela, “Carta a Radomiro Tomic, en *La Época*, Santiago, 9 de abril de 1989.
- Mistral, Gabriela, “Contadores de patria: Chile o una loca geografía”, en Benjamín Subercaseaux, *Chile o una loca geografía*, legado de Gabriela Mistral, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.
- Mistral, Gabriela, “Chile”, en Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Mistral, Gabriela, “Chile”, en Otto Morales, *Gabriela Mistral, su prosa y poesía en Colombia*, selección, publicación del Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2002, tomo I.
- Mistral, Gabriela, “Educación popular”, en Pedro Pablo Zegers Blachet, *La tierra tiene la actitud de una mujer*, Santiago, RIL Editores, 1998.
- Mistral, Gabriela, “El carácter de la mujer chilena”, en *Las Últimas Noticias*, Buenos Aires, 5 de abril de 1938.
- Mistral, Gabriela, “El patriotismo de nuestra hora”, en Roque Esteban Scarpa, *La desterrada en su patria: (Gabriela Mistral en Magallanes, 1918-1920)*, Santiago, Editorial Nascimento, 1977, 2 volúmenes.
- Mistral, Gabriela, “El ritmo de Chile”, en *El Mercurio*, Santiago, 19 de septiembre de 1936.
- Mistral, Gabriela, “El signo de la acción”, en *El Mercurio*, Santiago, 14 de marzo de 1937.
- Mistral, Gabriela, “El voto femenino”, en *El Mercurio*, Santiago, 17 de junio de 1927.
- Mistral, Gabriela, “Elogios de la tierra de Chile”, en Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.

- Mistral, Gabriela, “Feminismo: Una nueva organización del trabajo” (1), en *El Mercurio*, Santiago, 12 de junio de 1927.
- Mistral, Gabriela, “Geografía humana de Chile”, en *Boletín de la Unión Panamericana*, abril de 1939.
- Mistral, Gabriela, “Hija del cruce”, en Luis Vargas Saavedra, *Gabriela Mistral: recados para hoy y mañana*, selección de Luis Vargas Saavedra, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999, tomo II.
- Mistral, Gabriela, “Infancia rural”, en *El Mercurio*, Santiago, 24 de diciembre de 1928.
- Mistral, Gabriela, “Juramento de la bandera”, en Roque Esteban Scarpa, *La desterrada en su patria: (Gabriela Mistral en Magallanes, 1918-1920)*, Santiago, Editorial Nascimento, 1977, 2 volúmenes.
- Mistral, Gabriela, “La Antártida y el pueblo magallánico”, en Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Mistral, Gabriela, “La instrucción de la mujer”, en *La Voz de Elqui*, Vicuña, 8 de marzo de 1906.
- Mistral, Gabriela Mistral, “La lengua de Martí”, en *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1966.
- Mistral, Gabriela, “La muerte de Stefan Zweig”, en *El Mercurio*, Santiago, 9 de marzo de 1942.
- Mistral, Gabriela, *Lecturas para mujeres*, selección de Gabriela Mistral, México, Secretaría de Educación Pública, 1923.
- Mistral, Gabriela, “Menos cóndor y más huemul”, en *El Mercurio*, Santiago, 11 de julio de 1926.
- Mistral, Gabriela, “Nuevos horizontes a favor de la mujer”, en Pedro Pablo Zegers Blachet, *La tierra tiene la actitud de una mujer*, Santiago, RIL Editores, 1998.
- Mistral, Gabriela, “Organización de las mujeres”, en *El Mercurio*, Santiago, 5 de julio de 1925.
- Mistral, Gabriela, “Pequeño mapa audible de Chile”, *El Mercurio*, Santiago, 21 de octubre de 1931.
- Mistral, Gabriela, “Prólogo a *Chile o una loca geografía*, de Benjamín Subercaseaux”, en Gabriela Mistral, *Pensando a Chile, una tentativa contra lo imposible*, Santiago, Comisión Bicentenario, 2004.
- Mistral, Gabriela, “Recado sobre Pablo Neruda”, en *El Mercurio*, Santiago, 26 de abril de 1936.
- Mistral, Gabriela, “Ruralidad chilena”, en *El Mercurio*, Santiago, 14 de mayo de 1933.
- Mistral, Gabriela, “Sobre el Centenario: ideas de una maestra”, en Pedro Pablo Zegers Blachet, *La tierra tiene la actitud de una mujer*, Santiago, RIL Editores, 1998.
- Mistral, Gabriela, “Sobre instrucción primaria obligatoria”, en *La Voz de Elqui*, Vicuña, 29 de diciembre de 1908.
- Mistral, Gabriela, “Sobre la mujer chilena”, en *Política y Espíritu*, número 11, Santiago, mayo de 1946.

- Mistral, Gabriela, “Sufragio femenino”, en Luis Vargas Saavedra, *Gabriela Mistral: recados para hoy y mañana*, selección de Luis Vargas Saavedra, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999, tomo II.
- Mistral, Gabriela, *Tala*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.
- Mistral, Gabriela, “Un valle de Chile: Elqui”, en Roque Esteban Scarpa, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Mistral, Gabriela, “Un viejo tema: Comentarios sobre el Informe Kinsey”, en *LIFE* en español, 26 de octubre de 1953.
- Mistral, Gabriela, “Una provincia en desgracia: Coquimbo”, en *El Mercurio*, Santiago, 13 de septiembre de 1925.
- Montecinos, Sonia, “La necesidad de contar la patria o el acto del amor antiguo”, en Gabriela Mistral, *Pensando a Chile, una tentativa contra lo imposible*, Santiago, Comisión Bicentenario, 2004.
- Morales, Otto, *Gabriela Mistral, su prosa y poesía en Colombia*, selección, publicación del Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2002, tomo I.
- Oyarzún, Luis, extracto del responso con motivo del funeral de Gabriela Mistral, en Mariana Aylwin *et al.*, *Chile en el siglo XX*, Santiago, Editorial Planeta, 2008.
- Pinilla, Norberto, en *Revista de Educación*, XVII, números, 69. 70. 71, Santiago, marzo-diciembre de 1957.
- Picón Salas, Mariano, “Gabriela Mistral”, en *Atenea*, N° 374, Concepción, enero a marzo de 1957.
- Quezada, Jaime, “Visión de Chile a través de la escritura recadera de Gabriela Mistral”, en Gabriela Mistral, *Pensando a Chile, una tentativa contra lo imposible*, Santiago, Comisión Bicentenario, 2004.
- Scarpa, Roque Esteban, *Elogio de las cosas de la tierra*, selección y prólogo de Roque Esteban Scarpa, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Scarpa, Roque Esteban, *Gabriela anda por el mundo*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Scarpa, Roque Esteban. *Gabriela piensa en...*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978.
- Scarpa, Roque Esteban, *Grandeza de los oficios*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.
- Scarpa, Roque Esteban, *La desterrada en su patria: (Gabriela Mistral en Magallanes, 1918-1920)*, Santiago, Editorial Nascimento, 1977, 2 volúmenes.
- Scarpa, Roque Esteban, *Magisterio y niño*, Santiago. Editorial Andrés Bello, 1979.
- Scarpa, Roque Esteban, *Una mujer nada de tonta*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, legado de Gabriela Mistral, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.
- Vargas Saavedra, Luis, *Gabriela Mistral: recados para hoy y mañana*, selección de Luis Vargas Saavedra, Santiago, Editorial Sudamericana, 1999, tomo II.
- Teitelboim, Volodia. *Gabriela Mistral pública y secreta*, Santiago, Editorial Sudamericana, 1996.

Zegers Blachet, Pedro Pablo, *La tierra tiene la actitud de una mujer*, Santiago, RIL Editores, 1998.

Zegers, Pedro Pablo *et al.*, *Recopilación de la obra Mistraliana: 1905-1922*, Santiago, Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 1998.

CHILE:
PAÍS DE CONTRASTES

Gabriela Mistral

Santiago de Chile
2009

LA INSTRUCCIÓN DE LA MUJER (1906)

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la tierra. La encontraremos más humillada y más envilecida, mientras más nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; mientras la luz del progreso irradia más poderosa sobre nuestro globo, ella, la agobiada, va irguiéndose más y más.

Y, es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión y su valor y hoy ya no es la esclava de ayer sino la compañera, la igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aún le queda mucho que explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual, aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino de una mediana instrucción; y es que aún hay quienes ven en ella al ser capaz sólo de gobernar el hogar.

La instrucción suya es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino a la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física y acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplación acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la Miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas.

Es preciso que la mujer deje de ser la mendiga de protección y pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Qué religión más digna que la que tiene el sabio?

¿Qué Dios más inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo después de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondría al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraría el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haría conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraría todos los secretos de esas alturas. Y, después que hubiera conocido todas las obras; y, después que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su religión de lo que le dictara su inteligencia, su razón y su alma. ¿Por qué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros y la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo!, ¡cuántos genios no habrán vivido en la esclavitud vil, inexplorados, ignorados!

Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad más al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo más que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración y al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, menos miserables, menos fanáticas y menos mujeres nulas.

Que con todo su poder, la ciencia que es Sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. Y le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola y deje de ser aquella creatura que agoniza y miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.

¡Más porvenir para la mujer, más ayuda!

Búsquesele todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

Y habrán así menos degradadas. Y habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. Y más, dignidad en el hogar. La instrucción hace noble los espíritus bajos y les inculca sentimientos grandes.

Hágasele amar la ciencia más que las joyas y las sedas.

Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el Manual de Piedad.

Y se alzarán con toda su altivez y su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida y humillada.

Que la gloria resplandezca en su frente y vibre su nombre en el mundo intelectual.

Y no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas y no comprende el encanto y la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Flammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus

diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante.

Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, íxito y victoria!

La voz de Elqui, Vicuña, 8 de marzo de 1906

SOBRE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA (1908)

Es en las aldeas donde se siente más imperiosa la necesidad de la instrucción primaria obligatoria. La creación de escuelas en los más ínfimos lugares, impone un aumento en el presupuesto sin dar los beneficios cuya obtención inspiró. Los padres de familia, en su mayoría rústicos, no quieren privarse durante unos pocos años del trabajo de sus hijos, ni convencerse de que la instrucción es tan necesaria a su ser moral e intelectual como la salud a su ser físico. De ahí que, a pesar del favor que se concede a la educación popular el número de analfabetos es enorme, lo cual hace poco honor al rango intelectual de un país.

Los que sabemos de esta actitud hostil de la ignorancia y luchamos por vencerla, clamamos por la aprobación de ese proyecto de imponderable importancia, proyecto que sería un gran paso dado hacia la instrucción y, por lo tanto, hacia el progreso.

Cuando un hombre falta a sus deberes de ciudadano desobedeciendo a las leyes de su patria, se le obliga al cumplimiento de ellas, dando además el castigo a su falta. Pues que ya nadie ignora que como el cuerpo reclama al espíritu un sustento: ¿qué hay de extraño el que se opone al que sin tener causas económicas que alegar mantiene hijo alejado de la escuela por desidia o aberración, dejándole en una triste desnudez espiritual? Falta a sus deberes de padre, falta también a los de ciudadano, dando a una patria libre y progresista el lamentable legado de un hombre cuya ignorancia es simiente fatal de esclavitud, retroceso y degradación.

No conozco entre argumentos en pro de la instrucción obligatoria, otro más convincente que el siguiente. Es nada menos que el de un gran reformador alemán:

“Si se puede obligar a los ciudadanos a tomar un arcabuz, con mayor razón se puede y se debe obligarlos a instruir a sus hijos cuando se trate de sostener una guerra mucho más ruda contra el mal espíritu que ronda en torno nuestro, tratando de despoblar el Estado de almas virtuosas”.

Es una necesidad demasiado violenta para que salgan los pretextos de economía que aplazan su satisfacción. Es, por otra parte, una ley cuya promulgación colocará a nuestro país al nivel de las grandes naciones que ya le han dado curso.

En nombre del amor a la verdad, en otros tiempos se condenaba a terribles castigos a los indiferentes ante tal o cual culto y a sus detractores. Aquél era un crimen, obra de la locura del fanatismo. En nombre del amor a la instrucción, –sublime amor que no ha dado a los que cultivan sino bien–, sería justicia castigar la ausencia del niño a la escuela. Esta sería obra de la razón y de la filantropía, sería una campaña noble en pro del mejoramiento del bajo pueblo, ese pobre pueblo que, desdeñando los medios eficaces para conquistar su bienestar social, busca medios falsos, de resultados contraproducentes en otros movimientos que hacen su desmoralización y su ruina.

La voz de Elqui, Vicuña, 29 de diciembre de 1908

SOBRE EL CENTENARIO: IDEAS DE UNA MAESTRA (1909)

Impuesta la suscrita de la circular N° 97 de la Inspección General de Instrucción Primaria, transcrita por esa visitación, tiene el placer de emitir enseguida, con el entusiasmo e interés que comunica el patriotismo sus modestas opiniones, sobre el mejor modo de celebrar el próximo centenario.

Muchas ideas sugiere tan importante asunto, pero no pienso anunciar sino la que juzgo más atendible, porque su realización no sería el motivo de pasajera diversión popular que constituyen las fiestas acostumbradas en tales circunstancias, sino un verdadero movimiento de progreso nacional y una utilidad suprema y duradera. Aludo a la instrucción primaria obligatoria.

Con la realización de este proyecto soñamos todos los que sentimos las necesidades profundas del pueblo, no bastando a conformarnos con su postergación las razones dadas sobre ella, razones de economía principalmente. Hemos dicho:

“Las grandes obras exigen los grandes sacrificios, pero los merecen, y la consideración de los bienes que reportan hacen olvidarlos o atenuarlos”.

También lo que vamos a conmemorar fue obra de un sacrificio inmenso, verificado a pesar de obstáculos múltiples.

Sería inútil una disertación sobre la importancia suma que encarna este asunto, sobre las causas que claman porque se verifique. Toda persona de cerebro y corazón reconoce sus ventajas; estamos acorde en la declaración de esta necesidad. Pero quiero insistir en que ella es imperiosa. No se trata de algo cuya postergación signifique la postergación de un beneficio, cuya conveniencia es mucha pero que podemos, sin perjudicarnos, aguardar un tiempo más; se trata del sostenimiento de un mal lamentable. Así lo considera mi humilde criterio y así francamente lo expresa. Este mal es que, en plena era de progreso, y en un país como el nuestro, que no tiene mucho que envidiar a otros en adelanto intelectual, la cifra de analfabetos es abrumadora. Vano es el empeño que buenos gobiernos han manifestado

de difundir la instrucción popular dotando de escuelas a las más pequeñas poblaciones; pues no siendo reconocida por todos lo imprescindible de la instrucción la asistencia a esas escuelas es escasa, ya sea la causa de esto la ignorancia de los padres o sus estrecheces pecuniarias, a las que ponen remedio dando participación a las niñas en sus faenas, desde edad inadecuada, uno u otro motivo sugieren lo necesario de que la ley imponga, como otro cualesquiera, el deber de los padres sobre la instrucción de sus hijos, el castigo por la omisión de su cumplimiento.

Demos el gran paso que otras naciones, algunas inferiores a Chile bajo otros puntos, han dado ya. Conmemoremos así aquel paso gigantesco que de la esclavitud a la libertad dieran resueltamente nuestros antepasados.

La tierra tiene la actitud de una mujer,
selección de Pedro Pablo Zegers,
Santiago, RIL Editores, 1998

EDUCACIÓN POPULAR (1918)

Para ser perdonada de las torpezas de esta conversación –porque es eso y no una conferencia–, me bastará decirles que es la primera vez que accedo a hablar en público. Hay pecados de sentimiento, y éste es uno de ellos. La razón presenta con fría desnudez nuestra incapacidad, pero la ola cálida del sentimiento arrastra. Ya lo dijo Teresa de Ávila: “De la abundancia del corazón habla la boca”. Yo vengo a hablar por amor, antes que por ciencia, de la enseñanza popular y quiero dar a Uds. no un seco cuadro estadístico, sino la emoción de este problema.

No pretendo hacer cátedra ni creo traer cosas nuevas a esta conversación. Las viejas verdades pedagógicas son como las del Evangelio: todos las conocemos, pero deben ser agitadas de cuando en cuando, para que exalten los ánimos como el flamear de las banderas y para renovar su generoso hervor dentro de nosotros. Verdades conocidas pero aletargadas, son verdades muertas, fardo inerte. Los maestros hemos de ser en los pueblos los renovadores del fervor respecto de ellas. No tenemos derecho, a pesar de las indiferencias que conocemos y de las incomprendiones que nos han herido, a dejar verdades que se enmohezcan en los demás. Somos los que hacemos su guardia a través de los tiempos. Si no tenemos la elocuencia, tengamos la buena voluntad, ese oro de los pobres, con el cual puede hacerse tanto en el mundo.

La Sociedad de Instrucción Popular abre unos cursos nocturnos de mujeres, y esto es de una inmensa significación para nuestra ciudad. Se trata de la primera escuela de tal índole que habrá en provincias. Es una honra para el grupo de mujeres que busca más amplitud de horizontes y muy principalmente para la institución que recoge la voz de los humildes y no mide la magnitud del esfuerzo, por medir la magnitud del servicio.

Una ordenanza de instrucción primaria obligatoria ensayada por algunos municipios consigue ya llevar a las escuelas públicas a todas las niñas del pueblo. Se está labrando con esto, como un bloque de oro, el futuro de Chile, un hermoso futuro; se está asegurando la cultura de las masas de mañana; pero la inmensa cantidad de mujeres que no recibieron los beneficios de la obligación escolar, queda

al margen de esta era nueva. El Estado, al no abrir para ellas clases nocturnas, las declara tácitamente condenadas a no incorporarse jamás en las actividades humanas más nobles. Es una fatalidad monstruosa. En cambio, las escuelas nocturnas de hombres están desparramadas a lo largo de todo el país. Esta vez, como siempre, se cae en el absurdo de levantar el nivel de un solo sexo. Reformas parciales de tal índole no pueden conseguir la renovación de todo un ambiente, no mudan el alma nacional.

Las mujeres formamos un hemisferio humano. Toda ley, todo movimiento de libertad o de cultura, nos ha dejado por largo tiempo en la sombra. Siempre hemos llegado al festín del progreso, no como el invitado reacio que tarda en acudir, sino como el camarada vergonzante al que se invita con atraso y al que luego se disimula en el banquete por necio rubor. Más sabia en su inconsciencia, la naturaleza pone su luz sobre los dos flancos del planeta. Y es ley infecunda toda ley encaminada a transformar pueblos y que no toma en cuenta a las mujeres. No se crea que estoy haciendo una profesión de fe feminista. Pienso que la mujer aprende para ser más mujer. El perfeccionamiento de una especie la afina sin hacerla degenerar, cuando es bien dirigido. Así las rosas de los invernaderos son, por su delicadeza insigne, más rosas que las del campo. La mujer culta debe ser, tiene que ser, por lo tanto, más madre que la ignorante. A la fuerza del instinto suma la fuerza enorme del espíritu; agrandar su alma para el amor de los suyos adquiere armas nuevas para defenderlo de la vida; ella enciende su lámpara para alumbrar por el camino, más que el propio paso, el de los seres de su carne. Y si la instrucción femenina no para en esta flor de perfección, será, incuestionablemente, que fue mal dada o mal recibida. Si en vez de dar sencillez, da petulancia es que fue cultura epidérmica y el remedio no es suprimirla, es ahondarla, es cavarla incansablemente...

Decía que el Estado, por carecer de recursos para resolver el problema que nos ocupa, se ha debido desentender de él. Los particulares entonces echan sobre sí esa carga de deberes. Hermoso gesto, digno de la hora democrática que está viviendo el mundo. Cuando se ve un grupo de hombres que, sin ser maestros ni legisladores, sacrifican tiempo y dinero en una obra así, no es extraño que, por un movimiento instintivo e incontenible del corazón, nosotros, los maestros, nos acerquemos para decirles nuestra congratulación calurosa y pedirles un pequeño, un mezquino lote en la obra.

¡El perfume del surco llama al sembrador!

La Sociedad duplica sus gastos con esta escuela, sin duplicar sus entradas. Espera que la simpatía vaya atrayendo amigos. Todos querrán ayudarnos porque haremos una obra de bien indiscutible y de honradez transparente. Y querrán ayudarnos también porque es un bien común.

Tengo de la beneficencia un concepto que difiere del corriente. Creo que el dinero con que cooperamos a las sociedades de caridad nos beneficia tanto o más que el que destinamos directamente a la satisfacción de las propias necesidades. No se diferencian en nada la contribución de haberes, que costea nuestra policía y nuestros servicios higiénicos y la colecta de caridad que costea un asilo. Si una dama nos pregunta en qué beneficia una escuela de obreras, le contestaremos:



cuando hayamos logrado a la larga reunir allí a todas las mujeres ignorantes del pueblo, renovaremos el ambiente espiritual de una clase entera. Tal renovación eleva todo el valor de la vida, trae como más dignidad, como más sol, y hermosura al mundo. Diríamos a la dama que el aya de su hijo o la mujer que vela a su cabecera cuando ella está enferma, ejecutando los mismos pequeños actos cotidianos, pondrá en ellos un alma nueva, un perfume de delicadeza, un temblor de sentimiento que antes no tuvo, una conciencia más profunda de su misión. Y no se nos diga que la mujer humilde no necesita de instruirse para alcanzar hasta las cimas morales de abnegación.

Conozco las almas maravillosas que ha sacudido el destino como una sarta de estrellas en la clase humilde; he visto tal vez los ejemplares más puros de la humanidad nacer, desarrollarse sin estímulo en un ambiente inauditamente hostil; pero sé también que cuando la naturaleza no pone en los hombres la virtud fácil como pone el perfume en la flor, sólo la educación es capaz de crear el sentimiento y tatuar los deberes en la mitad del pecho humano.

A todos nos mancha un mundo imperfecto e injusto. El patio pestilente de una vecina echa en el viento hacia el nuestro sus emanaciones y, de igual manera, la grosería de la servidumbre enturbia la inocencia de nuestras hijas y la canción impura que va un ebrio entonando por la calle desgarrada para siempre la pureza de vuestro niño pequeño. En cada zarza que quebramos, en cada charco que cubrimos, defendemos nuestra carne, limpiamos nuestro aire. El corazón purificado de la mujer más humilde es como el balcón florido que derrama su aroma sobre el viento y va hacia todos.

He hablado especialmente de mujeres del pueblo; nuestra matrícula tiene también varias de la clase media. La asistencia común a una escuela como la asistencia común a un templo de gentes de distinta condición no degrada a nadie, porque la escuela es la negación de las castas si es cristiana de verdad y si educa mujeres de una república de verdad también.

Quiero agregar unas palabras sobre un prejuicio muy esparcido acerca de la instrucción de la mujer pobre. Hay la creencia de que la cultura siquiera mediana no hace otra cosa que crearle pretensiones y hacerla una especie de mico, por la imitación grotesca de las clases altas.

Pero, ¿acaso no existe en la clase media esta misma imitación infantil respecto de la aristocracia y no existe aún entre los diversos grupos de la misma aristocracia entre sí?

Todo es susceptible de transformación de las costumbres como en la naturaleza. La fiebre de imitación ha comprendido hasta hoy sólo las modas. La mujer del pueblo imita grotescamente, es cierto, los figurines de la dama; pero está en los mismos vicios el camino hacia la virtud, para el ojo sutil del observador. No se ha dicho a la mujer del pueblo en qué consiste la verdadera superioridad que suelen tener las clases altas.

El valor de la mujer aristócrata sobre la del pueblo cuando ésta no es de un tipo de selección, consiste en el concepto más elevado que aquélla tiene de la educación de los hijos, en la visión más alta que suele poseer de la vida, en la com-

prensión que una cultura sutil le ha dado de la belleza artística, en la suavidad de maneras, en la disciplina de las pasiones.

Y no se crea que estoy dando juicios absolutos sobre la mujer de sociedad; como un tipo superior de su clase digo lo que suele ser, lo que debiera ser.

Quizá de entre las mujeres que acuden a nuestra escuela, mujeres ya formadas con hábitos y prejuicios fuertes, muy pocas realicen la transformación espiritual que he pintado tal vez con exageración. ¡No importa! Yo no soy una optimista ni creo que sólo un optimismo febril sea capaz de sostener a los que luchamos. Cuando echo mi grano no pienso en un trigal inmenso que se levantará del polvo; pienso solamente que mi grano dará una espiga rubia. ¿Para qué pedir más? Que mis hermanos obtengan otras y tendremos pronto una gavilla.

La prisa es pura soberbia. Empezamos con una escuela de tres cursos y una matrícula de 40 alumnas, bien poco para un colegio común, harto, demasiado para un ensayo como el que hacemos. La impaciencia recata casi todas las empresas al nacer una orgullosa impaciencia que quiere iniciar la obra en la mañana y sonreír a un monumento al caer la tarde. Y toda la obra humana tiene la gestación de la perla, la pequeña y milagrosa perla se forma con dolor y lentitud, el dolor del esfuerzo, el dolor de la incomprensión y el de la falta de elementos, siempre el dolor, y con la lentitud de la rosa que se abre pétalo a pétalo. Si la flor tuviera esta ansia nuestra de llegar al éxito en un solo día, la desalentara la pereza con que crecen sus yemas, renunciaría a abrirse y los hombres no gozaríamos cada septiembre de una maravillosa primavera.

Dije por allí que ensayaríamos. Otro pecado nuestro es el de pretender cosas definitivas al primer soplo de esfuerzo. Hay que vivir los programas, suprimir, agregar constantemente, poner la humildad del ensayo en cada plan, pedir y aceptar las luces de todos los que pueden darlas y no conceder a nada valor definitivo, porque la naturaleza misma, obra de Dios, se rectifica en todos sus organismos al aunarlos y, conservadora del conjunto, lima los detalles con un ansia viva de perfección que le viene también de su divino dueño.

La enseñanza en esta escuela será absolutamente práctica. No vamos a robar a la obrera el descanso de sus noches para darles en cursos interminables, quintaesencias de conocimientos. Una escuela nocturna no puede darse el lujo de formar cultura profunda, científica ni literaria. Se desnaturaliza si amplía demasiado su programa e invade el terreno de la enseñanza diurna.

Hay hoy en Chile una poderosa corriente pedagógica que pide con una justificada angustia que se transforme en institutos prácticos la mayoría de nuestros colegios y converjan hacia este vértice único los estudios de índole utilitaria. Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas y los programas de enseñanza, como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar, en breve tiempo, a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con sólo variantes pequeñas. Durante este período de tiempo, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se

han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado tras de todas ellas.

No es que hayan faltado grandes maestros, ni que la instrucción haya sido insuficiente; nuestros educadores son gloria americana y la instrucción dada ha sido tal vez excesiva; fue el rumbo el erróneo; no ha mirado nuestra educación a las realidades de su tiempo, ha pecado de libresca. No podemos decir que de idealista; la erudición, el recargo intelectual, no llevan al idealismo bien entendido; secan y fatigan el alma del niño nada más.

La guerra, a la que debe tantos bienes América, como heridas mortales Europa, ha venido a convencer a los ideólogos pertinaces de la necesidad apremiante de variar rotundamente los rumbos, y la reforma va a venir, se está ya haciendo; el primer puñado de simiente lo arrojó sobre el campo una celebrada y hermosa circular del ministro Aguirre Cerda. Chile, lo hemos visto, puede ser un gran país industrial. Y el Chile de las industrias, como el Chile de la grandeza histórica, debe salir de los colegios.

Yo admiro los países fabriles. Son las naciones ricas y la riqueza de un país un verdadero valor espiritual. En el peligro, dispone de todos los recursos para la defensa, y en esa hora suprema, sus millones no son el río turbio de lodo y de sangre que han insultado los poetas y los profetas; se ennoblece, trasmutándose en escudo que cubre a todos, en resistencia larga, en triunfo y por fin, en gloria eterna. Y en la paz, es ese mismo país rico el que lleva los más altos sabios a sus universidades y los insignes artistas a sus museos. Como el médico deriva del cuerpo sano tanto como del alma las virtudes de un hombre, de igual modo el historiador derivará del desahogo económico nacional, las flores más puras de la civilización y los éxitos guerreros de un país.

Todos los valores han cambiado en esta época nuestra, desconcertante hasta lo inaudito, y es necesario comprender que los dones del espíritu solos no salvan ni a un hombre ni a un país, y que es preciso, a la vez que afinar la sensibilidad del niño, haciendo pasar sobre su corazón el aroma del Evangelio, adiestrar sus manos, sus pequeñas manos que en esta hora han de ser duras y ágiles, sobre la mesa quemante y revuelta de la vida.

Debemos, pues, dignificar la enseñanza manual en diarios, conferencias y hasta en el arte, y poner en torno de ella la aureola de grandeza que le da esa epopeya viva que es la industria moderna. Porque en verdad estamos viviendo la Iliada de las máquinas, y ni los idealistas más absolutos, ni los poetas, tienen derecho a mojar de grosero un progreso que, por sus mismas proporciones inauditas encarna la belleza, al encarnar la maravilla, y pone la oda no sólo en el libro, sino en toda la tierra.

La difusión de la enseñanza práctica será en breve, por la oportunidad del momento económico y por la conciencia que de él tiene nuestro primer mandatario, asunto de estudio y de realización inmediata en la ciudad.

Recuerdo que el señor gobernador del territorio llevaba a Santiago en su último viaje la petición de una escuela profesional de niñas. La penuria del presu-

puesto no permitió esa creación para 1918. Vendrá luego, y si el Estado tardara, el municipio se pondrá a la obra sin duda alguna, porque tal vez no haya otro pueblo en el país en que la municipalidad tenga una visión tan clara de su lote de responsabilidades y una decisión tan rotunda de prescindir del gobierno respecto a recursos cuando las obras sociales no admiten dilaciones.

Conozco Chile y no he visto en ninguna parte como aquí a un municipio hacer la grandeza de la ciudad, como un monumento piedra a piedra, multiplicar los servicios, hacer llegar su acción a todas partes y no sólo en forma de autoridad, sino de cooperación cálida. He visto alcanzar su influencia hasta mi pequeño liceo. En la persona de su Presidente ha oído sus quejas sobre la vergüenza de nuestro local y, celoso de la salud de las niñas, ha mandado sus obreros que me han entregado salas habitables. Un liceo es del pueblo. Debe saber éste de las escaseces que sufre y debe conocer también el origen de sus adquisiciones. En vez de mandar una nota diciéndome mi gratitud la derramo, con estas palabras, entre vosotros.

He encontrado en Punta Arenas todo lo que el señor gobernador del territorio anunciara antes de mi viaje. Me pintó una ciudad en pleno desarrollo, con dirigentes que responden a cualquier iniciativa, surco ancho y ávido para cualquier simiente honrada, una colectividad que confiaría en mí y me ayudaría. He encontrado la ayuda prometida que ya se me está dando sin énfasis, y la confianza por la cual se me entrega la escuela que inauguramos. Me pintó una clase obrera con ansias de cultura. Si la he querido y la he buscado en pueblos en que es inactiva e ignorante hasta lo vergonzoso, icómo no he amarla aquí si se acerca a mi casa escolar y viviré con ella la intimidad de la enseñanza, que anuda tan apretadamente las almas, porque es un cambio cálido de ternuras y de conocimientos! Me pintó el señor Contreras un profesorado secundario y primario rodeado del respeto del pueblo, conquista lógica de sus méritos, y he encontrado este ambiente de respeto y hasta de cariño, que consuela del paisaje yermo y del rigor de la naturaleza.

Al hablar por primera vez al pueblo, creo que he debido, aun abusando de su generosa atención, extenderme en estos detalles.

Gracias a todos los que hasta hoy me han ayudado y gracias desde luego a los que me ayudarán más tarde, que serán más aún.

Haremos todos esta nueva escuela que se mezclen en ella las cooperaciones de simpatía, de propaganda, de recursos como los perfumes de las flores de los bosques. La obra colectiva es la poderosa, la individual lleva vida mezquina, helada y cae al primer golpe. Yo, sin Uds., no sería sino una mano trémula y ansiosa, porque la mujer, aunque sea la mujer fuerte, dura para ser vencida por los fracasos, es muy pequeña y muy pobre, si Dios no la mira, y si las almas de los hombres buenos no se tienden hacia ella como un báculo de sándalo que la ayude a llenar las obras hacia donde la lleva su corazón tremolante de amor humano.

La tierra tiene la actitud de una mujer,
selección de Pedro Pablo Zegers,
Santiago, RIL Editores, 1998

JURAMENTO DE LA BANDERA

(1919)

Juro fidelidad a esta bandera blanca, azul y roja, que no conoce la vergüenza y que ha visto la cara de la gloria.

Digo la hermosura de esta bandera. Su rojo de sangre exalta la acción y su azul la idealidad, y viene a ser perfecta, porque impulsa a obrar con fuego en el presente y a soñar con dulzura el porvenir.

Digo la reverencia de esta bandera que ha mirado morir héroes y ha oído jurar a los hombres probos de mi raza; que, juvenil, es mi camarada en las fiestas escolares y, democrática, ondulando sobre los edificios que se alzan en la luz de la mañana, es como la esposa del trabajo.

Juro que le guardaré para la hora suya una sangre pura, sin el veneno de las razas en decadencia; un brazo espartano, que mueva una fina alma ateniense.

Porque ella nos une, somos fuertes, y ninguna hora nos ha desmadejado en los conflictos; porque ella ama, se levantan los defensores; de todos los valles; porque ella recuerda, si es necesario, Carrera y Prat se reproducirán mañana.

Juro en ella a la libertad y el derecho. Lo mejor que las morales nos trajeron, está en lo que ella arenga y canta. En este juramento todos los otros van. A mi madre que me soñó puro y a mi padre que me soñó fuerte estoy jurándoles sobre este pliegue ardiente. Y juro a Dios, que eligió para mí esta raza y este signo.

En la guerra y en la paz, próspero o infeliz, presente o ausente de esta tierra, jurados quedaron mi amor y mi fidelidad a su bandera.

La desterrada en su patria,
selección de Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Ed. Nascimento, 1977, tomos I y II.

EL PATRIOTISMO DE NUESTRA HORA (1919)

Nuestra historia nacional no necesita ser cantada en un poema para embellecerse. Es hermosa como un canto, de su primera a su última página. Si la leemos a un extranjero, no necesitamos evitar un episodio torpe; no se nos quebrará la voz por la vergüenza en ningún período. Hasta nuestros hombres más discutidos son grandes. Las horas de mayor confusión son breves, y casi siempre, son transiciones de un estado a otro mejor. Es hermosa nuestra historia, y para dar en una narración a nuestros hijos la llamarada del heroísmo, no necesitamos recurrir ni a Grecia ni Roma, si Prat fue toda Esparta.

Y es sobria y simple, como un mármol clásico; la guerra de la independencia, dura y victoriosa; el período de organización, más breve que en cualquier otro país de América; la Guerra del Pacífico, en la que nos lanzamos, recogimos la invitación a un desafío desigual y formidable. Y hemos de insistir en la justicia de nuestras guerras, para aventar la acusación gravemente odiosa de nación militarista que nos han formado. Sabemos demasiado bien que la espada debe ser el arma extrema que esgrima el derecho para salvarse; sabemos, y ojalá no lo olvidemos nunca, que el horror de una contienda armada sólo se excusa y se enaltece cuando parte como un imperativo de fuego, de los labios mismos de la justicia.

Esto es lo que dice, si está honradamente escrita, la historia de nosotros. Pero es preciso corregir el vicio de algunos pueblos sobre el concepto del pasado y sus relaciones con el presente.

La historia es algo más que un motivo para disertaciones sabias y para arengas líricas. No es una cosa de museo, no es una muerta, es una inmersa viva, erguida ante nosotros, sugiriéndonos y exaltándonos; es una fuente plena y palpitante, que, como las que manan en las quebradas de las montañas, necesita prolongarse por un río, que es el presente. Limitarla en su belleza y en su resplandor, fuera agotarla. Nosotros somos sus continuadores; hemos de forjarla sin un desmedro de su hermosura pretérita, en cada hora actual, en cada ley justa que entregamos, en cada actividad nueva que aparece sobre el país. Con ser tan grande la obra de la independencia, que conmemoramos, es sólo un lienzo extendido, sobre la cual los

próceres trazaron, con los colores rotundos del carácter antiguo, un fondo inmenso en el cual las generaciones que venían irían trazando las figuras, las divinas teorías de las ciencias, las artes y las industrias, como en un fresco milagroso de Puvís de Chavannes.

La emancipación política del país constituyó solamente un punto de partida. No podían darnos más los que la hicieron. Para su época era mucho. Bolívar, el organizador, no hubiera ido más lejos. Todo lo que se nos legó tuvo que ser incipiente; ciencias e industrias todo lo vamos reforzando y definiendo; la educación como las leyes y las poblaciones. Y a tales campos hemos de llevar, como el artista moderno a su obra, este credo altivo.

“No somos los copiadore de nuestros augustos modelos. Corregiremos, sin insolencia, los errores de su legislación; mantendremos con ternura las líneas generales que son sabias. No tendremos el miedo del progreso, el pavor de lo nuevo, porque su empresa fue la negación de ese miedo; pero rectificaremos sin precipitación y sin énfasis esta sagrada obra suya, confiada a nuestras manos amorosas y conscientes”.

La libertad no es como esos mármoles que, al ser exhumados después de siglos, mostraron a los excavadores trémulos, en cada línea, sobre cada gesto una perfección infinita, que hechizaba, por profana y por bárbara, cualquier toque de una mano de vivo. Lejos de eso, la libertad es una estatua vaciada en arcilla transitoria y dócil, en lugar del mármol eterno, y se erige sobre cada siglo, mostrando los yerros del pasado y pidiendo, exigiendo a los hombres otra línea más armoniosa, otra faz más humana y profunda. Es la diosa eternamente joven, pero eternamente diversa, en la que se mantiene la índole divina y se mudan la expresión y el movimiento. Y la tarea más alta de los hombres de una época es poner sobre ese semblante sagrado con religiosa gravedad y moldearla mirando a las multitudes que dictarán su tipo, más que quede siempre sobre toda ella aquel resplandor que es su signo de hija de Dios.

Hay en el fondo de todos los pueblos dos maneras en la búsqueda del bienestar social, que chocan violentamente, en apariencia, y en verdad concurren a la armonía, aspiran a ella, están destinadas a realizarla: son el amor de la tradición y el del progreso. Ellas asoman en cada período histórico y se personifican en figuras opuestas, pero igualmente grandes. De estos dos conceptos del bienestar social, sólo nos conoce uno el extranjero; el mesurado, el regulador, y suele llamarnos rezagados, solamente porque no somos impetuosos.

“Chile, se ha dicho por varios hombres de estudio, es el país que realiza más serenamente o más tardíamente, las reformas políticas entre las tres naciones más importantes de América; Chile es el menos democrático y el menos moderno de aquellos países”.

Los observadores lejanos se han engañado un poco. La herencia de Carrera, el apasionado, y la de Balmaceda, el demócrata, no se han perdido. Están latentes, luchan, hasta hoy sin sangre, con la opuesta, y en las nuevas leyes ambas ponen su

qué rotundo y febril la una, sabio y sereno la otra y de esta colaboración de adversarios, como de la síntesis de los elementos antagónicos en la química del universo, nos están naciendo reformas armónicas, hace diez años insospechadas, y que traen la hermosura de la justicia, una justicia social que alivia y reconforta. No somos, pues, los rezagados de esta hora magnífica. Aunque nuestra montaña nos separe del mundo, miramos por sobre ella el momento universal y recogemos la lección inmensa. Por algo tenemos el mar, elemento de amor entre los pueblos; por algo tenemos una centuria de civilización; parece curarnos del error más fatal para un pueblo moderno. El odio a la evolución.

A la nueva época corresponde una nueva forma del patriotismo. Es necesario saber que no es sólo en el período guerrero cuando se hace patriotismo militante y cálido. En la paz más absoluta, la suerte de la patria se sigue jugando, sus destinos se están haciendo. La guardia no se efectúa en las fronteras, y es que se hace a lo largo del territorio y por los hombres, las mujeres y hasta los niños. Saber esto, sentir profundamente esta verdad, es llevar en la faz y en el pensamiento la gravedad casi sagrada del héroe. Comprender que la hora que vivimos no es menos profunda que la que vivieron los hombres de la independencia, es aplicar a nuestras palabras y a nuestras acciones la reflexión del que está decidiendo en una empresa solemne. Tal pensamiento engrandece de un modo inaudito nuestra vida cotidiana y debe quitar banalidad a todos nuestros actos, y mantenernos a Dios como erigidos en nuestros corazones, para que hablemos y obremos sólo la justicia.

Es una hora para los hombres justos y para los pensadores. Nunca ha sido tan necesario como hoy meditar y actuar sucesivamente, y con todas las fuerzas del alma. Y nunca tampoco ha sido más imperiosa la necesidad de una colaboración colectiva. Muchas veces han sido llamados a decidir sólo los hombres intelectuales en las reformas. El Chile de ochenta años ha sido dirigido por ellos. Ahora todas las voces son demandadas y tienen igual acceso la cátedra y la fábrica en la discusión del bien común.

¿Cuáles son las virtudes que exige a sus fieles el nuevo patriotismo de que hemos hablado? Primero, el trabajo, la actividad como deber de todos, pero desarrollada con alegría, para lo cual ha de perder lo brutal que tiene en ciertas faenas. La segunda virtud de este patriotismo ha de ser la elevación de la cultura. Hasta ahora no ha sido ella una obligación común; poseerla parece dichosa excepción, y ha de constituir un simple deber hacia la época. Forma parte de la dignidad humana; esta es la verdad. Y no ha de dejarnos satisfechos aquella semicultura que suele ser cosa tan triste como el analfabetismo, porque no teniendo la capacidad verdadera, tiene la pretensión y suele recibir hasta los honores de la cultura real. Necesitamos una cultura general e intensa que, en los mejor dotados por la naturaleza, será la fuente natural de descubrimientos científicos y de obras de arte y en los peor dotados, dará la comprensión honrada de la labor de aquellos.

Es necesario saber, y decirlo sinceramente, crudamente, que en la crítica que de Chile se hace en el extranjero el mediocrísimo nivel de instrucción en nuestra clase media y el nivel bajo que tiene la clase humilde, son una formidable acusación y un motivo bien explotado de inferioridad nacional que nuestros enemigos

presentan ante las grandes naciones para degradarnos. Esta vez no podemos defendernos; nuestros servicios de educación están muy lejos de tener el brillo de nuestro ejército y nuestra marina. Y hay que pensar en que negarle cultura a un país, es como negarle el alma a un hombre. La tercera virtud del patriotismo de la paz ha de ser la simpatía por el mundo, precisamente lo opuesto de lo que suelen predicarnos los hombres del odio.

Somos un pequeño pueblo, todavía en formación, que necesita de todos; de unos, la influencia intelectual y de otros los capitales, para sus industrias. Suelen las naciones por mantener la pureza de la raza, hacer la decadencia de ella misma. La naturaleza en este, como en todo única maestra, nos demuestra que mezclarse no es perderse, que es sólo transformarse en un sentido de belleza y de valores. Por otra parte, tenemos demasiado próximo el horror de la guerra europea para que, mirando en el viejo Mundo la obra del odio, no nos hagamos los hombres del amor en América, si debemos ser mejores. Nada de prolongar en nuestra carne pura la gangrena de una lucha de razas que ha sido en Europa un doble y terrible pecado contra el alma y contra la vida, contra el alma, puesto que anuló los valores morales; contra la vida, puesto que arruinó el estado económico.

Demasiados conocidos ya los episodios de la independencia, para que su elogio sea necesario en esta disertación, aludiremos al terminar el desarrollo más importante del período de paz, que es sin duda, la formación y el desarrollo de las nuevas ciudades.

A las tierras que la espada conquistó, o cubrió defendiéndolas, fueron los hombres del esfuerzo a alzar ciudades. Alabemos a todos aquéllos que han elevado un Chile de 1810, sin industrias, sin comercio, con menos de un millón de habitantes, al Chile de hoy, con cuatro millones y con puertos bullentes de navíos. Son los colonizadores. No les preguntemos de dónde vinieron; trajeron su fiebre de actividad, respetaron nuestras leyes, y nos basta. Lucharon en Antofagasta con el desierto, conocieron la sed y los peligros como el beduino árabe, en la pampa atroz, llagada de sol implacable; arrancaron al suelo sus tesoros y fueron creando los puertos, hacia los que trajeron, con los frutos perfumados de la zona tórrida, las gentes nuevas y laboriosas. Lucharon en Valdivia con la selva hostil y formidable como una divinidad bárbara y la vencieron y levantaron la ciudad sobre los muñones sangrientos del bosque, y llamaron a los hombres a seguir su obra, ya más dulce y más humana. Y aquí en Magallanes, los colonizadores lucharon con la selva y la nieve polar, el monstruo negro y la blanca resplandeciente, pero mortal, hasta hacer de la tierra de los lobos marinos y del silencio, la tierra para los hombres, la capaz de sustentar gentes, y de darles, con el trabajo, la dignidad y la hermosura de la vida.

Y alabemos a los que acudieron después a los campos desmontados a hacer palpitar las máquinas febriles y a crear las industrias y el comercio. Por ellos fue una ciudad cubriendo el llano y haciendo retroceder la guirnalda tenaz de la selva. Ladrillo a ladrillo, muro a muro, la ciudad fue naciendo. Son los brazos deformados por el esfuerzo brutal, más divinos que los que se alzan en los bronce; son las manos oscuras que tronchando los robles y descuajando el carbón, al entregar el



fuego entregan la vida; son los hombres silenciosos y anónimos que la fábrica o el campo devuelven al atardecer, y pasan, sin soberbia, como si ignoraran su propio poema, por las calles, los que nos hicieron y nos siguen haciendo día a día este organismo poderoso que es la ciudad moderna. Toda la región dice su lucha contra la naturaleza, y si un poeta no la alabara, como en el milagro bíblico, las piedras y los árboles la cantarían. La llanura patagónica es menos grande que su corazón y que su faena.

Alabemos, por último, a los hombres del espíritu, que abrieron la escuela para dar la ciencia que es como la esposa de los hombres libres. Uno de estos sembradores, el más fatigado de labor, cayó hace meses no más sin haber puesto entre su cátedra y su sepultura ni un paréntesis de reposo feliz. Fue ése don Nicetas Krziwan, y hemos de decir su nombre en esta fecha en que él reunía a sus discípulos para vivir con ellos, en una alocución, las glorias de una patria suya por el amor.

Todos estos que he enumerado, exploradores, obreros, maestros han hecho un pueblo, y no hay nada más grande que realizar en el mundo. Por sobre las diferencias de faenas, los unifica hasta confundirlos al fin y el resultado de belleza. Ni todos hablan nuestra lengua ni en todos está nuestra sangre. ¡No importa! A una patria le basta tener leyes justas, para hacerse amar; le basta para incorporarlos a ella ofrecerles una tierra vasta, y esta patria, como cualquiera otra, para ser noble ha de tener, como Cristo, abiertos sus brazos hacia todos los hombres de la tierra.

La desterrada en su patria,
selección de Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Ed. Nascimento, 1977, tomos I y II

SOBRE LA LEY DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA OBLIGATORIA (1919)

Ha sido despachada por el Senado la ley de instrucción primaria obligatoria, por cuya implantación han clamado los obreros en *meetings*, la prensa en centenares de editoriales y las sociedades de maestros en notas y en presentaciones. Formaba parte de la nueva ley un aumento de sueldos al profesorado primario, gestionado desde hace unos cinco años o siete años ante el gobierno.

Con una ironía muy justa, Bergerac llama a la ley en cuestión el “parto de los montes”. Pudo la burla ir más lejos, porque el ratoncito de la fábula es cosa más considerable que el aumento otorgado a los hombres y mujeres que han de formar la cultura chilena.

Por la tardanza con que nos llegan los detalles de este asunto, tenemos que estampar en este sitio, y con suma brevedad, un comentario que debe ser largo.

En una época en que el obrero exige y obtiene ya en varias faenas, la fijación del salario mínimo en siete pesos, nuestro Senado fija para el profesor rural un sueldo de \$150 mensuales. Es ridículo, y ojalá no fuera sino eso; pero es también desmoralizador, es una injuria hecha a más de mil maestros que han de llevar, con el decoro que la profesión exige, una miseria silenciosa en las aldeas. Los sueldos del personal urbano son más o menos tan inferiores como el citado. Los privilegiados que llegan a la dirección de una escuela superior tendrán \$350.

Y hay que advertir que no se trata de un proyecto elaborado con precipitación y por gente no preparada; no menos de doce congresales han firmado las diversas modificaciones que el proyecto inicial sufriera, y de su largo estudio, de la comunicación constante en que han estado con las asociaciones pedagógicas de la capital, de las observaciones hechas por los diarios, de todo eso, se ha obtenido la vergonzosa nueva ley de sueldos que, si la Cámara de Diputados aprueba, habría que ocultar al extranjero como un desdoro nacional.

La literatura pedagógica del último tiempo en Chile ha sido rica y brillante; libros, revistas, periódicos han esbozado y hasta profundizado, reformas absolutas,

todas las cuales exigen, como primer paso, el mejoramiento económico del profesor primario. No es posible pedir que renueve constantemente su cultura, con asistencia a congresos de enseñanza y con lecturas, a un hombre que gana lo que el gañán en la zona central. Toda esta literatura, como se ve, no ha obtenido nada, y no conducirá a nada, puesto que el punto inicial es el que anotamos.

Pesa sobre la instrucción primaria en Chile un claro, un evidente desprecio de la clase alta y hasta de la clase media. En una sociedad que vive más de lo material que de lo espiritual, el maestro mal vestido, el maestro de vida humilde, vecina a la miseria, no puede inspirar el respeto y la consideración. Mientras que en Argentina el preceptor tiene en los pueblos el mismo valor social que el médico y que el abogado, aquí es motivo propicio para el caricaturista y el zarzuelero.

En estas condiciones, ¿hay derecho a pedir a la escuela primaria todo lo que debe dar, según el juicio de los estadistas y de los altos pedagogos? No, incuestionablemente. Y este rebajamiento de la escuela, la deficiencia de los métodos, la actividad intelectual del maestro, repartida a veces en otras profesiones, con el consiguiente daño para la obra; la vaga o torcida noción de sus deberes, tan altos, tan gravemente múltiples y sagrados ¿a quiénes hemos de presentarlas como protesta, sino al legislador, y a los pueblos enseguida, que aún no saben comprender ni amar al hombre y a la mujer que enseña a sus hijos?

Nos reservamos, hasta el despacho de la ley de sueldos por la Cámara de Diputados, un estudio más extenso de este asunto, en el que ha de mirarse no el beneficio de unos cuantos individuos, sino el mejoramiento del primer servicio público de un país. Ojalá él no sea tan amargo como el presente. Lo dudamos: la indiferencia por la escuela está en el ambiente de él lo han recogido los legisladores.

De ahí que debemos procurar, desde la prensa, el enaltecimiento de este valor social tan deprimido que es el maestro primario, hasta corregir un error fatal para una colectividad.

La desterrada en su patria,
selección de Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Ed. Nascimento, 1977, tomos I y II

NUEVOS HORIZONTES EN FAVOR DE LA MUJER (1919)

Un grupo de diputados ha presentado a la cámara un sencillo proyecto de ley de considerable alcance en favor de la mujer, porque le abre nuevos horizontes de trabajo, porque tiende a procurarle un campo de acción más extenso, de acuerdo con sus aptitudes, con sus facultades y con su sexo mismo.

Se trata de conceder una considerable rebaja en la patente a aquellas tiendas de género cuyo personal sea femenino en sus tres cuartas partes. La rebaja que, por este capítulo, sufran los Municipios donde se implante esta medida, será compensada con un aumento de la patente que pagan los negocios de bebidas alcohólicas.

Nada más justo, más lógico, más natural que este proyecto. Digamos aún que con él se trata de poner término a una verdadera vergüenza para el sexo masculino.

¿No es verdad, en efecto, que los dependientes de tiendas de trapo, que cortan metros de cintas, se muestran peritos en barbas de corsés y en otros adminículos netamente femeninos, están usurpando un puesto, un trabajo, una ocupación que, de derecho, pertenece a la mujer?

La prensa se ha ocupado varias veces de estas anomalías; pero como sus bien-intencionadas indicaciones no han tenido resultado, es bueno que se haga, por ministerio de la ley, lo que debió hacerse por la dignidad del sexo.

Lo único que habría que pedir es que cuando estas ocupaciones sean desempeñadas por mujeres, los patrones paguen los mismos sueldos de cuando eran disfrutadas por los hombres. Porque pasa al respecto una cosa curiosa, que constituye, en el fondo, una injusticia y una iniquidad: cuando la mujer ocupa un puesto que antes era desempeñado por un hombre, en el acto disminuye el sueldo.

¿Por qué razón? ¿Por qué en general la mujer da más garantía de seriedad, de honradez, de asistencia continuada? ¿Por qué no hace huelgas como sus colegas del sexo feo? Esto no es, pues, justo. Y no estaría de más que la ley dijera algo en este sentido. Porque, de otra manera, los dueños de tienda saldrían comiendo a dos carrillos.

En cuanto a los hombres, es bueno que vayan ejercitando sus energías, sus fuerzas y sus actividades en otras tareas distintas de vender madejas de seda y ovillos de hilo.

La tierra tiene la actitud de una mujer,
selección de Pedro Pablo Zegers,
Santiago, RIL Editores, 1998

CHILE (1923)

Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio entre los dos dominadores centaurescos, al sur el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar, y las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera blanca de sol, donde se prueba el hombre en esfuerzo y dolor. Enseguida la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera del paisaje, uno como ascetismo ardiente de la tierra. Después la zona agrícola, de paisaje afable; las manchas gozosas de los huertos y las manchas densas de las regiones fabriles; la sombra plácida del campesino pasa quebrándose por los valles, y las masas obreras hormiguean ágiles en las ciudades. Al extremo sur el trópico frío, la misma selva exhalante de Brasil, pero negra, desposeída de la lujuria del color; islas ricas de pesca, envueltas en una niebla amoratada, y la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo del pastoreo para los ganados innumerables bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡Tenemos el mar, el mar, el mar!

Raza nueva que no ha tenido a la dorada suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana. En el período indio, no alcanza el rango de reino; vagan por sus sierras tribus salvajes, ciegas de su destino, que así, en la ceguera divina de lo inconsciente, hacen los cimientos de un pueblo que había de nacer extraña, estupendamente vigoroso. La conquista más tarde, cruel como en todas partes; el arcabuz disparando hasta caer rendido sobre el araucano dorso duro, como lomos de cocodrilos. La colonia no desarrollada como en el resto de América en laxitud y refinamiento por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa especie de parpadeo tremendo de relámpagos que tienen las noches de México; por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores colgar sus

armas para dibujar una pavana sobre los salones. Por fin, la república, la creación de las instituciones, serena, lenta. Algunas presidencias incoloras que sólo afianza la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde los creadores apasionados: O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda.

El mínimo de revoluciones que es posible a nuestra América convulsa; dos guerras en las cuales la raza tiene algo de David, el pastor que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Hoy, en la cuenca de las montañas que se ha creído demasiado cerrada a la vida universal, repercute, sin embargo, la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo, un jadeo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá siempre lo leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce, y por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación viril, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser, en poco, más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor ni siquiera el recelo de las gentes de Europa, del blanco que será siempre el civilizador, el que, ordenando las energías, hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. ¡Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos da en ellos!

Una raza refinada no somos; lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas; pero en nuestro oído suena, y empieza a enardecernos, la invitación griega del mar. La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos que corrompen con la generosidad insinuante. El gesto de Caupolicán, implacable sobre el leño que le abre las entrañas, está tatuado dentro de nuestras entrañas.

Lecturas para mujeres,
selección de Gabriela Mistral
México, Secretaría de Educación Pública, 1923

ORGANIZACIÓN DE LAS MUJERES (1925)

Doña Inés Echeverría de Larraín ha publicado en *La Nación* un gran artículo, una extensa prosa sacudida de espíritu y alumbrada entera por esa generosidad suya que yo le admiro más que su mismo talento: hace en él un llamado a las mujeres de todos los credos. Desea “Iris” que la mujer equilibre la brutalidad de los movimientos sociales y humanice la pelea de búfalos, el descuartizamiento de toros, que va pareciendo el mundo (y Chile dentro de él) en esta hora. Aunque se esté haciendo un huerto en el último rincón callado de La Serena, entre golpe y golpe de azadón, se le ha oído y se hace un descanso para contestarle.

No hay dejadez árabe ni modorra india entre las mujeres nuestras; hay una fuerza enorme, y una confusión no menor que esa fuerza: yo las comparo a mis almácigos que irrumpen en un millón de cabecitas apretadas, con una revoltura bárbara, delante de mis ojos. Sociedades de beneficencia, escolares, gremiales, políticas, religiosas. ¡Deben llegar a quinientas en el país! Pero aquí como en todo, falta la columna vertebral, sin la cual no hay organismo. No existe la gran sociedad que inspire la confianza suficiente para que obreras, empleadas, maestras, médicas, católicas, liberales, socialistas, comunistas destaquen hacia ella representación, reciban sugerencias y presenten a su vez las suyas.

El feminismo llega a parecerme a veces, en Chile, una expresión más del sentimentalismo mujeril, quejumbroso, blanducho, perfectamente invertebrado, como una esponja que flota en un líquido inocuo. Tiene más emoción que ideas, más lirismo malo que conceptos sociales; lo atraviesan a veces relámpagos de sensatez, pero no está cuajado; se camina sobre él como sobre las tembladeras, en las cuales el suelo firme apenas se insinúa. Mucha legitimidad en los anhelos, pureza de intenciones, hasta un fervor místico, que impone el respeto; pero poca, imuy poca! cultura en materias sociales. No importa: existe la fuerza, nos hemos puesto en trance de obrar, y unos diez ojos sagaces y manos tranquilas ya pueden empezar la ordenación.

No hay necesidad de crear una sociedad más; tal vez sería enriquecer nuestro vicio, que es vanidad pura, de erigir directorios, para hacer reparto de presidencias y secretarías, baratijas de zulúes que nos gustan mucho.

Hay un organismo destinado a verificar la concentración que pedimos; su nombre ha hecho promesa que debe cumplir. En otras partes ya ha cumplido. El Consejo Nacional de Mujeres, en varios países, ha conseguido contar en su seno a las representantes de casi todos los círculos femeninos de la nación.

Hace muchos años se me invitó a pertenecer a él. Contesté, sin intención dañada:

“Con mucho gusto, cuando en el Consejo tomen parte las sociedades de obreras, y sea así, verdaderamente nacional, es decir, muestre en su relieve las tres clases sociales de Chile”.

La clase trabajadora no puede alcanzar menos de la mitad de representantes en una asamblea cualquiera; cubre la mitad de nuestro territorio, forma nuestras entrañas y nuestros huesos. Las otras clases son una especie de piel dorada que la cubre.

Este Consejo fue creado hace unos siete años por las señoras Amanda Labarca Hubertson e Isaura Dinator de Guzmán; de él han partido los primeros reclamos de representación femenina dentro de las instituciones, y cuenta en su haber las leyes dictadas por el gobierno actual, sobre derechos civiles femeninos. Ha hecho bastante, en relación con la debilidad que le crea la ausencia de la clase popular.

Actualmente, la presidencia del Consejo está en las nobles manos de la doctora Ernestina Pérez, timón sólido de cultura y de ecuanimidad. Al lado de ella tienen su sitio doña Inés Echeverría, para poner fuego ancho de espíritu; doña Adela Edwards, la de manos obradoras; doña Brígida Walker, decana moral del magisterio primario; las jefas de partidos femeninos, señoras Rodicio, Villar y Méndez, doña Luisa F. de Huidobro, doña Isaura de Guzmán, Teresa Ossandón, la socialista señora Hidalgo, el grupo excelente de educadoras del club de maestras, Cora Mayers y tantas y tantas otras que hierven en mi memoria y que harían fatigosa la enumeración.

Lo primero, conocerse. No son las líderes obreras lo que por ahí pintan, ni mujeres viciosas cuyo contacto manche, ni energúmenos que agiten una asamblea hasta malograr todo trabajo sensato.

Están llenas de recelo rencoroso, porque se las busca, es cierto, a la última hora, y se las ha olvidado cincuenta años, como quien olvida la atmósfera que lo rodea. Ahora es preciso ir hacia ellas con insistencia heroica y con una transparencia absoluta en la palabra y en la intención.

Muchas se han incorporado a las sociedades masculinas, a los gremios. Son las más cultas; han escuchado debates y, aunque suela contagiarlas la violencia de la asamblea de hombres, que rojea, tienen ya las manos sobre la carne viva del problema social.

Santa ronda nacional de mujeres sería ésa en que la mano pulida coja la mano prieta, y la aparadora de zapatos escuche, de igual a igual, a la maestra y la costurera diga a la patrona cómo van viviendo ella y sus tres hijos con su salario de tres pesos. Asamblea cristiana, en que la dueña de la vivienda pútrida mire la prueba de ésta en la cara sin sangre de su pobre inquilina.



Junto a Carlos Foresti, Punta Arenas, Chile, 1919. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Purgamos la culpa de no habernos mirado jamás a la cara, las mujeres de las tres clases sociales de este país. El amor vive de conocimiento, decía Leonardo, el humanísimo. Nosotros en los embusteros discursos de las fiestas patrióticas, gritamos la concordia nacional como desde una a la otra orilla del Amazonas.

La primera faena cívica era ésa: soldar las clases por medio de intereses y sentimientos comunes. Dar en la pequeña propiedad la emoción de la patria; dar en el servicio amplio inmenso! de beneficencia, el latido moral de un Estado, atento como un hombre a la guardia de la salud; dar, en la casa obrera, la dignidad al ciudadano, que no lo es solamente porque reciba el sol y beba el viento; incorporar en las muy vacías fiestas de aniversarios nacionales una ceremonia de gratitud hacia los mejores artesanos; impulsar con algo más que la protección al salitre la riqueza nacional, abriendo los bancos de pequeño crédito agrícola para que pueda sembrar cada campesino que tiene una lonja de suelo; y democratizar la cultura, llevando la biblioteca del pueblo como un río generoso, de un extremo a otro del país; humanizar el Estado; y hacer así esa red de intereses y de amor que es una raza. Al dibujo precioso de esa red, en que el centro está en todas partes, porque puede rompérsela donde se la toque y es preciosa en cada punto, hemos preferido el dibujo geológico de capas (de arcilla fina, de piedrecillas menudas y de roca ciega) que tenemos.

Ser organismo social, es decir, ser una patria, es tener casi la misma calidad de sangre en la frente que las plantas y oponer igual resistencia a la disgregación en cualquier parte del cuerpo. ¡Qué lejos de eso estamos!

En este momento América mira con estupor, que éramos la estatua del sueño de Nabucodonosor y que desmoronados los pies de lodo, hemos dado con la frente en la carretera.

No digamos que ya es hora de amarnos: el amor, en el individuo, relámpago sobrenatural, es en un pueblo un cuajo lento y maravilloso, como la creación de una madrepora; necesita de la sangre de tres generaciones a lo menos.

Pero el conocimiento del pueblo, me ha dicho alguno, da mejor su repugnancia que su estimación. Es cierto; no es ni hermoso, ni sentidor, ni claro de mente; feo, brutal a veces, confuso para desear y pedir.

Así lo hicimos. Entré el hambre, la tuberculosis, el alcohol y el trabajo salvaje, no había de levantársenos como un Apolo. Del Arte, que depura el sentimiento, hemos hecho una isla dorada a donde él no llega. El número de tabernas que le ofrecemos, cobrando por los municipios sus patentes, para hacer fuentes en nuestros paseos, debió ser el número de sus bibliotecas.

Sin embargo, hay que comenzar por el conocimiento y acabar por el amor, como los judíos, empezaron por Moisés, la Ley, para terminar por Cristo, lo superior a la ley. La escuela le entregará la patente de hombre; la habitación, en las ciudades y en el campo, el predio agrícola le darán la dignidad de poseer. Sobre eso, que vengan los capiteles del orden que queráis, la abundancia de la fraternidad, la verificación del cristianismo.

Volviendo, pues, a la organización de las mujeres, éste es el primer paso: vincularse para conocerse.

Creen algunos que el paso heroico es el que dará la clase opulenta hacia la desposeída y que cuesta mucho. Quienes hemos andado en estas búsquedas sabemos que hay también abismos grotescos, pero reales, entre la clase media (de empleados y profesionales) y el pueblo. Recordemos la parábola breve de Tagore: “La lámpara de arcilla dijo a la lámpara de cristal: Eres mi prima. La de cristal ni siquiera quiso responderle; pero en ese momento subía por el cielo la luna llena y le gritó: ¡Hermana mía!”.

Si la clase alta se siente extraña al pueblo por sus costumbres, la media no lo siente menos extraño por su ignorancia. La llaman un puente; como los puentes movedizos, levantó su extremo de la orilla, giró y ha ido a ponerse, tendido a lo largo de la otra margen suave, donde no sirve a los fines de la vida.

Es curioso anotar que las voces de mujer que hacen el llamado más apasionado a la fusión de las clases, en este momento, son voces de la clase alta. Llevo contados muchos artículos de Roxane, que me dan esta sensación: la de un guardia de minas del sur que en el peligro de una catástrofe bajaba y subía cada cinco minutos al hoyo infame, para mirar las venas de agua y subía a dar voces, a los mayordomos dormidos, volviendo a bajar nuevamente. Ella va de las fábricas, donde mira el envejecimiento de las obreras con el trabajo excesivo que asesina madres, a su periódico que le multiplica la garganta. Pues, el territorio entero está agujereado de subterráneos que no conocemos; nuestras avenidas, nuestros parques, el sueño sobre el cual descansa el lecho en que dormimos, tienen debajo la ciénaga tremenda.

Para la obra de organización de las mujeres, faltan estas dos cosas, pequeñas y preciosas como la perla: paciencia, humildad. No falta entusiasmo, que anda por todas partes en llamaradas sueltas. Paciencia para insistir tantas veces como horas tiene el día de Dios; humildad para recibir la descortesía y la misma hostilidad de las sociedades reacias a fundirse. Como todo pueblo débil, tenemos la vanidad supliendo extensiones. Los círculos menudos de mujeres temen desaparecer en la obra grande. Probarles que cooperar no es subordinarse y que la institución continúa su vida individual sin más cambio que poner su voz en medio de las de sus congéneres.

Costará un poco ser pacientes y humildes; es más fácil ser inteligentes y valerosas; la paciencia hizo las catedrales de la Edad Media y la humildad creó el cristianismo, que sólo se quebraja cuando ella disminuye. Ayudarán algunas otras circunstancias: la aquiescencia de los grandes, que ahora es más fácil de obtener; el paso menos miedoso de las obreras, que sienten su fuerza y toman su sitio.

Los problemas femeninos, los de gremio y gremio, y partido y partido, tienen una diferenciación muchísimo menor que los de los hombres. Casi no existe el conflicto religioso, que ha envenenado tanto a aquéllos, y les ha hecho perder cincuenta años, en un millar de sesiones de oratoria encendida. A las campañas mayores del reconocimiento de la educación paterna, la de la equiparación de salarios, de amplio servicio médico escolar, de enseñanza obligatoria de puericultura, aun a la de sufragio, llevarán su apoyo todas. Bastarían tres anhelos compartidos; habrá unas veinte leyes de acuerdo común. Puede fundarse mucho sobre ese enorme bloque.

En un artículo de la señora Labarca Hubertson se da un mensaje de la jefa máxima del feminismo yanqui: "Eliminad, dice más o menos, cualquier causa de odio, aunque sea el divorcio y el mismo sufragio, con tal de unificar". Es la mujer de sangre fría, que ha visto entre los pueblos latinos el gasto de odio que hacemos, la sangría de nuestros jacobinismos, el cacareo ridículo que levantamos en torno de nuestros estandartes políticos, mientras el "gran viento del norte" sopla hacia el sur con firmes carrillos.

Falta, me dice una compañera, un periódico para las mujeres o que, al menos, se restablezca, con secciones más ricas, la "página para mujeres" que hace años daban los grandes cotidianos.

Es verdad, necesitamos una enorme información del movimiento social femenino. Hasta ahora las revistas que se nos han dedicado se quiebran de...femeninas. No basta con el recetario doméstico que proporcionan, ni es mucha cosa regalarnos las páginas ilustres de Selma Lagerlöf y de Ada Negri. Páginas serias de religión, de pedagogía (divulgada sin tecnicismos), de higiene y sobre todo, repito, una clara y abundante exposición de la labor social de nuestras hermanas del mundo. Y muchas traducciones, porque cambiaríamos con gusto un servicio honrado de éstas por un buen lote de producción nacional, en todos los órdenes.

Nuestra prensa es hartamente regionalista, y el regionalismo acaba por crear una especie de tisis en los organismos, cuando no hace una ictericia de odio. Pagar traductores si no podemos pagar colaboradores extranjeros.

Un movimiento vasto de organización femenina requiere la fundación paralela de un órgano de divulgación muy fuerte.

Hasta hoy el feminismo de Chile es una especie de tertulia, más o menos animada, que se desarrolla en varios barrios de la capital. Es débil por desmigajamiento, y aunque ya cuenta algunos éxitos, no puede ser equiparado todavía con los movimientos respetables de opinión que se desarrollan en Uruguay (para nombrar un país hispanoamericano). Si ha de ser político, que se sature de cultura política; si prefiere quedarse en la lucha económica, que también adquiera la cultura que necesita para formarse un cuerpo de doctrinas económicas.

En el campo sentimental no puede mantenerse; para el sentimiento está la vida individual, y las mujeres han decidido abandonar el pliegue tierno de la casa, donde el amor sólo tenía un rostro que mirar en silencio, y el servicio de una sola mesa que hacer pulcra y bella.

Nos faltan recursos, me decían las obreras a quienes insinuaba yo que abriesen un curso de conferencias sobre el laborismo, el fascismo, el soviétismo, etc., los regímenes que gobiernan el mundo y que no conocen ellas para hacerse conciencia social.

Los recursos solamente pueden ser amplios en una organización muy numerosa. Si los piden al Estado vendrá la coquetería política, muy fea, a reemplazar a la antigua, donosísima; si los reciben de los partidos masculinos, incorporan la infección a su cuerpo, como quien derrama un tubito de bacilos de fiebre tropical; habrá hedor de aliento para muchos años.

Una Graciela Mandujano, periodista, que traduce dos o tres lenguas, puede hacernos la revista de gran formato, abundante de secciones, llena de contempora-

neidad en el espíritu y de la jaspeadura del mundo: lo latino, lo inglés, lo japonés, lo alemán, lo americano, como quien dice los ácidos, los fosfatos y las harinas espirituales. Cada actividad dentro de Chile precisa hacer esta empinadura para mirar a los dos continentes de donde viene el magisterio (Eurasia, Norteamérica), cuanto más el feminismo que es criatura del siglo, que casi no tiene historia y no se puede estudiar todavía en manuales cuajados.

Doña Inés Echeverría es una buena sembradora del fuego de la “flor roja” de Kipling. Mucho pone quien pone espíritu y voltea las entrañas pesadas de las criaturas. Pero este tiempo que vivimos es del hombre y de la mujer con los dos hemisferios, el emocional y el activo. Aquella que remueve, tiene que ayudar a hacer ordenación. Andan ahora los místicos mezclados con los albañiles, en Gandhi y en Vasconcelos, los constructores. Ella ama a estos dos hombres, que siendo inspirados, no desdeñan cortar los adobes de realidad.

Elija, pues, un puñado de mujeres llenas de voluntad cívica, y vaya haciendo con ellas la unificación del feminismo, que mientras éste sea como la hierba rala del campo, se secará sin haber sustentado. La ayudaremos hasta las que no hemos adoptado oficialmente el feminismo por pecado tomasino: todavía no da prueba en grande. La ayudaremos, sin embargo. Para mí, es el feminismo, hasta hoy, como una casa que no me inspira confianza grande, pero donde tengo tres amigas que amo y que no quieren venirse a vivir a la mía; me hace falta su conversación y subo las escaleras ajenas.

El Mercurio, Santiago, 5 de julio de 1925

UNA PROVINCIA EN DESGRACIA: COQUIMBO (1925)

Se sale de Santiago en ese horrible ferrocarril del norte, y se viene gozando mucho tiempo la provincia de Aconcagua, “valle feliz” como decían los españoles de las tierras verdes. Se acaba la tarde; se anega el paisaje en la noche como en un gran musgo profundo, y cerramos la ventanilla. Al día siguiente, los pobres ojos hinchados del mal sueño se encuentran con la mitad muerta de la provincia de Coquimbo, cuya fertilidad clásica será en poco más una fábula. Es una tierra que me pareció, en mi primer viaje, un inmenso rostro expectante y doloroso. ¿Qué esperaba bajo el sol como fijo esta tierra de calvicie roja? Esperaba la tragedia que venía, el hambre que primero raleó los rebaños de cabras de que vive Combarbalá, los mató enteros después, y ha tumbado de miseria a la población rural.

Donde la tierra es bárbara de matorral ciego y de peñascos, está bárbaro el hombre, aunque tenga escuelas, plazas y portadas ostentosas de haciendas. Bárbaras son éstas que pasan inacabablemente por la ventanilla del tren, y que hieren los ojos al mediodía con su aridez hecha resplandor.

Lo menos que el hombre puede hacer por la tierra es la distribución racional de las aguas, conducir al elemento maravilloso, en sabia red de canales. Toda cultura empieza por la tierra; entre nosotros, la cultura ha querido empezar por el bachillerato. El campesino es el hombre primero, en cualquier país agrícola; primero por su número, por su salud moral, por la noble calidad de su faena civil, sustentadora de poblaciones, y el primero principalmente, porque ha domado el suelo, como el curtido de pieles, y lo maneja después de cien años, con una como dulzura dichosa.

En Chile el campesino emigra hacia las ciudades, cansado de su salario de uno o dos pesos, cansado de las aldeas sin médico, con maestro malo y sin habitación humana; en esta provincia emigra, además, por la sequía.

Nuestra barbarie rural es enorme (hablo de la chilena en general). La etapa del obrerismo es bueno que pase; el obrero ha sido escuchado; ahora hay que mirar hacia el campo, y recoger su vergüenza en los ojos.

Hemos oído hablar tres meses de la miseria en Illapel y Combarbalá, como quien lee un cablegrama de China, con el relato de las “epidemias de hambre”. Las noticias nos arrancan del “continente de las tierras baldías”, como podría llamarse esta América, para situarnos en pleno oriente, en los tiempos de los profetas, cuando la tierra se ponía durante años seca como la piel del camello, y no daba sino la fiebre y el enloquecimiento.

¡Ah! me decía el párroco de Illapel, un culto sacerdote español, ¡hay que haberlo visto! Es de esas cosas que sólo se conocen cuando nos echan el aliento odioso en la cara. Yo he mirado, con un asombro del que no salgo, la primera comida de los hambrientos que bajaron a Illapel. Comían como animales, los pobrecitos, hasta hacer olvidar que eran cristianos. Y viéndolos comer con esa avidez iba yo pensando en los días que habían vivido: han hervido correas de aperos, mordido las raíces para poner algún sabor distinto en su saliva insípida; han aprovechado a los animales muertos de hambre, envenenados algunos. Era una pesadilla de mediodía aquella mesa de hambrientos. Cuando estiraba el brazo, la piltrafa seca hablaba mejor de los meses sin carne ni arroz ni harina.

El oriente. Sólo que allá son seiscientos millones de hombres los que agotan la cosecha en seis meses; en Chile somos cuatro millones de gentes, que, si hubiera una “asamblea permanente de alimentación”, comeríamos de Tacna a Magallanes, aun en medio de la peor crisis económica.

No carece la provincia de caridad, sobre todo en momento de angustia, aunque viva entera una pobreza española. El intendente y los ricos de La Serena, por una parte, por la otra los coquimbanos de la capital, levantaron erogaciones que han alcanzado a buenas sumas; pero no tiene, ni esta provincia ni Chile, la cooperación cotidiana; esa solidaridad no epiléptica que hace en otros países las grandes reservas para los años duros. Las mismas sociedades agrícolas que poseemos, comprenden a la aristocracia rural, y han dejado afuera a los campesinos. El concepto de casta lo domina todo, hasta la mejor obra, y ayuda elegantemente al comunismo. ¡Qué lento es el cuajo de una democracia, en las costumbres y en las instituciones, y qué fácil para el párrafo de discurso, liberal, radical o conservador!

Defienden algunos el latifundio con argumentos como éste:

“Si se crea absolutamente la pequeña propiedad, al desaparecer el dueño de una extensión vasta de suelo, desaparece también la posibilidad de hacer cualquiera empresa agrícola en grande, los canales de riego, los tractores costosos. El menudo campesino se come lo que saca de la tierra y el capital de éste no existe”.

Pues, Illapel y Combarbalá son latifundio puro, y ya sabemos lo que en cien años han hecho por la tierra. La sequía ha encontrado a los campesinos sin cooperativa y sin ahorros, que no se ahorra con un salario inicuo. En otros países, las sociedades agraristas tienen siempre en caja fondos para afrontar un año, por lo menos, de malas cosechas. La falta de organización campesina es otro dato de la barbarie.

El párroco de Illapel me habla con caluroso elogio, que me pide copie aquí, de la comisión oficial de socorros que fue a su pueblo. Es de celebrar que las oficinas

de Santiago se movilizan a medias hacia las provincias olvidadas, de las cuales viven en buena parte. Se cree poco en oficios y telegramas de funcionarios; pero la lección objetiva convence de sobra. Los empleados de asistencia social que fueron a Illapel han recorrido la zona del hambre e hicieron ellos mismos la distribución de los víveres, también esto cosa excelente, pues casi siempre los cestos de reparto se rompen.

El gobierno ha prometido el embalse de la laguna de Elqui y canalizaciones costosas hacia el lado de Combarbalá. Son ocho millones, y aquí se duda que sean concedidos. Sin eso, cada año tendrá que organizarse una beneficencia precipitada y costosa hacia esta provincia, pariente del pobre y paciente Job. Lo único que se salvará son esos trabajos, por una parte y, por otra, el acrecentamiento del pequeño crédito agrícola, que se acaba de crear en Chile. Ojalá lo segundo no se haga como un detalle de las cajas de ahorros, sino como una gran sección, dotada de recursos fuertes. Será el primer paso hacia los bancos exclusivamente agrícolas, que han de derramarse por el país y volverse instituciones vigorosas y celosamente defendidas por el pueblo.

Lo peor que puede hacerse con nuestra gente es acostumbrarla a la beneficencia, envilecerla con la limosna anual: la raza todavía es digna y no se lo merece.

Se han publicado en la capital noticias optimistas sobre las lluvias en la provincia. Ha caído una pequeña cantidad de agua. Esos telegramas complacidos se parecen a la grito que yo oí por las calles, en La Serena, cuando empezó a llover, una noche de julio. Gritaba la gente como si hubiera venido el Maharajah de Kupurtala, por la plaza. Una menuda lluvia sin ímpetu, que no alcanzó a tres horas. Me conmovió oír el vocerío de las mujeres. ¡Qué pobres hemos llegado a ser para que nos echemos a gritar en las puertas de las casas porque lagrimea, sin ganas, el cielo!

La peor tradición que puede heredar un pueblo es la de la riqueza minera. En esta provincia, cada almohada de hombres sustenta sueños de millones. El cuento de nodriza que cada niño, coquimbano ha oído es “la mina fabulosa”, las “barras” de plata o de cobre de Condoriaco y La Higuera, que esta generación no ha visto. No es sueño de codicia: es sencillamente de pereza. Todo hombre de aquí es un minero natural, sin linterna ni jadeo, y hasta las mujeres enumeran sus “barras”, y yo me siento pobre de solemnidad cuando oigo la enumeración de pertenencias, a cuyo reparto he llegado demasiado tarde.

Recuerdo unos meses de mi juventud pasada en Arqueros. El mediodía era muy caluroso; pero en cuanto empezaba a soplar el viento, iban subiendo de la quebrada donde está la aldea, hombres y mujeres dispersos, los “cateadores”, y caminaban hasta el anochecer como sonámbulos, por los cerros pelados. Recuerdo una cara de verdadero embrujado, de ojos ardientes, un “buscador” ya tomado por la locura.

¿A dónde van?, preguntaba yo, porque no se me ocurría que tarde a tarde, durante años, aquellas gentes caminaran así, como poseídos, por las lomas malditas, sin una hierba.

¿A dónde han de ir?, me dijeron. Los que no tienen caballos, salen así, a pie, a “catear”, hasta donde les alcanza el día. Cuando menos, suelen hallarse una piedra con metal en un rodado.

Ahora me doy cuenta de que “catea” media población y la otra mitad “catea” también, aunque sea desde su casa, es decir, subrogada por un vagabundo a quien sostiene.

En días pasados, ha venido a mi casa un viejecito, con la marca del hambre en la cara, una especie de castellano enjuto, pulcro y silencioso. Me ha contado que apenas reúne los cuatrocientos pesos anuales que tiene que pagar de patentes de minas. No las explota (¡con qué las va a explotar!) no las vende (¡a quién las va a vender!); ve solamente modo de conservarlas, y no come: almuerza su mate amargo y cena una sopa. Pero tiene medio costado de cerro bruto.

Esta patente es aquí universal: cuesta hallar quien esté libre de su carga.

El Tofo sigue como un espejo ardiente, alucinando los ojos de los pobres mineros, dueños de hoyos llenos de piedra ciega. Si no tuviéramos el Tofo acaso no se esperara mes a mes la comisión yanqui, y se pusieran, mi viejo ayunador y los tres mil mineros que pagan patentes, a hacer una hortaliza modesta, el huerto suizo, que sustenta a diez mil hombres mejor que un Tamaya en decadencia. Pero ahí está el Tofo, para justificar sueños y perezas.

Y yo he acabado por odiar la mina, como quien odia a un enemigo de su familia, como quien aborrece a la Hidra de Lema, comedora de poblaciones, con un odio personal. Frunzo el ceño cuando me encuentro por las calles al abogado o al pobrecito hombre que me dice:

Andamos mal, pero ya vendrán los tiempos grandes; llegarán otros gringos como los del Tofo, y verá usted.

Mientras viene este mesías inglés, ellos no cultivan la cuadra o la hectárea de suelo que tienen. “La tierra da tan poco”. Es cierto: no da, la muy austera, para vicios, para automóviles ni para mujeres: pero da de comer a peones y amos, y los obliga a la sobriedad. Del agro viene una especie de código natural de economía, y los pueblos agrarios son pueblos morales por sensatez.

Que nos den agua y nos den el crédito agrícola, fácil, no el que se ha dado antes, al alcance de los que ofrecen una hipoteca.

La provincia tiene que volverse agrícola, como Aconcagua, como su valle de Elqui, donde no hay hambre, porque existe el agua, el hombre no es perezoso y el suelo se ha dividido. Ese elquino, arriero después de la cosecha, antes hortelano y vendimiador, es el hombre mejor de la provincia.

Nos haría inmenso bien la ley que, castigando con el impuesto más fuerte la tierra baldía, obligue al hacendado a cultivar o a vender el fundo en pequeños predios.

El Mercurio, Santiago, 13 de septiembre de 1925

MENOS CÓNDOR Y MÁS HUEMUL (1926)

Los chilenos tenemos en el cóndor y el huemul de nuestro escudo un símbolo expresivo como pocos y que consulta dos aspectos del espíritu: la fuerza y la gracia. Por la misma duplicidad, la norma que nace de él es difícil. Equivale a lo que han sido el sol y la luna en algunas teogonías, o la tierra y el mar, a elementos opuestos, ambos dotados de excelencia y que forman una proposición difícil para el espíritu.

Mucho se ha insistido, lo mismo en las escuelas que en los discursos gritones, en el sentido del cóndor, y se ha dicho poco de su compañero heráldico, el pobre huemul, apenas ubicado geográficamente.

Yo confieso mi escaso amor del cóndor, que, al fin es solamente un hermoso buitre. Sin embargo, yo le he visto el más limpio vuelo sobre la cordillera. Me rompe la emoción al acordarme de que su gran parábola no tiene más causa que la carroña tendida en una quebrada. Las mujeres somos así, más realistas de lo que nos imaginan.

El maestro de escuela explica a sus niños:

“El cóndor significa el dominio de una raza fuerte; enseña el orgullo justo del fuerte. Su vuelo es una de las cosas más felices de la tierra”.

Tanto ha abusado la heráldica de las aves rapaces, hay tanta águila, tanto milano en divisas de guerra, que ya dice poco, a fuerza de repetición el pico ganchudo y la garra metálica.

Me quedo con ese ciervo, que, para ser más original, ni siquiera tiene la arboladura córnea; con el huemul no explicado por los pedagogos, y del que yo diría a los niños, más o menos: “El huemul es una bestezuela sensible y menuda; tiene parentesco con la gacela, lo cual es estar emparentado con lo perfecto. Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo. Él, como los ciervos, se salva a menudo sin combate, con la inteligencia, que se le vuelve un poder inefable. Delgado y palpitante su

hocico, la mirada verdosa, de recoger el bosque circundante; el cuello del dibujo, más puro, los costados movidos de aliento, la pezuña dura, como de plata. En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral. Vive en la luz verde de los matorrales y tiene algo de la luz en su rapidez de flecha”.

El huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, gracia. Y todo eso es defensa, espolones invisibles, pero eficaces, del espíritu.

El cóndor, para ser hermoso, tiene que planear en la altura, liberándose enteramente del valle; el huemul es perfecto con sólo el cuello inclinado sobre el agua o con el cuello en alto, espionando un ruido.

Entre la defensa directa del cóndor, el picotazo sobre el lomo del caballo, y la defensa indirecta del que se libra del enemigo porque lo ha olfateado a cien pasos, yo prefiero ésta. Mejor es el ojo emocionado que observa detrás de unas cañas, que el ojo sanguinoso que domina sólo desde arriba.

Tal vez el símbolo fuera demasiado femenino si quedara reducido al huemul, y no sirviera, por unilateral, para expresión de un pueblo. Pero, en este caso, que el huemul sea como el primer plano de nuestro espíritu, como nuestro pulso natural, y que el otro sea el latido de la urgencia. Pacíficos de toda paz en los buenos días, suaves de semblante, de palabra y de pensamiento, cóndores solamente para volar sobre el despeñadero del gran peligro.

Por otra parte, es mejor que el símbolo de la fuerza no contenga exageración. Yo me acuerdo, haciendo esta alabanza del ciervo en la heráldica, del laurel griego, de hoja a la vez suave y firme. Así es la hoja que fue elegida como símbolo por aquéllos que eran maestros en simbología.

Muchos hemos lucido el cóndor en nuestros hechos, y yo estoy porque ahora luzcamos otras cosas que también tenemos, pero en las cuales no hemos hecho hincapié. Bueno es espigar en la historia de Chile los actos hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas. La predilección del cóndor sobre el huemul acaso nos haya hecho mucho daño. Costará sobreponer una cosa a la otra, pero eso se irá logrando poco a poco.

Algunos héroes nacionales pertenecen a lo que llamaríamos el orden del cóndor; el huemul tiene, paralelamente, los suyos, y el momento es bueno para destacar éstos.

Los profesores de zoología dicen siempre, al final de su clase, sobre el huemul: una especie desaparecida del ciervo.

No importa la extinción de la fina bestia en tal zona geográfica; lo que importa es que el orden de la gacela haya existido y siga existiendo en la gente chilena.

El Mercurio, Santiago, 11 de julio de 1926



Junto a Consuelo Salera en Montreal, Canadá, 1931. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

FEMINISMO: UNA NUEVA ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO (1927)

I

La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo. Esto no ocurrió, y se creó con ello un estado de verdadera barbarie sobre el que yo quiero decir algo, con lo cual empezaré a entregar mi punto de vista sobre el feminismo, para aliviarme de un peso.

La llamada civilización contemporánea que pretende ser un trabajo de ordenación material e intelectual, una disciplina del mundo, hasta esta hora no ha parado mientes en la cosa elemental, absolutamente primaria, que es organizar el trabajo según los sexos.

La mujer ha hecho su entrada en cada una de las faenas humanas. Según las feministas, se trata de un momento triunfal, de un desagravio, tardío, pero notable. No hay para mí tal entrada de vencedor romano.

La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer, la fealdad de algunos oficios, sencillamente viles, ha incorporado a sus sindicatos a la mujer; profesiones sin entraña espiritual, de puro agio feo, han cogido en su viscosa tembladera a la mujer. Antes de celebrar la apertura de las puertas era preciso haber examinado qué puertas se abrían, y antes de poner el pie en el universo nuevo de las actividades femeniles había que haber mirado hacia el que se abandonaba.

La mujer es la primera culpable: ella ha querido ser incorporada, no importa a qué, ser tomada en cuenta en toda oficina de trabajo donde el dueño era el hombre y que, por ser dominio inédito para ella, le parecía un palacio de cuento. No puede negarse que su inclusión en cada uno de los oficios masculinos ha sido rápida. Es el vértigo con que se rueda por un despeñadero. Ya tenemos a la mujer médico (¡alabado sea este ingreso!), pero frente a esto tenemos a la mujer chofer, frente a la abogada de niños, está la carrilana (obrero para limpiar las vías); frente a la profesora de la universidad, la obrera de explosivos y la infeliz vendedora ambulante

de periódicos o la conductora de tranvía. Es decir, hemos entrado a la vez a las profesiones ilustres y a los oficios más infames o desventurados.

Es todo un síntoma de estos tiempos el que en el último congreso internacional feminista efectuado en París haya salido de boca de mujer (y de una ilustre mujer representativa norteamericana) la proposición que dio la prensa francesa de que “debían abolirse una a una las leyes que, concediendo a la mujer ciertas ventajas en el trabajo, le crean una situación de diferencia respecto del hombre”. Esta proposición de un absurdo que supera a todo adjetivo, comprende la supresión de la llamada ley de la silla, la supresión de la licencia concedida a la obrera un mes antes y otro después del alumbramiento, etc. La proponente estimaba que si la mujer esquivaba cualquier carga masculina, disminuye a la vez su derecho al voto y a otras preeminencias legales del hombre. Sus partidarias hablaron de “justicia matemática”, de “lógica pura” y de otras zarandajas.

Debates como éste sirven, dentro de su “grotesco”, para deslindar campos, para perfilar ideologías vagas y trazar netamente la doble teoría de las vírgenes locas y las vírgenes prudentes de estas asombrosas asambleas. Hay un lote de ultra amazonas y de walkirias, elevadas al cubo, que piden con un arrojo que a mí me da más piedad que irritación, servicio militar obligatorio, supresión de vestido femenino y hasta supresión de género en el lenguaje. Y hay unas derechas femeninas, que siguen creyendo que la nueva legislación debe estar presidida por el imperativo que da la fisiología y que pueden traducirse más o menos así: la mujer será igual al hombre cuando no tenga seno para amamantar y no se haga en su cuerpo la captación de la vida, es decir, algún día, en otro planeta, de esos que exploran los teósofos en su astral.

Yo no creo hasta hoy en la igualdad mental de los sexos; suelo sentirme por debajo aún de estas “derechas” feministas, por lo cual vacilo mucho en contestar con un afirmativo cuando se me hace por la milésima vez la pregunta de orden: “¿Es usted feminista? Me parece más honrado contestar un no escueto: me falta tiempo para entregar una larga declaración de principios.

Con todo, es conveniente ir haciendo una especie de programa derechista para el feminismo. Yo pondría como centro de este programa el artículo: Pedimos una organización del trabajo humano que divida el trabajo humano en tres grupos.

Grupo A: profesiones u oficios reservados absolutamente para hombres, por la mayor fuerza material que exigen o por la creación superior que piden y que la mujer no alcanza.

Grupo B: profesiones u oficios enteramente reservados a la mujer por su facilidad física o por su relación directa con el niño.

Grupo C: profesiones u oficios que puedan ser servidos indiferentemente por hombres o mujeres.

La primera rama sostiene frutos de contraste: el oficio brutal, a la vez que una especie de faena que podría llamarse de dirección del mundo. Aquí quedarían desde el obrero del carbón hasta el Aristóteles, consejero filosófico y político de los pueblos.

La segunda estaría encaminada a barrer al hombre de las actividades fáciles en las cuales se afemina, pierde su dignidad de varón y aparece como un verdadero intruso.

La última rama englobaría varias actividades que es imposible definir como masculinas o femeninas, porque demandan una energía mediana; éstas no entrañan para la mujer el peligro de agotarse ni para el hombre el de vivir de un oficio grotesco.

Yo no deseo a la mujer como presidenta de la Corte de Justicia, aunque me parece que está muy bien en un tribunal de niños. El problema de la justicia superior es el más complejo de aquí abajo: pide una madurez absoluta de la conciencia visión panorámica de la pasión humana, que la mujer casi nunca tiene. (Yo diría que jamás tiene). Tampoco la deseo reina, a pesar de las Isabeles, porque casi siempre el gobierno de la reina es el de los ministros geniales. Y siento una verdadera náusea por esos ensayos monstruosos de servicio militar que se hacen en Rusia y que no se quién busca llevar a la Italia fascista.

Esto último, a pesar de Juana de Arco: la pobrecita payesa de Francia, marca con su acción una hora en que el hombre ha debido estar envilecido no sé hasta qué limite. La peor cosa que puede ocurrirle a una mujer de este mundo es representar con su maravilla la corrupción del hombre, su guía natural, su natural defensor, su natural héroe.

Es apelar a alegatos desesperados o fraudulentos dar el nombre de madame Curie para pedir enseguida una presidencia de Estado. También es ingenuidad pedir papisas porque existió Santa Teresa, que hubiera contestado con una broma llena de donaire si le hubieran señalado siquiera un cardenalato.

II

La nueva organización del trabajo de que he hablado en el artículo anterior, tendría por base el concepto de que la mujer debe buscar oficio dentro del encargo que trajo al mundo. Ahora diré que cosa es para mí este encargo que está escrito en todo su cuerpo.

La mujer no tiene colocación natural y cuando digo natural, digo estética, sino cerca del niño o la criatura sufriente, que también es infancia, por desvalimiento. Sus profesiones naturales son las de maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadora en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etcétera.

El mundo rico que forman la medicina, las artes y las artesanías que sirven al niño, basta, es perfectamente extenso para que hallen en él plaza todas las mujeres, sólo que de este reino suyo no debe ser desterrada por el hombre, ni sufrir dentro de él competencia suya.

No necesita, pues, dar el salto hacia los oficios masculinos por la pura bazaría del salto, ni por el gusto insensato de la justa con el hombre.

Cuando se señaló a la mujer como única sede del hogar, tal vez se la provocó con la mezquindad del espacio, como la ardilla del parque zoológico a que se echa por sobre la valla. Nuestro tiempo puede ofrecerle, en torno de la exigua cámara primera, diez o doce o quince, levantadas en torno de aquélla. Convidarla a caer sobre las tiendas del trabajo masculino, es una necesidad o una malicia.

Una necesidad: ella rara vez cumplirá en ese terreno extraño trabajo equivalente al del dueño natural. Malicia: en la generosidad súbita con que el hombre ha aceptado la colaboración de la mujer, tal vez haya una parte de cálculo: la antigua compañera, cuya mesa él costeaba, se le ha convertido voluntariamente en un jornalero que aporta la mitad del presupuesto doméstico.

Mientras el oficio femenino está regido como por una columna tutelar por el niño, mientras se mantiene vuelta hacia él, mientras se desarrolla a su sombra sana, ese oficio aparece con la dignidad que tiene cada cosa desarrollada en su zona. Mirarlo cumplirse no inquieta, ni repugna, ni irrita.

Se vería con una complacencia profunda un consejo vigilador de la primera enseñanza, compuesto totalmente de mujeres y otro igual vigilador de las fábricas femeninas. Pero sube una ola de sangre cuando se ve a la chofer que yo conocí en país que no quiero nombrar, hacer la espera de su cliente hasta la madrugada, con una temperatura bajo cero repugna la Brunilda con uniforme de altas botas y pantalones sudosos, después de una marcha forzada, que están ensayando en la nueva Rusia; e irrita como una barbarie tártara ese grupo de limpiadoras de vía férrea de que da cuenta un periódico de mi provincia, dobladas como animales en el sol de castigo de la serranía de Illapel.

El ministro socialista belga Anseele denunció con palabra sacudida de cólera la forma salvaje en que trabajaban algunas mujeres en la industria de tintorería. Desnudas, porque la temperatura del taller así lo exigía, y mezcladas con los compañeros se movían dentro de la espesura del vapor, encanallándose por aquello que ha sido llamado tantas veces “el trabajo santo, voluntad de Dios”. Todas estas monstruosidades vienen de que no se ha organizado la faena humana bajo el concepto de diferencia de los sexos.

Una ingeniosa señora española me decía una vez hablando sobre feminismo: Este abandono parcial o absoluto de los hijos y los enfermos, al hacer el trueque grotesco de la faena femenina pediría la creación de un tercer sexo, que recogiese lo que segundo empieza a rechazar. Faltaría el ángel, añadí yo, que recibiera el despojo precioso de los niños. Como el ángel sigue arriba, no queda sino hacer un pacto con los rebeldes, creándoles un lucro dentro de su reinado legítimo y dándoles, a la vez que salario, ocasión de piedad.

Ya se que no todas las emancipadas son rebeldes y que un tercio de ellas, está formado por verdaderas esforzadas del trabajo. Hay la viuda, y hay, especialmente, la esposa del truhán, que abandonó a los hijos, viuda artificial más dolorosa que la otra.

Yo hablo principalmente por éstas, a las cuales he escuchado muchas veces un ruego que punza el corazón: Querríamos trabajar dentro de la casa o con materias que no choquen a nuestra costumbre doméstica.

Existe alguna cosa sobrenatural en la faena que se hace por nosotras dentro del círculo blanco del niño. Lo digo yo con la experiencia viva en mis sesos y en mis manos. Cuando he escrito una ronda infantil, mi día ha sido verdaderamente bañado de gracia, mi respiración como más rítmica y mi cara ha recuperado la risa perdida en trabajos desgraciados. Tal vez el esfuerzo fuese el mismo que se puso

en escribir una composición de otro tema, pero algo que insisto en llamar sobrenatural, lavaba mis sentidos y refrescaba mi carne vieja.

Copiando un cuento mío para niños, una mecanógrafa me decía cosa parecida:

Usted no sabe con que pulso tan distinto se escribe esto, después de haber copiado treinta planillas comerciales, cuyas columnas de cifras me echaban encima como un peso muerto de arena. El sitio suyo, el usurpado por el intruso, estaba en la editorial de obras infantiles, en las copias de las fábulas.

No se verifica en vano el delito de llevar un cuerpo tejido estría a estría para la misericordia o la maternidad hasta las hediondas usinas o hasta el puesto de vigilancia del gendarme. El ordenador invisible existe, el legislador de la economía humana que se quedó escondido, pero que grabó su ley en la línea del pecho de la mujer, en su ojo húmedo, en su mano delgada.

Hay que volver, es urgente el regreso a lo nuestro, la segunda entrada de la mujer en el pabellón del niño, ya sea ésta el retorno de la arrepentida (desde Hellen Key las que se rectifican son muchas) o la vuelta de la que fue arrancada a su pesar y tuvo siempre la nostalgia de lo suyo.

Que nos entreguen lo nuestro; en la industria del calzado, haremos el zapato del niño; en la carpintería, el juguete del niño; en el periódico escribiremos su fábula y en los años de práctica de la escuela de medicina, iremos a la Gota de Leche, en vez de enderezarnos hacia la sala de sifilíticos de cierto hospital que tampoco quiero nombrar, a donde por alarde del cinismo se conducía a un grupo de alumnas para el lavado de los enfermos.

Y este regreso empieza a ser urgente.

El Mercurio, Santiago, 12 de junio de 1927

EL VOTO FEMENINO

(1928)

La cámara francesa ha negado el voto a las mujeres. Y el señor de Kirillis, uno de los dirigentes de la propaganda de derechas, que tiene la formidable habilidad del afiche electoral, ha lanzado el número doscientos, aprovechando el motivo: un grupo de madres obreras con cara de derrota que van voceando la iniquidad de las izquierdas.

Es necesario sacar el asunto del plano del sentimiento interesado en el que, de ambos lados, se le estropea con falsedades. Ni las derechas han sido siempre feministas, sino que lo son ahora, a la desesperada, ni las izquierdas han sido sinceras en su campaneada adhesión al sufragio femenino. En la hora oportuna ambas usan esa banderola en su provecho.

El voto femenino es cosa para discutirla en lenguaje de derecho. En sistema de sufragio universal o restringido, desde que la revolución que llaman grande, clavó con picota rotunda el principio de representación popular, quedó por entendido que el voto correspondía al género humano. Discutir sobre la extensión de este derecho no es serio y, cuando no prueba malicia, prueba estupidez.

¿Por qué, entonces, hemos tardado cien años en agitar la cuestión feminista, y han demorado tanto en Inglaterra, España e Italia en concederlo?

Yo no creo en la explicación tonta del siglo de las luces que debía traer el voto entre muchos de sus disparates, como no creo en el cliché del cura, arrebatándonos las “antorchas” de las que hablaba la pobrecita Luisa Michel: ni creo en ese miedo de los hombres a la competencia femenina en el parlamento, que es cosa grotesca. No hemos tenido las mujeres genio para cosa alguna y no hemos de tener el político.

La iglesia, por sentido de disciplina de los sexos, por ese deseo de ordenación (la palabra orden está echada a perder), ha recomendado algunas veces que la mujer se quede en lo suyo, en su clima moral. Sigue creo yo pensando que eso es más útil. Pero ha debido ver que, sin votar, sin ir a los congresos, sin sostener afanes electorales, la mujer se ha llenado la vida de preocupaciones extrañas y que lo que llaman la sociabilidad, (por no llamarle con nombre legítimo, ociosidad dorada),

la llena, la colma y la hurta a sus hijos, tanto como lo haría el más enérgico ajeteo político, y ahora la Iglesia mira sin espanto el voto femenino y sus anexos.

Socialistas y radicales han nacido a la vida de combate electoral con la afirmación de igualdad de los sexos en la boca. Toda su literatura está listada, atravesada, anegada, de una declamación feminista que, de rotunda, tiene del timbal y de la trompeta de Jericó. Mientras fueron minorías, sin disfrute graso del gobierno, ellos han mantenido la declaración feminista en un patético agudo. Pero un buen día fueron gobierno, como en Francia, y se les vino encima el pánico de perder el usufructo, tan deleitoso siempre, de la presa. Desde entonces, y aunque sus jefes intelectuales han seguido haciendo declaraciones de lealtad a “la causa de la mujer oprimida, espoleada y olvidada por la reacción-“, el hecho efectivo es que pudiendo dar mayoría neta para la aprobación de una ley, la han esquivado con una facilidad de motivos que hace reír a las feministas francesas ingeniosas.

En los países del norte, donde, según parece, los líderes toman en serio un programa y hay más honradez y menos retórica en las izquierdas, alguna de parte de las derechas, ellas han cumplido hace tiempo.

La sorpresa mayor que las feministas latinas han tenido es la de Italia y España. Sin despliegue de propaganda, casi sin propaganda en la última, les ha caído el presente, que las pobres inglesas arrancaron como la presa de los dientes del leopardo, al parlamento inglés.

Como se comprende, la razón del celo feminista del señor Mussolini y del general Primo de Rivera, es muy otra, que la de Jaurés o que la de M. Blum. Resulta bastante difícil entender que un general, que además es español, o sea, dueño de la cifra más alta de tradicionalismo, tenga pasión por la causa femenina, que lleva la marca de sus enemigos naturales.

El señor Mussolini fue socialista y socialista de combate en el periodismo. Puede ser que del socialismo le haya quedado esto, aunque cuesta creerlo en un marino que tiró todo el resto por la borda. Es mucho más sencillo entender que él, como el español, ha concedido el derecho a voto a las mujeres por verlas “menos plagadas del liberalismo que hay que ahorcar”, según frase de un diario fascista. Las mujeres, se han dicho, no han tenido nunca el fetiche de la libertad y coincidirán con nosotros en que la única política que a un país le importa es la económica. El voto de las “amas de casa” será siempre para el que gobierna dando buena moneda y un buen yantar.

Yo tengo que celebrar con honradez, y aunque no pongo a ningún fascismo gesto cariñoso, el acierto de sensatez y el buen atisbo de moralidad política que contiene la forma de representación femenina adoptada en España. Se ha liberado a María de Maeztu, a doña Blanca de los Ríos y a sus compañeras, de la cosa sucia que es una batalla por las urnas con peroraciones en la plaza o el choclón y búsqueda mercenaria de electores. Sólo que se ha buscado cumplir con el feminismo en dosis infinitesimal, de una química bastante maliciosa. Una María de Maeztu, representa en grande a su gremio, pero entidad tan vasta como la de maestras no se sacia nunca de justicia con una sola diputada, aunque traiga estas calidades. Yo lo celebro como una insinuación del verdadero régimen gremial,

que ha de venir, para ordenación de las actividades nacionales, en España y en América.

El señor Mussolini mismo, resucitando, aunque sea con mano zurda, la representación gremial, nos sirve y nos acicatea a caminar poquito a poco hacia el régimen absoluto, restaurado integralmente.

Por las mismas razones que estos dos patrones políticos han tenido para dar el voto sin lucha y, en España, creo yo, hasta sin la voluntad de las agraciadas, las izquierdas francesas lo han negado. Ellas temen este partido formidable de “amas de casa”, esta duplicación de electores hecha con elemento ni jacobino ni comunista. Piensan que, a lo más, les llegarían a las urnas algunas liberales de un liberalismo de agua de melisa, no del alcohol combista. Los comunistas han sabido ser más consecuentes y, con riesgo y todo, votaron según sus programas.

El acontecimiento de España e Italia tiene mucha importancia para la América nuestra. Es posible que México repita el pánico y la resolución de la cámara francesa; es probable que Uruguay haga cosa parecida. Pero a los demás países se les ve no se que aire de concedernos el voto, sin gran presión, de ese hipotético comunismo que tanto temen.

Es, pues, la hora de nuestras feministas. El fruto de mi leyenda antifeminista, tan gratuita como la de feminista que en Cuba me hicieron, a mi paso, por pura buena voluntad.

Según las bravas feministas que me han zarandeado por desear yo “una división del trabajo a base de sexos”, yo soy una señora medieval que nunca ha trabajado, que en su pereza hace sistemas de estética y traiciona a las obreras escribiendo contra sus intereses más vitales. Según otra que me presentó en cierto país, con un horrible discurso, yo sería una estupenda líder de barricada. Según el señor Marius André, a mi llegada a París, esta vez, yo venía de excitar a las masas comunistas contra el clero. Todo ello escrito en el buen francés de Marius André y publicado en la *Revue de L’Amerique Latine*.

Yo no creo, sin embargo, haber dado apoyo a mi leyenda feminista. No he escrito nunca elogio de este partido aun cuando dentro de él quiero y estimo a muchas dirigentes. En cuanto a mis conferencias anticlericales de Santiago de Chile, eso pertenece a la buena información que de nosotros se tiene en Europa. Mi noble amigo Ventura García Calderón tomó demasiado en serio mi defensa en la revista francesa y sacrificó por ella la codirección que allí tenía y que valía muchísimo más que un insensato chisme ultramarino.

El derecho femenino al voto me ha parecido siempre cosa naturalísima. Pero, yo dispongo entre derecho y sabiduría; y entre “natural” y “sensato”. Hay derechos que no me importa ejercitar porque me dejarían tan pobre como antes. Yo no creo en el parlamento de las mujeres, porque tampoco creo en el de los hombres. Cuando en ese Chile nuevo que me encontré a mi regreso y en que tuve el gusto de no creer se hablaba de la nueva Constitución, yo acogí con mucha simpatía, aunque poco o nada entiendo de ello, la proposición que hicieron dos maestros convencionales de un parlamento a base de gremios. No se trataba, naturalmente, de los gremios oficiales del señor Mussolini en los cuales los representantes son

elegidos a medias por el gobierno y a medias por los gremios oficiales, sino de cosa parecida a los de representación medieval de Florencia en que el gremio no manipulado por el oficialismo, elegía libremente.

La proposición de mis amigos no fue tomada en cuenta ni durante dos minutos. Los seudo convencionales, por otra parte, no iban a discutir, sino a aceptar cosas decididas. En esos días, y como si se hubiese hablado de esta idea presentándola como creación bolchevique, yo dije, en una charla de la escuela nocturna que sostiene una sociedad de arquitectos, lo poco que sabía de la organización de los gremios en la Edad Media. Es la única ocasión en que he dejado caer alguna palabra de temas electorales que no son míos y que no busco arrebatarles a los hombres ni a las feministas mismas.

De semejante parlamento sí me importaría seguir los trabajos y hasta ayudarlos en una gacetilla, sin tentación de acabar en diputada, ni siquiera en consejala. Yo oiría con gusto a una delegada de las costureras, de las maestras primarias, de cada una de las obreras de calzado o de tejidos, hablar de lo suyo en legítimo, presentando en carne viva lo que es su oficio. Pero me guardaría bien de dar mi tiempo a la líder sin oficio, que representa al vacío como el diputado actual, y en cuya fraseología vaga no se caza presa alguna de concepto ni interés definido.

La corporación confusa de hoy en que nadie representa a nadie no me interesa aun cuando contenga la mitad de mujeres. Dudo de que resulte una novedad medular ni una renovación de las entrañas nacionales bajo este régimen, en que el agricultor habla de escuelas y en que el abogado se siente con ínfulas para juzgar el universo.

Que se me perdonen en este articulejo las alusiones personales. Lo aprovecho para contestar algunas ingenuidades dañinas y también algunas majaderías que sobre mi fobia feminista he dejado correr durante dos años de paciente silencio.

El Mercurio, Santiago, 17 de junio de 1928



A Palma pública,
recuerdo de una
fiesta de la Poesía
en el fino país
del Uruguay.
Jacielap

Junto a las poetisas Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou; los ministros de Relaciones Exteriores y de Educación, entre otros, Montevideo, Uruguay, 1938.. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

AGRARISMO EN CHILE

(1928)

Comienza a hablarse en Chile de la subdivisión de la propiedad agrícola, de una de las pocas cosas esenciales para que una democracia exista, se toque como carne y huesos, eche sombra, ande y convenza de sí misma.

Mucho necesitaba ya la democracia manca que es la nuestra, preocupada, desde hace cinco años, de códigos de trabajo, habitación urbana y otras asistencias honestas al obrero, volver la cara hacia el campesino, darse cuenta de él y agrarizarse un poco. Le faltaba un brazo a la semidemocracia chilena y yo creo que era el derecho. Aseguran que Chile será siempre el país que coma de salitre y de metales y de una industria adulta, que ya tenemos nacida. El salitre se ha de ir, tarde o temprano; las minas ya ralean; los Coquimbos y los Atacamas pasaron y Rancagua ha de pasar con esos dos mayorazgos del metal cúpreo y blanco. La tierra, en cambio, es la lealtad misma; yo no sé darle en el viejo amor fuerte que le tengo mejor nombre que ése de leal. Los Brasiles y las Venezuelas ya pueden descuidar un poco la piel vegetal, porque la tienen grande y hasta debe darles un bostezo de fatiga: llano, más llano; y bosque más selva.

Porque nosotros poseemos un mínimo del enorme reparto forestal que es América; estamos destinados al cuidado meticuloso del suelo, a una cultura ejemplar, fina hasta el preciosismo vegetal, en la que han acabado los países pequeños, las Suizas y las Bélgicas. Que la Argentina defienda, si puede, su latifundio como un estado natural que le crea la generosidad geográfica. Yo digo si puede, porque el legítimo rezongo contra el latifundio también ha empezado allá. Nosotros, Chile angustiado de suelo, mitad roca volcánica, un tercio desierto, sin más tierra verdadera que el llano central, no puede seguir viviendo el latifundismo sino como despreocupación inconcebible o como amparo deliberado de un régimen bárbaro.

Yo no necesito hablar de Francia, la bien parcelada, especie de pulido dominó verde y dorado de granjas, que ya había dividido en buena parte su suelo antes de la gran revolución. En otros artículos ya he alabado con legítimo superlativo este país que un alemán llama “de los sesenta millones de propietarios rurales”. De otros lados renguea la democracia francesa, no de éste. El “pueblo de la razón”,

que no se casa con el absurdo en ningún aspecto, y cuyo carácter individualista pone marca a todas sus cosas, no podía vivir el absurdo de un campesinado sin predio, lechero sin pradera, vendimiador sin viñedo ni productor de fresas sin huerto.

Pero si Francia comenzó hace doscientos años (quinientos dicen otros), Europa la ha seguido. Acabo yo de leer una bella obra sobre la reforma agraria en Europa, y salgo de esa lectura reconfortante con una enorme humillación respecto de América. Desde la España feudal (que dicen) hasta el límite amarillo, pasando por la Rumania de las dictaduras y por la Italia fascista, con que nuestros conservadores alharaquean tanto, Europa entera divide la tierra legalmente, sin revolución, sin pujos marxistas sino en Rusia; decapita el feudo, lo hostiga, y lo cerca como un jabalí; parcela y riega a la vez; abre los bancos y las cajas agrarias, oye al campesino en su exigencia de poseer el suelo, tan natural como el gozo de la respiración o de la marcha. Cuando esta gente de ojos abiertos nos llama bárbaros, porque no estudiamos latín o porque no bebemos té, no tienen razón; la tienen, ¡y de qué tamaño! Cuando se ríen de nuestras democracias con mil propietarios por millón de habitantes. Yo me reíría con ellos si no tuviera que oírlos el corazón mordido de cólera, porque dicen primarias verdades.

La noticia que me llega de Chile sobre una acción agraria decorosa y salvadora me endereza de un gozo que no sé decir. Escribirme contándome que mi madre se ha puesto joven y fuerte no me llenaría de mayor complacencia. El contarme que ha brotado petróleo a lo largo del país, a cada diez kilómetros de la costa, me exaltaría menos. Porque un pozo de nafta brota porque sí, por antojo de la geología, y una ley agraria nace cuando en un pueblo madura la conciencia, se permea de equidad, se enmiela y se abre como la granada noble.

Hace seis años yo mandé a Chile mi primer artículo sobre la reforma agraria en México. Desde entonces, y sin hacer artículos de especialidad que no sé escribir, he dicho, cada vez que he podido, mi aborrecimiento de nuestro feudalismo rural, contando qué hombre completo, con suelo, con casa, con educación agrícola, con sensibilidad para la extensión verde, me he encontrado en mi camino, que no hago cantando como creen, sino mirando, hecha entera ojo para los míos, ojo chileno, que ve neto y mira sin pestaños. Siete años hace que yo leo y oigo de Chiles nuevos, volteados desde las entrañas, dicen, para la rectificación valerosa de nuestros reumas de rutina colonial y nuestros abscesos de corrupción republicana. Yo no he entendido detrás de tanta sonajera necia sino un mejoramiento de la clase media, la más herida de nuestras tres castas hindú-chilenas. La campesina ni hablaba ni contaba en los *meetings* de seis horas o de tres días, que venimos oyendo y sufriendo hace siete años. ¿Dónde estaba? Haciendo lo que comen y beben las otras: los trigos de Angol, tan dulces en nuestras colinas y los vinos de Aconcagua, cuyo buen ímpetu estaba en los discursos de los “jefes”. Tan callada como los terrones que voltea, en la inercia de ellos, que no estaban atentos sino a hacer los glútenes y las féculas, ella no aparecía en ningún grupo ni rojo ni blanco, y era casi fantástica esta ausencia de la criatura rural, que pasa los dos millones de nuestra población.

Semejante mansedumbre ha hecho concebir esperanzas excesivas a los terratenientes. “Si ellos no se mueven ¿a qué moverlos?”, dicen, “Han de estar contentos de vivir en el suelo prestado. Déjenlos tranquilos”. Yo he mirado siempre como cosa sobrenatural la paciencia campesina en América. Se parece a la larga paciencia de Dios, de que hablan los teólogos. Pero un Estado no puede contar con lo sobrenatural como con una “naturaleza”, él que es laico, y menos han de descansar los terratenientes, que son grandes realistas, en estados casi angélicos de una masa, como en situaciones que puedan durar ni aun veinte años más.

Si el campesino chileno nada pide es porque no sabe que él pertenece a una familia humana que cada país ama como a su tuétano vital; que en algunos, como Francia, forma una aristocracia moral, y que en otros cuenta medio parlamento y medio gobierno. El cine y la revista ilustrada van a contárselo, tarde o temprano. Él verá la granja suiza y la alemana; él sabrá del banco agrario de cada ciudad y de la cooperativa próspera que sirve cada aldea. El líder que se ha callado sobre esa y otras cosas, por adulo al obrero industrial, cuya suerte quiere servir antes, se pondrá a informarlo. Entonces él va a moverse. A su manera, a la chilena, que los patrones parecen no conocer todavía. De un solo empujón y mortal. El “empujón” se llamó, en México, Emiliano Zapata y sus morelenses; saqueó, quemó mató y repartió el suelo, todo en la misma hora.

Los patrones deberían poner la mejor cara a las leyes agrarias que lleguen al Congreso, los patrones que forman parte del Congreso y los que quedan afuera, y que manejan opiniones de prensa y de círculos. Es la ocasión de que un país de América legisle sin anticipo de sangre, y sin urgencia caliente de revuelta, sobre el problema perversamente postergado, de la propiedad rural. Que no vengan los discursos de la cámara y los artículos de periódicos a decir en país sin información de este orden, miedecillos vestidos de derecho, defendiendo con ello intereses abusivos.

Por otra parte, para los campesinos, nada más favorable que un reparto agrario realizado sin revolución. Bueno es que sepan que la reforma agraria mexicana se mantiene en una zozobra permanente, temiendo de cada elección presidencial, porque salió de una revuelta y por cada revuelta teme y tiembla. Con la muerte de su jefe, el general Obregón, el agrarismo mexicano, con todos sus defectos, yo estimo, vuelve a hallarse en peligro de ser rectificado. En una reforma agraria sin sangre, el campesino chileno puede descansar; dormirá tranquilo; se pondrá al trabajo de su parcela sin voltear la cabeza a todos lados husmeando el riesgo; recibirá ya con razón de ser, la instrucción agrícola que le falta, para el cultivo intenso; cuidará con celo de dueño sus cooperativas y se comprometerá, sin temor del día siguiente, en la compra de su maquinaria moderna.

La T. S. F. debe informar a los campos del movimiento en perspectiva, que es el acceso moral más efectivo que se haya cumplido entre nosotros, para que los campesinos lo conozcan y lo sigan con el corazón atento y con una dignidad bien despierta de su viejo derecho, que había sido guardado como cachivache viejo durante veinte presidencias republicanas.

Y si Chile resulta capaz de finiquitar una reforma verdadera (con “verdadera” quiero decir de gran aliento y no miedosa, que sirva para cincuenta años y no para

cinco), sin paseo rojo de carabinas a lo largo del país, el ejemplo saltará, en dos años a los demás países agrarios de América (¿y cuál no lo es?), que temen la reforma, aunque reconocen su necesidad, porque los quince años de sangradura de México les dan miedo. Será una obra maestra de labor civil con rasgos europeos, es decir, con semblante de cosa culta, y una América con su clase campesina al fin desagraviada y su democracia legítima sonando a limpia plata cuando se la tañe, nos traerá honra a cada uno, así, a cada uno de nosotros, y a la América una honra adulta que nos permita hablar de ella sin que se nos enrede la lengua en su elogio, como suele enredársenos cuando damos el dato sano y escondemos astutamente los castrosos y feos: los de su fabuloso latifundismo.

El Mercurio, Santiago, 23 de septiembre de 1928)

INFANCIA RURAL

(1928)

Entre las razones por las cuales yo no amo las ciudades, que son varias, se halla ésta: la muy vil infancia que regalan a los niños, la paupérrima, la desabrida, y también la canallesca infancia, que en ellas tienen muchísimas criaturas.

Si yo hubiese de volver a nacer en valles de este mundo con todas las desventajas que me ha dejado para la vida “entre urbanos” mi ruralismo, yo elegiría cosa no muy diferente de la que tuve entre unas salvajes quijadas de cordillera: una montaña patrona: o unas colinas ayudadoras de los juegos, o ese mismo valle de un kilómetro de ancho y dividido por la raya del pequeño río, como una cabeza femenina.

Por conservar sentidos vívidos y hábiles, siquiera hasta los doce años, y saber distinguir los lugares por los aromas; por conocer uno a uno los semblantes de las estaciones; por estimar las ocupaciones esenciales, que son precisamente las bellas, de los hombres antes de conocerles las suplementarias y groseras: el regar, el podar, el segar, el vendimiar, el ordeñar, el trasquilar.

Por entrar a los libros a los diez años contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas a fin de que no se amueble la mente de nombres sino de cosas: cerro, vizcacha, guanaco, mirlo, tempestad, siesta. (El campo solamente posee la madrugada y la noche, por ejemplo).

Con el deseo de recibir el alfabeto de los sonidos, antes de que me den, tontamente anticipada, la música adulta.

A fin de que mis manos tomen posesión concienzuda y fina de los tactos de las cosas y se me individualicen cabalmente, con nitidez, las lanas, los espartos, las gredas, la piedra porosa, la piedra-piedra, la almendra velluda, la almendra leñosa, etc., y muchísimos cuerpecitos más, en las palmas conscientes.

La infancia en el campo, que avergüenza como un vestido de percal a nuestra gente cursi, la he sentido yo siempre y la considero todavía, y cada día más, como un lujoso privilegio, agradeciendo la mía y deseando delante de cualquier niño que ya endereza, el que la tenga semejante, cargada “del mismo maravilloso” que me ha sustentado a mí cuarenta años.

La ciudad pequeña no me satisface como transacción en este pugna de la ciudad y el campo para sede infantil. Veo los patios de sus casas sin rincones, a fuerza de arena, mosaico o asfalto, y no puedo conformarme con eso, yo que por patio tuve la viñita de mi casa, el higueral de la hacienda vecina y más allá una pradera larga de varios kilómetros.

En las grandes ciudades el envilecimiento es peor. Las ventanas de cuarto del niño dan a una calle hedionda, si es pobre, o a un muro bárbaro y ciego de almacén o de oficina, si es burguesito. Yo abro mentalmente las puertas del mío que caían a un cerro lleno de abolladuras prodigiosas y de fantástico peñascal; desde ahí saltaba el sol como un gimnasta rojo y las lunas se desprendían, próximas en el aire limpidísimo, como para caerme a la falda.

Duermo, hace diez años tal vez, en las pobres casas ciudadanas, y no puedo todavía al despertarme aceptar sin repulsión física violenta los ruidos sin nobleza de municipal y bajísimo ajeteo, batahola formada por camiones, sirenas, tártaras (las de grato silbo son pocas) de avalancha de trenes e interjecciones de mercado: todo lo cual se me entra por el cuadrado odioso de la ventana o la puerta y me avienta en la cara la maravilla del sueño matinal, parada todavía en mi cara.

Veo después los niños sorteando el tráfico horrible y los miro entrar en lo más ceñido de la entraña demoníaca de lo urbano, en una casa de tres pisos y a lo menos sin paréntesis decoroso entre ella y la calle infernal; quiero saber si adentro hay siquiera el desahogo compensador de un patio con árboles. No existe sino un cuadradito húmedo con unas matujas vergonzantes. Es la escuela. Sé bien que si diesen allí las clases Duhamel, Philippé o Péguy, los tiernos, a pesar de ellos el cuento no sería cuento, ni la geografía danza de paisajes, ni la botánica volteadura dichosa de las plantas. De ahí saldrán más tarde los forzaditos y atravesarán veinte calles pespunteadas de afiches imbéciles; pasarán a veces un jardín público nunca tan grande que les alcance a limpiar sus resuellitos, para meterse al fin en sus casas que ya se sabe lo que son.

Porque esta ilustre Europa, en lo que de ella conozco, degenera a su población empleada y obrera con la más infame habitación que darse puede. Llama pedantemente “departamentos”, a una enfiladura de tres cuartos en que comen, duermen y crían seis personas, y “villitas” a unas calabazas de cartón embreado que una bicicleta suele cimbrear.

A los padres, amigos del “café” en la esquina y a las madres que quieren mercado próximo, les importa un ardite dar a sus niños una infancia rural que les deje la sangre fértil, los ojos frescos y los sentidos limpios hasta la adolescencia.

A una hora de camino el núcleo de carbón grasoso que rodea a la ciudad ha raleado o se ha roto; a una hora está la posibilidad de la casa de adobe o piedra verdadera, amparo digno de hombres, con un jardín probable o hecho, con las estampas excitantes de las colinas, del río y el pequeño bosque.

No hay que olvidarse de que esta es la misma madre que suele llevar a la escuela un niño de tres años, haciendo cualquier fraude con la edad para que se lo acepten y la deje en paz. Dicen que la mujer primitiva se diferencia de la civilizada en que aquella era dos tercios del hijo y uno del padre, y que ésta es dos tercios del padre y uno de la ciudad que la viste y la calza bien en sus almacenes ilustres.

Los maestros que anuncian por aquí “paros” por obtener un superlaicismo, y más allá por duplicar salarios, deberían echarse a la huelga siquiera una vez por cosas que no sean dineros inmediatos y pedir, por ejemplo, entre otras rectificaciones de barbaries, que les arranquen, las escuelas del vientre de las ciudades y se las empujen hacia la zona rural, la zona verde, donde las estaciones son reales, donde las lecciones objetivas no se vuelvan fraude. Les regalasen a los niños esto solo: la infancia en el campo, el coloquio vivo de pecho a pecho con la tierra, la amistad con las bestiecitas y la convivencia con la vegetación, y se les perdonaran sus demás negligencias. Que la dicha de los niños vale en oro el peso de la bola sucia del mundo.

Pero se les ha ocurrido ser, a ellos también “urbanizantes”, como los Rotschild y los Loweinstein banqueros y como los accionistas de las Galerías Laffayette.

En su mayoría, ellos no tuvieron el amamantamiento con la leche gruesa y vigorosa del campo, y de ahí les viene la desabrida manera con que “cuentan” y la indigencia de imágenes que tienen en las descripciones, ellos, que han de ser prestidigitadores de estampas, en la narración, recreadores, reproductores, animadores por excelencia de imágenes; iluministas de todos los textos.

El Mercurio, Santiago, 24 de diciembre de 1928

PEQUEÑO MAPA AUDIBLE DE CHILE (1931)

Se nos ocurre que la “radio” podría darla y no otra, un ensayo de “mapa audible” de un país. Ya se han hecho los mapas visuales, y también los palpables, o sea, los de relieve; faltaría el mapa de las resonancias que volviese una tierra “escuchable”.

La cosa vendrá, y no muy tarde; se recogerá el entreveramiento de los estruendos y los ruidos de una región; sin tocar las facciones del suelo, colinas ni ciudades, posando angélicamente los palpos de la “radio” sobre la atmósfera brasileña o china, se nos entregará verídico como una máscara, impalpable y efectivo, el doble sonoro, el cuerpo sinfónico de una raza que trabaja, padece y batalla.

El país, para éste como para otros menesteres, resulta arduo de recorrer y de atrapar. La caja de sonidos es larguísima. Hay que escuchar como el venado; con oreja no sólo abierta, sino tendida en tubo captador.

A estas horas comienza allá nuestro día de vivir. Es casi la mañana. En la región norte (pampa salitrera, costra cuprífera y de platas y oros), resuenan barretas, picos y palas, en un infierno rítmico; se descascara a golpe brutal y numérico, o se dinamita, el llamado Desierto de la Sal. En las pausas de silencio se oyen máquinas moledoras de la pasta salvaje llamada “caliche”, piedra y sal, ganga y polvo.

El Desierto de la Sal amasó y remató al hombre chileno, bien plantado, bien fundado, logro cabal de la carne americana. Él ha salido de su pelea con la costra calichera y de su vida de pecho a pecho con el mar. Cuentistas y poetas cuando quieren decir al hombre nuestro, no lo hacen sino marino o minero, y dicen así sus dos forjas naturales.

Más abajo, sobre Atacama y Coquimbo, donde comienza la vegetación, el barroteo y la picadura es la misma, neta y testaruda; pero se muelen materias más nobles: el cobre, sangre de nuestra geología, la plata, que después de haber sido abundante, ya ralea y hurta el bulto. El oro no sale de minas: en la montaña un poco mágica de Andacollo el oro va por arroyos y regatos, en pepitas de mostaza o de arroz. Estas aguas milagrosas, que nacen al pie de un templo indígena, mantenían antes a grupos de naturales que no querían violentarlas por no extinguirlas; hoy dan de comer a siete mil hombres en jornada diaria.

Trazado con el estruendo de los picos, oye la oreja delgada el jadeo del hombre. No se le ve ni hace falta; tiene el pecho ancho, labrado por el gran resuello: cara de matador de piedra, y cuando se endereza de calar y descujar, una criatura camina con la marcha de lo que es: va como el dueño de todo suelo, y parece que clavara con el talón señor cada uno de sus pasos.

Salir ahora, echando la oreja en flecha tirada al sur. Hay primero un alborozo de puerto, del puerto mayoral del Pacífico, que mentamos con donoso nombre español: Valparaíso, Valle del Paraíso. Si hemos navegado desde San Francisco, nos dolimos en las costas tropicales de la falta de un puerto patrón y patrono de aguas; pero al llegar a estas alturas, echaremos un ¡aleluya! Valparaíso vale para segundón de San Francisco cumple por la costa sudamericana entera.

Los barcos entran y salen de la bahía, arriesgada a los vientos y que la terquedad de los chilenos forzó obligándola a volverse desembarcadero. Hierve en malecones y agua un pueblo vivo, que parece marsellés o catalán; va y viene un cardumen de tráfico marítimo que grita en inglés y en español las picantes interjecciones marineras. Valparaíso hace lo suyo. Lo suyo son veinte mil barcos anuales recibidos y lanzados. Lo que lanza son las industrias novedosas y garridas de la zona, que él distribuye a lo largo del trópico; lo que recibe son los azúcares, los arroces tropicales y la maquinaria yanqui e inglesa, que en poco más también se hará por nosotros mismos, territorio adentro.

Un mar violento y voluntarioso, el mar nombrado con su adjetivo opuesto de Pacífico, excita y espolea con yodos y sales a los grupos de descargadores, de grumetes y gente de pesca. Es un agua digna de griegos, brava y humana; ni el caldo hirviendo del Ecuador ni la plancha mortecina del círculo austral. ¡Bahía mayor de Valparaíso! Anda en novelas y poemas ingleses y noruegos. Quien navegó la conoce y la cuenta siempre al contar sus mares.

La oreja se suelta ahora de la costa, porque el oído, como el ojo, cambia con gusto de pasto y más le place seguir que quedarse.

Estamos en el interior, sobre región de nombre preciso: en el llano central, gloria botánica de Chile. El valle del Ródano es más corto; el del Po lo mismo; el del Nilo se le parece en la longura y la generosidad de los limos.

Corre un aire suave y dulce, sobresaltado de poco viento, y los olores del agro se duermen en la caja profunda del llano. Las resonancias han mudado desde el desierto hasta aquí; los sonidos se humanizan y se ablandan sobre el suelo de pulpa y el aire de poca ráfaga. El mar y la montaña, grandes agitados, se hallan distantes. Es el clima por excelencia de Ceres, seguro, estable: clima de matriz de tierra o de mujer. En otras partes del mundo, vivir será la riña rabiosa y enlodada contra el peñasco o la marisma; allí vivir se llama complacencia y seguro, destino natural del hombre hijo de Dios.

Las viñas y los huertos frutales se reparten aquel suave corredor terrestre; una lengua faja verde, sin llaga de aridez, deleite de castas agrarias. Hay riesgos suficientes que dan nuestras aguas de ingeniería en canales lentos y eficaces. Los rectángulos pulcros de granja, las provincias agrónomas, corresponden a melocotones, manzanos y viña, y más abajo, a los anchos paños de trigos; provincias de



color y aroma, departamentos frutales, distritos graneros. La gente latina no logró sobre hogar mediterráneo viñedo ni pomareda mejores que los del valle central de Chile.

Todavía atraviesan aquí y allá antiguos arados romano-españoles, con su crujido de queja de hombre; pero lo más frecuente va siendo la maquinaria agrícola luciente y rápida que pasa con un chischás de banda de langosta o con pequeño estruendo de aceros musicales, echando ascuas a lado y lado del campo.

Este aire rural tiene más canciones que los otros que dijimos. Las mujeres deshierban, podan y vendimian entre canto y comentario. En el vocerío de la trilla clásica de Aconcagua o Chillán, y en la algarada de la vendimia de Coquimbo, cabrillean gritos y hablas de mujeres y niños. La oreja se da cuenta de que aquí sí las voces del “homo” y la “fémica” son diversas, con dos continentes y dos órdenes. El hombre grita a lo hondero, con pedrusco lanzado; la mujer silba o modosea a lo codorniz y a lo tórtola, ya sea que cante o que sólo diga: es el habla sudamericana la más dulce de este mundo, el más tierno acento hablado por hijo de hombre.

Ahora ya rematamos el viaje. La Patagonia estará muy lejos, pero la retenemos contra geografía y destino y debemos decirla.

En esta inmensa meseta austral se oye, cuando algo se oye, una marea salvaje que pecha entre los canales y forcejea en el gran estrecho. Hacía el interior, apenas poblado hay unos silencios de hierbas inmensas, de gruesos y dormidos herbazales, que se parecen al estupor que dan los tómpanos en el último mar. De cuando en cuando, gritos alzados y caídos de pastores que arrear, con dos o tres notas quebradas y subidas.

Y en las estaciones malas es el viento patagón, bastante peor que el simún y la tramontana, el que hace su fiesta desesperada sobre la llanura sin atajo, en una carrera de búfalos rompedores de unas praderas entregadas y contritas. Pero vuelve el silencio de las praderas buenas, donde paca la oveja innumerable, que bala a la tierra verde, su madre y su costumbre. La oveja se duerme en esta anchura blanca o verde, y el que goza este encantamiento por unos años se enviciará en silencio, como el ojo se enviciará en extensiones.

Yo me gocé y me padecí las praderas patagónicas en el sosiego mortal de la nieve y en la tragedia inútil de los vientos, y las tengo por una patria doble y contradictoria de dulzura y de desolación.

El Mercurio, Santiago, 21 de octubre de 1931

SUFRAGIO FEMENINO

(1932)

Nos llega el sufragio como victoria de largas demandas, después de campañas que provienen de Europa y Estados Unidos, y que por fin han convencido el estólido sexo masculino. O bien, han alertado a los hábiles, que de repente nos consideran voto sumable a sus campañas. Sea lo uno más lo otro, las mujeres chilenas podemos ahora votar. Lo elemental es que votemos no como adláteres, sino como mujeres que anhelan aportar algo de feminización a la democracia.

Todos sabemos que el mujerío, bisoño en la escaramuza política, poco pudo hacer en su marginamiento, parecido al de las hebreas en la sinagoga. Por atavismo de siglos, estábamos convencidas trabajadas por dentro, sería más exacto de que el hombre desde todo tiempo produce las ideas sin jadeo, como quien juega o simula esforzarse. Ahora ya no le damos un amén servil a ese pregonado monopolio de la inteligencia viril: hemos constatado tantos casos de mujeres a la par o por encima de varones reconocidamente “ponderados”, que ya no se nos puede tratar como a criaturas desvalidas, o dulcemente taradas, con el seso a medio desarrollar. Prueba de ello es que nos han otorgado el derecho masculino a votar, que yo siempre consideré que era nuestro por zoología.

Pero en el clima de las asambleas políticas de hoy, a las cuales irá la mujer a decir lo suyo, problemas, necesidades, tragedias subterráneas, ella corre peligro de abandonar su alegato propio, más el del niño, y quedarse en una inútil duplicación del hombre.

¿Para qué tanto afán por entrar a esas revueltas salas si no ha de participar en los debates o los ha de seguir como oveja querenciosa? Me cuentan que los delfines nadan capitaneados a turno por hembras y por machos: modelo de equipo y parlamento animal mejor confabulado que el humano.

Toda la vida criolla está saturada de ideas patriarcales lo veamos o no. Este también es un tejido ancestral y que se ha roto en trechos muy pequeños. En el campo de Chile, al lado del patriarca contaba también la matriarca, guardiana celosísima del niño. Mientras que el padre da valimiento al hombrecito, sólo cuando éste ya se le va pareciendo, la madre le da todo su querer y todo su entendimiento

desde que nace, y aun antes de que nazca, echa andar y devuelva conversación. Una de las cosas que hacen más digna nuestra época, porque le añaden espiritualidad, es el haber vuelto visible al niño como quien levanta el pez de su abismo. Y ese serio patriarca que antaño sentenciaba que los chiquitos no existían antes de los diez años, ha acabado por topárselos y por darles trato de personas, con lo cual él mismo gana en ternura y ductilidad, mediante esa recuperación del infante que hubo en él y que aún le gatea por el alma.

Debemos proseguir la obra de esas probas matriarcas y no quemar nuestra feminidad en el cráter de la política. Sólo en cuanto a mujeres podemos auxiliar la vida y el mundo.

Nuestra misión terrenal es la de ser musas del hombre, intercesoras también, y redentoras además, como la Beatriz del Dante. Pero ahora que se nos da voto, es decir, voz directa y no soplo al oído del varón (que a veces sonrío, “diz que acata”), esta es la hora de que, lado a lado de ese hombre que nos “representaba”, nos representemos nosotras mismas, en cuerpo y alma.

Ésta habrá de ser la segunda parte de nuestro feminismo actuante. Organizar-nos hasta adquirir la cultura social entera, mediante el estudio de la historia, del derecho, de la sociología, e incluso de las matemáticas (servirán para las estadísticas, esa esgrima de cifras que lucen los varones sin espada). Pertrechadas en grande, iremos a las elecciones, no en mero papel de votantes sino además de candidatas. Si votamos, pero sólo por hombres, seguiremos relegadas, sin cobrar verdadero agarre sobre el timón de mando.

Nuestro Senado tendrá mujeres también, palomas entre cóndores, aportando allí el zureo hogareño, la vocación de estabilidad doméstica, sin la cual el varón no tiene paz ni logra descanso.

Saldrán de nuestro mujerío casero, algunas *leaders*, que sin ser unas antihogares, afronten salir a las calles y pertenecer al Senado, justamente para defender la patria de sus hogares, la de sus maridos, parientes y amistades: equilibrando así con su sensibilidad de mujeres, el Chile que se estaría haciendo sólo con decisiones viriles. Codo a codo y en proa a una patria concebida como un hogar grande, para sus hijos, y los hijos de sus compañeras, las mujeres completarán la empresa política, en la cual falta más economía, mucha economía, acaso sólo economía porque nosotras partimos y llegamos de la tierra a la mesa, de lo tangible a lo factible, sin embriagarnos en teorías ni perdernos en dédalos de discusión ideológica. Por eso algún día Chile elegirá a una mujer para la Presidencia de la República.

Gabriela Mistral: recados para hoy y mañana,
selección de Luis Vargas Saavedra
Santiago, Ed. Sudamericana, 1999, tomo II

UN VALLE DE CHILE:
ELQUI
(1933)

Regionalismo. Las gentes se ríen del regionalismo y están hablando siempre de que lo han superado con el nacionalismo. Burlado y reído, el regionalismo hace de las suyas en Europa (acordarse de Cataluña y de Croacia) y se burla, a su vez, de los internacionalismos pasmados antes de madurar y se hinca cada vez más en las gentes y las domina como las fuerzas eternas.

También yo, corredera de tierras extrañas, descastada, según ciertos santiaguinos señoritos, contadora y alabadora de suelos extranjeros, también yo he sido y soy cada día más una regionalista. Mi Santiago no lo conozco más que las ciudades de tránsito y si viviese en ella un largo tiempo, mi desapego sería el mismo: las capitales sólo se aman cuando son muy hermosas y no son tales, sino cuando las domina y gobierna un estilo arquitectónico. Temuco es en mi memoria un escalofrío de repudio por lo que padecí en sus hielos y sus lodos: Los Andes es cosa mejor en mi recuerdo, porque siendo ciudad de montaña me recordaba mi tierra verdadera. Pero todas esas poblaciones me las viví en la juventud, y la patria es otra cosa: la infancia, el cielo, el suelo y la atmósfera de la infancia.

Una historia nacional puede gustarnos o no gustarnos: el territorio de nuestro país que no hemos visto nos resulta un mito como el Tibet o Islandia; las gentes de las regiones que hablan con otro dejo, y a veces con otro vocabulario, serán parientes, pero no son hermanos. La patria es el paisaje de la infancia y quédese lo demás como mistificación política.

Yo sigo hablando mi español con el canturreo del valle de Elqui; yo no puedo llevar otros ojos que los que me rasgó la luz del valle de Elqui; yo tengo un olfato sacado de esas viñas y esos higuerales y hasta mi tacto salió de aquellos cerros con pastos dulces o pastos bravos; yo sigo alimentándome cada vez que me libero del hotel odioso y de la pensión fea de las mismas cosas que me hicieron el paladar en el sentido teológico de la sal en el bautismo, y hasta estoy segura de que se me han quedado casi puros mis gestos de allá: la manera de partir el pan, de comer

las uvas, de poner el pie con pesantez en el suelo quebrado, de llevar la cabeza como las personas criadas con poco cielo encima y la emoción fuerte cuando me reencuentro con el mar, que es la de aquellos que no lo han tenido y escucharon hablar de él siempre como de un prodigio. Por eso me sonrío con la boca, y me río en pleno con más adentros cuando leo u oigo la noticia de mi descastamiento.

Otras Patrias. Después de la patriecita que he dicho, o sea, los diez kilómetros cuadrados que se aprendieron para toda la vida a lo largo de la infancia, yo acepto con gusto otras tierras morales y otros coterráneos efectivos.

Hay una patria campesina universal que es la de los criados y construidos en el campo y por el campo. La campesina provenzal que recoge la aceituna, apaleando su olivo cerca de mi casa, es criatura más próxima a mi vida que el rentista santiaguino con el que me encuentro en un balneario y que no tiene conmigo ninguna visión común, ninguna memoria de paisaje compartible; los niños de las colinas de Sestris, en la Liguria, que viven como yo viví, trepando y bajando cerros y comen a la noche una cena de higos con pan, se entienden conmigo mejor que los niños “bien educados” que me llevan en La Habana o Panamá, como presentes de lujo.

Hay también la patria común del oficio. A pesar de lengua y cultura opuestas, después de cuatro frases comentadoras, el escritor o el maestro francés están ya en mi círculo, dentro de mis posibilidades y al buen alcance de mi mano mucho mejor que la señorita sin oficio alguno compartible que vive entre la Viña del Mar mío y la Costa Azul extranjera.

Las patrias genuinas, las patrias reales son para mí esas: el radio entero que cubrió mi infancia en un valle cordillerano de Chile, la campesinería que es mi dicha y mi costumbre y los dos oficios que me han hecho tatuaje sobre el cuerpo y sobre el alma.

El Vallecito. El Valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país, he andado bastante y no conozco región más angustiada de suelo vegetal y en el cual, sin embargo, vivían tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes. Estoy segura que las niñas de la escuela de mi hermana, cogidas de la mano, daban la anchura máxima del valle.

Pero, aunque crean los “afuerinos” que se ahogan allí del poco aire, tal vez sea otra cosa lo que les oprime el pecho. El valle engaña con su hondura y es muy alto en verdad; se respira un aire delgadísimo, tónico, agudo y seco; este respirar pide tórax grande; y los “urbanos” que allá nos llegan, o se van pronto, porque se asfixian, o se acomodan arduamente a la exigencia de la atmósfera.

Aire y Luz. No hay borras de humedad en aquel ambiente insigne de altura; el cobre no se enmohece y las ropas y el tabaco se quedan enjutos. Los olores de lejos se sienten próximos; el lagar de una casa huele a varias cuadras, los sonidos son tan pronto como los olores, y los “rodados” de un cerro se oyen en dos o tres pueblos. Así vivimos como en una caja dentro de la cual estamos como si nos tocásemos.

Me he puesto a veces a averiguar por qué tengo en la oreja tantos sonidos sueltos de ese valle: chillidos de pájaros, rezongo del río y mascullar del agua de riego, chirrido pesado de carretas, tumbo de piedras, picos mineros, golpe seco de hachas. La razón de esta riqueza de rumores ha de estar en la sequedad que dije del aire, la cual me hacía escuchar unánime y distintamente muchas voces y en la contextura del valle que lo guarda todo en su axila chiquita.

Nuestra luz es la de la cordillera en cualquier parte; gloriosa y algo punzante a fuerza de absoluta. Gracias a ella me parece como si yo hubiera tenido dos veces cada cosa que allá tuve: dos veces cada cerro, dos veces mi patio, dos veces también mi madre. ¡Qué honestidad contraria de las luces equívocas de esta Europa! ¡Qué honradez la de esa luz cordillerana donde las viejas de ochenta años enhebran la aguja sin anteojos y donde yo encontraba para mi tordo huacho animalitos microscópicos en el suelo del huerto!

Mi lamentación de los cielos brumosos del ambiente de agua sucia de los Parises y las Bruselas, que indigna a los sudamericanos metropolizados, de donde ha de arrancar sino de esta vieja costumbre de unos cielos netos como una lente de biólogo que tuve en mis niñeces y que no quiero olvidar, como no quiero perder una sola miga de la infancia. Me dan descontento; más que eso, me dan no sé qué repugnancia de ámbito cargado de resuellos inconfesables estos cielos bajos y sólidos.

Es pequeño, repito, el firmamento que goza aquella quebrada. Me acuerdo de que cuando me llevaron a los siete años a la ciudad de Vicuña, que se asienta en un abra hecha entre las montañas, sentí una gran extrañeza del mayor espacio; cuando llegué a La Serena, es decir, al mar, mi admiración mayor no fue tanto la del oleaje vivo como la del espacio desatado.

En ese breve cielo el día es corto; pero queda desde las cinco un crepúsculo largo y claro, tal vez la mejor parte del día, porque son horas frescas después del bochorno agobiador.

Es muy caliente nuestro verano: enero quema y el suelo parece un latón de marmita. La siesta se vuelve obligación para el cuerpo. Como el mediodía es preciso holgarlo, los peones suelen comenzar la faena a las cinco de la mañana. Yo no puedo entender por qué en el trópico americano el peonaje no hace la misma jornada, tan llevadera, de cinco a una, ocho horas bien redondeadas.

Cuando llega el turno de agua (la tenemos muy escasa en el estío) los hombres o las mujeres riegan hasta la medianoche, aprovechando también de esa linda frescura que comienza con el crepúsculo.

El subtrópico. La calidad de la fruta confiesa la casi tropicalidad de los valles felices del norte que se llaman Huasco y Elqui, mío el primero por mi padre y por mi madre el último. Con razón se da allí un higo que es como el de Palestina y la chirimoya tan buena como la de Michoacán; con razón están ahora criando el gusano de seda cerca de Vicuña, noticia que me ha conmovido mucho; con razón yo entré en el trópico de Panamá y en el de las Antillas como quien recupera su clima natural, después de la infelicidad conocida en los que llamamos climas templados de Chile y que para mí son lisa y llanamente fríos.

Y digo infelicidad. Mi primer encuentro con el frío fue en La Serena; el último en Magallanes de mi penitencia. Prefiero otras maneras de desgracia a la de una noche frígida de Santiago o de un mes de lluvia empantanada de Cautín. Yo he entendido como pocos la insistencia con que Nietzsche habla acerca del valor del clima para la vida. Cuando él descubrió la ribera italiana, se sintió feliz por la sola tibieza, dichoso sin más razón que la de no tiritar por una calle.

Muchas brutalidades sajonas, muchas callosidades de esas almas como de las rusas, arrancan de las temperaturas bajo cero, que se padecen a pesar de los abrigos de piel y de las estufas de cerámica. La epidermis es por algo el forro del alma.

Suelen caernos nieves en el valle, y hasta avanzado el verano una raleadura de ellas se queda siempre en los últimos cerros; pero el valle, como algunos suizos, se queda siempre guardado de grandes hielos por su defensa perfecta de los vientos.

Las nieves que bajan son aquellas enjutas que yo amo al revés de las lodosas de París. Denme todavía, a pesar de mis males, unas nieves que caigan en copos secos sonando contra los techos y la espalda que se queden como un almidón que cruje en el suelo y que cuando viene el sol se evaporan como por milagro sin dejar fangos; no me den las nieves aguadas de las tierras bajas que dan un día de espectáculo blanco y quince de lodos empeoradores de la vista y de los zapatos.

Aquellas sequedades del aire que allá tenemos se devoran la nevada en medio día con el sol absoluto que se levanta después de ellas.

Así es como vivimos en el valle de Elqui sobre lo enjuto que es lo limpio, lo mismo que sobre una cerámica, ya sea en el verano cuando el valle casi crepita de árido, o en ese invierno de espejos blancos arriba y de gredas duras abajo. La atmósfera que Dios nos dio es urna de veras, y con esa vanidad regionalista podemos decir que cuando Dios nos mira nos ve más clara y distintamente que a belga o a un holandés, recortados como están las espadas o las paletas del nopal en su luz rotunda.

Gabriela anda por el mundo,
selección de Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Ed. Andrés Bello, 1978

RURALIDAD CHILENA (1933)

LA TIERRA ESCASA

En un valle donde el cielo es de tajada ya se comprenderá como es de chiquita la tierra; si a lo menos fuese suelo vegetal todo lo que se ve, pero no hay tal. La roca viva que domina en lo alto se come en el valle grandes espacios.

Hay que decir que, en cambio, allí donde el suelo es vegetal está formado del más noble limo negro y suave, capaz de producir el año entero lo que le pidan y le siembren. Un metro de esa tierra vale por diez de los de cualquier parte. Una hectárea elquina hace el bienestar de una familia y da al jefe cierto aire de hombre rico. Aquellos cuadrados y rombos mediocres de las parcelas doblan el año cubiertas de hortalizas y de frutales o de la lonja mínima de pastos, donde come la vaca familiar que adquiere casi la santidad de la vaca hindú.

Una hectárea por cabeza de familia resolvería el problema económico del campesino de Elqui, si el horrible y deshonesto latifundio no estuviese devorándonos y hambreándonos, allí como a lo largo del país entero. Pero la patriecita, la faja mínima de nuestro asiento, la arrollan las haciendas de los “forasteros”, llamando así a los grandes propietarios rurales ausentes eternos de nuestra vida y presentes urgidores del trabajo de los campesinos. Claro está que no son aquellas las haciendas del sur, que suelen cubrir medio departamento, sino pequeños fundos y hasta a veces simples granjas. Ni en esta forma temperada, sin embargo, debería existir la propiedad grande en ese pequeño corredor de cerros, densamente poblado.

Tal vez el amor de la tierra por el que la cultiva esté en relación con la dosis angustiada en que éste la ha recibido, aunque Francia, extensa y bien labrada, haga excepción redonda a la regla. El juicio conviene en todo caso a Italia, donde el suelo se va volviendo materia preciosa, y conviene más aún a Japón, donde diez metros cuadrados forman ya unidad válida.

EL BUEN CAUTIVADOR

El amor del suelo verde por la criatura elquina es cosa de contarse, porque no es común que gente blanca de la América estime el terrón viniendo de donde viene, de la España creadora y sustentadora de desiertos. Asegura Pedro Corominas que el sentido de la riqueza en Castilla fue siempre el de la riqueza mueble y suntuaria: interiores de nogales y caobas, de chafalonías y telas suntuosas. Los sudamericanos que lo oíamos en Columbia University nos sabíamos aquello muy bien: la poca estima de la tierra grande o chica que se palpa en el español, la ninguna regalonería dada a ese asiento primordial de su vida, su olvido de ella como de una atmósfera que no necesitase ser nutrida ni vigilada.

La gente blanca, mejor que mestiza, del valle de Elqui ha debido aprenderse la asistencia del suelo por necesidad y tratar la tierra escasa como lo único que da la subsistencia. Del servirse de ella han ido pasando al servirla y al quererla.

Donde hay una abolladura, una cresta o un pelambre del suelo sin verdura alguna, es que aquello es roca viva; donde el elquino halla tres dedos de greda aunque sea mala, y posibilidad de agua, allí pone lo costoso o lo fácil: durazno o vides o higueras. Hasta medio cerro trepa la viña crespada y barnizada, y no va más alto, porque se seca en los soles rabiosos de febrero; el grupo de higueras se sostiene de maravilla en unos sequedades de gritar. En cuanto a las golosinas de mesa, o sea, la hortaliza fina, por no desperdiciar en ella un cuadro de frutales, suelen ponerla en cajones cerca de la casa, lo mismo que al plantío de claveles y rosas.

Ellas sí no han pecado, las buenas gentes, del pecado americano por excelencia que es la botatería del suelo, la lujuria de la ocupación y la necedad del badiísmo. Si hay gentes que merecen en Chile un reparto agrario, el cual corrija la ignominia de cuatro siglos de despojo del campo al peón, éstas son las primeras a las que habría que desagrar por la vieja ofensa y que recompensar por las largas lealtades. El latifundismo chileno forma parte del bloque de la crueldad conquistadora y colonial; pero teniendo una porción grande, delito tiene más, mucho más aún de estupidez y de estupidez criolla. El gran pecador, que es aquí el Estado, se exhibe con una imbecilidad verdaderamente “soberana”.

FLORA

Los cultivos dominantes los forman desde hace muchos años el durazno, la viña y la higuera, un trío bíblico y clásico de plantas que son de poca exigencia respecto de las calidades del terreno. La higuera cenicienta de eternidad se da con follaje graso y próspero a la orilla del río, aprovechando los pocos espacios de suelo horizontal que le ceden donde ponerse a hacer su tribu, el higueral, que es una de las más bellas colectividades vegetales. Pero lo más común es que le regateen ese suelo y lo reserven a los duraznos de la cosecha bien pagada y que la pongan a medrar dolorosamente en barrancas y pedregales, donde la que abajo era matronalmente feliz, se vuelve el árbol trágico medio penitencia y medio rebelión, un poco desgraciada y otro poco demoníaca.



En su dormitorio, México, 1948. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

La viña acapara la mitad de los terrenos mejores, que son los de agua, sol y limos, y es de las más dichosas viñas que yo he visto, no tan alta como la italiana que se balancea en sátiro danzante, tan sobria y apocada como la cepa francesa, sino una viña de altura mediana y de especies escogidas, porque las familias plebeyas se han ido reemplazando vigiladamente. Son las moscateles menudas y transparentes; las sanfranciscas gruesas y largas y las que allá llamamos uvas del gallo, grandotas y rendidoras.

El duraznero venía después de la viña y la higuera, y ahora parece que se ha subido a la categoría de primer cultivo del valle, porque se ha vuelto en los últimos años la exportación más segura, a causa de la fama del descarozado elquino.

Los duraznos de Elqui, como los cerezales japoneses, al comienzo de la primavera manchan de blancos y rosados violentos y rejuvenecen hasta la puerilidad aquel valle tan austero en su cañón de cerros trágicos. Es la fiesta floral de la quebrada, más fiesta por el color y la heredad de las masas vegetales que la de las frutas que vienen enseguida.

Amando yo muchísimo esos cultivos virgilianos en los que no falta sino el del olivar para que sea perfecta la página latino-agraria, tengo que decir que más se me aferran a la memoria los árboles salvajes del valle, que crecen sobre las crestas, en cualquier barranca y en todos los faldeos de montañas y de colinas.

Me acuerdo mucho y bien de esa segunda flora (que es la primera por ser la indígena). El algarrobo está por todas partes, con su cuerpo de cacique, más hincado que plantado en la greda y la cal, con su tronco grueso y basto, que una goma brava le acocodrila, con su ramaje sobrio de mechas indigentes, en el que suenan las vainas casi metálicas de secas, y cuando está por el suelo, recién cortado, con su leño amarillento y de venas ensangrentadas, tan árbol chileno y norteño, tan nosotros mismos, por su energía y también por su desgarmo.

Gobierna las cuestas con el algarrobo el espino; donde el uno ha hecho sede, está siempre el otro compartiéndosela. La misma calidad pésima del suelo les basta; en el mismo aire dan su olor, el uno de flores, el otro de goma exudada, y aunque es el algarrobo robusto de talla y el espino casi siempre entero, los dos árboles son primos hermanos verdaderos por la aridez de que crujen y por la abundancia espinosa que crea esa sequedad.

Los espinos abundaban en la colina más allegada a mi casa de Montegrande, mezclados con los cactus, con los piojillos (llamamos "piojillo" una zarza pequeña que arde crepitando fuertemente), con una muchedumbre de hierbas secas también y de guejeja dura. Cuando venía el tiempo de la flor, yo me pegaba la hora y las horas al arbolillo feo de gesto, que me retenía con su aureola de dolor. Él me enseñó tal vez la única astucia aprendida en la niñez: la de cortarle las ramas, y luego, ya con ellas en mis faldas, las flores, esquivando el millón de saetas. Tenía yo siete años más o menos.

A los veinte, a los cuarenta, la misma extrañeza mezclada de admiración me ha hecho manosear esa flor preciosa si la hay, que en el centímetro mismo tiene regalona la mano con la suavidad insigne de la borla gruesa de polen, casi polen puro que es su corola, y tiene, al lado de esa mimosidad, casi dentro de ella, el raci-

mito de espinas con el que se burla del que le cree en la blandura. Me intrigaba su diablearía china o latinoamericana, entonces; me intriga todavía. Niño o viejo, no hay quien huela el espino florido una sola vez y que no se detenga siempre donde lo vuelve a encontrar, ya se camine a caballo, en auto, o a pie, por respirar un rato en las zonas de olor intenso y, sin embargo, mórbido, que él se crea en torno, verdadera aureola invisible de santo vegetal, pero de santo equívoco o de criatura maniquea, por lo garfiudo.

Aunque son estos los árboles que dan su fisonomía a cerros y a valles, aquello que no se ve de lejos y que apenas se percibe de cerca pudiese ser lo más real que tiene la quebrada en mi recuerdo: la muchedumbre de hierbas aromáticas, las hierbas apasionadas de las tierras áridas que, al caminar con descuido, como siempre se camina, no se advierten; las hierbas duras de briznas eléctricas que ha hecho el aire acérrimo, las pobrecillas aparragadas por el suelo, que echan en aroma lo que no echan en bulto y que, por momentos, se vuelven las dueñas de la atmósfera y vencen a los lagares y a los huertos de durazneros.

Cuando yo me acuerdo del valle, con ese recordar fuerte, en el cual se ve, se toca y se aspira, todo ello de un golpe, son dos cosas las que me dan en el pecho el mazazo de la emoción brusca: los cerros tutelares que se me vienen encima como un padre que me reencuentra y me abraza, y la bocanada de perfume de esas hierbas infinitas de los cerros.

Una de mis penas será siempre el no saberlas nombrar. El profesor español Gili Gaya dice que, mientras el inglés, al atravesar una campiña de su país, sabe nombrar una a una las florcitas que le saltan al pecho o se le enredan en las piernas, nosotros, cuando nos tendemos en nuestras praderas, no sabemos qué flores volteamos en la mano, y para salir del apuro, las llamamos “florcitas de los campos” con un cómodo nombre genérico. Es muy cierta esta vergüenza.

“Hierbecita de los campos”. Yo no sé nombrar con propiedad sino a las salvias que, con el azul fuerte y el olor preciso, no se dejan confundir, y otra que sería lo mismo ignorar por completo: la “flor de San Juan”. En cada tierra donde vivo pregunto por ella y me dicen que la tienen; pero siempre me resulta otra. Me muestran flores de San Juan, coloradas, blancas y aún azules, siendo la mía de un amarillo débil y de la corola más suave y más lacia que puede darse. Cortada, no vive en la mano una hora, tanto sufre del calor; es grande, de pocos pétalos y su aroma, con el del pan casero (el que en México llaman “pan de mujer”), es toda mi infancia rediviva. Daría yo no sé qué y no sé cuánto por recuperarla, si no puedo en la figura, que parece que no la tengamos sino nosotros, al menos en el nombre devolvedor de las cosas. Si yo la tuviese mientras voy escribiendo, antes de ponerme a contar la costumbre rural de Elqui, ella sola me acarrearía los materiales perdidos; ella sola me devolvería entero lo borroso, lo extraviado, lo sumido, con su tacto de cutis de niño y con su olor delicado que es como el comienzo de un perfume a fuerza de pudor.

El Mercurio, Santiago, 14 de mayo de 1933

BREVE DESCRIPCIÓN DE CHILE (1934)

FORMA Y TAMAÑO

Han dado a Chile los comentaristas la forma de un sable, por remarcar el carácter militar de su raza. La metáfora sirvió para los tiempos heroicos. Chile se hacía, y se hacía como cualquier nación, bajo espíritu guerrero. Mejor sería darle forma de un remo, ancho hacia Antofagasta, aguzado hacia el sur. Buenos navegantes somos en país dotado de inmensa costa.

Setecientos cincuenta mil kilómetros cuadrados. Pero esta extensión, muy mermada por nuestra formidable cordillera, y en el sur, a medias inutilizada por el vivero de archipiélagos perdidos. Es un país grande en relación con los repartos geográficos de Europa; es un país pequeño dentro del gigantismo de los territorios americanos. Un escritor nuestro, Pedro Prado, decía que hay que medir el país desdoblando los pliegues de la cordillera y volviendo así horizontalidad lo vertical. En verdad hay una dimensión de esta índole que vale en ciertos lugares para lo económico. Las minas hacen de nuestra montaña cuprífera y argentífera una especie de decuplicación de superficie válida y donde el vuelo del aeroplano fotografía metros, el fantástico plegado geológico daría millas.

Sin embargo, no es así como otros vemos el país. Hay una dimensión geográfica, hay la económica y hay todavía la moral. Cuando digo aquí moral, digo moral cívica. También esto crea una periferia y una medida que puede exceder o reducir el área de la patria. Patrias con poca irradiación de energía y de sentido racial, patrias apenas dinámicas, son pequeñas hasta cuando son enormes. Patrias angostas o mínimas que se exhalan en radios grandes de influencia son siempre mayores y hasta se vuelven infinitas. Nadie puede echar sonda en su fondo; no puede saberse hasta dónde alcanzan, porque sus posibilidades son las mismas del alma individual, es decir, inmensurables.

UNA PATRIA

A mí me gusta la Historia de Chile, y no es que me complazca como la cara de la madre al hijo, por pura filialidad. Si yo hubiese nacido en cualquier lonja terrestre, me gustaría lo mismo al leerla. Me da un placer semejante al de una faena bien comenzada, bien seguida y bien rematada. Me agranda los ojos como la forja que se cumple cabalmente en la buena fragua; me aviva los pulsos expectantes como una fiesta de regatas, hecha por hombres ganosos en un mar acarnerado y en un sol fuerte; me serena y me conforta con su éxito ganado agriamente, como cuando he visto la subida del metal jadeado en los ascensores de la bocamina, porque el logro que responde al largo repecho ratifica las medidas probas en la balanza, y hace sonreír al buen amador de la justicia. Así me gusta la Historia de Chile, como un oficio de creación de patria, bien cumplido por un equipo de hombres, cuyo capital no fue sino su cuerpo sano y lo que el cuerpo comprende de porción divina. Me alegran y me ponen lo mismo a batir los sentidos las demás historias nacionales heroicas. Los espectáculos de la naturaleza son embriagantes sin que lo sean más que el de una gesta larga de hombres entregados a preparar y a ofrecer esa soberana producción, mixta de territorio dulce o áspero, de potencias naturales y sobrenaturales y de desalientos y fervores, en turno de marejada.

Nuestra historia puede sintetizarse así: nació hacia el extremo sudoeste de América una nación oscura, que su propio descubridor, don Diego de Almagro, abandonó apenas ojeada, por lejana de los centros coloniales y por recia de domar, tanto como por pobre.

El segundo explorador, don Pedro de Valdivia, el extremeño, llevó allá la voluntad de fundar, y murió en la terrible empresa. La poblada una raza india que veía su territorio según debe mirarse siempre; como nuestro primer cuerpo, que el segundo no puede enajenar sin perderse en totalidad. Esta raza india fue dominada a medias, pero permitió la creación de un pueblo nuevo, en el que debía insuflar su terquedad con el destino y su tentativa contra lo imposible.

Nacida la nación bajo el signo de la pobreza, supo que debía ser sobria, súper laboriosa y civilmente tranquila, por economía de recursos y de una población escasa.

El vasco austero le enseñó estas virtudes; él mismo fue quizás el que lo hizo país industrial antes de que llegasen a la era industrial los americanos del sur.

Pero fue un patriotismo bebido en libro vuestro, en el poema de Ercilla, útil a país breve y fácil de desmenuzarse en cualquier reparto, lo que creó un sentido de chilenidad en pueblo a medio hacer, lo que hizo una nación de una pobrecita capitania general que contaba un virreinato al norte y otro al este.

En una serie de frases apelativas de nuestros países podría decirse: Brasil, o el cuerno de la abundancia: Argentina, o la convivencia universal: Chile o la voluntad de ser.

Esta voluntad terca de existir ha tenido a veces aspectos de violencia y a algunos se les antoja desmedida para cinco millones de hombres. Pero yo, que nada tengo de nietzscheana, suelo pensarla, velarla y revolver su rescoldo alerta, porque

el continente austral pudiese necesitarla en el futuro y pudiese ser ella un exceso que sirva y salve, en trance de solidaridad continental. Depósitos de radium hay así, secretos y salvadores.

PAZ CON PERÚ

Vamos ahora a mirar, de pasada, suelo, mar y atmósfera chilenos, en una modesta descripción geográfica que me consentirá varias veces la disgresión emotiva, porque desde que Vidal de la Blache inventó una Geografía Humana, los maestros podemos contar la tierra en cuanto a hogar de hombres en segmentación viva de estampas un poco calurosas.

El arreglo pacífico con Perú nos hizo devolver, en un bello ademán de justicia, el feraz departamento de Tacna. Siempre fue peruano; treinta años vivió bajo nuestras instituciones y se mantuvo cortésmente extranjero. Lo devolvimos en cambio de la amistad de Perú y no estamos arrepentidos. Perú y Chile vuelven a vivir tiempos de colaboración y cooperación comercial y social, y el despejo moral que ha venido y el intercambio económico que comienza en grande nos pagan bien la pérdida. Arica quedó para nosotros, racionalmente; nosotros la hicimos. Edificación, obras portuarias y de regadío y el ferrocarril a La Paz, que es su honra y su riqueza, todo eso ha nacido y se ha desarrollado con sangre y dineros chilenos.

Alegó Chile reiteradamente su necesidad de tener, por encima del desierto, una zona de aprovisionamiento, un lugar de verdura y agua que surtiese a la región desértica en trance normal o de guerra, y por esta y las razones anteriores, Arica se incorporó definitivamente al país.

EL DESIERTO DE LA SAL

Sigue a Arica el desierto, que aparece en Tarapacá, que atraviesa Antofagasta y que demora hasta el norte de Atacama. Formidable porción de una terrible costra salina, el más duro de habilitar que pueda darse para la creación de poblaciones. Antes de la posesión chilena existió como una tierra maldita que no alimentaba hombres, sino en el borde del mar, y allí mismo, solamente unas caletas infelices de pescadores. El chileno errante y aventurero, pero de una clase de andariego positivo, buen hijo del español del siglo XVI, llegó a esas soledades, arañó el suelo con su mano avisada de minero, halló guano y sal, dos abonos clásicos, y allí se estableció, a pesar del infernal clima, a pesar de la posesión extraña y del argumento cerrado que hacia de casi tres provincias una región imposible para la vida. La riqueza fue creándose; el lugar cobrando humanidad y vino una guerra a disputar como tantas veces sobre el derecho en cuanto a posesión. Ganamos la guerra en uno de esos ímpetus, vitales más que bélicos, o bélicos por explosión vital.

Chile creció de un golpe en un tercio más de su territorio. Pasaba a ser una potencia del sur la pobre colonia a que dio vuelta la espalda don Diego de Almagro.

Estas guerras nos han dado un semblante belicoso que no hemos tenido, sino en el trance mismo del choque. Si se hiciese en nuestra América agitada un balance de la violencia, un gráfico de la sangre aprovechada o desperdiciada en los conflictos armados, este país nuestro aparecería con un volumen mínimo, o por lo menos pequeño, de ejercicio de armas. Los períodos de paz son largos y perfectos; los de guerra rapidísimos y rematados de una vez por todas. Hay eso sí, un patriotismo vuelto religión natural y pulso sostenido de la raza. Los pacifistas respiramos hoy a pleno pulmón y con un bienestar que se parece a una euforia. Nada de problemas pendientes; nada de angustia por la malquerencia del vecino; ningún temor de que la coyuntura de la necesidad o de la circunstancia nos lance de nuevo a la faena, siempre escabrosa y muchas veces odiosa, del pelear para vivir o para guardar la honra. Ha habido una gran liquidación y ya pueden trabajar, mano a mano. Chile, Perú, Bolivia y Argentina, porque las últimas raíces rencorosas están descujadas y, además, quemadas. La guerra victoriosa no se nos hizo ni costumbre ni jactancia fanfarrona.

El chileno, lo que él es, lo que puede sacar de sí, el chileno en volumen y en irradiación de energía, hay que conocerlo en la zona salitrera o en la región antártica de la Patagonia. Llegó de climas regalones y cayó en un desierto que tiene al mediodía una temperatura de 45 grados y en la noche las de bajo cero. Era una terrible prueba vital y pudo con ella. En la siesta, la reverberación de fuego sobre la pampa de sal; en la noche, la escarcha. El bienestar por la habitación racional se fue creando lentamente. Nos cuesta ese desierto mucho dolor y lo hemos pagado según la ley más exigente. Hemos traído el agua de beber desde unas distancias increíbles; las aguas corrientes y la verdura humana de las tierras dulces no las tendremos nunca.

Le fundaron poblaciones grandes y pequeñas. Iquique y Antofagasta son ciudades que cuentan en el continente. Su fisonomía provisoria de establecimientos en el desierto cambió de pronto, pasando a ser la de unos emporios de una prosperidad febril en los tiempos de explotación en grande, antes de que el salitre químico viniese a hacer la competencia buena y la mala a nuestro producto. Lentamente han ido industrializándose esas ciudades y más tarde ya vivirán sin la esclavitud de las cotizaciones de la sal. Están plantadas tercamente en el desierto; han conocido las peores luchas por la subsistencia.

Arica y Antofagasta ofrecen a Bolivia salidas rectas y naturales al mar; tratados excelentes de comercio y una cordialidad de relaciones que, dicho sea en honor de Bolivia, nunca se rompió por completo, aseguran a las dos grandes ciudades de la pampa salitrera su vida normal.

La explotación de las salitreras fue más dura, mucho más devoradora de vida que la guerra. Los capitales, la nueva legislación social, defensora del obrero, y los inventos que han suavizado mucho el laboreo, hicieron poco a poco de unas condiciones de trabajo mortales, una faena humana y llevadera. El “matadero de hombres” de que hablaron cuentistas y reporteros ha desaparecido. El desierto será siempre desierto, pero ya está domado y acepta la vida de las familias chilenas.

Se apunta la guerra como la tónica de Chile, yo creo que hay que anotar como tal el laboreo de la pampa salitrera. En eso dimos nuestro mayor jadeo épico, que

no en unas guerras breves que son en la historia accidente en vez de cotidianidad o, como diría Eugenio D'Ors, "anécdota y no categoría".

REGIONALISMO

Ya en el final de Atacama la llamada "Zona de Transición", que cubre Coquimbo, Valparaíso y Aconcagua.

Se la llama así, porque en ella el desierto cede, con valles, todavía pequeños, pero ya muy fértiles: el de Huasco, el de Elqui y el de Aconcagua. Se llama también "Zona de los Valles Transversales". La cordillera manda hacia la costa estribaciones bajas y el suelo aparece a la vez montañoso y asequible y está sembrado de unas tierras limosas, bastante benévolas para el cultivo. Esta es mi región, y lo digo con particular mimo, porque soy como ustedes, una regionalista de mirada y de entendimiento, una enamorada de la "patria chiquita", que sirve y aúpa a la grande. En geografía como en amor, el que no ama minuciosamente, virtud a virtud y facción a facción, el atolondrado que suele ser un vanidosillo, que mira conjuntos kilométricos y no conoce y saborea detalles, ni ve ni entiende ni ama tampoco.

Para mi no existe la imagen infantil de la región como una de las vértebras o como uno de los miembros de la patria. Mejor me avengo, para dar metáfora al concepto, con aquello que los oculistas de la Edad Media llamaban el microcosmos y el macrocosmos. La región contiene a la patria entera, y no es su muñón, su cola o su cintura. El problema del país, aunque parezca no interesar a tal punto, retumba en él; las actividades de los centros mayores, industriales o de cultura, y no digamos la política, alcanzan tarde o temprano a la región, con su bien o con su mal. El sentido de la segmentación del país en la forma de la tenia, que cortada vive como entera, no me convence.

Pero menos entiendo el patriotismo sin emoción regional. La patria como conjunto viene a ser una operación mental para quienes no la han recorrido legua a legua, una especulación más o menos lograda, pero no una realidad vivida, sino por hombres superiores. La patria de la mayoría de los hombres, por lo tanto, no es otra cosa que una región conocida y poseída, y cuando se piensa con simpatía, el resto no se hace otra cosa que amarlo como si fuese esto mismo que pisamos y tenemos. El hombre medio no tiene mente astronómica ni imaginación briosa y hay que aceptarle el regionalismo en cuanto a la operación que está a su alcance.

La pequeñez, la penuria, hasta las llagas de la región nada le importan. El es un amante o un devoto y las cubre o las transmuta. O esconde o transfigura.

Pequeñez la de mi aldea de infancia, me parece a mí la de la hostia que remece y ciega al creyente con su cerco angosto y blanco. Creemos que en la región, como en la hostia, está el Todo; servimos a ese mínimo llamándolo el contenedor de todo, y esa miga del trigo anual, que a otro hará sonreír o pasar rectamente, a nosotros nos echa de rodillas.

He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños. Pero escribiendo, o viviendo las imágenes nuevas me nacen sobre el subsuelo de la

infancia; la comparación, sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia y soy rematadamente una criatura regional y creo que todos son lo mismo que yo.

Somos las gentes de esta zona de Elqui, mineros y agricultores en el mismo tiempo. En mi valle el hombre tomaba sobre sí la mina, porque la montaña nos cerca de todos lados y no hay modo de desentenderse de ella; la mujer labraba en el valle. Antes de los feminismos de asamblea y de reformas legales, cincuenta años antes, nosotros hemos tenido allá en unos tajos de la cordillera el trabajo de la mujer hecho costumbre. He visto de niña regar a las mujeres a la medianoche, en nuestras lunas claras, la viña y el huerto frutal; las he visto hacer totalmente la vendimia; he trabajado con ellas en la llamada “pela del durazno”, con anterioridad a la máquina deshuesadora; he hecho sus arropes, sus uvates y sus infinitos dulces llevados de la bonita industria familiar española.

El valle es casi un tajo en la montaña. Allí no queda sino hambrearse o trabajar todos, hombres, mujeres y niños. El abandono del suelo se ignora; esas tierras como de piel sarnosa de lo baldío o de lo desperdiciado. Donde no hay roca viva que aúlla de aridez, donde se puede lograr una hebra de agua, allí está el huerto de durazno, de pera y granado; o está, lo más común, la viña crespá y latina, el viñedo romano y español, de cepa escogida y cuidada. El hambre no lo han conocido esas gentes acuciosas, que viven su día, podando, injertando o regando; buenos hijos de Ceres, más blancos que mestizos, sin dejadeces criollas, sabedores de que el lote que les tocó en suerte no da para mucho y cuando más da lo suficiente; casta sobria en el comer, austera en el vestir, democrática por costumbre mejor que por idea política, ayudándose de la granja a la granja y de la aldea a la aldea. Y raza sana, de vivir la atmósfera y el arbolado, de comer y beber fruta, cereales, aceites y vinos propios, y de recibir las buenas carnes de Mendoza, que nos vienen en arreos frecuentes de ganado. Nos han dicho avaros a los elquinos sin que seamos más que medianamente ahorradores, y nos han dicho egoístas por nuestro sentido regional. Nos tienen por poco inteligentes a causa de que la región, nos ha puesto a trabajar más con los brazos que con la mente liberada. Pero los niños que de allí salimos sabemos bien en la extranjería, qué linda vida emocional tuvimos en medio de nuestras montañas salvajes, que ojo bebedor de luces y de formas y que oído recogedor de vientos y aguas sacamos de esas aldeas que trabajan el suelo amándolo cerradamente y se descansan en el paisaje con una beatitud espiritual y corporal que no conocen las ciudades letradas y endurecidas por el tráfico.

Cuatro ciudades valiosas en la zona: Copiapó, al norte, antiguo centro minero; La Serena, fundada con ese nombre por honrar a Valdivia el extremeño; Valparaíso, el primer puerto del Pacífico después de San Francisco, ciudad de ayer, ya que el viejo nos lo destruyó un terremoto; y San Felipe, sobre la línea del Trasandino y asentada en valle delicioso.

LLANO CENTRAL

Ahora entramos en el verdadero cuerpo histórico y agrícola del país, en el llano central, que se desarrolla desde Santiago a Puerto Montt, entre la maciza cordillera de los Andes y la montaña baja y semiarticulada que llamamos cordillera de la Costa. Este valle central es el tórax de nuestro cuerpo geográfico y la zona del agro en pleno y de la riqueza más estable del país. Cuando raleen los nitratos el valle central recogerá las actividades que ha acaparado el norte; cuando las minas del país entero hayan entrado en decadencia, él solo aprovisionará a nuestras gentes.

El gran valle corresponde a la serie de los de su género que han tenido la misión de alimentar fácilmente hombres y de darles con una vida benévola ocasión y reposo para crear grandes culturas. El valle del Nilo, el valle del Rhin, el valle del Ródano; y en nuestra América, el Plata y el Cauca con el Magdalena han criado grandes culturas latinas, es decir, armónicas, y el llano central de Chile cumplirá la misma misión.

Una superficie suave, eso que alguien llama “una benevolencia del planeta”; un lomerío triguero que lo riza donosamente hacia el este dejan perfecto este largo ofrecimiento de dieciséis provincias para la faena agrícola, y saltando aquí y allá, algunos ríos ya válidos y hasta caudalosos como el Maule, el Bío-Bío y el Cautín.

Cubre el gran valle la flora mediterránea que alcanza hasta Concepción, y después viene el bosque de maderas excelentes a medias domado en las talas o quemas, para dejar sitio a trigos y campos de patatas. El viñedo, que apareció en Coquimbo, ya en esta zona cubre áreas mayores y entrega esa producción cuidada que ha hecho del país el primer suelo viñatero de América. La ley seca de Estados Unidos amainó la prosperidad del mercado vinícola; su derogación vuelve a entonar esta industria clásica de Chile que representa con el salitre y los metales la tercera cuota de nuestra economía.

Pero este cuerpo pleno del país presenta, además, una industria en desarrollo: veinte años no más han lanzado a Chile a una actividad industrial de las más diversas órdenes, haciendo de él un proveedor bastante fuerte de la costa del Pacífico. La era industrial, que en el trópico americano apenas despunta, nosotros ya la vivimos hace tiempo con sus bienes y sus males. La crisis universal agobió a Chile más que a otras naciones americanas a causa precisamente de esta producción industrial ya crecida. La estrechez del suelo, la riqueza minera y la índole bastante europea de la costumbre, tenían que provocar en Chile más que en los otros países de la costa pacífica la industrialización y un comercio internacional considerable. Industria de tejidos, de refinerías de azúcar, de madera, de frutas en conserva, de herramienta agrícola, etc., se concentran a lo largo de las ciudades de esta zona. Hace años decir “industria chilena” y apuntar nombres ingleses y alemanes era la misma cosa. Ahora las firmas chilenas duplican las extrañas, asegurando esa posesión de la riqueza nacional por las nacionales, que es un punto de decoro de una patria. Hasta nuestra pampa salitrera, que llegó a ser monopolio abusivo de Norteamérica, ha sido rescatada bravamente por el gobierno del presidente

Alessandri y la pampa de nuestra heroica doma vuelve a ser nuestra como en los tiempos de los grandes gobernantes que nos hicieron vivir una soberanía totalitaria del suelo.

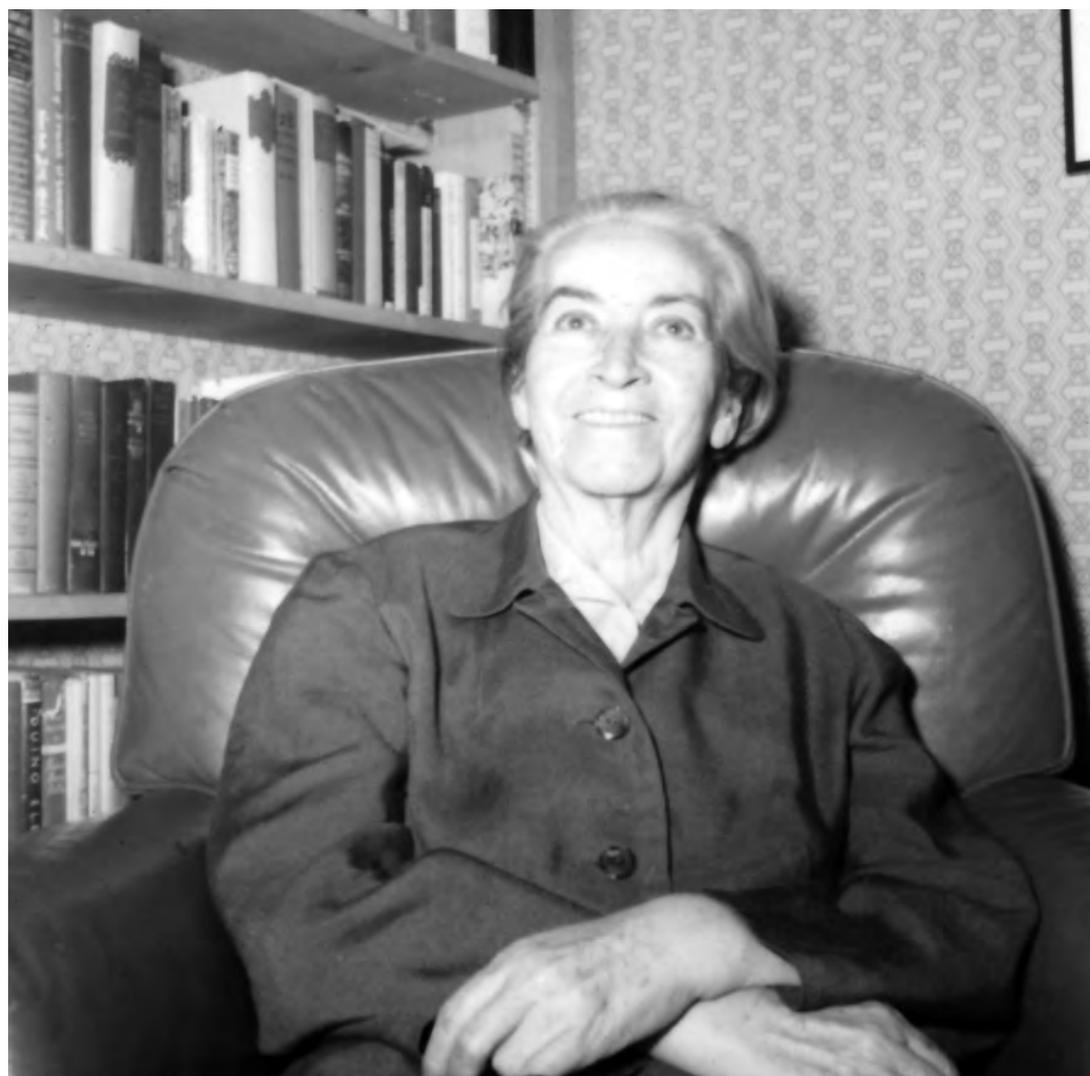
Paralelamente con el abultamiento de la industria, ha corrido la modernización del cultivo en esta zona. Al viajero que recorrió buena parte del trópico americano, celebrando el caos magnífico de la vegetación autóctona, de que son padres aguas y soles genésicos, le place encontrarse al fin con un agro semejante al francés o al italiano, bien regido y bien distribuido y bien celado por el hombre. La viña alcanza una cabal organización de cultivo moderno; los frutales igualan a los de California y compiten con ellos en el propio mercado yanqui: el trigo asegura el mínimo de cosecha que exige una población de casi cinco millones de habitantes, y la patata del pobre, que decía Montalvo, tiene en su vieja patria natural especies perfectas que no conoce el mercado europeo.

Una gran colonia alemana nos ha poblado dos provincias casi enteras; Valdivia y Chiloé, en la parte sur, donde el clima ya menos clemente por las lluvias copiosas, atraía poco al chileno. Reconocemos todos los nacionales a esta inmigración los bienes innegables de la doma de la selva, del establecimiento de industrias fundamentales del país y la creación de ciudades de primer orden; pero algunos, entre los cuales me cuento, con gusto, habríamos preferido una inmigración latina, de italiano y español y belga, que no llevara a pueblo de dos sangres ya bastante opuestas un sumando más de diferenciación. Pero la política latinizante de Chile, así en la sangre como en la cultura, sólo comienza y hay que contarla entre las faenas morales y materiales futuras. Ella no es de las más pequeñas y en el aspecto de la cultura es, a mi juicio, la de más trascendencia. A pueblos de habla española no les corresponde otra política cultural que la de una adopción de la cultura clásica, y en los que escogieron mal en el pasado, la vuelta a ella del hijo pródigo mudado en leal para su propia salvación. Somos latinos, aunque seamos indios; Roma llegó hasta nosotros bajo la figura de España.

Las ciudades de la zona cuentan entre las mejores y las más castizas del país, a pesar del injerto alemán, que sólo comprende a dos.

SANTIAGO, LA DE VALDIVIA

La capital, Santiago, mentada con nombre de apóstol vuestro, para señalarle un destino de españolidad, enseño en uno de los lugares de altura dominante, sobre un llano espacioso y verde, y se respalda sobre una cordillera crespada y magnífica. Como en Guatemala o en Bogotá, el conquistador, al escoger lugar estratégico, escogió también paisaje magistral, y de este modo fundó logradamente y dejó a las generaciones el regalo sin precio de un panorama ennoblecedor de los sentidos. En el cerro de Santa Lucía, vuelto paseo público de los mejores y sólo recientemente aventajado por el San Cristóbal, la ocurrencia feliz de sus ornamentadores puso en el mismo plano de reverencia al conquistador don Pedro de Valdivia y al cacique o toqui vencido, nuestro Caupolicán, que es el héroe principal de *La Araucana*



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

de Ercilla. La raza es más española que aborigen, pero la glorificación del indio magnífico significa para nosotros, en vez del repaso rencoroso de una derrota, la lección soberana de una defensa del territorio, que obra como un espoleo eterno de la dignidad nacional. *La Araucana*, que para muchos sigue siendo una gesta de centauros de dos órdenes, romanos e indios, para los chilenos ha pasado a ser un doble testimonio, paterno y materno, de la fuerza de dos sangres, aplacadas y unificadas al fin en nosotros mismos.

Sería largo describir a ustedes nuestra capital. Posee lo que las capitales aventajadas de América del Sur en templos, edificios públicos, paseos e instituciones científicas y humanistas de cualquier clase. Su población bordea los dos tercios del millón y la vieja ciudad en que chocaba a los ojos del europeo el saltar de una Alameda de palacios a suburbios orientales, ha pasado a ser un conjunto de edificación democrática, en la cual el hombre medio y el proletario ya viven con un bienestar más o menos parejo.

La arquitectura es totalmente moderna. No tuvimos nosotros la buena fortuna de los Méxicos y las Limas coloniales de que nos quedasen ciudades monumentales en piedra de durar y buenas recordadoras del pasado español. El coloniaje chileno fue una prolongación de la conquista, el menos muelle de América, porque al araucano nunca se le aplastó verdaderamente y no dejó a los gobernantes sosiego para los cuidados suntuarios de levantar ciudades bellas y armoniosas. Santiago se llama la ciudad de un siglo: Valparaíso, el puerto de ayer.

Habíamos logrado un puerto cabal, el segundo indudablemente del Pacífico, después de San Francisco de California. Uno de los terremotos que debemos a nuestra terrible cordillera patrona lo destruyó totalmente. El hermoso puerto de diques modernos y de situación espléndida sobre una bahía brava corresponde a nuestra generación y cuenta entre las mejores complacencia del brío nacional.

La entrada al anochecer en su bahía vale por uno de los espectáculos más fuertes de que pueda gozar un viajero. La gran ciudad, situada sobre cerros, y de excelente iluminación, echa sobre el mar un resplandor vasto que se vuelve feérico en las festividades marítimas.

La metrópoli del sur se llama Concepción, constituye el centro de la riqueza agrícola austral y tiene inmediato a ella el gran astillero de Talcahuano. Ciudad es esta que ha sabido modernizarse sin estrépito y en la cual el viajero de mejor calidad, que es el intelectual buscador de calmas que tampoco sean mortecinas, halla un rescoldo bienhechor de cultura en la universidad regional y un paisaje noble dominado por el río del nombre sugestivo: el Biobío, primero entre nuestras corrientes fluviales. Concepción posee, con sólo 80.000 habitantes, un aire de gran ciudad, una raza gratísima en su señorío y su pulimento y la universidad viva y creadora de un ambiente superior, que ha sido hecha por la iniciativa local en un ímpetu de los más eficaces de regionalismo.

TRÓPICO FRÍO

Valdivia, más al sur, le disputa su rango de centro de la producción austral. También cuenta con precioso río patrono y válido para la navegación. El poblador germano, vuelto chileno en los hijos, le ha dado las condiciones de vida de las ciudades europeas. El auge del turismo le permite ser el punto de las excursiones por el que llaman los geógrafos el trópico frío, laberinto maravilloso de lagos, selvas y archipiélagos australes. Somos los chilenos raza andariega y navegadora; pero nos empuja afuera mejor un ansia de contactos humanos ricos, que el apetito de tierra suave y hermosa. El llano central, que conté, da cuanto puede dar una tierra en bondad terrestre, y este trópico frío entrega como cualquier Indostán y cualquier Brasil, el épico botánico y fluvial, la selva walkiria y soberana, con la cual no pueden la descripción oral ni los carbones afortunados del aguafuertista. Ercilla se quedó sin contarla, y a veces me ha parecido su extraño silencio sobre el paisaje que vio una forma de reverencia de pobre hijo del hombre. Montaña, agua y atmósfera son allí formidables y aplastantes. La mano que hizo el trópico como una desesperación para la vista recogedora, hizo nuestro Chile austral, menos cegador, menos brillante de hervor zoológico, pero tan magnífico e indecible como el ecuatorial.

Anales de la Universidad de Chile,
Santiago, 2º trimestre de 1934

ELOGIOS DE LA TIERRA DE CHILE

(1934)

Las cosas mejores vistas en la tierra de Chile, primero en treinta y tres años de tenerla contra el pecho y, después, en doce de llevarla en la memoria, pueden ser éstas y podrían ser más.

1. LA CORDILERA

La primera estación del elogio para la cordillera, terriblemente dueña de nosotros, verdadera matriz chilena, sobre la cual nos hicimos, y que, más voluntariosa que la otra, no nos deja caer: vivimos bajo ella sin saberlo, como el crustáceo en su caparazón, y nos morimos dentro de su puño señor. En los valles, ella nos quita cielo; en las abras, ella nos lo devuelve.

Cordillera regaladora de aguas donde es preciso, y más de nieves que de aguas; pero, en verdad, hogar puro de fuego en unos volcanes adormecidos, que no dormidos. Cordillera despistadora, con su lomo cierto, y que de pronto se acuerda de su vieja danza de ménade y salta y gira con nosotros a su espalda.

2. EL MAR

La segunda hermosura chilena la atribuyo al mar. Magallanes lo nombró a lo mago, para que el nombre adulator lo domase o lo conmoviese.

Agua grande hasta Asia, agua solemne de verdes grises, y hacia el polo, agua loca de cardúmenes de islas, siempre posibles de navegar y no fácil de navegar, muy mar, es decir, muy dueño de voluntades y antojos.

Hasta siete gorgueras de oleaje se le cuentan en la costa de La Serena. Mar lujoso y frío antes de llegar al trópico, donde dejará las leches verdosas para no tener en adelante sino su azul de hosanna.

Las gaviotas quieren estas aguas más que las tropicales; los pingüinos hacen su guardia hacia Tierra del Fuego, en unas armadas ingenuas o en unas praderas de

pechugas blandas; la ballena aparece donde se la piensa, y donde no se la piensa también, y los tímpanos la hacen, en sus postrimerías, un agua fantasmal, poblada de legiones fantasmales.

3. MINEROS Y NAVEGANTES

El tercer elogio es, naturalmente, para mineros y navegantes. Se puede ser sobre la tierra de Chile, cualquier otra cosa; pero siempre, y de algún modo, se habrá sido navegante o minero, arañador de lo más terco o paseador de lo más dócil.

Los hombres nacen en Atacama y Coquimbo marcados por su demiurgo para la mina en lomo y costado, prevenidos para la barreta y el pico, y nacen también con el metal asomado en sus ojos anchos de hombres de cerros, que gozan mucha luz en las infancias y ninguna después, aparte de las que les da el metal en fogonazos repentinos.

El minero habla en su vejez con un ritmo que no tenemos los de arriba, con las subidas y bajadas de la barreta salvaje y musical, y a mí me parecían sus hablas unos “arorrós” y unas “nanas” muy extraños cuando los oía en las noches de Elqui, a la orilla de la fogata. La barreta les “pena” en la garganta diez años después de que la dejaron.

Ahora los marinos. Antes de que América aprendiese amor de barcos, el chileno navegó convidado por su costa y laceado por la marea, que cuando sube no busca dunas, sino pasto de hombres para su aventura.

Navegamos trópico arriba en trueque de fruto y navegamos capricornio abajo, en busca de la ballena y el lobo de mar, y hacia el oeste navegamos para irnos a encontrar, como en un cuento, la isla nuestra de Pascua, en la Oceanía, cazada por nosotros allí, en mar remoto, tal vez, sólo por eso, porque no se quedase muerto para nosotros el gran oeste.

En los Talcahuanos y los Corrales fundamos industria de veleros y barcos. Quien recibió mucho mar queda comprometido con todas las artesanías marinas. En cualquier caleta se tejen redes con manos chilenas, que, cuando hacen, siguen y persiguen. De Talcahuano salen orondos otra vez para el agua los barcos que desquijarran las tormentas o las lindas criaturas nuevas que llaman goletas.

4. LAS ALAMEDAS

La cuarta estrofa alabadora se la mandamos a las alamedas.

Campos de Colchagua o de Concepción, civiles campos limpios de barbarie, grandes aseos verdes, bien está que no los partamos con muros chatos ni con alambres plebeyas: los tajamos por la espada doble de una alameda, parcelamos con las lindes gruesas y esbeltas del álamo innumerable de California o del chopo español.

Tenemos la costumbre de ir del pueblo al pueblo, de hacer la legua o la milla marchando dentro de cañón umbroso de una alameda, de un lado oriente, del otro poniente, o de una parte cielo tenebroso y de la otra unas bellas lunas francas.

Los arrieros de metal o de frutas van arriando entre este doble amparo de álamos leales, y cualquier camino nuestro nos toma en una pausa de alameda y nos deja en el remate de la otra.

Andamos errando por extranjerías, y si nos miran los extraños en la hora del descanso, cuando el alma sube y se derrama sobre la cara, si nos ven ellos esas sombras que pasan o se quedan, aquello, será un cono roto de alamedas o la lengua de un álamo solo que cae sobre nosotros.

5. ARAUCARIA Y ALGARROBO

La quinta aleluya la ponemos sobre dos árboles de Chile, que son la araucaria, sin superlativos, y el árbol del yermo que mentamos "algarrobo".

La araucaria se lanza al cielo con una masa violenta de ímpetu y suave de grosura. Después de ella y de la palmera real, todo el resto puede llamarse plebe botánica, más o menos donosa y más o menos feliz, que ellas dos, palma y araucaria, dieron el mejor gesto y lo gastaron. Después que se la vio, contra cielo duro o contra cielo blando, el ojo se queda en el reposo del hombre del Loire que fue y volvió de Chartres.

La araucaria penetra su bajo cielo araucano, dejando cuarenta metros a costado y costado, y acepta sobre sí la nube baja, que no la agobia ni la afea, o consiente sobre su bulto entero la niebla, que hace con ella el mayor y el mejor de los fantasmas. La muy ancha se adelgaza en cielo y en valle grande, y sólo en las quebradas asusta y hace gritar; la muy hojosa se aligeró a cuchilladas horizontales, con lonjas de cielo entre los brazos; la muy verde, brotada entre grises negros de cielo y suelo, se compuso, a lo señora, un verde real, exento del descoco de los otros desalentados.

Ni necesitaba dar frutos la que cumple con ser y estar; pero los da, dentro de unas piñas pulidas, en almendras cuyo sabor anda en boca de indios. El fruto se masca en invierno, cuando el durazno ya no parece y las últimas uvas ya pararon en pasas o en vino.

Quién no goza araucaria, porque no tiene lluvia o vive en serrana calva, ése posee, aunque apenas lo mire, su algarrobo de la soledad seca.

Al tronco duro, pensado en metal, le alcanzan unas savias afligidas para echar un follaje mimoso, y, en consecuencia consigo mismo, da unas bayas, también metálicas como el leño, y ellas son las que suenan en el viento y los vientos.

Quiere eternidad el pobre algarrobo, cuyo leño dura el siglo y lo pasa. Los muchachos no le buscan la poca sombra; el arriero y su mula se la quieren el rato que dura el comer y el acinchar; no sé si el leñador, que es su hombre, lo ama o lo detesta cuando pelea con él de veras cuerpo a cuerpo, como fiera y fiera, horas de horas, hasta que el recto se tumba y el agazapado se endereza.

En la tierra de Coquimbo, donde quemamos algarrobo en la noche de helada, tan mineros parecen los leñadores como los otros, o son los mismos en la lucha con tronco o su metal.

6. LOS FRUTOS

La sexta bienaventuranza se la llevan los frutos, es decir, el huerto chileno, que hacemos lo mismo las mujeres que los hombres.

El durazno y el damasco (melocotón y albaricoque), el manzano y el peral, serán lindos en otras partes donde tenían costumbre de dos mil años; pero allí se están como se estarían en el aire, también nuevo, del paraíso.

La manzana de Cautín y Valdivia engruesa sin caer, en desabrimiento y no conoce la acidez de la pretendiente californiana. Fruta de callado y largo aroma, si no fuese tan grata a la lengua, la pondríamos a echar aroma, y nada más que aroma, en armarios y alacenas. Ella es más señora, por menor exagerada que la piña y también más fiel en su demorar, en su tardarse, doblando el año, intacta de contorno y entraña.

La pera le anda a la zaga, con las perfecciones opuestas: contra la sequedad de la austera, ella tiene su chorro de jugo; contra la forma clásica de fruto, ella ofrece sus jorobitas y su escorzo de niño.

El durazno se da con mil carnazones y sabores; rojea, amarillea y blanquea en una leche verdosa, y sus nombres europeos de Victoria o Rivero ya no le sirven porque ha mudado y lo han mudado en un laberinto de géneros novedosos, y ya no valen los sustantivos para él, sino los adjetivos mejor nombradores: carnudo, enjuto, suave, recio, tierno, fundido.

7. ARCHIPIÉLAGOS

La séptima estancia del elogio se aplica a los archipiélagos del sur y a su desenfreno de península y canales.

Una mitología hubiese contado que un pez monstruoso vino del Polo Sur y que a cuarto de camino hacia el Ecuador fue desovando y desovando, y dejó atrás ese reguero loco de islas. El pez polar se fundió, alcanzando agua tibia, y los cardúmenes no repitieron el viaje. Allí quedaron en núcleo de osas mayores y andrómedas, en constelaciones verdes sobre un mar que es gris, como el bulto del pingüino. Se llaman con nombres atrabiliarios, propios y extranjeros, hasta que los rebauticemos con todas nuestras criaturas que hay que mentar de nuevo: Hannover, Wellington y Reina Adelaida.

Las gentes de gustos cómodos navegan los canales hacia el verano, por tener cielo claro y aguas sin trampa. Pero es en el invierno cuando el agua austral tiene lo suyo y entrega lo suyo, que son sus dioses huidizos. Entonces se les navega con un cortejo de témpanos destacados en santos rectángulos o en procesión de fantasmas que siguen al barco y lo toman y lo dejan en unos lugares aborrecidos del marino y a que los curiosos deseamos llegar.

Una niebla morada o amarillenta emboza las islas y ciega los barcos, niebla zorra, que dicen los marineros, por mañosa y traicionera.

No es tan perverso este último mar como lo contaron, ni tan salvaje que no le guste novedad de navegación y servidumbre de capitán. Suele tener su sol, y es el

más tierno sol de este mundo cuando se come en horas la niebla rala y deja ver la última tierra chilena, partida en lucha por persistir y alcanzar el polo o la nada.

8. ARTESANÍAS

El octavo regaloneo de la alabanza se les dirige a las artesanías criollas y araucanas, a los muñecos de barro que venden en la feria de Chillán, a los vasos de cuerno que vocean en Santiago sobre las gradas de la Catedral y a los “choapinos” clásicos de la Araucanía.

Las figuritas están hechas en un barro que vuelven de negro entrañable y que es tan bello como el blanco por su antojo de absoluto.

Hacen en él sobre él y por él bestiarios nunca vistos: caballos que se pasan a venado, pavos que se deslizan a gallo, vacas que van para alpaca; ensayan ellas la marcha de una forma a otra, no se paran en ninguna y a causa de ello la serie de los modelos no se agota. Esos alfareros, esos amasadores, esos imagineros, tienen presente cuando contornean y soban las primeras formas de este mundo, antes de que se hincaran en tipos, las que balanceaban entre dos o tres intenciones muy a gusto de no decidirse y no acabar de ser lo que ya iban a ser.

Los vasos de cuerno andan con unos colores rubio avena, rubio cáscara, rubio maíz, lindamente veteados al azar en franjas más prietas; hacen el agua que se bebe en ellos provocadora de la sed y el ojo la mira con gusto mientras la boca sorbe.

Se pliegan esos vasos, porque sirven más a viajeros que a sedentarios; se llevan en la mano cerrada o se echan al bolsillo sin que lo abulten.

El cuerno costrudo, terco y feo, pasa a ser en ellos, gracias a la mano rebosadora, una materia nueva, medio carne de niño, medio guija de arroyo, y al beber tenemos al mismo tiempo en la mano un agua de oro y en las palmas ese tacto amable.

Los “choapinos” los hace, desde que el sol alumbra artesanías, la india araucana sobre sus rodillas, y teje acompañando el ritmo del telar con la extraña canción araucana, sin comienzo ni remate.

El choapino se corta, no tan grande que se pase a tapiz ni tan pequeño que se vuelva nadería. Lo cortan de seis cuartas por ancho, o de ocho por diez, porque es más bonito el rectángulo que el cuadrado y menos engorroso que el círculo. Sobre el cuadrado severo arden con fuego quieto unas cruces svásticas en granates o azules, y unos rombos amarantos, unas grecas de coloración eléctricas. Ni flores ni hojas, ni alas o garras de animal, ni cosa que obligue a la curva pérfida, sino dos rayas recias que cruzan o se soslayan de cuantos modos es posible cruzarse o soslayarse.

El choapino sirve para los usos que se le ocurra a la mujer, que siempre serán muchos: calienta los pies del apoltronado, que no camina en las lluvias de Cautín; cubre la mesa, que sin él parece cruda o como menos honesta; regalona la cabeza cuando lo hacen cojín, o es claveteado sencillamente sobre un muro, donde da a los ojos vagos sus crucecitas precisas en que se hinquen o les regala el gozo puro de su color. En la pieza genuina, que los mestizos van degenerando,

los colores del fondo rodaban siempre entre un negro topo, un café ciervo o un gris culebra, tintes que iban bien con el alma sin fiesta del araucano, la cual huye color de sol, de pájaro o piedra preciosa, que él nunca tocó en su suelo de lluvia, niebla y nieve.

Y este choapino severo, en geometría seca y viril, lo tejen sobre lana para que tenga algunas ternuras, y son ésas unas lanas bien ahiladas y bien apelonadas. Aunque el mestizo se las imite por hacer trampa, la palma de la mano reconoce la pieza verdadera en la suavidad consumada del anverso y en el decoro de los remates del reverso.

9. LA CUECA

El noveno jalón de la memoria es para la cueca.

Cuando septiembre nos devuelve los días buenos y en las lonjas de viña o de trigo, le vendimia o la trilla, se quiebra el invierno, la cueca comienza a hervir en nosotros como un mosto; la cueca va y viene en la luz de los valles lo mismo que las lanzaderas que corren a lo ancho del telar.

Hombres de remo y de azada y mujeres de cunas y podas, todos ellos carne batida de tirsos, abren sobre la era grande o en el patio de la casa la cueca que es la pelea de dos temas y de dos expresiones. El canto y el baile suben y bajan de la violencia a la melancolía: el frenesí se rompe en la ternura y a lo largo de las estrofas ninguno acabará ganando.

Limos del llano central, costras de la pampa o playas nuestras, todo eso ha saltado y gemido como un tambor loco de los talones bailadores, toda tierra chilena ha clamoreado de un taconeo febril, que se parece al de los pisadores del lagar.

La cueca tiene doble entraña y doble índole porque la bailan hombre y mujer, y a los dos, a varón y a dama, ha de complacer y manifestar. Por eso ella tiene del fuego y del aire, del reto y del acatamiento.

Va el hombre en un enroscado torbellino y la mujer sale a su encuentro, casi se deja coger de la llamarada, y luego lo burla con el bulto, sin quitar al hombre la presencia y siguiéndole con su vista amante.

La cantadora "lacea" con rasgueo y voz a la pareja hazañosa; pero el coro, que aquí no es mudo, lanza sobre ella además las interjecciones que adulan o escuecen, que mofan y alaban.

Vuelan sobre el grupo báquico los pañuelos, el alcohol y la pasión.

La raza sin muerte, caldo de una sangre subtropical, cuerpos que están vivos de mar o de luz de altura, baila su orgullo vital, bate su entraña que no quiere ensoberdecir, danza la vieja gesta del amor cerca del mar, que se la enseñó frenética, y de la montaña, que se la contó ritual.

Gabriela anda por el mundo,
selección de Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Ed. Andrés Bello, 1978

EL RITMO DE CHILE (1936)

Hay en nuestra América algunos países pequeños, pero *musculados* como el campeón japonés, me decía Gonzalo Zaldumbide. Su ritmo más rápido reemplaza con ventajas la carnazón de los mayores, y su prisa quema lo adiposo. Así son Chile y Ecuador.

Es verdad: Chile tiene en los mapas una figura geográfica de hombre en pie, de varón alerta, entre cordillera y mar, y estas dos dominaciones que le urgen los costados parecen aguzarlo como una flecha o lanzarlo como un discóbolo ligero de carnes. Y en ese organismo de pelotaris vasco o de esgrimista japonés o de nadador malayo, no sobra nada. Tampoco falta nada: es la suficiencia precisa para hacer y actuar.

El ritmo vivo de Chile un músico lo siente leyendo nuestra historia y un dibujante puede traducirlo en unas grandes flechas lanzadas.

Llega la Independencia y se abre el haz de nuestros ritmos de criatura viva, de patria diferenciada.

El Chile recién nacido de O'Higgins, menudo como el campeón de Zaldumbide, apenas dueño de sí, se lanza a la empresa bizarra de crear una escuadrilla, de lanzarla sobre el virreinato peruano y de ayudar desde el mar a la faena de San Martín. Es el primer vagido de nuestro esfuerzo libre; parece un arrebató de adolescente, y no hay tal: la escuadra de Cochrane va llevada de motores a cascos por el ritmo fuerte con que Chile acaba de nacer y con el que va a vivir.

Pocos años después, cuando todavía no cuaja bien el busto de nuestras repúblicas. Chile mira sin alarma hacia el norte y al este.

Ya no hay peligro español, pero falta la conquista de nuestras propias entrañas anárquicas. Según los hábitos criollos, unos bandos más románticos que bélicos se disputan el mando como los pelotaris riñen en la cancha por la pelota vistosa. Aquella agitación no es el ritmo voluntarioso de nuestra índole; aquellos son unos antojos sueltos y un caudillaje sin mira ni plan. Aparece Portales, criollo purgado de romanticismos, realista de marca mayor, y echa su brazo apuñado sobre el hato de culebrillas vivaces que es nuestro guerrillerismo.

El hombre Portales trae también su ritmo que es el nuestro genuino; lo ha mamado de la raza y será su temperamento mismo y su orden musical. Es la suya una línea robusta que sube en unas volutas anchas de fuerza segura. Quiere crear un “hogar de hombres” y no un campamento de tiendas de campaña. Apenas salido del coloniaje, no es, sin embargo, un moroso ni un conformista. Trabaja sin remilgos de aristócrata y sin comodismo de burgués: es un herrero de fragua civil, desenvuelto, audaz y sin atolondramiento.

La faena se interrumpe unos meses por la aventura loca de doña Isabel II, la malaventurada, que pretendía una reconquista de lo mucho y bien perdido en América. El ritmo regular de Chile volvió a agitarse como en el año solar de 1810. Otro embrión de escuadra chilena limpió la costa después del bombardeo imbécil de Valparaíso y otra vez Chile extendió la operación de defensa nacional a las fraternas costas de Perú.

Segundo compás de espera en los ritmos fuertes y creadores, y aparece Balmaceda, como una marejada que sacude el mar de leche de las calmas mortecinas.

Volvía Portales, bajo signos ahora democráticos, porque los tiempos ya eran otros. Las saetas de los ritmos vuelven a subir del suelo de Chile. La masa que eligió a Balmaceda había sentido oscuramente hacerse en el mando de Chile una pausa de morosidad, un atasco en la presa de aguas vivas que es un gobierno. Según su instinto avisador, había ahora que forzar la marcha. Eligió a su hombre con intuición feliz, pero los portalistas de “ojos con escamas” no reconocieron a su creador en el recién llegado, según el mito de las reencarnaciones en las que el embozo corporal hurta la identidad y hace fracasar al fiel que regresa.

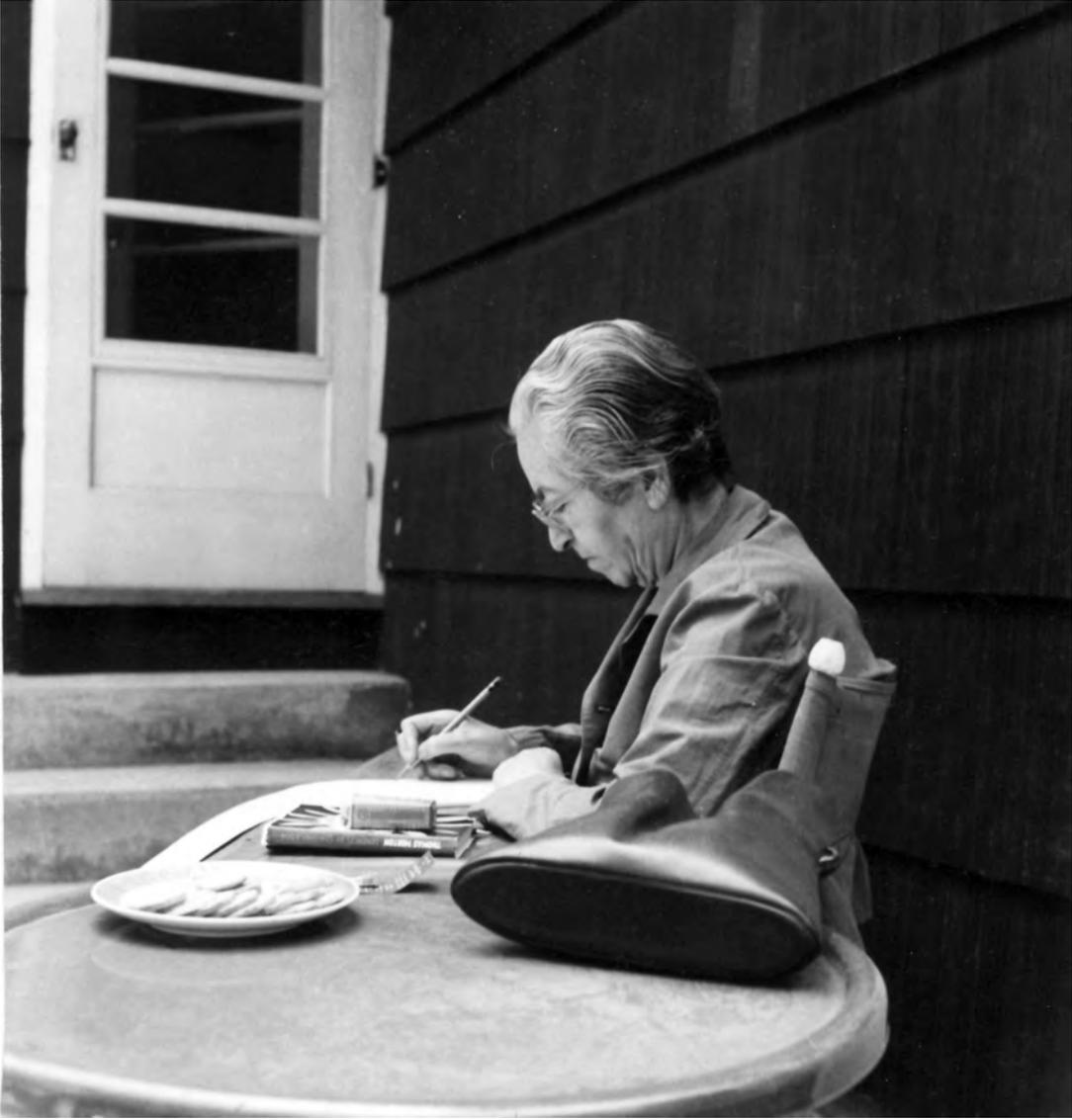
El hazañoso alcanzó solamente a dejarnos una porción de obras y un manojito de derroteros válidos para el futuro.

Falló el intento balmacedista, pero la voluntad popular sólo vio retardados sus fines. Unas tres presidencias de tipo pacato y lento corresponden a esta tregua o espacio vacío de ritmos grandes.

Es un período de mansuetud, no exenta de buena voluntad. Se tienden líneas férreas sobre nuestro cuerpo longitudinal: se fundan colegios; se echan cables al porvenir con una ley de instrucción obligatoria; se construyen puertos, se comienza a mirar a la higiene pública; se asegura la justicia estable y limpia.

La caída del ritmo corresponde a una politiquería envalentonada: el buen campeón chileno se muda en parlanchín y sus fuerzas se le van en ladinería y puja por los empleos públicos.

Los tres quinquenios que corren entre 1920 y 1935 traen el otro golpe arrebatado de nuestros pulsos nacionales. Durante estos años tónicos, todos los problemas hierven en las manos de los dirigentes, mientras una masa civil de primer orden pide y apresura; trueca regímenes, prueba a los hombres como se ensaya el mineral, vigila la administración y sigue la vida nacional como la de su hogar. Toda esta agitación no es histórica, aunque suela desperdiciarse en pasiones personales; de esta especie de metalurgia febril sale una legislación social de cuerpo entero, que bien se merecía en su amplitud y su largueza el pueblo de Chile que ha hecho a marchas forzadas una minería y una agricultura grandes, en país pequeño y de pésima situación geográfica.



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

Cuando en aquel extremo del Pacífico aparece un mandatario grande, cuyo busto salta de la vaina de nuestra cordillera, ese hombre, es sencillamente un varón chileno que conoce el ritmo natural de su raza, que lo acepta, lo obedece y obra según su módulo, es decir, vitalmente.

El carácter militar que por muchos años se nos ha atribuido corresponde tal vez a esta marcha del esfuerzo chileno en unas como columnas cerradas que no quieren pararse para tomar respiro o hacer sesteo largo o verificar el recuento de lo ganado, según el hábito de la Europa rumiadora de historia. Legión detenida, pensamos, es legión cansada y de moral que flaquea y se relaja.

Dicen que el ritmo es primero fisiología, luego volición ética y al final hábito consuetudinario. Por lo tanto, lo hemos recibido, lo conservamos y no queremos renunciar a esta fuerte melodía nuestra. Llévenos ella en su corriente y haga nuestro destino.

El Mercurio, Santiago, 19 de septiembre de 1936

EL SIGNO DE LA ACCIÓN

(1937)

Algo de rapidez telúrica ha tenido el desarrollo moderno de Chile. La evolución parece hecha a marchas forzadas, en el sentido del apresuramiento que tiene la buena fragua cuando debe rendir servicio inmediato. El remanso mortecino de la Colonia, que desperdició nuestra energía como un agua metida en presas, no iba bien al temperamento de un pueblo dotado de gran costa, y convidado por el mar primero a aventura y luego a comercio.

Parece que el arcángel de la raza, por qué no creer que cada uno lo tiene, nos hubiese soplado en el oído, en cuanto vino a nosotros, el concepto de que, por haber nacido en el siglo XIX, no tenemos el derecho del chino lento o del egipcio sedentario a trabajar en un ritmo vegetal, sino que hemos caído bajo el comando de una especie de almirantazgo moral que no acepta dilaciones en su empresa.

El ritmo acelerado de Chile nos viene de ideologías más o menos prácticas; mejor parece ser, desde su arranque, una parábola vital, la flecha del instinto que salta de una fisiología sana y fresca. La corporalidad chilena deriva del vasco diligente, el extremeño tozudo y el araucano sin derrota. Esta triple volición ha querido sacar pronto a luz una chilenidad de cuerpo entero.

Un ritmo benéfico y nunca se sabe bien hasta dónde llega la potencia de eso que llamamos un ritmo, cuando es cogido por un jefe de hombres o por un músico vale más que un mazo de doctrinas y también vale más que una tradición que se apoltrona.

Así es como se llama prisa la formación de la Primera Escuadra Libertadora de Perú, al día siguiente, como si dijéramos, de nuestra independencia. La hicimos improvisada en días de pobreza, con mira a afianzar la libertad recién nacida, y con vistas a una política de unidad sudamericana.

Se llama también premura el primer ferrocarril del continente, cuyos rieles se tendieron entre Copiapó y Caldera, gracias al auge del mineral de Chañarillo. Diligencia se llama, asimismo, la creación de un movimiento humanístico, desarrollado por don Andrés Bello en época y circunstancia prematuras; cuando América Latina era todavía un campo de guerrilla y no pensaba en velar por la

herencia de una cultura latina llevada a tierras criollas. Se llama celeridad la ley de instrucción primaria obligatoria, dictada y cumplida con el fin de liquidar el analfabetismo, y que llevó la escuela a la última quebrada o isla del territorio, triplicando el presupuesto. Esta ley, que rubrica nuestro centenario, es el ademán honrado de una república que cumple con el régimen democrático que se dio y juró como un método de servir honestamente sin burlar a lo malicioso.

Y el testimonio más viril de esta pauta acelerada lo dan el código del trabajo y su consecuencia en un sistema de seguros que cubre y ampara a la red de trabajadores de todos los ramos, desde el obrero a jornal hasta el periodista y el maestro y que a mí me prueba la modernización de Chile más que la ambiciosa transformación arquitectónica de Santiago o de Valparaíso.

En la década 1926-1936, que en todo el mundo ha sido de alta presión, de motores a vuelo, quien mira hacia América del Sur se siente atraído por ese ángulo sudoeste donde un país se industrializa de pronto, haciendo un trueque hábil entre su vieja índole cordillerana, que era conservadora y local, y una índole marítima que es dinámica y universalista. Chile entra, como quien dice, en el uso real de su mar Pacífico, ruta que la geografía quiso hacer asiática y que la voluntad chilena ha ido volviendo interamericana y europea, antes por su estrecho de Magallanes y hoy por el propio canal de Panamá, que nos pareció dañino y que nos va resultando de más en más servicial.

La crisis económica pasada nos llevó a angosturas de conflicto si no mayor, semejante al de Europa. Se dio la voz de orden de producirlo todo costa adentro. Una penitencia de cinco años, un esfuerzo tan subido que excede a un país joven de los que llaman inexpertos, nos dejó habilitados para el propio abastecimiento y para un comercio orgánico con los países de la costa pacífica. Sin abandonar la montaña, caja de metales y maternidad de nuestra vida, y sin quitar vista ni brazo del valle central, reino agrario, Chile bajaba al mar y lo tomaba como instrumento de comercio y de cordialidad. El país completaba de este modo el triángulo de su realidad natural: mina, agricultura y navegación. A ninguno de estos tres sumandos de su riqueza puede renunciar, sin volverse un pueblo sordo a su geografía, cuyos signos son determinados y determinantes.

Todo pueblo digno de ese nombre se concede sus facciones físicas como un abecedario, y lo deletrea hasta que el uso se le vuelve lectura de memoria, suavidad de hábito. Esta lectura adulta de nuestro relieve y de nuestra hidrografía es la que hacen los sentidos alertas de la última generación chilena. Ella quiere una economía del Estado llena de sentido moral, que vaya de la creación de la riqueza al reparto honesto y acelerado de ella, para el bienestar afincado de una chilenidad que es exigidora por ser agudamente capaz.

El Mercurio, Santiago, 14 de marzo de 1937

EL CARÁCTER DE LA MUJER CHILENA (1938)

Voy a hablar a ustedes, mujeres argentinas, de la masa de mujeres que viven, penan y trabajan del otro lado de nuestra montaña; quiero, como quien dice, dejaros a la vista la otra vertiente, y en ella a la carne que duerme acostada sobre la ladera oeste, tan cerca y tan lejos de ustedes, próximas por la pena común que nos sustenta y tajadas por el muro que Dios nos hizo de piedra terca, de piedra sorda, de piedra tremenda.

No voy a contaros esta vez a las artistas, que las tenemos agudas y esenciales en novela y en música; no os regalaré semblantes personales y nombres conocidos, sino que os daré facciones colectivas que convienen a cada una de las mujeres de Chile. Con una gente como la vuestra, voluntariamente racial, es posible trazar, sin ningún artificio, un perfil que corresponda a todas y en el que todas seamos confesadas y dichas.

Los viajeros anotan en la pareja chilena una diferenciación de anverso y reverso de tejido: entre el carácter varonil y el femenino. A tanta sequedad del hombre, tanta ternura ardiente de la mujer, a tanta frialdad positiva del varón, tanta pasión despeñada de su compañera. Y se ha dicho que solo en las razas orientales pueden verse así de rotundas las líneas opuestas y coincidentes del ángulo humano, líneas que pudiesen vivir en lucha perpetua y que, sin embargo, viven en una integración cabal. A pesar de las sombrías diferencias de clase y condición, puede asegurarse, y yo lo digo con toda honradez, hay una condición entrañable, un jugo y un calor igual de entraña idéntica, que corre de la clase aristocrática a la campesina, de la masa profesional a la trabajadora, y aquí he procurado yo, por deseo de bien servir, desnudar y evidenciar esta chilenidad unánime.

La mujer chilena tiene una maternidad apasionada, mejor aún, arrebatada: el hijo es en ella de veras una pasión. Parece que en la maternidad, mucho más que en el amor de hombre, ella pone sus esencias más fuertes; nada hurta, nada ahorra, nada regatea para sí, en esta sana calentura en la que vive y en la que acaba, velando y sirviendo a su sangre. Aunque sea una pasional en cuanto cosa le cae a las manos, su pasión del hijo será siempre el sorbo mayor que saca de su corazón. En

cuanto un niño llora por primera vez detrás de la puerta de un rancho, tenga ese niño el padre de su amparo o carezca de él, desde ese momento esa mujer dobla su coraje para la pelea del pan y será capaz de todos los oficios, hasta del más duro del más extraño a ella, si se trata del techo, del vestido y del pan de cada boca.

Lo mismo será si no se trata del hijo sino del hermano menor, lo mismo del allegado. Esa mujer ardiente nació para gastarse y la palabra que menos parece entender, la que no le llega o que no la convencerá nunca es la de ser “prudente”, en el sentido miserable de no arriesgar su alma.

Tiene nuestra mujer un sentido fuerte de la amistad y en la misma juventud, edad prodigiosamente banal, ella estará ya como en sazón para la amistad. Gasta en ella a manos llenas su lealtad, ofrece sus primores, el cogollo de su espíritu; pone en el vínculo amistoso una seriedad dulce o una seriedad heroica.

Alguna vez yo he pensado que si hay un sentimiento que definiría al chileno en general, una especie de columna vertebral de su vida, esa sería su capacidad para ser amigo y para la obra maestra que hace sin proponérselo en un haz de amistades *per vita*, eternas.

La mujer chilena trabajó siempre. Antes de nuestra moderna incorporación a la economía del mundo, ya ella era buena hortelana, artesana habilidosa en artes y capaz de enseñarlo en muchas cosas más. Pero nuestra promoción a compañeras del jefe de la familia para el áspero sostén de una casa, nuestro ingreso total en el ejército de la fábrica en la beneficencia y en la universidad ha sido en aquella costa pacífica, rápido, enorme y definitivo. La mujer ha echado a sus hombros, sin alharaca, con gozo, sin rezongo, sintiéndose llena de honra, cada una de las cargas y las servidumbres que arrastra consigo la labor con horario, con disciplina, con jadeo.

Trabajamos. Chile da aun de lejos si bien se le mira un resuello caliente de horno, de fragua rítmica, de tráfico industrial. Y en ese tumulto y ese fervor, la mujer hace presencia, la mujer está de la misma manera que en el amor, con una voluntad totalitaria y con una entrega que es una especie de volcadura de su ser.

Poco es el tiempo, breve la ocasión para deciros más. Yo sé que cuando se trata de dar, la mejor pieza que puede escogerse es uno mismo. Yo busqué cosa que daros en esta plática y os he ofrecido la mujer de Chile a vosotras, mujeres de la grande, de la ilustre y de la ancha Argentina vuestra y mía también. Americana soy, y por serlo, os llevo a vosotras al llevarme a mí misma y os tengo con tenerme.

Termino este plática, que debo a la generosidad de la Unión Argentina de Mujeres, a la cual pertenezco, con una pequeña estampa de mi madre, y en vuestras manos pongo, mujeres argentinas, el bulto de ella, su cuerpo de viva y de muerta:

*Apegada a la seca fisura
del nicho, déjame que te diga:
amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo que calentó*

*con una hornaza que no se enfría;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía;
resucitad, resucitad,
si existe la hora, si es cierto el día,
para que Cristo os reconozca
y a otro país deis alegría,
para que pague ya mi arcángel
formas y sangres y leche mías
y que por fin te recupere
la vasta y santa sinfonía
de viejas madres; la Macabea,
Ana, Isabel, Lía y Raquel.*

Las Últimas Noticias, Buenos Aires, 5 de abril de 1938

GEOGRAFÍA HUMANA DE CHILE (1939)

Podría decirse que hay tres órdenes de relieve en Chile: un orden mítico, que correspondería al desierto de la sal, porque mito parece en su absoluto; un orden romántico, en la zona confusa y retorcida de los valles transversales y en la de los archipiélagos del sur. Y al centro, el orden clásico del valle central.

O si se quiere, nuestro territorio sería una jarra, sostenida por dos asas serviciales y absurdas a la vez; la pampa salitrera y los archipiélagos australes: el asa que arde y el asa que hiela.

LA PAMPA DEL SALITRE

Chile se abre en la pampa del salitre. Una de esas guerras entre colindantes, de las que ninguna patria parece haberse librado, guerra corta como las que se dan entre hermanos, nos cedió esta especie de reino de la sal, único en el mundo por su extensión. Una leyenda del salitre, buena para texto escolar, vale decir, para niños, podría escribirse así:

Cierto lugar del mundo recibió como destino una costra terrestre despojada de toda gracia vegetal y de toda ternura de agua. Esta región es más calva, si cabe, que su cordillera vecina y hace una rara pausa o paréntesis de vacío entre dos zonas fértiles. Su color es de un pardo blanquecino y desabrido, cuando no es una reverberación de sol. Su aire se reseca tanto que rompe la roca o el caliche en cascajos; su tacto es como el de la bestia enferma, un pelambre de jaramagos a medio quemar. Toda ella parece el engendro de un aguafortista calenturiento. Sólo alzando los ojos se encuentra, como alivio de esta penitencia, el cielo azul, enjuto y puro, donde su misma sequedad, y hay en su altura de meseta la calidad tónica que violenta y fuerza el organismo para que dé todo de sí, pero que lo deja a la larga fortificado por la prueba. Nuestro pampero dice, en elogio de su desierto implacable: “Aquí ni los muertos se pudren”. Y así es: sal y aire seco conservan los cuerpos como los sacerdotes del dios Rah conservaban el de los faraones. El hombre vivo, con más

razón, no toca ni aspira podredura en ese ámbito de pureza tremenda de la pampa salitrera. La sal es una especie de genio protector que preserva a su hombre de la decadencia y la degeneración, y esta realidad del salitre vulgarísimo vale por el más bello mito.

El grumo salino, feo y gris guarda el secreto o sésamo de la fertilidad, y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas que afligen al planeta. Aquel desierto tendido en una extremidad del mundo viene a resultar el padre de la mejor cosecha de trigo en Egipto, o dobla los racimos en las cepas italianas, o rehace el limo anémico de las hortalizas en cualquier granja europea. La pampa salitrera paga con su desgracia, como santo penitente, el logro de los hombres cuya cara no ha visto nunca, y un poeta podría llamarla *el Cristo desnudo de la tierra*.

La pampa se quema de su propia virtud, como ocurre con los dones excesivos. Ella no conoce la piedad del río ancho, que desaltera las arcillas en la misma medida en que el sol las abrasa; ella recibe, a lo más, la humedad tardía que le pone la “camanchaca”, una niebla ni espesa ni frecuente. Su propio bien resulta su castigo, y si en la geología hubiese, como quería el hombre medieval o imaginaba Ruskin, en la Ética del Barro, un sentido y un dejo morales, esta región estaría bajo el orden penitencial que remata en el perfecto despojo.

La vida en la salitrera inicial, el comienzo de su explotación y el sacrificio del peón chileno sobre ese cuadrilátero de calentura y de sed, me han hecho muchas veces acordarme del *Motivo* de Rodó que se llama *La Pampa de Granito*.

Recuerdan ustedes que el Espíritu de la Voluntad, lleva a tres niños hacia un desierto de piedra y les manda que reúnan un poco de polvo, de viento y de agua. Un niño araña en la piedra y responde que nada encuentra. El Espíritu Voluntarioso le ordena que lo recoja del viento, en su lengua. El segundo llora, encima del puñado de tierra, y así logra un terrón húmedo. Pero falta semilla que sembrar. El tercer niño espera la semilla volandera que viene en el viento.

Es así como nace y brota la primera hierba del desierto; la prueba ha costado a los fieles una vejez prematura; sus cabezas blanquearon y sus cuerpos quedaron enjutos, en hueso y pellejo.

Este símbolo de Rodó es válido para contar la historia de los primeros campamentos, y con más razón, de las primeras ciudades nuestras en la zona salitrera. Donde la tierra, la atmósfera y el sol parecían gritar un triple “no” al pobre “cateador” y otra vez “no” al que plantaba las tolderías de campamento, los dos testarudos, acicateados de aquella negación, respondían “sí” con su cuerpo y su alma.

Así nacieron Iquique y Antofagasta, y gracias a esa prueba existen. Sólo que la raza no salió decrepita, sino salva de la aventura.

Europa, que apenas sabe de nosotros, y Asia, que tampoco nos ve la cara, nos conocen bajo las especies de nuestro misterioso nitrato; Chile se llama para el mundo “El País del Salitre”. América Latina que nos toca suele considerarnos como a otra sal que, mascada, da un sabor áspero y algo desagradable, pero que tiene el nombre bueno y honrado de voluntad, de la dura voluntad chilena, de la terca volición vasco-araucana.



Junto a Nelly Hernández y sus hijos, fundo El Ajjal, Montegrande, Chile, 1954.
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

VALLE CENTRAL

El europeo que, a pesar de su cultura especializada, tiene un ojo primario para revisar las cartas geográficas de los continentes que no son el suyo, se acerca a Chile pensando que va a encontrar allá adentro sólo un laberinto infernal de montañas. Si llega por vía trasandina, él recibirá en el paso de Uspallata, de golpe y entera, la épica andina, y prolongará su aventura visual y respiratoria hasta la ciudad bien nombrada de Los Andes. Las alturas lo toman y dejan por turnos, le roban el cielo y se lo devuelven; lo ciegan de oscuridades para deslumbrarlo enseguida con el resplandor crudo de la nieve. Pero el turista novelero sale después de seis horas de la montaña y entra en la provincia de Aconcagua, que lo encaminará hacia el valle mayor. El viajero sabe, por fin, que el país de Chile no es únicamente la selva unida de piedra que se imaginó. Su viaje obligado de Santiago a Puerto Montt le ofrecerá la realidad del llano central de Chile, verdadero aposentamiento de la chilenidad.

Todo el romanticismo de la montaña de un lado y del mar del otro se agota y cede al tocar este llano. Es la región más claramente vista por el avión, que vuela el territorio; es también la única que en nuestro mapa no se borrona de cordones montañoses. Física y gubernativamente, Chile es el llano central.

Decimos de las regiones dulcemente llanas de la tierra que nos dan el deseo de caminarlas a pie, o de volarlas, al estilo del Mercurio de Juan de Bolonia, que tal vez sea el andador perfecto, pues, aunque sus tobillos lleven siempre alas, él guarda sus pies de buen andador. Nuestro largo valle es de estas tierras caminables como un *stadium* o una pista, de los que se diferencia solamente por su voluntad de longura, por su estiramiento en corredor terrestre.

Ese valle se alarga en la extensión de diez provincias, cubriendo casi la mitad del país, y es la templanza misma, el clima mediterráneo de Europa con sus estaciones moderadas, la sede frutera del país, la patria del viñedo, del duraznal, de la pomarada y los trigales araucanos. Nada de pelea minera con la roca atajadora del arado y con la estrechez mezquina de las hondonadas. El jadeo del chileno norteño se acaba en Santiago, con una ancha respiración aliviadora. Es posible que, a faltarnos esta columna vertebral del valle, voluntad unificadora de nuestra geología, nos hubiese costado mucho llegar a la unidad política y moral. Con lo cual el valle, también por este capítulo, viene a ser el autor tanto orográfico como moral.

El habitante de las diez provincias centrales es un hortelano natural, llevado al cultivo de la flora mediterránea por la blandura del clima que le tocó en suerte y por la condición fértil de aquellos limos. Estas provincias producen viña y frutales, como la pampa argentina produce hierba y coníferas, la Escandinavia. Durante muchos años, los chilenos consideramos el huerto como un simple abastecimiento de nuestra mesa; el huerto era una donosa institución familiar. Pero hace cuarenta años el agricultor, entregado a su famoso comercio viñatero o a la explotación de sus maderas, se dio cuenta de la circunstancia feliz de tener hacia el norte el trópico americano, que es un repertorio brutal diverso y apuesto. Los agricultores iniciaron entonces las exportaciones; el ensayo afortunado cubrió la costa pacífica y luego tentó suerte en Estados Unidos y en Europa, con resultados más excelentes aún.

La geografía del valle central cambió entonces bruscamente; el huerto avanzó provincia a provincia, y yo diría que con la complacencia del suelo y del habitante. La faena hortelana resulta tan amable, que no sólo el hombre, sino la mujer, se han incorporado rápidamente a ella.

La exportación frutera ha salvado al país, en la crisis del salitre y ha asegurado la economía contra el porvenir oscuro de nuestra sal, postergada malamente por el del nitrato artificial.

Haciendo yo una especie de mapa medieval de Chile, me represento las regiones según ese estilo, personalizándolas en una bestia o en un cultivo. En este mapa ingenuo, el valle central es un largo sonrojo de huertos en flor, que me hace señales debajo de la Amazona Cordillerana; es una especie de avenida de blancoroso, que corre desde el río Maipo al río Bío-bío, y es que la acuarela dichosa me la regaló cierta primavera de Traiguén, donde yo caí de golpe en una floración de cerezos, cuya gloria valía por la primavera del Japón.

Parece que los hijos de cualquier tierra la queremos no sólo abastecedora, sino hermosa, y cuando yo leo en mi oficina consular una estadística de comercio frutero, las cifras anchas se me vuelven un desplegamiento de huerto, que corre leguas y leguas, como si fuese la sabana misma de la diosa Flora. La patria de piedra se me transforma entonces en una explotación de luz; el áspero semblante mineral del país se vuelve un tendal de fruta, que espera su embalaje al sol.

Cuando dije de este valle que es clásico no pensé solamente en la sencillez tónica de su aspecto, sino también en ciertas suavidades latinas de su costumbre. El campesinado de la región vive una manera tradicional, en fiestas criollas como la feria de Chillán, la trilla y la vendimia o el rodeo del ganado. La linda artesanía del choapino araucano, en esta región sigue haciéndose sobre los telares indios.

Al extremo de este valle, donde la resistencia pertinaz del araucano conservó la selva hasta hace cincuenta años, hemos llevado una masa de inmigración germánica, y así dos o tres provincias conocen la convivialidad de chileno y alemán. La gente germana aceptó trabar la lucha contra el bosque testarudo; llevó a él los aserraderos, taló y quemó, desposeyendo de su reino a la *araucaria chilensis*, al alerce y a la patagua indígenas, a fin de crear el reino benévolo del trigo, de la cebada y de la patata, alimentadores de gentes.

Este valle central que os he alabado como una tierra de idilio, ha sido, sin embargo, la zona de nuestra reciente tragedia: podría decirse que ella nos ha herido en el plexo solar del territorio. Esta Arcadia dulcísima despertó un día despedazada por la fechoría telúrica y vio raída entera su vieja ciudad de Chillán, patria de nuestro O'Higgins, y magullada como un cuerpo mártir la capital del sur, Concepción, centro de nuestra vida espiritual más fina.

No cayeron al valle los torrentes de lava ni la lluvia clásica de ceniza que acompaña a las erupciones volcánicas. Pero no hay duda de que los volcanes son los autores de la tragedia. Vivimos sobre el espaldar de fuego de nuestra cordillera. Las masas de granito y metal, y además la nieve impávida, nos hacen olvidar demasiado la trágica paternidad andina, nuestra geología, que se resuelve en la pelea entre la peña defensiva y el fuego combatiente.

El valle central se recorre bajo la presencia constante de los volcanes, patronos verticales. Su rosario gigante se anuda en la provincia de Santiago y después se afloja, un poco, pero no se interrumpe. Y es tan grande la belleza de estos mayorales nuestros, llamados "Cherruves" por el araucano, que no sabríamos odiarlos ni ahora mismo que su cólera nos ha tumbado veinte pueblos.

Nuestros ojos tienen el hábito de ver esas cumbres como de ver nuestro tipo racial; el paisaje de Chile es, ante todo, la espalda de la cordillera o el énfasis del volcán aislado, más bello aún que aquella en su perfil de persona diferenciada.

El volcán Chillán es uno de los más toscos. Su secreta calentura la bebemos en unas aguas termales famosas. El Villarrica posee una forma tan pura, que deleita, junto con la vista, el entendimiento, y todos los viajeros lo asimilan al Fusiyama. Más al sur, aún el Osorno es otro arquetipo de volcanes, con su estampa de Carlomagno en reposo. El Tronador, anchuroso, que tumba siempre, no de fuego, sino de avalancha de nieve, parece una aglutinación de cuerpos. El Techado, del exacto nombre, parece un techo fantástico pensado por un albañil divino.

El chileno, como el japonés, pelea con el destino bajo las especies del fuego y no se sabe quién tiene en jaque a quién. Aunque lleve en sí un trasiego de mitología india, el hombre de Chile, naturaleza activa por excelencia, después de cada terremoto reconstruye las ciudades y restablece los cultivos, con una confianza pasmosa y con gran desdén hacia la traidora del suelo, pues él sabe que entre dos catástrofes corren muchos años.

Hay en nuestra gente un estoicismo no helado, sino ardiente, una decisión tal de poseer y de gozar su tierra, que la furia telúrica se la quita de las manos apenas un momento. Allá están ellos, mientras yo los cuento, con la tierra otra vez recobrada, planeando y haciendo.

Se sabe que este fenómeno de vitalidad y ardor es propio de las regiones telúricas, y que son precisamente ellas las que menos quieren morir, porque el fuego las hace más alácritas, más heroicas. El manoseo de las ruinas no es achaque de la chilenidad de esta hora, doliente y no derrotada, y que trabaja con el brazo válido y llevando encabalgado el otro, al cual no mira, porque no quiere ver su sangre y llorar.

LA PATAGONIA

En el golfo de Reloncaví, el valle central desaparece al acabarse la continentalidad. En este punto se abre una pelea del mar con la tierra, de lo neptúnico con lo volcánico, toda una lucha espectacular entre dos elementos. Comienzan allí nuestros archipiélagos australes, una corrosión colosal de la tierra por el océano bravo, al que por ironía llamamos Pacífico. Parece que la Sudamérica del destino tropical y templado, rehusando alcanzar al círculo Antártico, por horror del hielo, quiere rematar en ese punto y aniquilarse en la antesala de los tímpanos.

¿Cuántas islas tenemos entre los grados 41 y 55? Le he dicho a un ballenero danés, que ha atravesado este mar a diestra y siniestra, y me ha contestado él, que

contó los de su patria insular: “Señora, en estas mil millas encontrará usted tantas como para cansar el antojo del más paciente”.

Otro hombre de la Patagonia me decía, sintiendo el apetito de suelo ancho que tienen los ganaderos: “Habría que coser esta tierra de aquí a Llanquihue; parece un tejido echado a perder”. Y le respondí riéndome, que, por mi gusto, yo soltaría todas las tierras unidas. El archipiélago me gusta tanto como a los chilotes, cuya fortuna es la pesca que la marea les deja tendida en su costa tan mascada por el mar.

Las mayores constelaciones de islas o las tierras más sensibles llevan nombres a veces legítimos de exploradores, a veces de héroes nuestros que no las conocieron; una que otra vez, a la brasileña, se le han dejado sus bellos y genuinos apelativos indígenas.

Esta es la patria de la ballena, la nutria y el lobo del mar, y sobre todo, el lugar mágico de las grandes masas de pájaros marinos. En la emigración cubren el cielo, y hacen, al pasar, el eclipse del sol, que nuestro Pedro Prado ha contado en un poema magnífico.

Parecía que nuestro suelo volvería a levantar su cuerpo dominante y tenaz, pero la patagonia existe del otro lado de la tierra rota, con la pertinacia de la cordillera que echa sus últimas estribaciones.

Después de la navegación fantástica por un mar acribillado de islas verdes, como quien dice de sirenas geológicas, asomadas hasta medio pecho, se llega a un curioso país manso y seguro, de llanura extendida. Es el asiento de nuestra ganadería; es la zona en que un suelo común hace el gemelismo de argentinos y chilenos; una parte pequeña es estepa, otra son grandes pastales rasos, donde, por primera vez, el ojo nuestro no es atajado por la montaña arrebatadora del horizonte. La vista chilena sólo en el desierto norte y en este llano patagónico posee el desahogo grande, que da al ojo la euforia del cielo ilimitado.

En estas soledades de la Patagonia, sólo un elemento trágico recuerda al habitante su tremenda ubicación austral: el viento, capataz de las tempestades, recorre las extensiones abiertas como una divinidad nórdica, castigando los restos de los bosques australes, sacudiendo la ciudad de Magallanes, clavada a medio Estrecho, y aullando con una cabalgata que tarda en pasar días y semanas. Los árboles de la floresta castigada del Dante, allí me los encontré, en largas procesiones de cuerpos arrodillados o a medio alzar y me cortaron la marcha en su paso de gigantes en una penitencia sobrenatural. El viento no tolera en su reinado patagón, sino la humillación inacabable de la hierba; su guerra con cuanto se levanta deseando prosperar en el aire es guerra ganada; sólo se la resisten la ciudad bien nombrada del navegante y las aldeas de pescadores refugiadas en el fondo de los fiordos o en refugios a donde él llega un poco rendido, como el bandolero hecho pedazos.

Pero esta patria del pastal bajo es la de nuestra riqueza más fácil: la oveja pide apenas, unos grupos de pastores, y después de la esquila y de la matanza, los frigoríficos mantienen en esta zona, que el europeo cree de penuria, una riqueza constante mayor que la de nuestra pampa salitrera.

El turismo ha empezado a descubrir la extraña hermosura del ángulo del mundo que se llama la Patagonia. El verano ofrece allí las noches que se prolongan con

un crepúsculo inefable, hasta las veinticuatro horas; las auroras australes son un espectáculo de ensangrentamiento arrebatado del cielo, y el furor del viento, otro espectáculo soberano que han contado en páginas preciosas los grandes geógrafos europeos.

FINAL

Hay en España una región nombrada peyorativamente con nombre fidelísimo: se llama Extremadura y es una tierra de estepa, relegada a un tiempo de España y Portugal. Algunas veces he pensado que los descubridores pudieron dar el mismo nombre a Chile, en relación con América. Extremadura pudo llamarse, lejanía y rudeza, dificultad y apartamiento. Lo llamaron con el nombre de Chile, salido de vocablo indio, que dice nieve, o tal vez de una palabra onomatopéyica, que imita el trino de un pájaro.

La posición extrema nos condenaba, como a Australia, o Alaska, a vegetar pardamente en el fondo de nuestros valles cordilleranos, sin exhalación alguna hacia un continente que se place y se complace en llanuras y valles anchurosos. Deberíamos haber sido angostamente nacionales, y hasta regionales, y haber renunciado a esa gran honra que es la influencia moral en la vida de la raza común.

No aceptamos la suerte geográfica ni aun en lo anterior: hemos forzado las diferencias de zonas hasta volverlas acuerdo y reducido su diferencia a una unidad, por medio de ferrocarriles y de navegación caletera. Respecto a lo internacional, con el avance pausado y seguro del minero en el túnel, hemos hecho de nuestra posición extrema uno de los núcleos de la América española y trocado la dureza de nuestra cordillera en peana, que a la vez nos sostenga y nos aúpe, en rebeldía contra la cautividad que nos daba la muralla andina.

La chilenedad es un gran despejo espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanidad total. El país que llamaron “el último rincón del mundo” crea una especie de fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes. La historia de Chile, expresión de nuestra conciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica.

La América íbera parece tener, como un barco futurista, tres proas: de Brasil a medio cuerpo; la austral, argentino-chilena; y una proa sobre el mar Caribe, tal vez en el cuerno de México o en el muñón de Cuba. Son vértices de tres espíritus latinoamericanos diversos, pero no son, a Dios gracias, unas proas rivales ni navegan hacia distintos derroteros; diríamos, jugando en serio, que no están vueltas hacia el mar, sino hacia el corazón del continente, porque la aventura que buscamos es ahora la propia, la realización de una raza latinoamericana.

Nos ocurre algo así como el trance del flechero mítico: “¿Hacia dónde ojeas, qué buscas en el cielo con el arco enderezado?” le preguntaron al mozo de la

flecha. “La bandada de pájaros pasó”. El mozo contesta: “Yo lo sé; apunto a mi propio corazón haciendo que miro al cielo, y a él apunto, no para matarlo, sino para mantenerlo alerta y vigilante”.

Y parece que pronto nosotros, latinoamericanos, ya no tendremos muchas bandadas de cigüeñas europeas que seguir con intención de aprenderles el vuelo universal, porque Europa parece que ya no ama la universalidad. Nuestra moral, que será la paz, y nuestra justicia social, que será la cristiana, bastarán para hacernos dichosos, honorables y, además, grandes.

La segunda emancipación de América Íbera, mucho más real que la otra, despunta en el horizonte no a causa de la llamada decadencia de Europa. Alertas como el flechero, nosotros necesitaremos vigilar el rumbo de las cigüeñas europeas que quieren reaprender el rumbo oeste, el cual no les conviene, porque tal vez aquí morirían, antes de alcanzar a hacer nido.

Boletín de la Unión Panamericana, abril, de 1939

CAMPO CHILENO (1940)

Mi primera ojeada, cuando miro hacia Chile, es para el campo. Por hermoso, por infeliz y por mío. Al comenzar estas conversaciones radiadas, es para él, naturalmente, la primera.

Toda América latina ha pecado contra el campo. La cursilería criolla lo ha abandonado por incómodo y por burdo para vivir en él. Pero el campo ni se va a organizar ni a purificar solo. Lo primero es no hacer esa emigración en masa a las ciudades y dejar a ese mismo campo, al que se llama “bruto” encargado de mantener a los propietarios rurales que lo han huido como a una calamidad.

La miseria del campo chileno que sí en el departamento de Elqui es indecible. Tanto como la ciudad ha prosperado, el campo se ha barbarizado. La clase media campesina, a la cual pertenezco, se ha vuelto pueblo hambreado. Vendió su lonja de tierra al primer extranjero que llegó y no hay razón para que cuide mejor a su peonaje de lo que lo cuidan sus patrones criollos. La escuela no es mala, pero no puede ser buena una escuela cuyos niños comen mal, cuando comen.

El cine no ha asomado a ese valle esencialmente agrícola. La biblioteca popular, que Sarmiento sembró por las ciudades y las aldeas argentinas, tampoco ha hecho su aparición en las 7 aldeas del departamento de Elqui. El médico escolar y el dentista no llegan hasta ese bolsón cordillerano; su radio no pasa de la ciudad de Vicuña.

El abandono de las criaturas se ve en el cuerpo desmedrado, que en nuestra raza no corresponde a una constitución; se ve en la boca, de malos dientes que muestran sin saber, al reír, con la risa franca que es la nuestra; y el ánimo de ese niño que, en su sol y en su arca de piedra, nace con ímpetu y ambición, se siente en su apagamiento, en una quebradura por donde se van a filtrar el fatalismo y la derrota del mestizo.

Para creer en la vida y en sí mismo, para sentirse un hombre y nada menos que un hombre, ese niño de mi valle necesita comer, no ir descalzo y tener deportes imágenes del mundo y libros que no sean sólo el pobre libro de lectura, que se leyó en un mes.

No es que ese campo no haya progresado, es que está peor. Yo fui niña de esas escuelas de Montegrande; yo conservo una foto en la cual había una niña descalza sobre treinta; ahora hay diez o quince. Había en esa aldea dos fundos y numerosas parcelas prósperas de la clase media. Los fundos se han devorado la propiedad pequeña, que los pobres han vendido por nada a causa de su miseria.

El río se ha comido un tercio de sus orillas, por falta de defensa. La sequía se remedió en Rivadavia con el embalse de una laguna; pero en la otra que debe proveer de agua el interior del valle, no se ha hecho nada.

Esas tres aldeas reclaman, no son oídas, padecen y mueren.

La cara de ese campo elquino es la de nuestra conciencia. Mirarnos allí nos haría bien.

El criollo sudamericano tiene el absurdo de vivir del campo y de darle la espalda. Le avergüenza haber nacido en él, cultivarlo bajo sus ojos, vivirlo. Pero él quiere que ese campo infeliz le costee el tren de vida burguesa que él lleva en las ciudades.

No se trata de defectos de un régimen. El mal comenzó en el coloniaje español y se ha continuado la perversidad, en el sentido religioso de la palabra. Los políticos se satisfacen con ver mudado el semblante del campo en la tierra que rodea la capital. Su conciencia no va más lejos, él se da por satisfecho con esa rectificación falsa y mínima.

El valle que cuento no tiene ni malos limos ni peón necio. De allí salen las cajas de descarozados y las de pasas, que el mercado se disputa y vende sin esfuerzo. La fruta es admirable y el hombre vale otro tanto. A ese valle del mejor clima de Chile, se le ha prometido darle sanatorios, que lleven allí tráfico y dinero: se le ha ensayado como plantel de morera para que allí se críe el gusano. El ensayo dio el mejor logro. Pero ni el sanatorio ni la industria de seda se le han dado a Elqui.

Tampoco hemos visto alcanzar hasta allí la compra de los fundos para ser parcelados con mira a la pequeña propiedad.

Entre sus dos cadenas de cerros, mi tierra llora en verano de sed y mi gente, en cualquier estación, parecen árabes del norte de África por su extrema pobreza, que llevan, sin embargo, con una dignidad española, con un pudor de raza vieja que se acaba sin perder sus viejos y bellos modales.

No somos gente de *meeting* ni de asonada, por lo mismo de tener virtudes viejas, es decir, acendradas.

Yo les dije a los niños descalzos y de ropas parchadas de Montegrande que esperen todavía, que sean fieles un poco más a su suelo precioso. Pero que si siguen viviendo así, en esa mala muerte, se vayan todos, camino del mar, como me fui yo, y me volvería a ir cien veces, si todo mi paisaje siguiera siendo ese cuadro asiático de un cauce seco de río, de viñedo enfermo y de hombres sin esperanza. La mitad de esos niños no conoce el mar, en país marítimo. Les hablé del mar y del mundo que no han visto y donde pueden ganar su pan sin pelea con la desidia.

Roque Esteban Scarpa, *Elogio de las cosas de la tierra*,
Santiago, Ed. Andrés Bello, 1979.

CONTADORES DE PATRIA:
CHILE O UNA LOCA GEOGRAFÍA
(1941)

Yo no sé que haya un empleo mejor de nuestras potencias que decir el terrón natal: cuanto escribimos en América con pretensiones de universalidad suele parecerme un vagabundaje sin sentido, un desperdicio de la fuerza y un engaño infantil de nuestras vanidades criollas.

Entiendo la alegría grande que habrá dado escribir un libro como *Chile o una loca geografía*, y llegar al remate de un antojo que fue tan ambicioso y que se ha consumado con la más bella gallardía.

Los contadores de patrias cumplen de veras un acto de amor: el amor antiguo y el medieval iban del encantamiento al furor en un ejercicio pendular, cosa que no pasa con el pobre amor moderno: el texto de usted está lleno de la rabiosa exigencia que es la del amor en grande.

En buena hora ha venido a prestigiarnos el ensayo geográfico y a propagarlo entre los mozos. Va siendo tiempo de que algunos dejen el oficio universal de poetas y se den con una modestia servicial a contar la tierra que les sostiene justamente los pies trajinadores y la densa pasión. Recuerdo a otros antecesores de su hazaña: el argentino Martínez Estrada, en su magnífica *Radiografía de la Pampa*; el colombiano López de Mesa, en su *Relato Lírico de Colombia*; el argentino Mallea, en la descripción de la gigante patria puesta en su novela esencial, *Pasión Argentina*; y el chileno Agustín Edwards, ensayista de una geografía humanizada. (Aprovecho esta ocasión para decir el bien que los cuatro me habéis hecho y que me ata a vuestra querencia).

Fue natural la explosión de nacionalismo terrícola que cayó sobre el mundo cuando éste iba entrando en la arteriosclerosis de lo abstracto absoluto, y era hermosa de verla antes de que pasase en la quemazón insensata de fronteras y a la rapiñería suelta.

Me gusta la idolatría de la tierra que está en todos los folklores, y no sólo es que la entiendo, sino que la vivo a plena anchura. La tierra fue siempre el gran

ídolo, como que ella es la bandeja en que se asientan todas las demás adoraciones humanas.

Hace años me leí un cuento patético que usted me trae a la memoria: Un hombre ha vivido veinte años al lado de su madre bajo las costras sordas y ciegas del hábito, sin descubrir nunca la belleza de sus rasgos, sin darse cuenta de sus gestos, archinobles por cargados de esencia racial, y ha existido también sin mirarse en ella como en su cuerpo primero, lo cual es el modo recto de mirar a la madre. En un accidente de excursión, la mujer y el hijo quedan solos en el campo. Entonces, en la novedad del paisaje y a una claridad de luna sobrenatural, él ve a la madre de golpe y como por primera vez. Una felicidad estrenada, inocente, que no es sino el despeño de toda su infancia, sube de su ser, bañándolo, remeciéndolo, como un torrente. (La mujer deja de ser ella misma pasados los cuarenta años, para volverse un mapa vivo de la infancia de sus hijos).

El relato era eslavo y por allí tocado de tragedia; en el relato suyo, filial y realista a la vez, no anda la cabellera de la Ménade; sin embargo, usted también ha hecho el redescubrimiento de su madre y a veces el patético salta de su relato sin que usted se dé cuenta.

El destino de su libro me parece tan donoso que se lo envidio buenamente. Él servirá de guía al viajero, que hoy se llama legión al que corre el país sin saber manejar otra cosa que sus barcos y pierde cien puntos técnicos de las comarcas y de la costumbre. Yo pensé alguna vez hacerme en un libro parecido al suyo, el perro de Tobías que condujese a los cegatones propios y extraños por la bien hallada tierra chilena; quise volverme el lazarillo “ganoso” que trotase al lado de los indígenas de fervor, cuando ellos caminan sin hazaña interna, es decir, sin hallazgo. Ahora yo sobro, amigo mío, porque su libro es sencillamente magistral.

Perdóneme este feo pensamiento pedagógico: estimo su ensayo geográfico sobre todo como un agente de educación en nuestro pueblo; se lo agradezco como un entrenamiento de los sentidos indoamericanos, harto inapetentes delante del tendal de la hermosura terrestre. Son asuntos de mucha monta, son grandes señores de los cinco sentidos, y en una raza quebrada por la mezcla han caído en gran decadencia. El indio artífice y músico veía y oía mejor que los mestizos. El español galopó su América sin echarle ojeada que no llevase una intención de minas o de “huacas”, y el propio don Alonso de Ercilla llevaba tal viga en el ojo que no vio la selva araucana.

Los profesores sudamericanos que deben enseñar a los niños a ver y sentir el cuerpo patrio cuando escriben manuales piensan tanto en su aprobación por el ilustre consejo, que no hay modo de que se atrevan como usted a escribir metafóricamente y a entregar un país que aparezca tan vivo como un hermoso animal; el que usted atrapó en sus ojos, alienta y quema de vivo.

Aunque nunca fui una ignorante del bulto patrio y me he vivido el país desde sus salinas hasta sus hielos, coseché novedades a manos llenas en el emporio de su libro. Glotona y golosamente devoré las trescientas páginas, agradeciendo lo inédito y regustando ya lo sabido, que se recrea al pasar por su cernidor, donde coge unos relumbres de amianto.



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

El escritor sudamericano, un Rubén Darío o Montalvo, fueron poco deudores de sus países en cuanto a la nutrición espiritual que habrían de buscar en la forastería. ¡Pobrecitos ellos y los que hemos venido después! Mientras que el escritor europeo debe a su continente la masa fabulosa de cultura acarreada por la marea de las generaciones, es harto flaco, es bien poco lo que el Nuevo Mundo nos entrega a nosotros cuando nacemos. Pero, en cambio, ¡cuánto nos regala en descargo la loca generosidad de la tierra para hacernos perdonar aquellas hambrunas! ¡Qué no da a nuestros sentidos la bien formada, la bien plantada, la que rebosa de sí como las mitologías! Los hijos no hemos sido muy tiernos que digamos con la dadivosa. La naturaleza nuestra parece una voz destacada que vocea sin parar a una tribu de sordos estupendos. Responder a esa voz, casi nadie. Los mestizos la miran muy india todavía y los otros no se atreven aún con la empresa de mondar esta niña-amazona que se sienta sobre espada. Tienen cierta razón; cuestan las primeras versiones de un paisaje y en lo que toca a la costumbre, que está en agraz o es confusa, el ejercicio viene a ser más duro todavía. Por eso habría que estar agradecidos a los novelistas indoamericanos, y usted recuerda con razón a Mariano Latorre, que desbrozó el campo chileno en una primera excursión corajuda.

Kipling habría celebrado a usted el ánimo hazañoso para emprender la “faena del hombre blanco”. No se ha acabado la gesta de los “caras pálidas” en el continente que ganaron y que deben merecer a cada época, pues no lo conquistaron de una vez por todas.

La musa variedad. Cuenta usted a Chile especialmente en su originalidad mayor, que es la diferenciación acérrima de sus miembros. Nada tiene de extraordinario la variedad de los países descomunales: Estados Unidos, por ejemplo; pero resulta milagrosa en la reducción del planeta llamado Chile; todo está allí: calvicie y témpanos últimos. La pluralidad se confunde con el concepto mismo de hermosura en lo que toca a la Venus tierra, y Chile, tal vez, sea la cosa más plural del planeta. En su carrera magnífica lo han seducido a usted los cien rostros de nuestra Demeter, y a ratos se me asemeja a los devotos hindúes que dan la espalda al Buda uno y van hacia el Vishnú de cien brazos, por predilección de lo numeroso.

La variedad fue para usted una musa, la que le dictó con igual hermosura las páginas sobre el desierto calenturiento, crujiendo quieto al sol como Palemón, el Estilita; la que le dio el trozo admirable sobre el tedio del agua en la zona del sur, la que le cuchicheó los capítulos australes, para los cuales carecía de lecturas ayudadoras, porque apenas si las hay, y la que le cedió el capítulo escrito con lengua de idilio de “La tierra que mana leche y miel” en los valles transversales. En esta, como en las otras partes del libro, se goza la riqueza de su experiencia de gran viajero. El Egipto vivido por usted le enseñó el acuerdo con la arena, y las nieves europeas, hechas a esquí bravamente trepadas, le sirvieron para el reencuentro con la cordillera, su dueña. Mi gratitud de lectora va hacia el caminador que atravesó Chile, sin apuro de itinerario, sin hacer dengues al frío ni rezongar al bochorno de la ruta.

La pulcritud literaria está presente en todas partes como una virtud cardinal. Es costumbre en el sudamericano que el cuidado literario se deslice hacia lo formal,

y esto a la inercia de frase y períodos; pero en usted el dinamismo no se relaja, no flaquea y se le siente alácrito en los repechos, alegre en las “bajadas” y dichoso siempre. Los escritores de viajes olvidan que su lengua debe parecer una marcha y a veces una cabalgata.

A lo naturalista y a lo poeta conjuntamente, trata usted la flora y fauna chilenas, y en igual forma exhibe las materias. Me parece un prodigio su “presentación” de plantas y bestezuelas indígenas o importadas. El nogal ha entrado en mí como de nuevo, gracias al lindo acápite que hace sonar las nueces en mi falda con un ruido de bolitas de billar; el quillay airoso, tan lejano en las cuestas y tan presente en el “lavado de pelo”, vuelve a echar su espuma entre mis dedos; la palma de miel, en la cual los poetas no hemos reparado, se me pone delante con sus tajos longitudinales, como una Juno alanceada; la yareta, que no conocí, queda tan soldada en mí como un texto de catecismo; y el cochayuyo, que nunca mentan los cronistas, aunque lo aprueben en nuestras mesas, usted lo dice de tal modo, que se le saborea, requemado en yodo marino; el olivo mediterráneo, apenas visto en mis mocedades, me lo deja usted ahincado en el terrón patrio y creo que nadie lo dijo antes mejor. En el libro, que reverbera de creación, ha venido hasta mi mano la loica revolcada en brasas, la tenca lanza su flecha de cristal y me quedó oyéndola, aunque viva en el repertorio divino de pájaros que llaman Brasil; y los picaflores, puestos en una estampa que vale por un esmalte, me hacen esperar que resucite allí la fantasía, dádiva del Espíritu Santo que él nos concede, así para los negocios divinos como para los más terrestres.

El materialismo derivado de la economía, que llena el mundo, viene a prestigiar de soslayo lo maravilloso mineral. Los poetas –usted entre ellos–, aprovechando el viraje de la masa, ya le hablamos de metales, de fosfatos, de sales, cosa a que no nos hubiésemos atrevido en otro tiempo. Me hace usted ver el Chile minero en el capítulo ejemplar de la desolación norteña y sólo me deja vacante un deseo: la noticia de cobalto, cuya posesión nos tocó en suerte, y del que no hemos dicho cosa alguna.

Tipo chileno. El capítulo del libro que podría llamarse “Corporalidad chilena” me causó profunda impresión. Corre por él la pasión estética de toda la obra suya, pero aquí ella lo lleva a no se qué inquisición arrebatada en defensa de la belleza racial. (Nosotros bien podríamos llamar su vida criolla “la dolorosa aventura de un apolíneo caído en América del Sur”). Una vez que mis compatriotas sepan el rigor de sus medidas, le tomarán a pundonor racial y no a malevolencia el juicio físico del chileno, que es acérrimo; son pocos los que conocen el manadero de un asunto y el libro hará fruncir los ceños: entre amores propios creo que no haya ninguno tan quisquilloso como en el de nuestra forma. Hasta aquí me pone perpleja el que, habiendo usted vivido años en la orilla oscura del Mediterráneo, donde el hombre parece un primo hermano del indígena americano, le parezcan tan poco amables, es decir, queribles, nuestros cuerpos aindiados. He repasado esta sección aceptando y rehusando razones, porque la lectura se vuelve un combate cuando se oye a un hombre cargado de conceptos y el que lee también sustenta los suyos. Mientras seguía la palinodia de la carne chilena, que la seducción de su prosa volvía bastante

convinciente, me saltó a la memoria el hecho que voy a contar, oportuno como la tabla que tiran al que se ahoga. En la “Promenade des Anglais”, de Niza, a la hora de la tarde, cuando todas las larvas de los casinos y los hoteles salen a respirar la bocanada marina antes de entrar en los cubiles del juego, se me hacía presente el pobre Jean Lorrain. Él habló del semblante europeo como de algo odioso que lo hacía huir; él detalló la bajeza, la zorrería, las marcas de los pecados más “capitales”, que van en las facciones, voceados y venteados. A cada diez pasos me encontraba en la “Promenade” los engendros que quemaron los ojos del pobre Lorrain. Endurézcase un poco usted y prefiera a las larvas finiseculares que pasean la ruta Cannes-Menton, la fealdad brutal y transitoria de nuestros pueblos mestizos. Porque eso es ella, en mucha parte: el desorden corporal que deriva así batido de dos sangres opuestas; la aspereza de un tejido parchado; la costra de un pan enleudado por levaduras distintas y que pusieron a hervir juntas. Acuérdesse usted de la batahola vista en los matraces de laboratorios: van de cuello abajo, carbonates, óleos y otras cosas endiabladas, el zipezape de las botellas dura un instante, y en el trance del mestizaje, tardan un momento histórico. Cuatro siglos cuentan por nada en una operación étnica. La peor borra se aplacará en el fondo y se irá volviendo el hermoso licor que echa de sí limpias relumbres en estado consumado.

Tengo pocas imágenes y estas bien borrosas que me entreguen el tipo hispano mapuche. Recuerdo mi susto de niña al ver unos apires de Montegrande salir de las bocaminas. Los pobrecitos eran feos, de piel sudada, de piernas deformes y de caderas descalabradas, y tosían esputando un polvo negro. Miseria todo eso y no fealdad constitucional; laboreo primitivo, ningún cuidado de los dueños del cobre hacia la herramienta adámica y tampoco amor alguno del minero por sí mismo, pues, éste acepta su vida y yo le he oído mofarse de su propio cuerpo como una sabandija.

En cuanto a la otra fealdad, a la moral, que usted miró con terrible atención, es verdad que ella se divide en la brutalidad de las líneas y en una extraña pesadez o vacío de la mirada; algunos iris son la materia pura o son nada; aparecen abotagados o están hueros. La cargazón de carne del ojo, el órgano más ligero de todos, le choca a usted o lo irrita con no poca razón. Pero nosotros, su clase y la mía, usted y yo, tenemos la culpa de la ceguera que existe en esas dos pulgadas del rostro, la cual nos ofende a ambos como una especie de traición a la casta. Nosotros no hemos cuidado a Juan-apir y Juan-gañán ni en la ración del alimento que se le debía ni en las varas de tela de sus ropas; menos aún en la altura de su techo, y no le dimos la parte que había menester de juegos y de música coral a la intemperie. En veinte años, las sociedades deportivas han hecho más que la asistencia oficial por la corporalidad chilena, y no hay cómo agradecer su entusiasmo disciplinado y la marcha forzada que hacen para salvar la carne chilena que decaía a ojos vistas.

Usted pensará que los pueblos orientales y norteafricanos tienen miseria subida y que nacieron igualmente de una confluencia doble o triple de sangre, lo cual no ha impedido que el alma dé un bello testimonio de sí sobre Israel hambreado, cuyo semblante suele ser de una belleza sobrenatural. Cierto es y hasta tal punto que los mejores ojos franceses que yo vi en la Provenza venían siempre de sangre

argelina o tunecina: ¡Cuánto me han hecho pensar y desvariar algunas criaturas halladas en Tánger o en Marruecos! El espíritu las batía como si un alcohol de cañamo las agitase; las Agares y los Mahomas latían de la pasión que da la única vida que valga la pena.

Aunque a los civilizados pedantes les indigna mi ocurrencia, pienso que toda esa gente, muchas veces plebeyísima en el sentido de la miseria corporal, está más asistida y es mucho más rica en lo que toca a los negocios del alma de nuestro criollo bien servido de escuelas, aldea por aldea. Esas tribus poseen a sus maestros artesanos, usufructúan de sus cantadores al aire libre y sus poetas todavía cantan la vida árabe, porque aún no aceptan la ajena. Por su parte, los maestros de artesanía no los han desertado; no se les ocurre que ellos no puedan convivir con Juan gitano ni se imaginan que su obra maestra lograda en marfil o cuero deje de entenderla el corro de los hombres en la plazuela. Y porque los hombres espirituales mantienen su tradición de anchura folklórica o sean de expansión popular, de toma y daca en los refranes o las fábulas, el arte allí se halla en todas partes y circula por el mundo mahometano como las arenas voladoras o el olor de los camellos. Por la misma razón el semblante musulmán lleva aquellos ojos ardidados de hornaza y, a pesar del desaseo y la baja mendicidad, son hermosos castizamente hermosos, quien los vio no los olvida nunca.

Creo de más en más en los delitos colectivos y, aunque sé que en la América criolla la clase dirigente tiene tremendas responsabilidades, he llegado a la conclusión de que la clase media no es nada inocente, pues no la veo mucho más generosa en el festín nacional, y el pueblo, olvidado de sus tradiciones y aferrado a la maldita botella de alcohol, redondea el círculo del delito común, del muy sombrío delito.

Los guías del pueblo, así los burgueses como los líderes obreros, creyeron durante un siglo que unas pobres nociones científicas y materialistas dadas en las escuelas iban a crearnos un bello pueblo culto, y no saben bien todavía que la porción de las artes dentro de una cultura popular ha de ser mucho mayor que la que pone la ciencia y que, por su parte, la religión allega unas especies insustituibles a la espiritualidad de cualquier raza. Cuando hayan visto claro la proporción exacta de estos componentes dentro de la fórmula “cultura popular”, y los acepten uno por uno, sólo entonces estarán en situación de comenzar la empresa.

Campesinado. Un nudo gordiano, sin solución por desatadura ni por cuchilla, se hace entre su libro y mi convicción respecto del campesinado chileno. Su punto de partida es el de que la hacienda “creo lado a lado en Chile la clase dominante y la sometida sin ninguna posibilidad de nivelación”. Estoy de acuerdo con usted en lo primero, pero no en la afirmación de que no haya una esperanza de homogeneidad, pues a pesar de vivir patrones y peonaje, dos niveles de diferencia abismal, el dejo de semejanza persiste por no sé que esencia misteriosa que pone en ambos de vida rural. Donde mi entendimiento se subleva leyéndolo, Benjamín Subercaseaux, es en el juicio moral del campesinado. Aquella masa que usted sólo ve lenta, perezosa y de una blandura hipócrita, constituye para mí la raza chilena efectiva, la mayor y la mejor de nuestras clases sociales. Sus virtudes superan en

profundidad las cualidades de la clase media, que se columpia indecisa, y la ladina entre sus adláteres y supera también a la aristocracia, cuyas virtudes clásicas se han quebrado por el cosmopolitismo. Tengo todo mi amor, y también mi pasión, puestos en el campesinado de Chile, al que me siento ligada como la miga y la miga dentro del pan, o más bien, como la pulpa a la piel en el fruto. Es decir, si por mi impulso admirativo hacia su libro aceptase su juicio radical del campesino, me quedaría suspensa en el vacío y tiritando de soledad, pues la tengo a ella como el manadero de las virtudes criollas, aunque estas sean virtudes medievales. En las razas europeas que conozco no encontré nunca prendas cardinales que no fuesen las de la Edad Media o no tuviesen alguna ligazón con ella. Yo no llamo “virtudes” la mera pujanza económica ni la higiene pública ni la avidez que llaman ahorro ni varias cosas más en que se resuelve la edad moderna. Las nombradas no alcanzan categoría de virtudes: apenas si son cualidades o condiciones prácticas de vida. En el campesinado chileno que usted no se puso a convivir y se ha contentado con mirar, distinguí siempre cualidades esenciales, como las siguientes: unas partículas de señorío conservadas aun en la miseria más rasa; una generosidad que no se entiende cómo puede perdurar en medio de la hambruna; una ternura que es el rebose del amor al prójimo y, en general, un sentido cristiano de la vida, idéntico al que subsiste en toda América indoespañola y que forma la honra efectiva de nuestros pueblos.

La cristiandad europea ha ido dejando caer como brasas ardientes las virtudes de una religión que, por oriental, era intensa y las reemplaza ahora con meras cualidades sociales, queriendo engañar o engañarse a sí misma; pero los que hemos vivido un cristianismo medieval, por eso veraz, en el campo de Chile, comprobamos la degeneración en que ha caído el gran modelo en ciertas naciones y sabemos la malicia que hay en su fe falsa o mortecina.

Nuestros dirigentes rurales, así la aristocracia colonial, como los hacendados “parvenus”, están perdiendo incesantemente la ocasión magnífica que les cayó en suerte de crear un campesinado fino, una gran casta agraria, teniendo entre las manos la materia preciosa que cuento, que para ser dicha dignamente pediría un libro entero.

Nombres. Entre sus reparos a nuestro mestizaje está el de no ser imaginativo. El grave reproche no cabe hacerlo al indio, que vivió una pura vida poética en Yucatán como en nuestro imperio de los Incas (digo “nuestro”, porque cogía todo el norte de Chile). Me falta el tiempo para probarle que ellos tuvieron imaginación sobrada mientras se les dejó manifestarla, es decir, mientras fueron dueños de su vida. Pienso con usted que en el mestizo se han quebrado varias potencias del indio y del blanco.

Por ejemplo ¿Por qué el hijo del conquistador se detuvo en su hermosa tarea de nombrar todo lo que pedía apelativo en el continente virgen si era su deber bautizar cada una de sus posesiones? Usted, el hombre que camina, se habrá pasmado de ver cuánto monte, laguna, puesto, “paso”, etc., sigue con la coronilla enjuta, no rociada del agua del bautismo. El criollo no sólo cortó de golpe su menester de designar, sino que no ha vuelto a tener la apetencia nominativa de la cual habla

usted tan donosamente. Pregunté en mi Vicuña natal cómo se llama el cerro que al caer el sol arde como una lámpara fenomenal, y me dijeron: “Cerro de Vicuña”. Me reí sin entender o porque lo entendía. La América del Sur tal vez no tenga más del veinte por ciento de sus entes bautizados. ¡Qué barbaridad!

Algunas veces pensé que en país de congresos, conferencias y comités, bien podría celebrarse alguno con el solo fin de distribuir a diestra y siniestra el sacramento geográfico de la nominación o el de la confirmación, pues los nombres suelen existir, pero el uso no los ha ratificado. Jugando una travesura mental, pensé que los poetas y los baquianos –arrieros, mineros, peones vagabundos–, deberían reunirse en tal congreso y a pura fantasía suelta. Porque si se deja dar nombre solamente a geógrafos, profesores e historiadores, la Gracia se evaporaría inmediatamente, ya que los nombres archicultos salen sin sabor criollo o resultan solemnes, con lo cual no prenden en el pueblo.

Escojo al azar en su libro bienquerido los nombres españoles que siguen: Monte de la Pena, Paso Come-Caballo, Vega del Agua Helada, Puente del Añil, Cumbre Baya, Paso del Lagarto, Calle del Peumo, Quebrada del Arrayán, el Florido (por un cerro tornasolado). Juan-Pueblo, que es Juan Ingenio, ha hecho allí su oficio a las mil maravillas, pues hay que acordarse de que fueron plebeyos en su mayoría exploradores y colonizadores y que la galanura de los nombres citados debemos agradecerla a su donaire, que era popular. Ahora, y aunque a usted poco le gusta, escuche al indio mentador: “Chilli”, que es donde se acaba la Tierra; “Chiri”, que significa “frío”, “Huelén”, que dice “pena”. ¡Qué bien suenan estos motes hasta cuando, como en “albacora”, no le sabemos el sentido! Y veamos cómo nombran el criollo y el mestizo: “góndola” al mentar el ómnibus; “oficina”, para mencionar una fundación en el desierto; “despacho”, indicando un almacén de comestibles... El pobre hombre blanco y el cruzado cayeron verticalmente de su categoría de bautizadores.

Aquel descubridor que rotulaba lindamente las primeras criaturas americanas se va volviendo el palurdo vestido de buen casimir, que cuando llega a ensayar el padrinaje de un cerro o de una agua no recibe el relámpago de la creación, porque ya ha estropeado con unas pocas luces escolares no sólo su intuición, sino el instinto catador de las cosas.

Y volviendo al indio, observe usted los nombres aborígenes de Chile o de Brasil, o de México, y se encontrará con unas sílabas muy líquidas o con unos vocablos anchos, como “Guanabara”, que valen por el despejo de la bahía, o con el apelativo “Jabuticaba”, que da el olor especioso de un árbol; o con palabras llenas de aereidad, o con otras pesadas, parecidas al cuerpo grave al que apuntan. Algún día, en el país de filólogos, habrá alguno que se ponga a explicar la coincidencia maravillosa entre el individuo y nombre que el indio artista llevó a sus dominaciones y colocará delante del mestizo desdeñoso la ciencia musical no superada que corre en vocablos aztecas o guaraníes, en unas cuantas *x* nobles, en unas *l* espirituales y en unas *ch* tónicas.

Usted me ha hecho la gracia de darme la traducción aymará del “Chilli”, que yo ignoraba. Hace mucho que nuestros indigenistas pudieron enseñar al pueblo el

sentido de unos cien nombres quechuas, chilotes, y araucanos, que todos repetimos a lo bobo, sin coger la enjundia del sentido.

Tiene usted pleno derecho a hablar de los nombres, pues en su libro ha estrenado algunos gloriosos para nuestras regiones: el País de la Senda Interrumpida, el de la Muralla Nevada, el de los espejos azules. Y es que usted, amigo mío, escapó de cierta degollación de inocentes, aplicada a la imaginación por pseudo clásicos y pseudo pedagogos chilenos. El castigo a la fantasía llegó a parecerme una corrida de baqueta en forma, y vanos corajudos la probamos en carne viva, sin que ella lograra arrancarnos un “mea culpa”. Usted escapó de la operación, yéndose a Europa, donde halló a la pobre, harto honrada por teólogos y laicos, por bohemios como por profesores de la Sorbona, y no sufrió la befa de ella en el banco escolar ni en las editoriales.

Limón agrio. Más de un compatriota va a zarandearlo por la gruesa columna de reparos enfrente de la chilenidad. Hijo ausente de media vida, regresa trayendo en la inteligencia unos pesos y medidas que difieren muchísimo de los usados en nuestras balanzas; allí, en el arca patria, como tal, cerrada y poco amiga de la luz cruda.

Mucho me temo que haga compañía en su soledad magnífica al bueno de Joaquín Edwards Bello, gran descontento en cuanto a gran exigidor de la chilenidad. Me ha dejado siempre perpleja el gesto encrespado que pone el chileno al oír el nombre de su periodista ilustre. A nuestro crítico social le conviene el mote de “tábano” que se daba a Sócrates en cuanto a hostigador de la masa. ¿Qué sería del corcel-pueblo o del buey-burocrático sin su tábano, santo Dios? Este lo hace alzarse y volver la cabeza, pesada de hueso frontal; le pone a resollar coléricamente y así a respirar con viveza y hace relumbrar sus pobres ojos de santo-buey, acéptalo todo, de Carducci. Edwards Bello ha cumplido el duro oficio de desagradarnos y aun el de sacarnos de quicio. Nadie más criollo que él y más gozador de los cogllos sanos de nuestra costumbre; pero mal podía casarse con la vanidad pechierguida, la miseria mental y la torpeza política.

Ahora va usted a sentarse bajo el mismo árbol de apóstol zumbón. No le envió la tormenta, pues habiendo picado sólo de paso al buey Apis de la pedagogía criolla, yo saqué de mi ocurrencia varias lastimaduras... Pero, ¿a dónde iríamos a parar si viviésemos atollados en el plasma oleaginoso de la complacencia, o si acabáramos por asfixiarnos, embetunados en la grosura pegajosa que es la auto adulación patrioterá?

Hace días vi a una dueña de casa brasileña exprimir tres limones agrios en un solo guisado. Le pregunté la razón de una rociada tan excesiva, y me dijo: “En días calientes, cualquier plato se corrompe y no llega a la tarde, sino gracias al limón”. ¡Bonita receta casera y nacional! Ustedes son los limones agrios de mi tierra. Sigán dando un ácido y no entren en combinaciones con el pote de miel que, por las moscas que acarrea, resulta un socio de la muerte. Ambos se quedarían con la poca clientela que logra el limón en los mercados, donde se vende poquísimo. ¡No importa! Los sabores acres afirman el paladar, igual que la sal afianza la calidad de los cueros. Las patrias necesitan hoy más que nunca de paladares viriles y tratamientos enérgicos.

Un artículo de Edwards Bello hablaba hace años de los países que, por flacos o por caídos, se vuelven quejumbrosos y lanzan un grito en cuanto alguien los voltea para hurgarlos. Las naciones fuertes dejan al crítico propio como al extraño penetrar su gran cuerpo y consienten ser palpadas y también punzadas, porque, al igual de las presas fuertes, no tienen miedo de la pequeña hemorragia, por estar bien regadas de sangre y saber que cirujano que no mata, cura.

El dios de los oficios le dio a usted el de médico; muchas de sus observaciones magistrales le vienen de ser un hombre que ha tratado la prodigiosa materia humana, a una pulgada del ojo, y de que nunca la rasgó sin dolor propio, pues aquél le dio también la delicadeza y el amor llamado entrañable. Repito lo dicho al comenzar la pasión patria es una terrible presión ejercida por algunos, a fin de que la calidad salte de un territorio y de una raza.

Prólogo a *Chile o una loca geografía* de Benjamín Subercaseaux.
Petrópolis, Brasil, 1941

Legado de Gabriela Mistral,
Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional

HIJA DEL CRUCE

(1942)

Imposible recordar con nitidez lo que fuera el deslizamiento de un día a otro día, allá por 1900, cuando yo apenas contaba once años, once añitos, pelusa de espiga.

Recordar a solas no es lo mismo, la mente mariposea y más que guiarse es guiada por las imágenes –las flores–, que le brotan. Recordar ante otros es viajar en compañía.

Pero algo me queda, y lo que ha persistido, lo que acude, lo que aun se escucha, son algunas conversaciones de la gente mayor, entreveradas a mis juegos y tareas, pues yo nunca me hallaba muy lejos de mi hogar, aunque ya ensayase los senderos de Montegrande, oyendo el llamado del océano.

Dije al comenzar, que un día sigue a otro día; esta maravillosa perogrullada sucede así por cada amanecer y estamos a ello tan acostumbrados, tan seguros que nos parece un movimiento automático, acaso la respiración del mundo.

Una cosa es despertarse en esa primera mañana de una era que porta otro número, ordinal, y otra cosa muy otra es ir viviendo lo que acarrea de ostensible y de subterráneo una mudanza tamañota. Una mudanza que bien pudo acontecer sin el rótulo ése, y fermentar y abultar toda entera dentro del mentado siglo diecinueve. Que haya evolucionado con sus auges y mermas, y luego con sus rechazos y cambios, eso me lo entiendo como las naturales reacciones de los artistas cuando se hastían de lo gastado o cuando se rebelan contra lo despótico.

Pero no me quiero salir aun de los recuerdos del valle de Elqui.

Celo la estampa de mi madre repasando con sus amigas, como si palpasen una gabardina importada, todos los adelantos que estaban vinculando a Montegrande con La Serena, y a todo el valle de Elqui con Chile. Veían que lo recoleto de su valle, comenzaba a acabárseles, y que todo ese modo de vida, a ritmo lento, con tónicas espaciaduras entre afán y tregua, que todo ese comadreo tibio y fiel, se le revolvía en una batahola de novedades que acaso daban más zalagarda que aporte: el tren, el periódico, el telégrafo.

“Ahora nos vamos a poner todas cardiacas”, decía mi madre, medio en broma y mitad en responso a sus comadres que costureaban junto a ella. Una le respon-

día: “Sí, Petita, corazones locos tendremos como todos esos noveleros”. Después imaginaban lo que sería morir de repente, acaso mientras estuvieran dándole el maíz a las gallinas. Y entre puntada y puntada, cuando el susto las dejaba calladitas, rumiando lo dicho, yo escuchaba el impacto de los damascos contra la tierra del patio. Se venían abajo con un chasquido seco-suave de campanadas de felpa, que ahora se me antoja el responso elquino de un siglo a otro siglo; la manera frutal de rebatir el palpamiento con que esas mujeres trataban de desaflojar la atadura de una época a otra época. Y cuando ellas dormían, bien fiadas a la noche, seguían cayendo los damascos –me imagino–, porque yo dormía del mismo sueño de las gallinas, temprano y fluido.

Cuando yo enseñaba geografía en Compañía Baja, al lado norte de La Serena, la escuela era tan pobre que para enseñar Geografía solo contaba con el tierral del patio o la arena de la playa próxima. Encima de esas pizarras horizontales yo delineaba las cicatrices de los conflictos que habían dibujado a Hispanoamérica sobre las espaldas del imperio colonial. La tierra o la arena recibían dócilmente ese terrible arabesco fronterizo y las criaturas que me oían aceptaban eso como un rasgo del paisaje, tal como sus padres aceptaban las pircas de las tierras ajenas donde hacían labranza. Pero a mí me fastidiaba que se pusiera piedra y se impusiera raya donde no las había. Todavía me fastidia.

Acatar el guión verde o pardo de un río que pasa separando orillas, obedecer el repujamiento de una cordillera que alza murallones, incluso rendirse al tendal de arena en que un desierto alarga su vacío, su nada, su neutralidad de cosa inerte, todo eso me parece un refrendar los designios de la tierra y un darle a nuestro alojamiento terrestre la armonía de un amén humano rimado sobre un amén divino.

Esa avenencia natural era y es lo que falta en el mentado primer día del siglo veinte. ¿Por qué teníamos que ponerle rótulo de siglo al año y a los años que seguirían viniendo y llegando con la misma secuencia que aprendieron a soportar Adán y Eva, o que nunca aprendieron, en la saudade del Paraíso? Israel no vivió a trechos de siglo, en tanto que aguardaba al Mesías, y cuando vino, tampoco Él se ajustó a mediciones de calendario, y al ser interrogado sobre el final de los tiempos, respondió que esa fecha sólo la sabía su padre.

Me gusta más esa manera de vivir el tiempo con tiempo, con todo tiempo, sin hacerle bufar los émbolos, acicateándolo con mentalidad de capataz. Prefiero vivir deslizándome hacia el Más Allá, igual que el río a su delta: aquí algunas vueltas airoas, enseguida unas morosidades de llano, y de repente la sorpresa de una cascada que por fin se remansa.

Los embelecos del siglo veinte no calaron en el tuétano de nuestra vida montañesa. Mi madre y mi hermana continuaron sin diarios porque ninguna de las noticias –las llamadas “noticias”– les atañían o involucraban. ¿Qué más daba que se instalase electricidad en Vicuña, si no la teníamos en Montegrande, y de qué servía saber los precios de halagos que no podríamos comprar ni aunque los pregonasen ante nuestras puertas? Muy envalentonados llegaban los afuerinos, vanagloriándose como quien hubiese crecido de golpe varios jemes más y fanfarroneando que ellos sí que eran siglo veinte, pleno siglo veinte, total siglo veinte. Mi madre los



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

tasaba de un parpadeo y resumía el alarde con estas palabras certeras: “Titiriteros de circo ajeno”. Mi hermana, alerta y curiosa, pedía que le contaran cómo eran las bujías eléctricas y cómo arribaban los telegramas. Yo no preguntaba nada porque tenía, novedoso y portentoso, mi valle de Elqui en derredor.

Digamos que a mis once años yo habitaba mi propio Elqui, el reino de todo niño, alhajado de maravillas muy simples: unos guijarros de río que para mí eran gemas de la Reina de Sabá, unas plumas de faisán que me había traído un arriero recogiénolas quizás dónde, y la mata de jazmín que era mi Alhambra perfumada.

El Estado chileno, junto con dar trabajo a mi padre, le dio un vagabundeo que acabó en diáspora. Porque ese comienzo de siglo cayó sobre mi casa como una desgracia en traje de gracia, y un día nos quedamos sin hombre de respeto: tres mujeres solas que se unieron entrañablemente para no estar solas ni pasar hambre.

Tampoco le guardo rencor al buen caminante que quiso conocer mundo y mundos. Al cabo de los años le salí tan beduina y tostada como han de haber sido su cara y su cuerpo de andariego. Mi padre escogió irse, y su vacío me ha dejado la noción de hogar mutilada, arrasada como por guerra o siniestro. Ustedes ya habrán notado que en mis canciones de cuna y en cuanto he escrito para el niño, se echa de menos la presencia recia y tierna del padre, santo y seña del hogar protegido. No me lo dio el destino y no puedo inventarlo en mi corazón, de donde salen los versos.

Mi sentido del mundo es maternal, necesariamente entibiado de madre, porque ella me dio desde la palabra a los gestos y aunque yo sea una grandota, muy lenta y tosca, doy a mi modo los mismos andares que mi linda viejita, alácrita y rauda como un picaflor. Las gentes que me ven moverme con esta lentitud de osa no distinguen en mi desplazamiento la figura de mi madre, su delicada osamenta transfundida en mí como cuanto una madre deja en toda hija. Y cuando este cuerpo por fin se tiende y suelte sobre la tierra, sólo entonces se habrá ido en definitiva mi madre en mí y yo hacia ella.

Tengo hecho un poema en el cual digo la nostalgia de tener padre, de verlo y estar juntos. No hay día en que no lo piense. A veces lo conjuro en un encuentro muy sereno que nos damos en zona que no conozco y que parece una meseta depurada donde hasta el silencio es esplendoroso. El me mira y, a pesar de mi cara gastada y de mis cabellos cenicientos, me tiende los brazos reconociéndome suya. Nos tenemos, sien contra sien, hasta sentirnos los pulsos acordados, y eso es una dicha igual que un llanto, quedarse y no decir más.

Es muy probable que su abandono de nosotras me haya marcado como una desconfiada de los hombres una medrosa de ser abandonada por el viajero de turno. Tiene mucha razón Freud al marcar la infancia como la segunda madre de nuestra alma: allí fuimos alumbradas u oscurecidas para vivir según los traumas o las ternuras. Majar las costras es lo que haremos en creciendo, puliendo nuestra índole hasta darle unas suavidades de mango de pala o de timón.

Me hice escuelera porque no existía otro trabajo digno y limpio al cual acudiese una joven de quince años en esos umbrales del siglo veinte. Ahora imagino lo que hubiese podido ser yo de tener otras vías por delante, de haber, por ejemplo,

logrado ser linotipista y trabajar en grupo que ríe y conversa, turnando la concentración con el esparcimiento, de manera que mi carácter no se ladease a lo triste. Me faltó riego de alegría en torno, porque me di a trabajar como el castor que muy solo y muy serio alza su dique y redondea su madriguera sumergida.

A don Carlos Errázuriz le oí decir, años más tarde, en Santiago: “Chile comienza en el siglo veinte”.

Yo le agregaba: Para mal, amigo mío, porque hemos caído de la calidad a la cantidad por obra de don Arturo Alessandri, mal demócrata que avaluaba a los hombres por los votos que dan y creyendo que un criterio mayoritario pueda valer para elegir a los jefes.

Para muy mal, don Carlos, porque Chile y las democracias criollas se han vuelto la “comida de las fieras” o el reparto de los empleos entre leones y hienas. Además hemos formado en los niños tanta veneración del soldado, que ahora creemos que una sargentada es la mejor presidencia para nosotros.

¿Y para bien, Gabriela?

Para bien, porque nosotras, las mujeres, habremos sido reconocidas como criaturas cabales y no como subespecie para la crianza y la cocina, y porque las profesiones que defiende el hombre como su coto de caza, habrán de abrirse y podremos darles un aseo moral. Si Chile parte en el siglo veinte, como usted dice, mal puede hacerlo con sólo sus hombres y dejando atrás, como durante el diecinueve, la magnífica aportación de las mujeres. Sería un Chile trunco, manco, es decir, inoperante.

No es buena cosa venir al mundo en época de transición. Yo quedé zangoloteada por el oleaje de un romanticismo de tercera clase, zarzuela más que teatro y donde el lloriqueo o el paliqúe son tan falsos como el maquillaje. Antes hubo un romanticismo noble y genuino (el de Byron y el de Keats) y después vino ese romanticismo de remedo, que en vez de sentir, pretendía sentir o se forzaba a sentir.

Antonio Machado ha demolido con palabras de hacha el cartón-piedra y las bambalinas y el aparatoso fraude de las emociones de eso pseudo-dramáticos. Este hombre español, atrapado en la marejada de los Larras, los Esproncedas y los Campoamores, es el triunfo de un nadador capaz de atravesar las olas y llegar salvo a la orilla en donde prender una fogata, secarse enseguida y seguir corriendo a su destino. Lo logró siendo sincero consigo mismo, que es la norma eterna para todo artista y por la cual él se allegaba a los clásicos.

Nos rebanaron los clásicos en nuestra educación chilena, nos aventaron el latín como si fuese demasiada carga para la raza. Cuando volteo en mi lengua el nombre de América Latina para la que antes llamábamos América Hispana, me parece que nombro a quien no hallo: al egregio latín que nos afianzaría como América realmente *Latina*.

Tan justo y provechoso que sería para la índole del mentado latinoamericano el que se le diese una cura de clásicos, una recuperación tónica del idioma dimanante, porque lengua y pensamiento clásicos nos enseñarían a ser hombres y mujeres cabales, carne para obrar nuestra democracia que aun gatea.

Sin los clásicos no es aconsejable romantizar. Quiero decir que sin un mínimo control, sin sabiduría en la dosis, en las proporciones del sentimiento, cualquiera incurre en la alharaca de nuestras lloronas de cementerio. Mientras más metidos en mármol estén los fuegos, más recia y preciosa será la relumbre que se trasluzca por las vetas.

De la cultura sabia y humana del siglo diecinueve pasamos a la cecina seca que vino después. Ya no se maneja la palabra y el concepto de “filisteo” que usábamos tanto a comienzos de siglo para referirnos al espesor burgués, con sus excrecencias ateas, positivistas y racionalistas, apretujadas como los grumos del rinoceronte y con su misma pesada impavidez ante las garzas del espíritu. Gruesa piel, oídos escasos y la vista hundida en la materia, jibándose a ella por darle la espalda a lo invisible, a lo angélico y sobrenatural.

De ese siglo diecinueve no heredamos el romanticismo que ya he bosquejado, pero sí heredamos la ciencia en mayúscula. Podrido como malecón viejo, el romanticismo ya no servía para zarpar hacia Citea: pisarlo era hundirse en una blandenguería huera y lo mejor que podía hacerse por él era soltarlo a la mar.

En cambio la Ciencia, vuelta sinónimo de “Progreso”, se insolentaba contra la Religión, desentendiéndose de la Filosofía por considerarla una vieja excéntrica e inofensiva. Nos deslumbró tanto su majestad la ciencia, que ahora se echa de menos la buena llamita de la vela doméstica con su parpadeo cálido sobre la mesa, el libro o el crucifijo. Ya estaremos volviendo, como el Hijo pródigo, a la genuina querencia.

Por ahí a los veinte años, me di un chapuzón de Ciencia. Leí cuanto libro de divulgación científica cayó a mis manos, esperando que la Física me diese atisbos de lo divino. No me los daba la religión católica, o no parecía poder dármeles según la hondura y amplitud que le requería. Y cuando la Ciencia me falló en la medida de sus límites, y de los míos, me fui a buscar vistas mayores en la Teosofía y en el Budismo, que aun me rondan como las águilas a la torre.

Gimiendo en la sombra he buscado a Dios y lo seguiré buscando hasta cogerle el borde de la túnica.

Mi fe no es todo lo ortodoxa que quisieran mis amigos sacerdotes y mis amigas beatas. Lanzo lejos el karma y años después lo recojo. India por la sangre paterna, vasca por la materna, amaso el maíz con el trigo, lo mágico con lo revelado, Asia trasvasada a América, con Europa trasvasada también a América, y vivo y padezco en mí la bigamia mental, el sincretismo mestizo de los inditos mayas que vi en Chichicastenango. Quemaban sus copales precolombinos sobre las gradas de la iglesia española, sahumándola en indio antes de entrar a rezarle en castellano. ¿Acaso Dios, que no necesita de templos ni de sacrificios mosaicos, va a rechazarnos si le rezamos en maya o en quechua, y va a exigirnos apariencia en vez de esencia. Él, que ve recto a los corazones?

Yendo por las rutas lunares de Buda, así de resacas y heladas, o yendo por las regiones astrales de la Teosofía, nunca me he desprendido de Nuestro Señor Jesucristo. Lo he buscado también en esas regiones y cubículos, como quien explora desvanes de un enorme castillo abandonado, a sabiendas de que el dueño pasó por allí, dejando sus cosas desparramadas.

Hija del cruce de dos culturas, padezco en lo interior un conflicto que con la vejez se me ha resuelto en fuelle que aviva la llama, y así de mis leños mojados, por fin brinca el fuego, y de las fuerzas que me tironean, al fin he entubado un envión de avance. Y al decir envión se entiende que todavía busco y marchó a tropezones y que he de ir cayendo y alzando hasta rodar fuera del tiempo, donde ya ni se rueda ni se hace gesto, *porque se es siendo, donde se está estando.*

Gabriela Mistral: recados para hoy y mañana,
selección de Luis Vargas Saavedra
Santiago, Ed. Sudamericana, 1999, tomo II

RECADO SOBRE EL COPIHUE CHILENO (1943)

La trepadora clasificada con el nombre galo-latino de *Lapageria Rosea* es primero la sorpresa, luego el deleite, de exploradores y turistas que alcancen los bosques del sur de Chile.

Los geógrafos llaman trópico frío, a la región, y aunque el mote sea contradictorio, corresponde a esas verdades que llevan cara de absurdo; la australidad chilena es húmeda y helada; pero se parece al trópico en la vegetación viciosa y en el vaho de vapor y de aromas. Por esto no hay viajero que alcance a Chile y se quede sin conocer nuestra selva austral, y ninguno tampoco deja la región sin buscar el copihue araucano hasta dar con él.

Los textos escolares azoran a los niños con este dato: El copihue, indigenísimo, se relaciona por el nombre con... la emperatriz Josefina Bonaparte. Yo me escandalizo de ello tanto como los niños; pero son los sabios quienes bautizan; el Adán científico no nace todavía en la gente criolla y fue un francés quien bautizó a nuestra flor sin mirar a su piel india. Menos mal que Josefina fue una francesa criolla de Martinica... Quédese en los textos escolares el apellido latino, dentro de Chile no se llamará nunca sino "copihue", mejor con la h que con la g que algunos le dan (la "h" aspirada, bien querida del quichua-aimará, es más aérea que la gruesa "g"; parece el resuello de la cosa nombrada, la acaricia y no la daña).

La flor del copihue sube en tramos bruscos de color, desde el blanco búdico hasta el carmín. Las flores rojas llaman a rebato; las rosadas no alcanzan al sonrojo y las blancas penden de la rama en manitas infantiles. La popularidad se la arrebató el primero, en un triunfo que parece electoral; peor yo me quedo con el vencido, es decir, con el copihue blanco y su pura estrella vegetal. La preferencia torera del rojo es la misma que ganan el clavel reventón y la rosa sanguinolenta, sólo por el guiño violento.

La campanula estrecha, más tubo que campana, mima el tacto con una camelia. El largo suspiro del copihue no se exhala al aire, cae hacia los follajes o a

la tierra; en vez de erguirse, él se dobla con no sé qué dejadez india, a causa del pecíolo delgadísimo. La lacidad del copihue parece líquida; la enredadera gotea o lagrimea su flor.

Más perseguida que el huemul, la enredadera ya no se halla en la selva inmediata a los poblados ni a las rutas. El buscador tiene que seguirla por los entreveros, pero la encontrará con más seguridad que al dudoso cervatillo chileno.

Echada sobre el flanco del laurel; a veces gallardeando desde la copa y cubriéndola, hallará a la muy femenina, cuyo humor es de esquivarse y aparecer de pronto. A grandes manchas, o en festones colgantes, o en reguero de brasas, el copihue estalla sobre los follajes sombríos y para al buscador con sus fognazos, que suben por las copas, corriendo en guerrilla india.

La trepadora rompe la austeridad enfurruñada del bosque austral; lo desentumece y casi lo echa a hablar. El acróbata de los robles y el bailarín de las pataguas hostiga a sus árboles-ayos con el torzal de cohetes ardiendo. Menos violentas que las guacamayas, pero en bandas como ellas, las colgaduras del copihue alborotan y chillan sobre la espalda de los Matusalenes vegetales.

Me conmueve la metáfora popular que hace de nuestra flor la sangre de los indios alanceados; pero yo no quiero repetirla para no mentirme. El copihue no me recuerda la sangre sino el fuego, el cintarajo del fuego libre y la llama casera; el fuego fatuo y el diurno; el bueno y el malo: el fuego de todos los mitos.

La enredadera-tábano, picando la selva, hace trampas como todos los espíritus ígneos: es el duende en escapado por los follajes; es el trasgo burlador y también la salamandra ardiendo. ¡Qué santones impávidos resultan los arbolones mordidos aquí y allá por las pinzas rojas que lo atan y desatan con su alambrería abusadora! A veces se ven el alerce o el canelo igual que Gulliveres, mofados de la trepadora que los zarandea por las greñas.

¡Mañosa y linda fuerza la suya! Aunque apenas garabatee al gigantón con su raya, atrapa los ojos y hace olvidar al árbol entero. En cuanto lo divisan el niño o la mujer, ya no miran al tutor; sólo al intruso que se balancea en lo alto, medio-lámpara, medio-joya. Razón que les sobra: únicamente en la orquídea, el Dios cincelador hizo más y mejor que en el copihue de Chile. Y estas dos parásitas próceres que corren su maratón de campeones florales, coinciden en la gracia de su elegancia y en la desventura de carecer de todo olor.

El copihue maravilloso y maravillador ha debido crear sus mitos: es seguro que anduvo del Bío-Bío al Bueno en cantos de amor y de guerra que desaparecieron. Cuando el indio pierde la tierra, lo demás se va con ella o se arrastra un tiempo sobre el polvo antes de acabarse.

Los poetas celebran constantemente la escarapela botánica y nacional. El penquista suele decir: "Verdugo Cavada dijo el copihue y Pérez Freire lo hizo cantar". Así es: el mejor de nuestros músicos populistas cogió la consabida corola roja y la aventó a los aires en una canción que corre de boca en boca desde la Patagonia a las islas Aleutianas.

Después de la canción afortunada han llovido las honras sobre la enredadera austral: los maestros rebosan lo botánico contándola en un regusto de amor y pre-

dican la flor local en una especie de catequización patriótica. Los lápices infantiles se regodean en su forma y el copihue se hombría en los cuadernos de dibujo con la bandera nacional, repitiendo uno de sus colores y hasta en competencia con su estrella...

En poco más llegará a los “stadiums” y los “auditoriums” de las Universidades a coronar a campeones y togados en los días de solemnidad. Las mesas de lúculo servidas en los banquetes oficiales ya la tienen por “sendero” o “pasarela” o franja de sus manteles (Tanto como el copihue resulta inhábil para búcaro y ramo, es válido para guirnalda; más que esto, él es la guirnalda natural y por excelencia, lograda sin la rosa clavadora y sin el jazmín duro de arquearse).

Esta pasión está bien fundada como el buen amor: el copihue tuvo la humorada de nacer y darse sólo allí, en la extremidad chilena, donde el globo terrestre se encoge en una última curva brusca, se enfría sobre ella, y antes de acabar se angeliza en helechos, musgos y copihues, asustando, con su fuego, a las nieves vecinas (Así asustarían a Magallanes las fogatas del último Estrecho).

Procuraré decir mi copihue indio, y decirlo por regalárselo a quien lea; y me doy cuenta al terminar de la inutilidad del empeño. Nadie da en palabras ni la flor ni la fruta exóticas. Cuando un mexicano me contó en Chile su “mango” de oro, yo no recibí contorno ni jugo de la bella drupa, y aprender sólo es recibir; cuando en Puerto Rico me alabaron la pomarosa, tampoco entró por mi boca el bocado oloroso ni crujió entre mis dientes. Es la voluntad de Dios que cada fruta y cada flor sean iniciaciones directas. “Saberlas” quiere decir aspirarlas y morderlas; y como para mí la novedad de cada especie frutal o floral vale tanto como la de un país, y nada menos, digo a quien leyó, que, si desea tener el copihue chileno, vaya a verlo a Cautín, y no lo compre en las estaciones de ferrocarril, sino que llegue hasta el bosque y los desgaje allí mismo con un tirón ansioso... No vaya a creer que supo algo porque leyó dos páginas acuciosas e inútiles de la contadora que hizo este recado en vano...

La Nación, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1943

CHILE (1946)

En el reparto del continente que fue de gigantes, en el pantagruelismo geográfico de la conquista dejaron bastante a la capitanía general de Chile, 570 mil kilómetros cuadrados y colgaron esto como una borla a Perú rico, al que la borla le sobraba.

Por pequeño el país, precisamente, se organizó antes que los grandes y por voluntarioso, de la voluntad que salta en los trances duros, se puso a explotar lo suyo más intensamente que los otros.

Si el continente nos prestó escabel en vez de asiento, el mar nos ha dado todas las posibilidades en casi 4.500 kilómetros de costa. Él se halla al alcance del deseo en cualquier punto a seis horas de la ciudad o del pueblo adobado a la cordillera; una proximidad marina tenemos que aunque salgamos de vaina de quebrada, podría decirse que el aire marino ha endurecido los pulmones de toda criatura nuestra y nos ha dado una como mayor largueza de aliento. Mar en el norte con el calor radioso y las pausas de la modorra de fuerzas de los mares tropicales, mar blanco azul, el centro de los oleajes lujosos en la playa donosa de Constitución, mar gris amoratado hacia el sur, padre él de grandes tempestades que probaron los navegantes clásicos.

Después del mar omnipotente, la montaña nos da su tónica y, como diría un teólogo, nos imprime carácter. No se puede pensar en pedazo de Chile sin que ella salte al fondo como respaldo dramático de la ciudad o del campo. Todo el país es como un regazo consentido por ella para la vida humana.

Donde exista cielo ancho ella estará con su Tupungato, sus Tres Cruces o su Osorno asistiendo el valle de su presencia que es autoridad.

La capital del país la quiso Valdivia, “El Grande”, dominada por esta jerarquía geológica, como para que no fuese olvidada su maternidad de piedras de la masa ciudadana.

EL DESIERTO

El desierto que atajó a los incas con su reverberación de pedregales se extendió a lo largo de tres provincias tan grandes en relación con nuestro territorio que si su maldición no nos hubiese volteado de pronto un anverso de riqueza, nos resulte calamidad definitiva a lo Sahara, comiéndonos un tercio de tierra en vano.

Como panorama, el desierto de Atacama parece detestable al que no encuentre paisaje, sino donde el oro se regodea. El desierto chileno resulta plebeyo visto a pedazos con su pedregal bruto o desesperado y con una desnudez que las yerbas ralas y descoloridas no cubren ni los meses de una primavera sietemesina. La sequía rasguña el lagrimal y lo ensangrienta; el aire sin partícula de humedad parece creado para el buitre y hasta la garganta se lacera.

Pero la pampa salitrera es hermosa en extensión. Es por sí misma una nobleza cuando en la siesta se vuelve toda ella una sola reverberación hasta dar resplandor, y cuando en las noches de la luna de disco más absoluto que pueda darse toma unanimidad otra vez como en la siesta y es de un blanco quebrado a grandes trechos por unas lomas fantásticas. Sólo que en estas noches de la pampa el suelo se olvida para gozar un goce de astrónomo, enemigo de la bruma, un cielo de acérrimo esmalte, sin banalidad de nubes que al ojo de costa casi le parece un horizonte artificial de puro perfecto, con las constelaciones grandemente acusadas.

Sigue al absoluto desierto una zona de transición, que parece un campo de lucha entre lo seco y lo fértil, como Palestina y Marruecos.

Esta es la región productora de un higo tan bello como el siciliano; de una larga pasa solar que la griega; de una papaya más exigua que la otra muy grasa de trópico, puro aroma y sabor constreñidos, y de un aguardiente que se cuenta entre las bebidas menos estropeadoras del cuerpo. Veranos cabales entregan, pues, una verdadera aristocracia de frutas, dignas de mesa asiática. Ha caminado con sus genuinos pies orientales por esta bandeja pequeña de suelo, mejor la Pomona regidora de lo frutal prócer que la Ceres, madre de trigos y de pastos fáciles.

EL GRAN VALLE CENTRAL

El gran cuerpo robusto del San Cristóbal del país, lo forma el llamado valle central, desarrollado entre la cordillera de los Andes y la cuasi cordillera de la Costa. Forma el brazo agrario del país, el de la riqueza de pulsos estables.

Valle donosamente suave está mejor que interrumpido, rizado de lomas trigueiras con uno que otro volcán que le avizora la gran piedad verde –el Descabezado, el Chillán, el Llaima, el Osorno–. Sin epiquismo geológico puede llamársele como el valle del Ródano, la benevolencia del planeta, un largo ofrecimiento a través de sus provincias, ofrecimiento leal para una faena agrícola en que el hombre no se rompa de fatiga ni se comprometa en una empresa azarosa.



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

CHILE AUSTRAL

Donde el esmalte de la viña se rompe bruscamente por el Bío-Bío comienza la otra zona extraordinaria de nuestro territorio. Es el trópico frío, sorpresa de geógrafos y naturalistas.

El trópico verdadero ataranta los ojos con su dionisismo de color que espolea, rasguña y acaba por agobiar los sentidos; este trópico es cosa tan vasta como aquel, pero mansamente austera. Bate un cielo ceñido que cuando se ve en julio parece no haber alojado nunca su cerrazón de nube y aparecen las masas de selvas cogiendo las cordilleras por los pies y como cargando con ellas a cuestras. O si se navega al abrirse la niebla mala salta a la vista una isla que no es el peñasco de alarde volcánico, sino una enorme bandeja forestal, sin borde arenoso, con sus cipreses o sus piñones zambulléndose en el mar mismo.

En esta zona de un vigor sombrío se cuentan sin acabar las especies más aristocráticas de las coníferas y de los helechos.

Buscad, de Valdivia adentro, el alerce que Lafont llama “el primer árbol del mundo” y que pudiese serlo si jerarquizáramos el mundo vegetal bajo una norma de economía y de estética acopladas. El alerce tiene la talla heroica de los capitanes de la vegetación; viviendo dos meses atallado en la humedad se queda incorruptible cuando viene el verano y con él la pululación de los insectos en su tronco no hacen rasguño ni hoyuelo; así él está defendido por si mismo también como un héroe de Homero, y para que todo no sea en él terquedad su corteza puede cardarse y es capaz de una lana bastante dócil. Como si no fuera bastante él se prodiga y abunda al revés de las llamadas maderas preciosas y a los sándalos, apenas encontrables.

Algo como una síntesis del planeta se cumple en la geografía de Chile. Empieza en el desierto que es comenzar en los valles de la zona de transición; se hace hogar pleno para la vida en la zona del agro absoluto; toma una heroica hermosura forestal en el remate del continente, y se desmenuza al fin ofreciendo a medias la vida y la muerte en un mar que vacila entre su dicha líquida y su dicha búdica del hielo eterno.

Gabriela Mistral, su prosa, poesía en Colombia,
selección de Otto Morales B., Bogotá,
publicación del Convenio Andrés Bello, 2002, tomo I

SOBRE LA MUJER CHILENA

(1946)

A veces, yendo por las entrañas mismas de la cordillera, se descubre una casa perdida y como “dejada de Dios y de los hombres”. El intruso que llega llama con palmotadas, gritos; la puerta se abre, y una mujer hace pasar al novedoso.

Vecindad ninguna tiene la casa; la primera aldea le queda a cincuenta kilómetros y todo es allí un silencio búdico, roto por rodados de piedras y en invierno por torrenteras.

Pero, entrando, el tremendo lugar se anubla de golpe como en los sueños. Porque allí hay un fuego, un buen olor a comida –sacada no se sabe de dónde– y un buen dormir; hay una vida humana y humanísima muchas veces.

A poco mirar y oír, se sabe que ese refugio metido en las alturas de los buitres es la industria de sólo una mujer. Ya que el hombre cordillerano no sabe ni hace otra cosa que bajar a la mina, jadear persiguiendo las vetas y dinamitar peñas. Él no cuida de sí, él no acierta a ablandarse un nido, al igual del buitre. Si no tiene a su costado a esta mujer, él resbala, día a día, hacia la barbarie de los primeros indios. Y la índole de acción pura, de acción a todo trance que es la del varón chileno, desde Lautaro a Portales, parece arrebatar a su propia compañera, arrancándola a los quicios del sedentarismo y volviéndola su semejante.

La mujer que vive junto a su ave de presa sobre la acidez de esas cumbres, resulta ser, conjuntamente, un fenómeno y... una chilena que se halla en cualquier parte, sea en las islas extremosas del sur, sea en Nueva York o en París. Esta Ximena blanca o esta Guacolda parda hacen legión y cubren la mitad del territorio.

La llaman constantemente “una temperamental”, y el punto de arranque de su arrebató es casi siempre un amor absoluto de cuya llama saltan las más cuerdas acciones y las más desatadas fantasías. Esta blanca o mestiza sigue al hombre al desierto de la sal, sin rezongarle por su destierro; la muy valerosa cría seis hijos en el valle central, estirando un salario que sólo da para dos; ella suele emigrar por no perder a su vagabundo nato, hacia las provincias argentinas o hacia California, donde pelea su pan entre la extranjería; y si es moza y llega a escuelas, también allí vence en ejercicios de creación o en el arte sutil de crear un convivio.

Como en los romanos, “una pasión la conduce”, nunca cosa menor que una pasión: ni caprichos ni secos intereses, ni vicios. Mirándola vivir en cualquier canto del mundo, yo me acuerdo siempre del griego, que atribuye al delirio un sentido sacro, una viscera religiosa. Entre las *locas de su cuerpo* y las relajadas, confundidas a veces con éstas en bohemiada o miserias, allá va la Eva antártica, roja como los faros australes y fiel a un amor racional o insensato; lo mismo le da uno que el otro.

A poco de conversar en un corto de café o en un tendal de inmigrantes, los ojos se clavan sobre ella más que sobre las otras. La separa de las abatidas una vitalidad que chispea como su espino puesto a arder, la indica verticalmente su belleza brava, y cierto orgullo de la desgracia la yergue de pronto como a la caña pisada.

A veces no está allí la vulgar pareja escapada; son tres o más; son el triángulo o el hexágono familiar: hay hijos nacidos bajo la inmigración y ella sabe que por cada uno ella y su hombre han de multiplicarse, en el álgebra feroz de la lucha por la vida.

En Santiago, al margen de los *meetings* feministas, la mujer ha forzado ya todas las puertas de hierro forjado que eran las profesiones: es cajera en los bancos, y los libros mayores no le conocen fraude; es médica en los hospitales y juez de menores. Sus colegas refunfuñaron al dejarle entrar, y están arrepentidos de un desprecio tan tonto; es creadora en la novela, bellamente audaz en las artes plásticas, y no le asustan las duras ingenierías y la arquitectura más cualitativa.

Lo que falta todavía a la gran acreedora es que la peonada de una hacienda, cuando ella siega o cultiva, sienta bochorno de que le paguen la mitad de su salario; lo que no se entiende es que el legislador no sepa todavía que esa obrera suele trabajar para tres creaturas y que éstas suelen ser un marido ebrio o gandul y dos crios suyos; y lo que irrita es que una mitad de la ciudadanía chilena haya vivido hasta ahora al margen del sufragio purificador que esas madres pueden ejercer en cuanto a la administración, y al margen del sufragio liberador que pueden usar en bien de la miseria campesina.

El sentido de la responsabilidad trabaja y agita a nuestra “fémina”; su conciencia parece una fragua: no se aplaca con cumplimientos laterales: quiere mucho, casi lo quiere todo para sus hijos, en este punto tal vez su virtud resbale hasta el exceso. (La incontinencia del feminismo maternal también existe en otros países que sobra nombrar).

Hablar de un tipo femenino de cualquier país sudamericano es jugar a las malas con las generalizaciones. De una parte, existen las Españas peninsulares, de otra, las Américas las criollas, y de otro lado, todavía las mestizas, desde Cádiz embarcó un mujerío andaluz bastante copioso: Carmen vino a aligerar el remoto país de la piedra. De la Castilla empecinada vinieron Isabeles y también algunas Juanas locas. Del país vasco llegó más ración de sangre que de las otras patriecitas, a juzgar por la talla aventajada que domina allí sobre las gentes menudillas. Galicia parece que prefirió quedarse en la lonja atlántica, y es pena porque en una geografía tan cargada de patetismo hace falta la miel del celta.

No nos quedamos en lo castizo español: dos presidentes un si-es no es sajonizantes importaron alemanes en los tiempos en que germanizar sólo parecía eu-

ropeizar... Allá adentro se multiplican con cierto cuidado de mantener la ronda racial. El mundo que viene tal vez aconseje otra cosa a tales sordos y sus remilgos irán cayendo uno por uno.

Los yugoeslavos acudieron más tarde y esta óptima arteria inmigratoria circula por la anchura de la Patagonia. Han traído tanta fuerza y más belleza física que los germanos y no se les conoce el engreimiento caucásico. Los judíos han sido los últimos en llegar. Derramarán allí su levadura, que produce en donde cae genios y líderes, comercio, cabezas desasosegadas y entendimientos reflexivos. Les damos paz e igualdad a fin de convencerles de que la Jerusalén terrestre y la celeste pueden comenzar para ellos en el precioso valle central de Chile.

Sobre los cimientos vascos-extremeños hemos puesto, según se ve, tantas vigas de madera exótica que en poco más ya no se podrá hablar de una Euzkadi criolla, sino de un ajedrez harto parecido al rioplatense. Seremos en un siglo más una Europa ribeteada por la franja del mestizaje. Esta orla de americanidad legítima bien que nos sirve por la vecindad del altiplano y del trópico: un pueblo de piel blanco cromo según la desean algunos conturbaría un poco la hermandad del Pacífico y nuestro destino natural está indicado por esa agua misteriosa.

El producto salido de los metales contrastados que se ha dicho recalcan en la mujer ciertos rasgos del semblante que los viajeros han alabado en páginas ya clásicas. Hay una mirada ardiente que, como el fuego, se aplica por igual a lo grande y a lo pequeño que la rodea, porque todo constituye material de vida para el vital; y suele haber una voz que sube y baja de la dulzura a la vehemencia, regresando siempre a la dulzura. Hay un hábito de servir y servir siempre a los otros con la rapidez del pestañeo y dentro de un calore caridad paulina. Alegría la hay en las clases hartas, pero en la mujer del pueblo domina una cierta pesadumbre oriental. (La belleza depende de la salud y la dicha embellece tanto como aquélla). Sin embargo, la lengua popular está salpicada de los cominos y las pimientas del burlador andaluz y socarrón del criollo.

Las corrientes futuristas que recorren el mundo ya trabajan a las ciudades mayores y están aplicando a los muros románicos de la vieja costumbre los grandes golpes de catapulta. La conmoción del planeta repercute también en la Eva chilena, la remece y la muda en centros urbanos. Su famoso temperamentalismo la vuelve más sensible que la barra de mercurio al clima calenturiento de la posguerra. Así y todo, persiste en la provincia el terco metal del carácter y la vida clásica y allí se defienden a la manera de nuestras platas subterráneas, sin gesticulación, con un silencio severo que es resistencia también.

Política y Espíritu, N° 11, Santiago, mayo de 1946

LA ANTÁRTIDA
Y
EL PUEBLO MAGALLÁNICO
(1948)

DOS AÑOS PATAGÓNICOS

El tema de la Antártida, que es para muchos americanos un dato sorprendente de ajedrez en el tapete del mundo, y para otros, cosa de periodistas espantados, este asunto pardo hasta ayer y aupado hoy a suceso mundial, existe en mí como una vivencia de la memoria desde hace treinta años.

A pedido del ministro de instrucción (el futuro presidente Aguirre Cerda), fui nombrada directora del Liceo en Magallanes, y navegué hacia las grises postrimerías chilenas.

El encargo que me diera mi venerado amigo era doble: reorganizar un colegio “dividido contra sí mismo” y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabundaba.

Tenía el señor Aguirre el mejor corresponsal para conocerse los problemas de la tierra extremosa, como que moraba en Punta Arenas su hermano, el doctor Luis Aguirre. Así, Magallanes no era en su cabeza unitaria ni un charco de bruma austral ni la enfiladura de pingüinos de que habla el “Manchester Guardian”: en sus conversaciones él me daría la patagonia con la precisión de una carta geográfica.

El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para mujer. Pero un equipo de hombres de cultura me ayudó a ver y entender los “nudos” del caso magallánico-antártico, zona dura de vivir, pero materia fascinante para el chileno.

El profesorado que llevé resultaría bastante apostólico, puesto que se decidió a vivir largo tiempo en el país de la noche larga. Gracias a él nuestro liceo abriría una escuela nocturna y gratuita para obreras –el analfabetismo era subido en la masa popular–. Mis compañeras iban a enseñar al más curioso alumnado que yo recuerde. Menos defendida del hielo que el hiperbóreo europeo, aquella buena gente –mujeres y hasta niñas–, llegaba sacudiéndose la nieve al umbral y entraba

a la sala con el hálito hecho vaho, dándonos el rostro rojo y duro que hace el frío, una piel parecida al pellejo del pececillo rojo...

Después de la hora del silabario, yo daba otra de “conversación”. Incrédula como hoy de la “pedagogía pura”, receta de maestros entecos, yo me pondría a hablarles de su propia vida, de las contingencias que se trae el vivir entre los elementos hostiles, hielo y puelche¹, y de la obligación de ver la unidad, “contra viento y marea”, a pesar del tajo del mar enfurruñado y el desparramo loco de islas.

UNA EXPERIENCIA INÉDITA

Una noche vi llegar gente extraña a la sala y sentarse hacia el fondo, familiarmente. Daba yo una charla de geografía regional; me había volteado los sesos delante de aquella zona de tragedia terráquea, hecha de desplazamiento y de resistencias, infierno de golfos y cabos y sartal de archipiélagos.

Al salir, el grupo forastero se allegó a saludarme. Dos reos políticos del presidio de Ushuaia habían sabido de ese curso nocturno y tan informal, quisieron ir a verme, y se les sumaron unos chilenos inéditos para mis ojos.

Sentados otra vez, los seis u ocho, me contarían la escapada de los corajudos, los trances de la pampa y el nadar las aguas medio heladas, husmeando entre matorrales encubridores, hasta alcanzar la ciudad de Punta Arenas.

Yo miraba y oía a los fugitivos, con novelería de mujer lectora de aventuras, pero, sobre todo, devota de Ghea, nuestra madre, y de sus “claros misterios”. Los ojos se me quedaron sobre los dos rostros no vistos nunca: allí había unos seres de etnografía poco descifrable, medio alacalufes, pero mejor vestidos que nuestros pobrecitos fueguinos: eran el aborígen inédito, el hallazgo mejor para una indigenista de siempre.

Mis huéspedes volverían solos después, y traerían a otros más, calculando siempre la salida de las alumnas nocturnas, para hablar a su gusto, mudos que soltaban la lengua en perdiendo el miedo y que regresaban para no cortar el relato, por “contar muchísimo más”.

EL HECHO Y EL DERECHO

Fue allí donde yo toqué pueblo magallánico y patagón. Podría haber vivido diez años sin contacto con él: el corte entre las clases sociales era allí grande y vertical. Y esta novedad de los ojos sería más un repaso de facciones exóticas y un oír la jerga de oficio inédito; sería el de aprenderme la zona feérica.

Porque ellos conocían en sus tres dimensiones el territorio extremo y además el aquarium ante-polar, al cual la humanidad vislumbra apenas en libros raros o estampas insípidas.

¹ Viento

Ellos me contarían las islas de la danza pávida en torno al remate del mundo y después de ellas, “las Mayores”, a las que “no se daba fin”. Estas serían la tierra y el llamado “Casquete del Mundo”. Y todo lo daban, revuelto con las aventuras de percances polares, en seguimiento del “lobo de dos pelos” y de bestias que casi veo, pero que no se mentar después de los treinta y tantos años...

Cuando la Antártica sacó su busto como la sirena, y fue aprendida de golpe por el mundo, como las “anticipaciones” de Wells, me acordé de aquellas conversaciones que fueron las mayores fábulas y las mejores “veras” que me regalaría el país del viento y de la hierba.

Era aquello un mundo casi rebanado por la indiferencia de las geografías primarias y a la vez poseído y virgíneo para nosotros; la posesión venía de la legalidad de nuestra posesión, y la virginidad, del olvido que le dábamos los chilenos de Llanquihue arriba... Y no digo “Chiloé”, porque también andaban los chilotes corta-mares en la persecución de la noche austral y de la “aurora austral”, que, aunque valga menos que la boreal, hartó espléndida fue para mis ojos que la gozarían muchas veces.

Sí, Chile vivió de siempre la esquiva y hoy zarandeada Antártida. La ha hurgado y trajinado, no a lo pirata ni a lo descubridor que otea y deja, que toma y suelta, sino en ruta sabida, en explotación pequeña y constante y en una convivencia que daría para libros de muchos Conrads o Sven Hedins del océano.

Solamente la burguesía magallánica se había quedado sin la “saga” hiperbórea. Satisfecha ella con el hierbal y el pastoreo ovejuno, apenas tenía contactos con el otro Chile que, en chalupas o barcas a lo polinesio, angostas como el pez espada, cabalgaban el mar frenético y mal afamado desde los tiempos del gran portugués. Chilenos y argentinos eran y son todavía aquellos hombres cuya piel ensalmuera da llega a emparentarse con la de la ballena, y todos ellos se vuelven a estas horas los superamericanos por haber guardado íntegro el ánimo aventurero de la raza que domó el desierto de Atacama y también las agriuras de los Andes. Son ellos la brava gente quemada de yodo marino, la del ojo agudo que ve en la peor borra de bruma, y la muy arisca para contar, esto sí, por “no soltar prenda”, respecto de las cacerías furtivas.

Tenían de todo, y con razón aquellos de mi grupo nocturno: de la explotación a la moderna, con grandes dineros y maquinarias rompehielos, que podían arribar llevando capataces extraños al país del largo silencio y barrerlos como a pajuelas, o bien atarles en cuanto a galeotos polares a su clásica explotación: Grandes libres eran y son ellos, llámeseles aventureros o pícaros de aquella picaresca oceánica que Inglaterra se sabe más que pueblo alguno. El mar crea su pasta y su costumbre; él les da el espinazo de acero elástico para la zambullida abisal, y les hace el rompeolas los pectorales. A pesar del rostro color de alga sancochada y de la desnudez de tritones, su *élan* cuenta tanto como el de los demás saqueadores de la entraña oceánica. La proximidad a los polos los emparenta con el ballenero escandinavo, como que los adjetivos “ártico” y “antártico” dicen casi lo mismo: la gente del arpón y las tretas sobre el hielo y el agua amarga, medio tiburones y algas: la hazaña es idéntica en los dos confines polares, a la vez opuestos y semejantes. Hasta hace

poco más de un siglo, la empresa de romper el sello de los Polos ha estado en manos de estos remeros libres, ajenos a los almirantazgos ilustres, sin gorras marinas blanquidoradas, ayunos de escafandras y lanchas a vapor. ¡Pobrecillos! Grandes pobres por su coraje y su desvalimiento de equipo técnico, pero ello no les resta honra ni derechos.

EL PASAJERO Y EL DURADERO

Mi grupo nocturno era un anillo suelto de la empresa anónima y ancha de los “lobos del mar” que corrían las últimas nieves chileno-argentinas. Todos ellos forman parte de la chilenidad o de la argentinidad, y a estas horas cuentan como “adelantados del mar”, aunque el olvido los de por últimos o los deje al margen en los artículos de periódicos que ventean a todo trapo la Antártica-vedette del año 47.

La jerarquía inglesa acaba siempre promoviendo a categoría subida a sus vagabundos del “Talassa”, los sube de ultra plebeyos a “pioneros”, luego a “Sires”. Y este clasificar así a los audaces, a pesar de todos sus dolos y malicias, corresponde a cierta promoción de los “fuertes” que enriquecen la esfera conocida añadiéndole cuanto le fallaba.

Precisamente tales vagabundos llamados “sin ley” y que en verdad obedecen a la ley feroz de su elemento, hacía presencia por nosotros todos en el Chile Antártico. ¡Y qué presencia! La del penar siguiendo a las bestias de cuero arisco y pelambre delicioso, a la ballena que rezuma a toneladas las grasas y los aceites, y ¡a cuánto más! Trashumantes y todo, ellos moran en esos territorios, yendo y viniendo, pero en todo caso durando sobre regiones tenidas por imposibles.

La palabra “costumbre”, parda por vulgar, resulta vocablo linajudo, cuando señorea sobre los códigos. “Costumbre” quiere decir afincamiento, pero también el ir y volver constantes, el poseer de hecho una zona. Es un conocer por experiencias repetidas y usar de lo ya descubierto que sigue sin dueño de lo vacío y no adoptado por nadie. Bien que se lo saben británicos, holandeses, españoles, daneses...

Y esto eran y son, costumbre de mar y hielos, mis contadores del velado océano austral, del agua fantasmal, espanto de sedentarios y adopción suya, especie de patio familiar de sus vidas fabulosas.

ASOMBRO Y GRITO

Imagino yo el pasmo que sentirán ellos, su colectividad dispersa y doblada después de treinta años, al saber, por alguna noticia de la radio u hojita de periódico, que no hay una Antártida chilena, o que la hay, pero menudilla, especie de engañifa que se da a los niños para acallarlos.

Pienso en lo que diría de esta jugada, caso de habernos vivido, el voceador de nuestros derechos antárticos. Don Pedro Aguirre, quien se supo la región fantástica y lanzó a tiempo aquél su aviso de vigía que le rieron algunos necios. Extraordina-



Roslyn Harbor, New York, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

rio hombre que denunció tantos problemas, desde los sociales y pedagógicos hasta nuestra tácita y muy expresa posesión austral.

Pienso también en el enorme absurdo que funge como ley entre estos dos hechos; el “descubrimiento” de un lugar y la posesión efectiva del mismo por los aborígenes desde todo tiempo.

A veces un gran barco inglés, y holandés, o italiano, cruza, sea por mero azar, sea en viaje de estudios, las regiones todavía imprecisas en los mapas. Pasan, hay cortos desembarcos, flaca averiguación, nada que valga como la estada o la frecuentación secular. Y de esa anécdota sale una “toma de posesión”, gracias a la banderita hincada en la costa, y de ello arranca un “derecho” y un futuro alegato de nacionalización. ¡Curiosas, inefables “colonias”! Reirán de todo esto con risa amarga los pobladores y los traficantes de la zona, aquellos que la navegan, y hacen la pesca, o la tala de bosques o el beneficio de pieles.

Estas falsas posesiones ganadas con un salto de a bordo y el asentar de labor en tierra o hielos, ya hicieron su época y corresponden a la mentalidad imperial de hace un siglo. Eso va a caducar, tiene que ser trocado, y cuando menos, enmendado. Porque los llamados “naturales”, sean prietos, sean blancos, tengan el ojo recto u oblicuo, hablarán por la lengua de sus juristas y se harán oír.

La voz de ellos se llama “ley natural”, y es esto lo que nuestro gobierno ha recogido y lanzado en la Antártida, lado a lado, con el alegato primordial que arranca de la proximidad o la colindancia. Un país, como cualquier otro ente vivo, defiende mar e islas próximas celando su propio cuerpo de la manotada extraña y ávida. Y la lección la hemos aprendido de la vieja Europa, muy alerta a todos los peligros de las codicias internacionales.

El presidente de Chile no fue al extremo sur por hacer allí una “parada de cinematografía” delante de los elefantes marinos, la burla sobra y además irrita: él fue a subrayar una posesión nacional y a vocearla a los olvidadizos y también a los sobrados de listeza. Y lo declarado en aquel cabo extremo de la chilenidad lo piensa la nación íntegra, hombre por hombre y mujer por mujer.

Octubre de 1948

Gabriela anda por el mundo, selección y prólogo,
Roque Esteban Scarpa,
Santiago, Editorial Andrés Bello, 1978

MARINEROS CHILENOS

(1950)

La tentación marina, el llamado de las altas mareas, corre a lo largo de toda mi patria, con lo cual la chilenidad nace, crece y muere escuchando el doble ritmo de exaltación y de apaciguamiento.

El Mandón encrespado que llamamos mar, influye en el territorio de Chile tanto o más que la cordillera del mandato vertical. Pero su modo de dominar es muy opuesto al de la montaña: ésta nos cría apretados a su pecho, con quietudes y silencios profundos, mientras que el amo audaz nos mantiene alerta con el turno de sus marejadas. La raza contradictoria lleva en sus dos brazos como mellizos contrastados a dulces y a violentos.

Los contadores de pueblos suelen darnos a la centaura de piedra como nuestra pedagoga única. Yo soy de los que creen que es el gran Tritón quien más puede y obra sobre nosotros. No es pura metáfora el que vivimos aún en el valle central, intervenidos por el gran hábito salobre y que una hebra de aldeas costeras se asienta sobre médanos falaces o leales cuyas arenas voladoras blanquean nuestras puertas y nuestros cabellos. Y en avanzando hacia el sur, ya hallaremos una patagonia chilena toda ella, intervenida o acuchillada por el océano.

El errantismo del chileno, su apetito del planeta, tal vez sea mera industria del vagabundo mayor, el mar.

La gente busca estampar en sus monedas el ejemplar que estiman mayor o mejor de su friso racial. Estos resultan ser héroes nacionales, casi siempre gente de espada o de toga; rara vez la elección cae sobre un sabio o sobre el artesano mayor de un oficio, menos aún sobre los hombres fundamentales de todas las patrias: el labrador y el minero. En ocasiones se tiene la fantasía de escoger como símbolo un ejemplar extraordinario de la fauna local: león, venado, quetzal. Celebramos la ocurrencia zoológica, pero... a veces nos decimos enfrentándonos a nuestro escudo: ¿Por qué no estampar aquí a nuestros guardianes, el minero y el marino?

Porque ambos trajinan lado a lado nuestra historia, los primeros con nombres expresos que todos sabemos; los segundos tan anónimos como las algas mismas que suelen amortajar sus cuerpos.

Escribo este recado con la vaga intención de que algún día nuestra Casa de Moneda lance, en una moneda de buena plata, la estampa de nuestro marinero raso, recordando así al océano de nuestra buenaventura y al bravo hombrecillo que lo surca desafiando sus cóleras con rasgada sonrisa criolla.

Entre las marcas a fuego con que la vida nos señala tal vez la que hinca más en alma, hueso y piel sea el elemento al cual nos damos o al cual nos dan, el hecho de que nos entreguen o nos entreguemos al fuego, o al aire, o a la tierra, o al océano, señor nuestro.

El marinero vive, como ningún otro, el rigor de los elementos –hielos, vientos desenfrenados; el ahogo de las calmas tropicales, y vive–, además, una pobreza que excluye el hambre, pero que cubre toda su vida. Como él es gran botarate y que en las escalas *lo tira todo*. Y parece que estos buenos lobos marinos o buenos delfines, viven su cárcel abierta y su secuestro voluntario sin desear mucho ni poco escapar a él, porque ya llegaron al desapego de las costas. Sin embargo, no es raro en ellos cierto romanticismo sin almíbares en sus breves amores y una lanzada que es de *saudade* costera.

Gran bufonada fue la de Magallanes al bautizar nuestro tremendo océano con el mote de *Pacífico*, y los marinos deben reír a todo trapo repitiendo el contranombre de su dueño. Si el Mediterráneo mismo se vuelve de pronto un braceador loco, un traicionero que voltea barcas y hasta naves, que diremos nosotros del *Mar de las Guaytecas* o de las *Alturas de Coquimbo* y de otros puntos críticos donde el *Pacífico* chileno ha sido y sigue siendo cementerio de valientes y un tonante Neptuno encabritado.

Me tengo como fiesta al haber oído contar sus venturas y percances a chilotes y a coquimbanos, en las popas y las cubiertas de tres o cuatro barcos; el palique se hacía a la luz de las constelaciones tropicales o de la dulce estrella polar.

A la popa llegaba yo por ver y escuchar al grupo de mis marineros y cargadores criollos que se formaba ahí en cuanto ellos se veían libertados.

En un cerco de encucillados, que era a la vez una cinta de ojos brilladores, cinco, ocho, diez contaban, evitando con su ojo de pájaros marinos el paso de la guardia y daban a manos llenas sus percances y sus disfrutes. Los *enganchados* recientes charlotteaban bajo la alegría de los recién casados con el tremendo veleidoso; los viejos, por sabidos, solían acaparar la fiesta verbal; pero al término del viaje casi todos habían ya vaciado su saco de malaventuras y de éxitos.

Los tipos eran en su mayoría *aindiados*, y de esa sangre que los racistas les tienen a mal, deriva tal vez algo de su resistencia maravillosa y mucho de su esquivéz. Rara vez saltaba entre ellos un blanco ibero, pero solía llegar al cerco de mis encucillados un irlandés y hasta un holandés legítimos, que no hacían remilgos a sus camaradas los morenitos.

No hay como el mar para crear igualdades y un fuerte amor entre la gente dolorida; no hay otro como él tampoco para anudar la solidaridad en muchas cosas que en la tierra no se logran nunca.

Daban ellos su relato segmentado o roto en una de las jergas más vivas, donosas y zumbonas que yo conozca. Porque dentro de las *picarescas*, la marinera no le

va a la zaga a las terrestres. Ellos escarmenean sus hazañas y malos trances para doblarlas el bulto y ellos ofenden como nadie a su señoría la Academia Española, pues su habla es ya la jerga internacional del agua loca burladora de diccionarios... En ella no faltan, sino que sobran, el color y el sabor; ella no conoce desabrimiento ni pardez y la confusión de lugares y de sucedidos tiene el desorden, el espejeo y la vivacidad de la redada de peces... Allí es el barajar chilenismos, peruanismos, voces del Caribe, y cuanto queramos recibir de la verba más impura y a la vez más sabrosa, entre las que se hablan dentro de los oficios de los hombres.

El don de contar con bromas y veras, está en el marinero criollo como en pocas criaturas, porque ellos cumplen su operación narrativa a paletadas de realidad y de imaginación y aupando a *saga* los sucedidos de las *Mil y una noches*... suyas que no árabes. Y la hebra no fatiga, se la pueden continuar a lo largo de noches y días sin que nos produzca la modorra de las conferencias ateneístas.

Yo aprendía una vez más que el mar, amo absoluto si los hay, posee a su gente más que la mejor de las tierras. Se cuenta que los marineros retirados del amargo oficio, cuando ya envejecen sobre una costa, son hostigados aún por el *Agua Madre*, en el sueño y en pesadillas continúan manteniéndola como a su madre o a su mujer.

Guardo sus relatos rotos en mi memoria, como ellos guardan las viejas redes, y las velas rasgadas, pero creo haber retenido mejor sus decires sentenciosos acerca del mar, trozos de color o semillas densas de su sabiduría marina que por lindos quiero salvar.

El mar tiene sus brujerías. Muchas tiene. No hay mal arte como las de él.

– La tierra es buena, pero aburre al varón como las mujeres fieles...

– Se debe cambiar de mar cada tres años. De otro modo él fastidia, igual que las casas viejas.

Hay mundo que ver, señora, ¡tantísimo mundo! Tontos los que se quedan sentados en una piedra de su patio.

– A veces esta agua se pone a hervir. Es toda alcohol, y nosotros parecemos sus borrachos. Así se tambalea él, subiendo y bajando por cubiertas y escaleras...

– Nunca se sabe si a esto (el mar) no se le deja porque ya se le quiere de más o si es que él nos amarra como cualquier zumbón que quiere divertirse con los hombres. A los más de nosotros él nos suelta sólo de muertos.

– Dicen que todos acabamos bostezando al mar porque da murria. No lo saben mirar ésos. A veces vemos esta agua veleidosa como a la hembra más linda que se puede dar...

– El mar nos estropea todo, el paso, el color de la cara, las manos llenas de salmuera, todo, menos la sangre. A los marineros les corre por el cuerpo la *mejor sangre*.

– Yo no sé ya dormir bajo techo. Hieden y ahogan, las pobres casas de los costeros.

– Esta, la mar, es un contra-madre. Parece que meciese y sólo hace su gana. Gana de bailar; de darse el gusto suyo y nunca el nuestro y dicen que tarde o temprano ella ahoga a un tercio de sus ahijados. ¡Qué madrina, Dios Santo!

–¡Bah, quién habla de eso!: Nunca lo vamos a entender. Cuando no es un loco y cacajea, es un matón y ahoga.

– “Marinero que navega ya siete años es alma perdida”.

No se acabarían nunca de contar las bufonadas o las caricias toscas o llenas de gracia, que ellos endilgan a su patrón sin fin, y que una marinería sentada a corro regala a quien lo busca en cuanto la confianza suelta sus lenguas o las suelta el alcohol, o se las aviva la sombra larga de la patria que nos sigue a todos hasta el cielo o el infierno.

Ellos me confesaron, en una de esas noches, que suele atraparlos el tedio. Dicen que eso ocurre en los viajes sin escalas o cuando les falta el segundo elemento mágico que es el viento, o cuando el bostezo de las *calmas* sale de bodegas y camarotes y relaja el cuerpo y el alma. Sin embargo, nada hay en sus rostros de fofo, de blando, de vencido. El ojo cabrillea de brillos; el habla es la más viva entre las que conozco y toda ella chispea de ingenio o de picardía. El zamarreo rítmico del mar los hace saltar cubiertas y escaleras como ardillas escapadas, y, en día de niebla, como trasgos mágicos.

Los oigo aún y casi los veo, chilenos, de a bordo y de las costas llamados *perdularios* y *almas perdidas*. Los tenemos a veces por reos fugitivos y por “dejados de la mano de Dios”. No sabemos nada de esa mano; tampoco nos acordamos, por banales, de que “la razón de unos es la locura de otros”.

Veracruz, México, 18 de septiembre de 1950

El Nacional. México D. F. el 20 de septiembre de 1950

UN VIEJO TEMA:
COMENTARIOS SOBRE EL INFORME DE KINSEY
(1953)

Me ha interesado leer el fino estudio del estimado Sr. Ernest Havemann sobre el libro crudo e informativo del Dr. Alfred Kinsey, *Sexual Behavior in the Human Female*. El tema es tan viejo como el mundo; las edades lo han tratado desde el Kamasutra hasta los estudios de Havelock Ellis. En las épocas pasadas el ancho y sutil asunto tuvo comentadores tan numerosos como divergentes. Ocurrió en el comienzo que el hombre no dialogaba sobre el tema: monologaba. Ahora la mujer ha resuelto romper su largo silencio y entrar de lleno en la ardua discusión. Criatura que calló por varios siglos bien merece ser oída, el doctor Kinsey le ha escuchado mucho y hasta de más.

En este mundo que siente curiosidad de todos los problemas no me extraña que este asunto ultra corporal se haya sacado a la superficie, especialmente en Norteamérica que ya no tiene problemas inéditos. Yo respeto y admiro el fenómeno de la curiosidad científica que llena y hasta rebosa en los Estados Unidos aunque creo que en esta averiguación hay asuntos que no serán tratados con la veracidad debida y con los detalles necesarios.

Las reacciones dadas por mi estimada colega, Kathleen Norris, corresponden como es natural a los hábitos y a la realidad estadounidenses. La respuesta de una sudamericana tiene que resultar demasiado diferente y hasta chocante. Yo no soy una médica sino una mujer que hace versos, lo cual quiere decir que ignora muchas cosas resabidas por el mocerío de hoy. Este juicio pudo ser seguramente mejor servido por gentes menos viejas que yo. Yo no voy a dar mi juicio propio sino algo sobre la ideología y los hábitos que gobiernan la vida de la mujer latinoamericana.

A causa de los “tabús” raciales las relaciones maritales son tratadas con poca hipocresía o bien son mencionadas muy de paso y con un breve comentario. Desgraciadamente, a causa de esa reserva o esa timidez que las gentes suelen confundir con el pudor, cuanto se refiere al sexo cruza en las conversaciones tan

rápido como un vocablo vergonzoso, casi como una alusión delictuosa. Creo que tal tipo de investigación, como éste del Dr. Kinsey, de deslizará tarde o temprano hacia América del Sur y será leída con vivo interés en los medios de las médicas, las enfermeras y las madres. Pero tal vez no llegue a los adolescentes; falta un medio siglo antes de que este libro sea la lectura de nuestra muchachada.

Hasta hoy el catolicismo de tipo español domina en el continente sur. Los padres dan a sus hijos una formación moral bastante rígida y contraria al divorcio *aun cuando el matrimonio fracase*. Entre nosotros la opinión pública, hasta hoy, mira con desagrado y critica con acidez la disolución del vínculo matrimonial. Sin embargo, el número de los divorcios va subiendo año tras año. Pero esto ocurre sólo en las ciudades mayores y en la clase dirigente; el campo mantiene sus hábitos coloniales, es decir, españoles. Más todavía: el divorcio se vuelve un ácido escándalo en las provincias. Hay que remarcar el hecho que ocurre en la clase pobre: la mujer acepta todo, incluso el mal tratamiento corporal, con el fin de conservar al jefe de la familia, con lo cual las “emancipadas” resultan ser poquísimas. Sólo las ha visto en las ciudades; en el campo la mujer es un acéptalo-todo que padece y calla en un silencio heroico. Su única mira es la de que “los hijos no crezcan sin padre”. En este “*principio*” y su realización ella cifra todo su honor de esposa y de madre.

Casi siempre oí opinar sobre el caso de matrimonios mal avenidos en el sentido de que, si el marido falla, la mujer debe, a pesar de todo, tolerarlo, sufrir y callar con tal de mantener la vida conyugal y en consideración a los hijos. Por esto los divorcios son un acontecimiento raro y siempre condenado en el comentario social o pueblerino.

Yo fui hija de una pareja mal avenida; siempre creí que mi madre debía haberse ahorrado los sufrimientos que le dio mi padre y haber salvado algo de felicidad para su vida. Siempre ella se rehusó al divorcio y la decisión suya se fundaba en el no despojar al esposo de sus derechos de padre y en esperar una reacción en sus hábitos. Esto no llegó, pero yo no oí jamás una sola queja amarga de esa mujer “buena y hermosa” como en las baladas, tampoco un solo juicio contra el compañero ingrato. Ella evitó siempre el que yo creciese alimentando un resentimiento amargo en mi espíritu. En la aldea donde crecí era común el caso del padre ausente o ligado a otra mujer y la reacción de las víctimas era la misma de mi madre, es decir, un silencio “per vita”.

La pareja hispanoamericana rara vez falla a causa de la mujer, la cual resiste hasta un punto extremoso, más aún, tolera todo con una manera heroica: ella resiste sin considerar otra cosa que evitar el escándalo social y mantener al marido cerca de los hijos. Suele ocurrir que tal sacrificio obtenga la mudanza del hombre y la reconciliación de la pareja; pero lo más frecuente no es la enmienda del que falló sino una pobre vida común de mera tolerancia. No sobra anotar que la infelicidad conyugal deriva allá casi siempre de que “la estación del amor” parece que sea de más corta duración que en otras razas, o bien derive del criterio, popular en las aldeas, de que la misión de la mujer es la de aceptar en silencio su desventura y ocultar a los hijos la realidad de su vida. Esta mentalidad, que acepta el sacrificio sin discusión ni réplica, ha sido creada entre nosotros en primer lugar por la Igle-

sia Católica, y en segundo lugar porque el caso de los mal avenidos es demasiado frecuente y pasa de hábito a ley moral.

TENDENCIA AL DIVORCIO

Hay que anotar, sin embargo, que, desde hace unos diez o veinte años, se observa que sube el número de los divorcios, especialmente en la clase social adinerada o entre los individuos que van desprendiéndose –casi sin sentirlo–, de sus hábitos religiosos. En Chile, la provincia más rica en divorciados es la de Santiago, capital del país. La provincia guarda sus hábitos españoles, ella es todavía españolísima en su manera, de catolicismo.

Dejando atrás la cuestión del matrimonio y aludiendo a la vida de la mujer soltera, se observa en las muchachas de hoy una tácita voluntad o una decisión de ser, ante todo, felices. La mayoría ellas, saliendo de la costumbre colonial, adoptan las profesiones llamadas “liberales” o trabajan como obreros en las fábricas. Conjuntamente con la liberación económica, parece que las muchachas vayan hacia una liberación del españolismo del siglo pasado, pero esto ocurre en las súper –cultas o en las llamadas “temperamentales”.

En todo caso, el “amor libre” no tumba todavía la recia montaña de la moral sexual recibida del cristianismo. La novedad más visible que los viejos observamos en la juventud y que nos es grata, es la relación más frecuente, más sana y más espontánea que existe hoy entre mozos y mozas, la cual deriva en gran parte de la camaradería estudiantil de liceos y universidades. Mucho han acercado a los jóvenes los bancos de las escuelas superiores con sólo el estudio en común. Las gorgonas del siglo pasado –abuelas, madres y padres–, ya no rugen al encontrar por las calles o ver en los “salones de té” a la muchachada mixta, feliz de una libertad que no es, no, prima del libertinaje.

Actualmente ocurre que en los colegios norteamericanos ya conviven nuestras estudiantes con las muchachas americanas y es probable que, a causa de esta convivencia, el libro puede tener lectoras sudamericanas a pesar del pudor fenomenal que “hace ley” en nuestro continente. La lectura de los libros americanos resulta en ciertos géneros de una desnudez paradisíaca pero la Eva de tipo norteamericano suele asombrar a América del Sur y hasta a Europa por su coraje y su franqueza al enfrentar todos los temas. Yo no se si además de asombrar convencerá. Pero no creo que Kinsey alcance en el sur el éxito que tiene asegurado en Estados Unidos.

Life en español, 26 de octubre de 1953



Rumbo a Chile, a bordo del *Santa María*, 1954. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

MENSAJE A CHILE: EL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1956

Hoy celebra Chile, mi patria, el nacimiento de nuestro héroe mayor, Bernardo O'Higgins, hijo de padre irlandés y de una ilustre señora chilena.

A esta hora la capital de Chile está llena de cantos de niños y de desfiles en honor de nuestro Padre. El alma nuestra está llena de fervor desde nuestra cordillera de los Andes, hasta nuestro mar Pacífico. El alma chilena se vuelve hacia sus héroes y su fervor parece revivirlos.

Los ausentes como yo, volvemos cuerpo y alma al hermoso mar y a la maravillosa cordillera de los Andes, y a toda nuestra raza, porque en esta fecha debemos ser solamente recuerdo fiel y un solo voto por la felicidad y la paz de los nuestros aunque nos separen de ellos tierra y cielo.

Alabado sea el hombre O'Higgins que vive de vida eterna en los niños que crecen; bendita sea su hazaña que no conoce el olvido ni la muerte.

Que a estas horas un solo canto y una fidelidad sin olvido corran por nuestra tierra y que en esta mañana cada hombre, y cada niño y cada mujer se alcen para alabar, para amar y recordar... y que se recuerde amando, y que el amor y el trabajo sean en este día y en todos los días venideros nuestra vida única.

Todo por Chile, por su honra, por su futuro y por su dicha.

Legado Gabriela Mistral
Archivo del Escritor,
Biblioteca Nacional de Chile

PROGRESO URBANO DE CHILE

Progreso urbano de Chile: nivelamiento del país con los australes de América en lo que toca a la ciudad.

Países de fachada: ciudad espléndida, campo desnudo. Cara limpia y cuello sucio de la gente de antes.

Diferencias mayores entre Europa y América. Rostro bárbaro del campo.

La encomienda colonial y el fundo moderno: gobierno material y espiritual. (Legislación de doña Isabel la Católica). Saber ser dueño.

Sentido de la responsabilidad cristiana y de la laica; aquel más agudo y más urgidor de la patria por el cuidado y el celo de su cabeza bifronte: campo y ciudad.

Signo trágico de los países que han abandonado el campo. Rusia, España, las colonias europeas en África y en Asia.

No hay revolución nacional, verdadera revolución sino cuando el campo se pliega a la agitación urbana y el campesino se moviliza con las hoces al hombro.

Un sólo conato de revolución campesina en el sur de Chile. Otro en Bolivia.

Paciencia del campesino, parecida a la paciencia de Dios. Pero es heroica esta paciencia, a causa de ser inconsciente.

Pasta del campesino chileno: a pesar de todos sus defectos es buena. Cristianismo natural del campesino. Todavía no hay odio de clases en el campo de Chile. Un largo tiempo de espera. La esperanza, virtud que obliga.

El campo chileno: conjunción de pobreza y miseria; ausencia total de recreos populares; fatalismo y pereza (¿cuál es la causa y cuál el efecto?) abandono de la salud del campesino y su familia. Pequeña propiedad reducidísima. Escuela absurda. Y por sobre todo, alcoholismo.

Alcoholismo: Temperamento apacible y frenético del pueblo, falsificación del carácter mestizo chileno, la frialdad nuestra. El deseo razonamiento crea una apatía bajo cuya ceniza está entero el rescoldo de la pasión. A nuestro pueblo se le aplican casi en todas las cosas los métodos de cura moral que al europeo. Estos métodos jamás sirvieron para el español, gente anti-europea, anti-intelectualista y menos aún para el indio. Se ha ensayado en Chile contra el alcoholismo el sermón moral, el escolar, el eclesiástico y en ambas partes un sermón de tipo racional. Pero

en el mestizo no se vacía y se desaloja una pasión sino por otra pasión. Mucho más que el sermoneo ha hecho el deporte para limpiar al pueblo. El deporte cuenta poco en el campo el hombre cansado de arar o de regar se ríe de que quieran llevarlo, cansado de usar su cuerpo, a jugar con ese mismo cuerpo. El deporte está ligado más de lo que se cree a la cultura urbana, al urbanismo. La masa rural responde en todo caso flojamente a esa solicitud. En cambio, él responde en el acto a una diversión de tipo popular, folklórica, un poco medieval de música, baile y teatro a lo Lope o a lo Gil Vicente, con el adobo moderno del cine. (México y Chile: yo creía, etc.). Lo dionisiaco no era sólo alcohol, sino teatro grande, recitación de tipo pasional, y música por sobre todo. Pero no hay para qué tomar ejemplos paganos. El pueblo, en esa edad fina que fue el Medioevo, respondió anchamente a una clase de divertimientos superiores. Recuerden Uds. Los autos sacramentales que todos los grandes escritores españoles hicieron para el pueblo. Recuerden ese santo casamiento de poeta y multitud, de músico y pueblo, de trovador y pueblo, y hasta de pintor y pueblo que hizo la Edad Media y que alcanzó a rebalsar hacia el Renacimiento. Un teatro de esa clase son palabras mayores para el Chile del momento. Pero tenemos al alcance de la mano el cine, que expurgado, es ya un gran arte y que cuesta un 20% o menos que la representación teatral popular. Instituto del cine de Roma. Un doble cebo hecho de film agrícola y de film de recreación.

El pueblo chileno tiene una pasión musical. No hay ni siquiera que trabajarlo en este sentido. Está pronto. Salta contestando con cuerpo y alma al genio musical como el grupo de ciervos al bramido del ciervo grande. Y la guitarra mueve su alma cien veces más que la lección floja, lacia, de polvo, de un pobre maestro.

La danza es otra de las llaves de la alegría del pueblo.

La diferencia entre los pueblos brasilero y mexicano con el chileno es que, mientras en aquellos el alcohol es sólo un excitante del baile popular, en el chileno el alcohol es la razón de la fiesta, el eje del regocijo y otras dos cosas pretexto pícaro, ladino, para la borrachera.

(Recuerdo de mi viaje pasado al valle de Elqui).

Nuestro pueblo rural es colectivista. Cuidado con creer que esto quiere decir comunista. Es un pueblo cristiano natural que no concibe la alegría, ni el trabajo, ni aun el pesar solo. El fétido individualismo de Europa él lo ignora y ojalá lo ignore mientras exista.

¿Qué hemos hecho por darle alegría al pueblo? Examen de conciencia. Hemos desperdiciado y hasta combatido esta inclinación suya a vivir en grupo las cosas grandes de su vida.

Pasemos a la escuela. Si pueden Uds. Contar las reformas educacionales de la instrucción primaria, cuéntenlas y me lo dicen. Pero lo único que importaba hacer, el comenzar, la viga madre que había que enderezar, eran las escuelas normales rurales para formar al maestro del campo y no seguir viviendo la necesidad monumental de sacar de la misma fábrica al maestro que forma al hijo del obrero y al que forma al hijo de campesino. Hacer 1 o hacer 2 normales rurales no es nada.

Los pedagogos leguleyos: recuerdo del alegato por el alto nivel intelectual de la escuela rural (Anécdota del mar).

Recuerdo de D. Beltrán Mathieu. Enseñar a vivir al pueblo campesino (Dinamarca). La escuela granja en pequeño. Manía de grandeza de los chilenos. Las escuelas granjas son caras y por caras pocas.

Escuela primaria obligatoria de 4 años o de 3 con programas semejantes al de las urbanas. 2 o 3 años más de enseñanza agrícola matizado con una divulgación simple y popular de otros conocimientos.

Campo sin hortaliza (Puerto Rico) El país que come legumbres en latas. Los indios comiendo maíz. Provisión de legumbre desde la ciudad. Al hacendado le importa que exista el cultivo en grande; la viña, o la siembra de papas; le importa lo mismo el huerto frutal en las regiones frutera: ese es su negocio. Pero le importa poco que exista la hortaliza familiar. Educación agrícola de la mujer enderezada a eso. (Suiza). El salario del hombre cuenta sólo por mitad como salario familiar: el hombre se bebe el resto. La hortaliza salva a la familia de esa forma sorda y solapada del hambre que se llama desnutrimiento. Esta clase de hambre yo la he visto en el cuerpo y en la cara de cada campesino del valle de Elqui. La mujer es también hortelana allí, sólo que una hortelana ignorante, rutinaria.

Se ha dicho 100 veces que el hombre nuestro no gusta de su casa por la desnudez y la fealdad de ella. (El hombre español y el café). La mujer del campo suele no ver en su vida una casa bien tenida. La casa-escuela: su sentido. La casa de la maestra. La mujer criolla tiene, sepultada en sí misma por la miseria, una naturaleza de primor, "es hacendosa" y capaz de adornar una casa. Pero no se puede pedirle que haga donosuras en una pocilga ni que compre unas cortinitas de cretona o de percal y unas carpetas de mesa cuando no hay dinero para los panes cabaes que piden los niños. Es inútil subir los salarios si se deja intacto el alcoholismo e inútil también dar ideas de decoración doméstica y de amoblado a unas pobrecitas que no compran un vestido nuevo en 5 años. Hay un grueso ridículo, un grotesco de bulto, una burla temeraria o no sé cinismo en pedirle a la mujer que haga a su hombre una casa grata, linda.

Problema de la maestra (son más mujeres) en el campo. Igualar los sueldos urbanos con los rurales. Darle a las maestras en las normales rurales y urbanas ciencia de vivir. Y darle práctica. (Recuerdo de cómo se daba la Pedagogía en la normal de La Serena).

Pedanterío de la formación de las normales. Espíritu rural no es espíritu bárbaro. La provincia culta, la Toscana rural culta, el Piamonte culto, la Cataluña culta, el país Vasco culto.

La escuela rural francesa. Donde hay y donde no hay cultura agraria, donde hace falta y donde no hace. Crítica de la escuela primaria francesa por una pedagogía chilena: la masa más culta de Europa (mi conversación con el cuidador de mi casa).

La mujer en la raza chilena.

Legado Gabriela Mistral
 Archivo del Escritor,
 Biblioteca Nacional de Chile

SEMBLANTE DE CHILE

En el espacio de unos 15 años el semblante de Chile en el extranjero ha mudado mejorando extraordinariamente. Es una mudanza hecha de rejuvenecimiento de sus instituciones y de la liquidación del pelito con Perú. Nunca sabremos hasta donde nuestra paz con Perú ha limpiado y ennoblecido el nombre de Chile en el exterior.

La opinión sobre Chile varía naturalmente, según los países. Por ejemplo, los sudamericanos del trópico norte consideran a Chile particularmente la rara avis que es un país con técnica y que tiene la misión de educar para la técnica a esos países. (México no es trópico).

Para un país socialista como México, Chile resulta ser algo así como un país liberal, de política social evolutiva y dividido en dos curiosos bloques opuestos: una aristocracia fuerte y herradora y un pueblo al que ellos dan ideales socialistas más europeos que los suyos pero un pueblo tan americano como el suyo. No hay que olvidar que un ex ministro de relaciones nuestro, a quien me complazco en saludar, sirvió varios años la representación de México en asuntos internacionales. Fue D. Miguel Cruchaga, hombre conservador que gracias a su vida en México supo esta verdad poco entendida por mis compatriotas: que México es, en la mayor parte de su alma verdadera, un país de tradiciones fortísimas y de tanta envidia racial como Chile.

Para los países centroamericanos, Chile es un emporio de pedagogía. El viejo historiador pedagógico creó a Chile en García Monge y Brenes Mesén una verdadera nacionalidad chilena espiritual.

El argentino no desnuda mucho su juicio sobre Chile. Se sobreentiende de lo que se oye a un gran agricultor cuyano esta opinión: es un milagro el que Chile sea un país exportador. En cuanto al escritor argentino, en los últimos años, desde que fue conocida la generación de Barrios, de Prado y de Edwards Bello hasta la de Neruda y María Luisa Bombal comprendiendo dentro de este espacio a todos los escritores argentinos que Uds. Se saben tanto como yo, el escritor argentino siente y expresa con generosidad, un aprecio sin regateo por nuestra literatura.

Tengo la impresión de que quienes han hecho realmente la difusión de nuestra literatura antes de que nuestras editoriales la volcasen sobre el territorio argenti-

no han sido *La Nación* y *La Prensa*. Pienso, como lo dije a nuestro subsecretario, hombre de percepción tan aguda para los asuntos sutiles, que los periodistas más importantes de esos órganos se merecen las condecoraciones chilenas con sobrada razón y que habría que pensar en dárselas.

Nuestra amistad con Brasil me parece cosa más romántica que realista: el comercio es poco, pero el intercambio cultural es nulo. Romántico y todo, esta simpatía sin quebranto se siente derramada en las tres clases. Brasil es un país que como Chile tiene sin solución profunda su problema social. Por esto mismo sus dirigentes, al hablar de nuestro estado social no hace las grandes –y hay que decir que justas–, reservas en su elogio sobre la pobreza de nuestro pueblo que se oyen a un periodista o político argentino.

Pero hurgando en la alabanza de un brasilero sobre nuestro país, se da cuenta el chileno de que nos admiran lo que nos conocen: nuestra política interna: el resto lo ignoran y su cortesía cumple con nosotros en vez de una experiencia chilena de la que carecen enteramente.

Uruguay es sencillamente democracia magistral, mucho más lograda de lo que sabemos y con ese raro tipo de igualdad social más fuerte en la costumbre que en la misma legislación a pesar de lo avanzada que es esta. Una nación de esta ejemplaridad no mira a otro pueblo americano, así sea Argentina, como a una maestra. La maestra del menester democrático en América es él mismo, Uruguay. Pero es muy vivo su cariño de nosotros y, como se ha dicho cien veces, el uruguayo, que no tiene frontera física con nosotros, parece tener una frontera espiritual misteriosa. Cada uno de ellos se siente más semejante al chileno que a sus dos vecinos y su trato con nosotros es realmente familiar.

Si ese país que es una especie de esencia, de resina especial de América tuviese un volumen físico que correspondiese a su categoría moral en el continente, su poder de bien, su acción sobre el continente sería seguramente, la 1ª de todos nuestros países.

Antes de pasar a Europa, no sobra apuntar un detalle, un *aperçu* de fineza. Los países de ojo fino gobiernan su propaganda de una manera a la vez racional y maliciosa: procuran atender y ganar a los dos o tres bloques de opinión con que cuenta cada patria en este mundo: es decir, se hacen de amigos en el bloque tradicionalista y en el moderno y trabajan su relación con derechas e izquierdas. Puede decirse, respecto de algunos, que hacen dos políticas de propaganda y de amistad.

En España, cuando allí estuve, me tocaba a diario ver que la imagen diferenciada y hasta contradictoria, que de Chile tenía España.

Para Unamuno y mucho más para Ramiro de Maeztu, Chile seguía siendo un país vasco con una especie de religión patriótica vuelta política, un país de piedra un poco sordo y muy seguro, un conglomerado de demiurgos realistas, puestos a la acción.

En cambio, para Eugenio D'Ors, Chile, es un país de ingenieros y pedagogos, sin aventura ideológica de tipo emocional o místico. Es una semblanza mía, decía D'Ors que los profetas podíamos turbar con una especie de catarata demasiado cálida, a este pueblo de sangre fría. (Ya he dicho anteayer alguna cosa sobre la fal-

sificación del carácter popular nuestro con el cual ha querido fabricarse una nevera o refrigerador sajón o yanqui).

En los círculos revolucionarios españoles, Chile volteaba el busto aun y daba otro perfil más. Chile, para estos jugadores, es un país de juventud socialista, y de un género de socialismo menos confuso, mucho más organizado que el del resto del continente.

Uds. jueguen con estos dados de juicio y hagan la combinación que quieran con ellos... Yo me lavo las manos. El Chile mío es cosa aparte, difícil de hacer entender a los españoles que se quedaron en España. Oía, oía, oía.

Legado Gabriela Mistral
Archivo del Escritor,
Biblioteca Nacional de Chile

CHILE Y LA AMERICANIDAD

Hay en España una región nombrada peyorativamente con nombre fidelísimo: se llama Extremadura y es una tierra de estepa, relegada a un tiempo de España y de Portugal. Algunas veces he pensado que los descubridores pudieron dar el mismo nombre a Chile, en relación con América. Extremadura pudo llamarse, lejanía y rudeza, dificultad y apartamiento. Lo llamaron con el nombre de Chile, salido de vocablo indio, que dice “nieve”, o tal vez de una palabra onomatopéyica, que imita el trino de un pájaro.

La posición extrema nos condenaba, como a Australia o Alaska, a vegetar pardamente en el fondo de nuestros valles cordilleranos, sin exhalación alguna hacia un continente que se place y se complace en llanuras y valles anchurosos. Deberíamos haber sido angostamente nacionales, y hasta regionales, y haber renunciado a esa gran honra que es la vida de la raza común.

No aceptamos la muerte geográfica ni aun en lo interior: hemos forzado las diferencias de zonas hasta volverlas acuerdo y hemos reducido su diferencia a una unidad, por medio de ferrocarriles y de navegación caletera. Respecto a lo internacional, con el avance pensado y seguro del minero en el túnel, hemos hecho de nuestra posición extrema uno de los núcleos de América Española y trocando la dureza de nuestra cordillera en plena, que a la vez nos sostenga y nos aúpe, en rebeldía contra la cautividad que nos daba la muralla andina.

La chilenidad es un gran despeje espiritual, una casta que avizora a la raza común, que mira hacia el Atlántico y el Caribe en un deseo apasionado de americanizad total. El país que llamaron “el último rincón del mundo”, crea una especie de fluvialidad continental, encontrando dos formas de expansión en la pedagogía chilena y en la difusión editorial del libro americano. Hicieron bien los descubridores en no nombrarnos de acuerdo con nuestras desgraciadas latitudes. La historia de Chile, expresión de nuestra consciencia, constituye una reacción violenta contra la tiranía geográfica.

América Ibera parece tener, como un barco futurista, tres proas: la de Brasil, a medio cuerpo; la austral, argentino-chilena, y una proa sobre el mar Caribe, tal vez en el cuerno de México o en el muñón de Cuba. Son vértices de tres espíritus

latinoamericanos diversos, pero no son, a Dios gracias, unas proas rivales ni navegan hacia distintos derroteros; diríamos, jugando en serio, que no están vueltas hacia el mar, sino hacia las entrañas mismas del continente, porque la aventura que buscamos es ahora la propia, la realización de una raza latinoamericana.

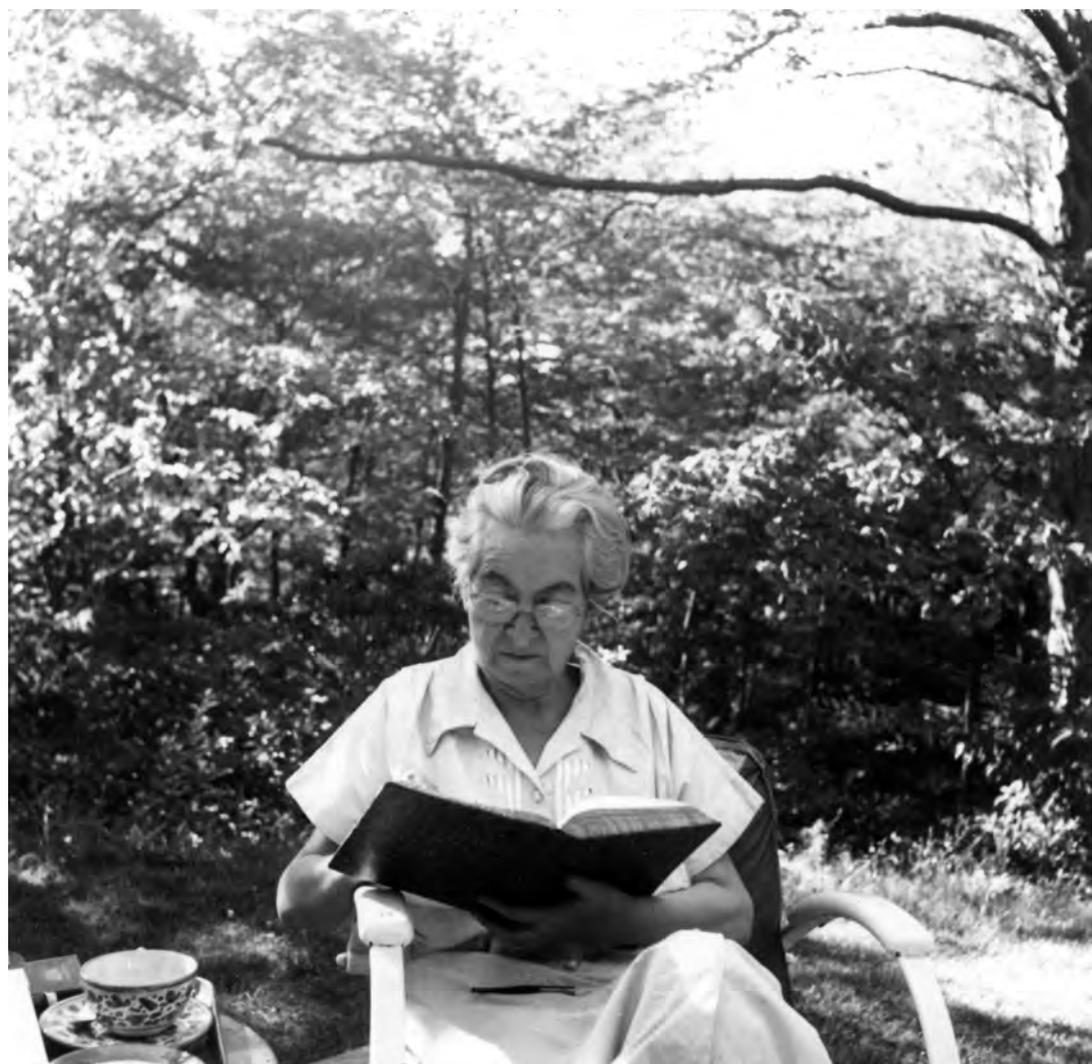
Nos ocurre algo así como el trance del flechero mítico: “¿Hacia dónde ojeas, que buscas en el cielo con el arco enderezado?”. Le preguntaron al mozo de la flecha, “La bandada de pájaros pasó”. El mozo contesta:

“Yo lo se, apunto a mi propio corazón haciendo que miro al cielo, y no apunto a él, para matarlo, sino para mantenerlo alerta y vigilante”.

Y parece que pronto nosotros, latinoamericanos, ya no tendremos muchas bandadas de cigüeñas europeas que seguir con intención de aprenderles el vuelo universal, porque Europa parece que ya no ama la universalidad. Nuestra moral, que será la paz, y nuestra justicia social, que será la cristiana, bastarán para hacernos dichosos, honorables y además grandes.

La segunda emancipación de América Ibero, mucho más real que la otra, despunta en el horizonte, no a causa de la llamada decadencia de Europa, que no existe, pero sí del enloquecimiento de Europa. Alertas como el flechero, nosotros necesitaremos vigilar el rumbo de las cigüeñas europeas que quieren reaprender el rumbo Oeste, el cual no conviene ni a ellas mismas, porque tal vez aquí morirían, antes de alcanzar a hacer el nido...

Legado Gabriela Mistral
Archivo del Escritor,
Biblioteca Nacional de Chile



Roslyn Harbor, New York, 1955. Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional.

ÍNDICE

Presentación	v
El Chile de contrastes de Gabriela Mistral, por <i>Pedro Pablo Zegers B.</i>	ix
La instrucción de la mujer (1906)	3
Sobre instrucción primaria obligatoria (1908)	7
Sobre el centenario: ideas de una maestra (1909)	9
Educación popular (1918)	11
Juramento de la bandera (julio, 1919)	19
El patriotismo de nuestra hora (1919)	21
Sobre la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria (1919)	29
Nuevos horizontes en favor de la mujer (1919)	31
Chile (1923)	33
Organización de las mujeres (1925)	35
Una provincia en desgracia: Coquimbo (1925)	43
Menos cóndor y más huemul (1926)	47
Feminismo: una nueva organización del trabajo (1927)	51
El voto femenino (1928)	57
Agrarismo en Chile (1928)	63
Infancia rural (1928)	67
Pequeño mapa audible de Chile (1931)	71
Sufragio femenino (1932)	77
Un valle de Chile: Elqui (1933)	79
Ruralidad chilena (1933)	83
Breve descripción de Chile (1934)	89
Elogios de la tierra de Chile (1934)	101

El ritmo de Chile (1936)	107
El signo de la acción (1937)	113
El carácter de la mujer chilena (1938)	115
Geografía humana de Chile (1939)	119
Campo chileno (1940)	129
Contadores de patria: <i>Chile o una loca geografía</i> (1941)	131
Hija del cruce (1942)	143
Recado sobre el copihue chileno (1943)	151
Chile (1946)	155
Sobre la mujer chilena (1946)	161
La Antártida y el pueblo magallánico (1948)	165
Marineros chilenos (1950)	173
Un viejo tema: comentarios sobre el informe de Kinsey (1953)	177
Mensaje a Chile: el 18 de septiembre de 1956	183
Progreso urbano de Chile	185
Semblante de Chile	189
Chile y la americanidad	193



B

La presente antología reúne artículos escritos entre 1906 y 1953, y responde a un justificado renacer de Gabriela Mistral después del retorno a Chile, en el año 2007, de un valioso legado de diversos materiales que permanecieron por años fuera del país, en poder de su albacea en los Estados Unidos de Norteamérica.

Es esta una visión íntima de la poetisa, fruto de sus reflexiones, vertida desde textos muy tempranos, hasta aquellos que produce ya en los años de madurez, distanciada de Chile, viajera del mundo; pero con una perspectiva siempre certera, capaz de contextualizar los temas a través de su propia experiencia de vida y su acervo cultural; sus preocupaciones, sus recuerdos del valle de Elqui y Montegrande, el “lar” fundacional de sus esperanzas y angustias, de su imaginario, su lengua, y su propia raigambre identitaria. Reflexiones, creemos, de extraordinaria vigencia, entre otras razones, porque en ellas se aprecia la preocupación que siempre mostró por Chile; tanto como para que se haya escrito que a través de sus artículos la Mistral se transformó en “un ser vigilante de la ética presente y venidera de su patria”.



FACULTAD DE HISTORIA,
GEOGRAFÍA Y CIENCIA POLÍTICA



Biblioteca Nacional
de Chile